EL DESTINO DE TODO UN REINO
ESTÁ EN SUS MANOS

UN LABERINTO DE TRAICIONES OSCURAS

LEXI RYAN

Planeta

Sinopsis

Después de que su hermana Jas fuera secuestrada por los fae, Brie pensaba que las cosas no podrían empeorar. Pero lo cierto es que sigue atrapada en una red de mentiras que ella misma ha tejido —enamorada de dos príncipes pero sin confiar en ninguno—.

Cuando estalle la guerra civil en la Corte de la Luna, Brie se verá incapaz de escoger. Y es que, ¿cómo puede saber de qué lado está cuando ni siquiera se conoce a sí misma?

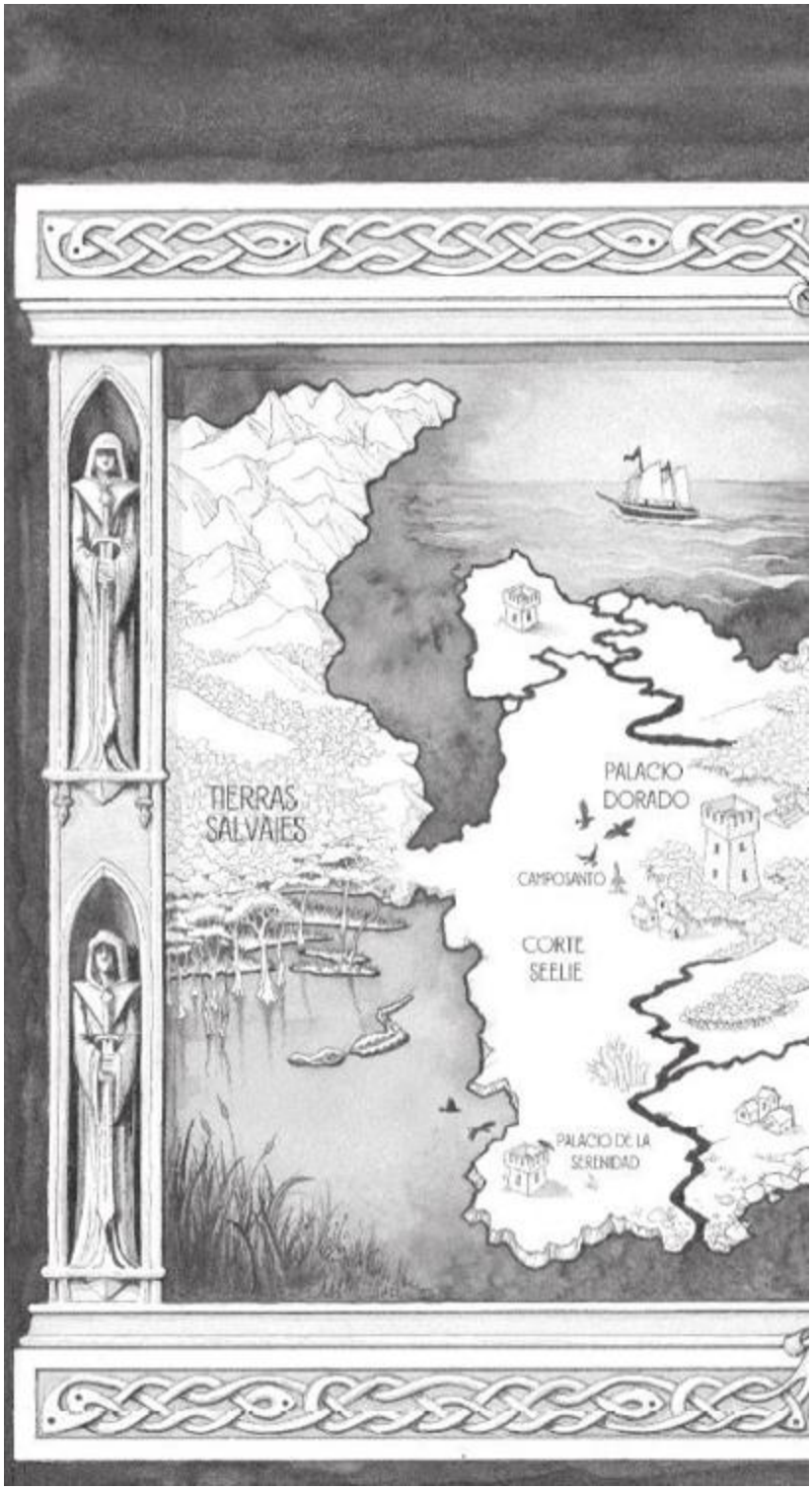
Con la tierra de Faerie desgarrándose desde el interior, la continuación de esta aventura romántica y oscura nos muestra que no importa cuánto Brie quiera resistirse, no podrá escapar de su destino, que determinará también el de Faerie.

UN LABERINTO DE TRAICIONES OSCURAS

Lexi Ryan

Traducción de Lara Agnelli

Para Aaron, que dibujó el mapa
y descorrió el cerrojo de la secuela


TIERRAS
SALVAJES
PALACIO
DORADO
CAMPOSANTO
CORTE
SEELIE
PALACIO DE LA
SERENIDAD

CORTE
UNSEELIE
PALACIO
UNSEELIE
CAMPOS
REFUGIADOS

1

Más allá de los muros del castillo sale el sol y los pájaros cantan, pero el Palacio Dorado está cubierto por un velo de noche.

«Mi noche. Mi oscuridad. Mi poder.»

Lanzo mi magia a lo loco, atrapando en ella a cualquiera que se atreva a perseguirme. La oscuridad se arrastra tras de mí como si fuera la cola de un sofisticado vestido de novia, pero no soy la novia de nadie.

No dejaré que me engañen con sus bonitas mentiras y sus manipulaciones. Sebastian me traicionó. Todos me traicionaron, pero su engaño me duele especialmente. Se suponía que él debía amarme y protegerme, y aun así lo que hizo fue utilizarme para robar la corona unseelie. La rabia me inunda las venas y alimenta mi poder.

Sigo corriendo a pesar de que el camino se vuelve escarpado y las piedras se me clavan en los pies descalzos. Me concentro en el dolor, dándoles la bienvenida a las punzadas que me causan los guijarros en las plantas de los pies, pues el dolor es lo único que logra acallar un poco las otras sensaciones: la angustia y la frustración que provienen del ser al que amo. El ser con el que acabo de vincularme para siempre. El ser que me mintió, que me traicionó.

No quiero sentirlo. No quiero saber que al marcharme le he roto el corazón en dos pedazos ni que se ha quedado destrozado al perderme. No quiero entender que estaba atrapado por sus obligaciones ni comprender lo mucho que se arrepiente. Pero no puedo evitarlo, el vínculo que une nuestras almas me obliga a hacerlo.

Sebastian me traicionó para apoderarse de la corona. Ahora ya tiene lo que quería y en cambio yo me he convertido en lo que siempre había despreciado.

«Una fae, un ser inmortal.»

La razón trata de imponer su criterio a zarpazos mientras corro.

Voy descalza, vestida con un camisón. Así no voy a llegar muy lejos, pero me niego a dejarme capturar.

Vuelvo sobre mis pasos y me dirijo a las caballerizas. Cuando entro el mozo de cuadra abre mucho los ojos y los fija en la gran ola de oscuridad que se cierne sobre nosotros a mi espalda, lista para atacar. Es joven, tiene el pelo rubio oscuro, brillantes ojos azules y las orejas puntiagudas de los fae. Lo he visto alguna vez que he ido a buscar un caballo para dar un paseo por los jardines del palacio. Cuando pensaba que estaba a salvo aquí y que el amor de Sebastian era puro.

—Las botas. Dámelas —le ordeno alzando la barbilla.

—Las... Las... —balbucea mirando de reojo hacia el castillo y la destrucción oscura que he dejado a mi paso.

—¡Las botas! ¡Ya!

Sin dejar de mirarme con los ojos muy abiertos, preocupados, se desabrocha las botas y me las lanza cerca de los pies.

—Y un caballo —le pido mientras me calzo.

Las botas me van un poco grandes, pero servirán. Me abrocho los cordones con fuerza y los ato a la altura de los tobillos.

Cuando veo que vuelve a mirar hacia el palacio, hago estallar mi poder y la noche palpita de manera maliciosa. Veo que le tiemblan las manos mientras saca una yegua blanca de su establo.

—¿Q... qué está pasando, señora?

Sin hacerle caso señalo con la barbilla el cinturón oscuro donde guarda los puñales.

—El talabarte también.

Él se lo desabrocha y lo deja caer al suelo. Rápidamente me apodero de él sujetándolo por la hebilla y me lo coloco alrededor de la cintura antes de montar en el caballo.

—Gracias —le digo, pero el chico está atemorizado, como si esperara que fuera a matarlo con sus propias armas.

Su miedo me deja una sensación amarga en la boca. ¿Es esto en lo que me he convertido?

«Es Sebastian quien me ha convertido en lo que soy ahora.»

Me niego a pensar en ello mientras me muevo para animar a la yegua a salir de los establos. Me estoy acomodando sobre la silla cuando noto un tirón en medio del pecho. Un dolor agradable que me ruega que regrese a palacio.

«Que regrese junto a Sebastian.»

Se oyen gritos que cruzan los prados. Con mis nuevas orejas feéricas distingo los sonidos que componen el caos que llega desde el castillo: el barullo, los chillidos, los pasos que vienen en esta dirección.

Los gritos se acercan. La magia se me ha escapado y la oscuridad ha aflojado su agarre.

Clavo los talones en los flancos del caballo y salimos galopando a toda velocidad mientras trato de sostenerme tan fuerte como puedo.

«Vuelve.» No es que oiga las palabras, sino que las siento. Es un dolor que me quema el pecho y se me instala en los huesos. «Te necesito. Regresa a mí.»

El recuerdo de la conexión que me une a Sebastian hace que cabalgue más deprisa. No sé si seré capaz de escapar de él, si lograré acallar el dolor de su corazón roto poniendo distancia de por medio, pero pienso intentarlo.

—Necesito una habitación para esta noche —le digo a la tabernera que hay tras la barra de la posada, un edificio que ha visto días mejores. Tengo la voz cascada y estoy tan agotada que todos los músculos del cuerpo se quejan cuando me muevo.

No sé dónde estoy ni a qué distancia me encuentro del palacio. Todo lo que sé es que he salido cabalgando a toda velocidad y que he atravesado pueblos y campos hasta que casi me caigo de la silla.

Hacía tiempo que no montaba a caballo, desde que era niña, y nunca lo había hecho durante tantas horas seguidas ni por un terreno tan escarpado

como el que me he encontrado hoy. Cuando le he entregado las riendas al mozo de cuadra de la posada, las piernas aullaban de dolor.

La tabernera tiene las orejas puntiagudas y los labios fruncidos. En sus ojos azules percibo el brillo helado de la gente que no ha tenido una vida fácil. Me examina de arriba abajo y me imagino el desastre que debe de estar viendo. El camisón, que era blanco, es ahora del color del polvo del camino, y estoy segura de que mi cara no está mucho más limpia. El pelo, que ahora me llega por la barbilla, es un nido de enredos pelirrojos, y tengo los labios resecos por la sed.

—No hago obras de caridad —murmura dándose la vuelta para servir a otro parroquiano con aspecto más prometedor.

Suelto una bolsa de monedas sobre la barra. Mi pasado como ladrona me está siendo muy útil. Este oro feérico es cortesía de un orco borracho con el que me he topado hace una hora, al oeste de aquí, en una posada donde había pensado pasar la noche. Pero el orco me ha visto cuando he ido al baño y ha pensado que sería buena idea seguirme y ponerme las manos encima. Puede que estuviera exhausta, pero no lo suficiente. Lo he envuelto en una oscuridad tan profunda que se ha echado a llorar como un bebé mientras me rogaba que lo liberara.

La tabernera abre la bolsa y, al echar un vistazo al interior, sus ojos hastiados se iluminan un instante. Se le escapa una sonrisa triunfal antes de recuperar su expresión habitual.

—Con esto bastará —me dice haciendo deslizar una llave sobre la barra —. Primer piso, la última puerta a la izquierda. Le diré a la criada que te suba agua para el baño.

No sé nada sobre el dinero feérico —ni cuánto vale, ni qué puedo esperar que me den por una de esas brillantes monedas de oro—, pero le he dado una cantidad considerable y sé que trata de timarme.

—También quiero cenar.

Ella asiente rápidamente.

«Demasiado fácil.»

—Y ropa: pantalones y una camisa, nada de vestidos.

Ladea los labios fruncidos mientras se lo plantea.

—Aquí no vendemos ropa, y la sastrería está cerrada a estas horas... —Al ver que le sostengo la mirada con decisión, suspira—. Pero... —Me examina de arriba abajo—. Supongo que mi ropa te servirá. Ya buscaré algo.

Le doy las gracias asintiendo con la cabeza y me siento en un taburete, porque no tengo claro que las piernas me vayan a sostener un segundo más.

—Cenaré aquí.

La tabernera guarda la bolsa y le pega un grito a un niño pequeño para que me traiga la cena. El niño sale corriendo con la cabeza gacha. Cuando ella se vuelve de nuevo hacia mí, su mirada se ha vuelto calculadora.

—¿De dónde eres? —me pregunta.

Se me escapa la risa, pero estoy tan cansada que suena como un gruñido.

—No es un sitio conocido.

Ella alza una ceja.

—Conozco muchos sitios. Incluso pasé un tiempo en la corte de las sombras durante la guerra.

Me encojo de hombros. Supongo que el dinero le interesa demasiado como para perderlo insistiendo.

—De ningún sitio especial.

Aspira varias veces y me pregunto qué olor le debe de llegar. ¿Conservaré aún el olor a humana a pesar de la transformación? ¿Le llegará el olor del palacio? Los fae tienen los sentidos muy aguzados, pero a mí, de momento, no me están sirviendo de nada. Ser tan consciente de cada sonido, olor o imagen es demasiado abrumador para que me sea útil.

El niño regresa en silencio. La tabernera coge un cuenco de estofado y un plato con pan que le ofrece el niño y los hace deslizar por la barra hasta donde estoy sentada.

—Con tal de que no causes problemas, no necesito saber nada. A veces es mejor así. —Agacha la cabeza para mirarme a los ojos—. ¿Queda claro?

Estaba a punto de meterme la primera cucharada de estofado en la boca, pero me detengo para responderle. ¿Qué pensará que sabe sobre mí?

—Claro.

Ella asiente bruscamente y se desplaza a otro punto de la barra para atender a otro cliente.

Casi no me aguanto sobre el taburete mientras voy dando cuenta del estofado. No debería estar tan cansada, ni siquiera tras la larga jornada a caballo, pero la verdad es que estoy destrozada. Por mucho que me tiente la idea de olvidarme de cenar, meterme en la cama y rendirme al sueño, sé que necesito repostar si quiero estar preparada para lo que venga.

«Y exactamente ¿qué es lo que tiene que venir?»

Trato de no pensar en ello. No sé hacia dónde me dirijo ni qué voy a hacer. Solo sé que tengo que alejarme del palacio, alejarme de Sebastian. Ahora mismo no puedo pensar en nada más. No puedo pensar en lo poco preparada que estoy para enfrentarme yo sola a los desafíos de esta tierra desconocida; y, desde luego, tampoco en que estas orejas puntiagudas y esta inmortalidad que acabo de estrenar suponen que no voy a poder volver a casa nunca más.

No puedo regresar a Elora.

No puedo visitar a mi hermana.

Un voluminoso orco se acerca a la barra y se sienta a mi lado. Mide más de metro ochenta, tiene la nariz chata, los ojos negros y calculadores, y dos colmillos retorcidos que le enmarcan la boca. Es enorme, muy musculoso como todos los orcos, y su cercanía me hace sentir pequeña y frágil. Agacho la cabeza tratando de pasar inadvertida. Tras mi encontronazo con uno de su especie hace una hora no me apetece nada llamar la atención de este otro orco.

—¿Cerveza? —le pregunta la tabernera regalándole una sonrisa.

—Sí, y comida. Menudo día de mierda.

Ella se acerca a la espita y le tira una caña.

—¿Y eso?

—Los impuros han recuperado sus poderes.

«¿Los impuros?»

La tabernera se echa a reír.

—Sí, hombre. ¿Y qué más?

El orco niega con la cabeza.

—No te engaño, es verdad.

Ella se encoge de hombros.

—Pero eso significa que podéis hacerles daño. ¿Por qué no estás contento? —El tono de la tabernera indica que sigue sin creérselo.

—No te estoy mintiendo. Ha pasado en plena noche, en el campo de los niños. Esos cabroncetes mataron a diez de mis hombres antes de que nos diéramos cuenta de lo que ocurría. Las últimas dieciocho horas hasta que han llegado las inyecciones han sido un caos absoluto.

La tabernera se estremece.

—No entiendo cómo podéis meterle ese veneno a la gente.

—Es fácil —replica él haciendo un gesto como si tuviera una jeringuilla en la mano y empujara el émbolo.

Ella niega con la cabeza.

—Me lo inyectaron una vez, durante la guerra. Es igual que morirse.

Cuando encarcelaron a Jalek en el Palacio Dorado, le inyectaban algo que le bloqueaba la magia. ¿Están hablando de esto? ¿Les inyectan lo mismo a los niños?

La tabernera se vuelve hacia mí y alza una ceja, y me doy cuenta de que me los he quedado mirando. Vuelvo a agachar la cabeza.

—Preferiría matarlos —comenta el orco—, pero tenemos órdenes. Ella quiere a esos pequeños bastardos vivos.

«Niños.» Está hablando de los niños unseelies de los campos.

La rabia me hace hervir la sangre. Los odio a todos. Los fae son mentirosos y manipuladores. De no ser por su crueldad y sus intrigas políticas ahora mismo podría estar en casa, con Jas, en vez de estar aquí, sola y sin rumbo. Destrozada y prisionera de este nuevo cuerpo inmortal que nunca quise ni pedí tener.

Pero ¿los niños? Aunque son fae, no tienen la culpa de nada. Los separan de sus padres y los encierran como parte de una inacabable lucha por el poder entre dos cortes que ya tienen demasiado poder. Es repugnante.

Es verdad que yo no estuve encarcelada de pequeña, pero pasé la infancia atrapada en un contrato injusto y explotador. Sé lo que es ser huérfana y sé lo que es que te impidan elegir tu vida personas que tienen tanto poder que no ven más allá de sus ansias de poseer aún más.

La tabernera deja un cuenco delante del orco mientras niega con la cabeza.

—Entonces ¿la maldición está rota de verdad?

—Sí.

Ella suspira.

—Siento lo de tus centinelas. ¿Necesitarás una habitación?

Él se mete una cucharada a rebosar de estofado en la boca y no se molesta en tragar antes de responder:

—Sí, necesito descansar unas horas antes de volver.

Ella coge una llave de la tabla que cuelga a su espalda y se la deja sobre la barra.

—Ten cuidado esta noche, ¿me oyes?

La respuesta del orco es un breve gruñido, que suelta antes de seguir atiborrándose de estofado.

A mí se me ha revuelto el estómago al pensar en esos niños a los que les están inyectando toxina antimagia. No soporto imaginármelos encarcelados.

«Los impuros.» Así los ha llamado. ¿Será el término que usan para referirse a los presos o a los unseelies? Me temo que sé la respuesta, y eso hace que me hierva la sangre de rabia.

Me obligo a terminar la cena porque necesito reponer fuerzas, aunque el pan me sabe a ceniza y el estofado me cae a plomo en el estómago.

Cuando la tabernera me retira los platos me quedo un rato con el vaso entre las manos mientras el orco se acaba su ración y pide repetir. Al oír los sonidos de satisfacción que emite al acabarse la segunda ración, me bebo lo que me queda en el vaso.

—¿Me pones otro vaso de agua? —le pregunto a la tabernera levantando el vaso y sacudiéndolo—. ¿Te importa si me lo llevo a la habitación?

Ella asiente y coge la jarra para llenarme el vaso.

Lanzo un último vistazo al orco antes de dirigirme a la escalera. Me oculto entre las sombras, envolviéndolas a mi alrededor para que ninguno de los demás parroquianos me vea al pasar junto a mí. Aguardo en silencio, con los párpados pesados, mientras las sombras me acarician los nervios crispados. Mi cuerpo entero me ruega que lo deje descansar. Espero y

espero hasta que por fin el orco aparece al pie de la escalera y empieza a subir.

Es fácil mantenerse en las sombras a la luz de las velas. Además, la trabajosa respiración del orco enmascara el sonido de mis pasos. Al llegar a la primera planta recorre el pasillo y se detiene delante de una de las puertas, dos antes de llegar a la mía. Cuando abre la puerta me fijo en que se abre hacia el pasillo y no hacia la habitación.

«Perfecto.»

Cuando entra, me dirijo a mi habitación. Es pequeña, oscura y huele a humedad, pero tiene una cama y, tal como me han prometido, hay ropa y un cubo de agua templada para bañarme. Me bebo el vaso de agua y lo relleno con el agua jabonosa antes de volver al pasillo. Coloco el vaso frente a la puerta del orco para que se caiga si abre la puerta. Me gustaría poder preparar una trampa más elaborada usando magia, pero me falta práctica y no sé si seré capaz de mantenerla activa mientras duermo.

Estoy agotada, al límite de mi paciencia, y el instinto tira de mí en direcciones opuestas. Una parte de mí quiere dormir eternamente, en cambio la otra pretende que me ponga en camino ahora mismo para ayudar a los niños unseelies. Pero no tengo ni idea de dónde están ni de qué me encontraré una vez que llegue a los campos. Necesito dormir. Lo necesito con desesperación.

Vuelvo al dormitorio, me quito el camisón sucio y me froto la piel hasta que me cosquillea.

Mientras me lavo veo la esmeralda que me cuelga entre los pechos. Sebastian me la regaló para que la llevara durante la ceremonia de vinculación. En aquel momento me pareció un detalle precioso, me emocionó que me regalara una joya a juego con el vestido que me diseñó mi hermana, pero ahora solo es un frío recordatorio de su traición. Siento la tentación de arrancármela y tirarla a la basura, pero no lo hago. No tengo dinero, y tal vez necesite venderla más adelante.

Me paso el paño por el esternón, ignorando la runa que tengo marcada en la piel, justo encima del corazón, símbolo del vínculo perpetuo que me une a Sebastian.

Solo llevaba un día sin bañarme, pero tengo la sensación de que ha pasado una eternidad desde que me preparé para Sebastian y nuestra ceremonia de vinculación. Estaba tan feliz y emocionada..., pero ahora solo siento el dolor de la traición quemándome por dentro, además de sus emociones, que se superponen a las mías en un embate constante, como las olas que chocan contra un dique que parece estar a punto de venirse abajo y amenazan con ahogarme.

«Te quiero. Te necesito. Perdóname.»

Pero el perdón me parece más lejano e inaccesible que el retorno a mi vida anterior en el reino humano. Sebastian me ha arrebatado la poca capacidad de confiar en los demás que me quedaba. Me hizo creer que quería vincularse conmigo porque me amaba. Ligué mi alma a la suya para que pudiera protegerme de quienes querían matarme para apoderarse de la corona. Y él no hizo nada por impedirlo. Al contrario. Permitió que me vinculara con él; me persuadió para que lo hiciera seleccionando trocitos de verdad y combinándolos con mentiras atractivas y bien presentadas. Consiguió el vínculo sin importarle la maldición y el efecto que me causaría su sangre unseelie. Sabía que moriría y que tendría que tomar la poción y convertirme en fae para sobrevivir.

Y todo lo hizo por el poder. Por la misma corona que Finn y Mordeus perseguían. Y él los criticaba por ello.

Sebastian no es mejor que los demás, y ahora estoy atada a él para la eternidad. Para toda mi vida inmortal. Ahora puedo sentirlo como si fuera una parte de mí.

Lo aparto de mí. Todo: sus sentimientos, los míos.

Es demasiado. Demasiado grande, pero al mismo tiempo no lo suficiente. Porque hay campos llenos de niños a los que drogan y encierran para cumplir los malvados objetivos de la reina. Niños inocentes con el mismo control sobre sus circunstancias que tuve yo cuando firmé el contrato con madame V. para que Jas y yo no acabáramos en la calle.

El día que me enteré de la existencia de los campos se me revolvió el estómago. Finn me contó que, cuando los guardias de la reina Dorada descubrían a algún fae del reino de las Sombras en su territorio, separaban a los niños de sus padres y metían a los pequeños en campos donde les

lavaban el cerebro y les enseñaban que los seelies eran mejores, valían más, y que los unseelies debían estar a su servicio.

Y aunque mi instinto me advirtió de que la existencia de esos campos era una señal de que no debía fiarme de los fae dorados, dejé que Sebastian me convenciera al decirme que él se oponía a esos campos. Pero no volveré a dejarme engañar. No caeré al nivel de Sebastian ni me obsesionaré con mis problemas si puedo echar una mano. No seré como él, que hace la vista gorda ante los malvados actos de su madre. Haré lo que esté en mi mano para ayudar a esos niños, aunque solo sea para desbaratar los planes de Sebastian y su madre, sean los que sean.

Estoy atrapada en este reino; soy fae, pero no estoy desvalida. Tengo poder y me niego a ser como ellos.

La extenuación me ayuda a acallar el bucle de mis pensamientos. Me apetecería dormir así, con la piel limpia sobre las sábanas limpias, pero me obligo a ponerme la ropa nueva. Si la trampa funciona, en cuanto la oiga tendré que estar lista para partir; no puedo perder tiempo vistiéndome.

Cuando me meto en la cama me quedo dormida casi antes de taparme.

Sueño con oscuridad. Alzo la vista hacia un reconfortante manto de estrellas resplandecientes y escucho la voz de Finn a mi espalda.

«Abriella, todas las estrellas de ese cielo brillan para ti.»

El débil aleteo de mi pecho se transforma en unas alas que se agitan haciéndome volar. Me desplazo por la noche oscura y una mano diminuta aprieta la mía. Ni siquiera me sorprende ver los ojos plateados de Lark, que me dirige una amplia sonrisa. No es la primera vez que la sobrina de Finn me visita en sueños. Normalmente lo hace para advertirme de algo o para compartir conmigo alguna profecía críptica. Me doy cuenta de que esta es la primera vez que usar su magia no le robará años de vida. La maldición de la reina Dorada se rompió en el momento en que su hijo se hizo con la corona unseelie. Ahora los fae de las Sombras pueden usar sus poderes sin sacrificar su inmortalidad.

Al menos ha salido algo bueno de la traición de Sebastian.

La telaraña plateada de la frente de Lark se ilumina mientras volamos por el cielo nocturno cuajado de estrellas, pero luego nos desplomamos bruscamente y la tranquila noche desaparece. Estamos en una especie de enfermería. A lo largo de las paredes se alinean camas ocupadas por niños dormidos.

—Qué tranquilos parecen —susurro.

Lark frunce los labios en una mueca reflexiva.

—Hay una innegable paz en la muerte, pero vendrá seguida de disturbios si no lo impides.

Niego con la cabeza.

—No entiendo lo que me quieres decir.

Lark tiene el don de ver el futuro, pero hasta ahora nunca me había mostrado una imagen tan precisa como esta.

—Te están buscando —me dice con los ojos brillantes—. Tienes que volver a casa. Por los niños. Por la corte.

Vuelvo a negar con la cabeza.

—No tengo casa. —Mi hermana es la única persona que me quiere de manera desinteresada y se encuentra en un reino al que ya no puedo acceder ahora que soy fae—. Sebastian tiene la corona, lo siento.

Ella me apoya un dedito en los labios y mira por encima del hombro, hacia la noche oscura.

—Escucha. —Un grito que llega desde otro mundo resuena a lo lejos—. Es la hora.

2

Me despierto sobresaltada al oír que alguien grita al otro lado de la puerta. Tengo los ojos secos, como si me hubiera entrado arena en ellos, y los músculos totalmente aletargados por el sueño. Extiendo la mano hacia Sebastian, buscando su calor y su consuelo mientras pueda. Pronto tendré que levantarme de su cama y...

Me incorporo de un brinco.

Alguien está gritando en el pasillo, quejándose de la incompetencia de la criada.

El resplandor de la luna entra por la diminuta ventana, bañándolo todo de una luz plateada. Su llamada es poderosa. Sé que si cerrara los ojos, su canto me sumiría de nuevo en un profundo sueño.

Mi mente da vueltas tratando de situarse, hasta que caigo en la cuenta de que no estoy en el Palacio Dorado con el hombre al que amo, sino en una posada de medio pelo a un día de camino hacia el este. No estoy durmiendo junto a Sebastian; estoy huyendo de él.

Me levanto de un salto, cojo la bolsa y me la cuelgo en bandolera antes de abrir la puerta en silencio.

El orco sigue refunfuñando en el pasillo, protestando porque se ha mojado los pantalones y fulminando con la mirada el vaso de agua caído y el charco que se ha formado en el suelo. Mi rudimentaria trampa ha funcionado.

Con la cabeza gacha para disimular la sonrisa, me vuelvo hacia la escalera y me dirijo a los establos. La noche es oscura, sin estrellas. Las

nubes cruzan el cielo ocultando la luna. El aire huele a lluvia. ¿Ha llovido mientras dormía o se acerca una tormenta?

La yegua relincha cuando me ve. Le acaricio el morro y le murmuro palabras al oído. Sin apartar la vista de la puerta de la taberna, le coloco la silla de montar y trasteo con las correas.

El orco sale de la taberna y se dirige con pesadez hacia los establos.

Yo mantengo la cabeza baja tratando de pasar inadvertida mientras él va a buscar su caballo gigantesco. Monta en el corcel, le clava los talones en los flancos y sale galopando en plena noche.

Con discreción, me fijo en la dirección que toma y me obligo a contar hasta treinta antes de montar mi caballo y seguir su camino. Espero hasta que ya nadie pueda vernos desde los establos antes de envolvernos a la yegua y a mí en sombras para ocultarnos de las miradas de cualquiera que se cruce con nosotras.

Siento calambres en los músculos, que protestan recordándome que ayer pasé demasiadas horas cabalgando. Las pocas horas de sueño que he logrado arañar en la posada no han sido suficientes para recuperarme, pero no puedo permitirme más. Me froto los ojos secos y cansados, e ignoro el dolor que me asciende desde los muslos por la espalda y me baja por los brazos.

Cuando el camino se adentra en el bosque, el orco alza la linterna para iluminarlo. Yo me mantengo a una cierta distancia, y dejo que la densa oscuridad de la noche me rodee, me acune y me oculte mientras formulo un plan.

Finn y yo logramos usar mi magia para liberar a Jalek de la celda sin puertas ni ventanas del Palacio Dorado, y eso fue antes de que bebiera la poción vital. Ahora que soy fae mis poderes parecen infinitos, como si surgieran de un pozo que se rellena constantemente. Antes necesitaba concentrarme para encontrarla, pero ahora la tengo siempre en la punta de los dedos y emplearla me resulta tan natural como respirar.

Si consigo colarme en la cárcel sin que me vean, podré usar mi poder para atravesar la pared con los niños y huir aprovechando la protección de la oscuridad. No me arriesgaré a sacarlos a todos de golpe, pero regresaré las veces que haga falta.

Tras cabalgar durante una media hora, el camino vuelve a salir del bosque y la luna vuelve a iluminar el cielo. Se oyen gritos ininteligibles en la distancia y el olor a humo me hace cosquillas en la nariz. Al llegar a la inclinada pendiente final veo el caos al que nos dirigimos. Maldiciendo profusamente, el orco desmonta del caballo y se saca la espada del cinto antes de echar a correr hacia la refriega. Hay fuegos desperdigados por el claro y seres de todo tipo corriendo en todas direcciones. Algunos, vestidos con los uniformes amarillos y grises de la guardia de la reina, lanzan cuerdas y redes para atrapar a los niños. Otros blanden espadas y puñales con los que atacan a los guardias uniformados.

Mi yegua relincha y trata de retroceder.

La hago callar susurrándole al oído y me dirijo con ella hacia un grupo de árboles que no se ven desde el escenario de la refriega. Desmonto de un salto, cojo las riendas y las ato a un árbol, sin apretar mucho.

—Volveré pronto —le digo.

Más allá de las llamas y el caos se alza una estructura con tejado de metal y barras metálicas en vez de paredes.

«La prisión es una jaula. La reina tiene a los niños enjaulados como animales.»

Lo siento en mis huesos. En mi corazón. Siento la soledad y el terror de esos niños encerrados con tanta claridad como si estuvieran llorando sobre mi hombro. La rabia crece dentro de mí, adquiere vida propia y trata de salir al exterior a zarpazos.

¿Qué clase de monstruo les haría eso a unos niños? ¿Y qué clase de monstruo permanecería sin hacer nada a pesar de saberlo?

Sabía que no podía fiarme de la reina. Entonces ¿por qué me fie de Sebastian?

Me deslizo a través de la oscuridad acercándome al claro mientras evalúo la situación. Un fae de pelo largo, que aparenta la edad de Jas, grita y se resiste al mismo tiempo que un orco lo inmoviliza y otro le clava una inyección en el culo. Cuando el émbolo desciende, el grito del niño atraviesa el aire, la noche y me llega hasta el tuétano de los huesos. Es el sonido de la agonía, el sonido que indica que un alma está separándose de

su cuerpo. Lo conozco porque es el sonido que me brotó de la garganta después de vincularme con Sebastian.

El sonido que emití mientras me moría.

Le doy permiso a mi furia para que crezca. La alimento como si fuera una bestia que pienso azuzar y lanzar sobre mis enemigos. Por todos: por estos niños inocentes, por cada miembro de las cortes cuya vida fue cercenada antes de tiempo por culpa de la maldición de la reina Dorada o por cada humano al que los fae de las Sombras arrebataron la vida mediante engaños para que se vincularan con ellos. Por mí, y por mi corazón roto.

El poder crece dentro de mí hinchándose al mismo tiempo que la furia y, cuando lanzo mi magia, la oscuridad que cubre el claro del bosque es tan espesa y profunda que se traga incluso las llamas de los distintos fuegos.

Varios gritos de sorpresa y de consternación desgarran el aire. Uso esas voces para dirigir mi poder. Concentrándome en los guardias seelies, los localizo en las tinieblas y los encierro en jaulas de oscuridad, uno a uno.

Aunque se resisten y empujan tratando de liberarse con su propio poder, yo soy más fuerte y no se lo permito.

—Bonito truco.

Me alejo de la voz de un brinco y empuño mi espada mientras examino al tipo que se ha agachado a mi lado entre los arbustos. Estaba tan centrada en los guardias que ni siquiera lo he oído acercarse.

Sus ojos castaños rojizos refulgen como los de un búho en la oscuridad.

—Estoy en tu bando —me dice levantando las manos antes de señalar colina abajo, en dirección al camino que me ha traído hasta aquí. Tiene una telaraña plateada en la frente, que brilla como si fueran trozos de cristal iluminados por la luna. Pretha y Lark tienen la misma marca, por lo que me imagino que el recién llegado también será de las Tierras Salvajes—. La reina envía refuerzos —añade—. Hemos de llevar a los niños hasta el portal y sacarlos de aquí antes de que lleguen. La mayoría de los niños ya han recibido la inyección y no podrán defenderse.

—¿Adónde lleva el portal? —le pregunto, dándome cuenta de que no había previsto qué hacer con los niños después de liberarlos. He venido a protegerlos y a castigar a quienes les hacen daño, pero guiar a un grupo de

niños unseelies por territorio seelie tiene muchos números de acabar en desastre.

—Tenemos campos de refugiados en las Tierras Salvajes.

¿Puedo fiarme de este desconocido? ¿Cómo puedo estar segura de que los niños van a estar más seguros allí?

—Los campos no son como este —me aclara, como si pudiera leer mis pensamientos—. Están en casas, no en jaulas. Son asentamientos donde pueden reconectar con sus familias. Un lugar seguro donde se los alimenta y se los protege hasta que pueden volver a su casa.

En ese momento veo más ojos como los suyos asomar entre la maleza, vigilando el campo.

Sé que la gente de Finn ayuda a trasladar a los unseelies desde los campos de la reina hacia las Tierras Salvajes; como la historia del desconocido concuerda con lo que sé, me arriesgo y decido creer en él.

—De acuerdo. —Asiento con la cabeza—. Yo me encargo de los guardias. Vosotros llevad a los niños hacia el portal.

—Encargarte de ellos..., ¿cómo?

—Confía en mí —respondo.

Me vuelvo hacia el campo y me concentro. Siempre he podido ver cuando era de noche y los demás no podían, pero ahora mi visión nocturna es más nítida que nunca. Me concentro en los centinelas que montan guardia alrededor de la jaula y lanzo mi poder como si se tratara de una docena de flechas sincronizadas que salen volando de sus arcos. Apunto a los centinelas que visten de amarillo y gris. Cuando la oscuridad los alcanza, los envuelve y los atrapa. Uno por uno voy envolviendo a los guardias de la reina en una noche tan inmensa que se los traga enteros.

A mi nuevo aliado se le escapa la risa a mi lado.

—Me gustas —dice antes de salir corriendo hacia la prisión veloz como un zorro.

Pero el campo está abarrotado de guardias seelies y, cuando atrapo a algunos más, la concentración me falla y uno de los que había atrapado se libera y ataca a mi nuevo amigo, gritando para advertir a los demás.

Mi aliado esquiva el ataque y yo me apresuro a envolver al guardia en una manta de sombras hasta que se desvanece. Mi amigo me dirige una

sonrisa complacida antes de que las barras de la jaula se doblen y se separen. Un montón de niños cargados con grilletes salen al claro. De repente sus cadenas se rompen y los grilletes caen al suelo.

Me vuelvo con brusquedad al oír romperse una rama a mi espalda y veo que de entre las sombras sale una figura. Tiene los ojos de un rojo brillante y cuernos retorcidos. Me fijo mejor, pensando que es Kane, el amigo de Finn, pero no lo es. Este fae con cuernos tiene el pelo oscuro y no es tan alto como Kane. No me habría extrañado que los niños se encogieran muertos de miedo ante su terrorífica presencia, pero cuando les hace una seña para que se dirijan al bosque, obedecen y echan a correr hacia la espesura —¿hacia el portal?— como si su vida dependiera de ello.

«Probablemente sea así.»

Un grito de dolor hace que me vuelva hacia el campo. Un centinela gruñe con la punta de la espada clavada en el cuello de mi amigo. Me concentro y lo lanzo a su peor pesadilla. Cuando la espada del guardia cae al suelo, mi amigo me saluda brevemente antes de salir corriendo en dirección a la siguiente sección de la inmensa jaula.

Mi magia parece no tener fin; cada vez que la necesito acude a mí, pero el agotamiento me anega y me amenaza con hacerme perder la consciencia. Sin embargo, no me detengo. Mientras me quede poder para ayudar y haya niños a los que liberar, seguiré adelante.

Los minutos pasan y sigo luchando por mantener la concentración con la frente bañada de sudor. Detengo a un centinela tras otro mientras niños y más niños huyen de la prisión, pero los guardias se escapan de mi agarre en cuanto los atrapo.

Una manaza me agarra por el pescuezo y me arrastra.

—¿Qué tenemos aquí?

Me vuelvo demasiado deprisa y siento un tirón en el cuello al alzar la mirada hacia los turbios ojos marrones del orco de la posada. Noto un fuerte pinchazo en el hombro antes de que el dolor me recorra las venas, ardiente y plomizo. Trato de defenderme usando la magia, pero, en vez de sentir que me alimento de un pozo inagotable, es como si intentara llenar un vaso con una jarra vacía. No encuentro nada.

Un instante después me desmayo.

—La he encontrado yo.

—Pero no la habrías encontrado si Crally no te hubiera dicho de dónde venía la magia.

—¿Y qué? He sido yo el que la ha detenido. Me pido la primera estocada.

—¿Tú? A mí me ha lanzado a las entrañas del infierno. Quiero verla sangrar.

—¿Las entrañas del infierno? ¿En serio te da tanto miedo la oscuridad?

—Cállate la boca. No sabes lo que se siente convirtiéndote en la nada. Lo mejor de que se haya roto la maldición va a ser disfrutar de clavarle la espada en el corazón. Sucia unseelie.

—Cualquiera que la toque antes de que el capitán la interrogue por la mañana responderá ante él.

Estoy en el suelo y el cuerpo me arde y me duele en igual medida. Los grilletes de hierro se me clavan en las muñecas, pero permanezco inmóvil, con los ojos cerrados, escuchando lo que dicen los centinelas que me rodean.

—¿Habías visto alguna vez a una zorra unseelie con un pelo así?

—Me recuerda a los *hendishi* del valle de las Sombras.

—Nunca he visto a un *hendishi* más bajo que yo. No puede ser.

—Probablemente tiene cuernos escondidos bajo ese pelo.

—Voto por matarla ahora mismo. El capitán no se enterará.

—¿Tienes alguna otra explicación para justificar lo que ha pasado? —refunfuña alguien.

Busco mi magia, pero no encuentro nada. Es como tratar de respirar y descubrir que no entra aire en los pulmones. Lo intento una y otra vez.

«Nada.»

El pánico se apodera de mí y hace que trate de liberarme de las cadenas.

—Oh, mira, se está despertando.

Me han hecho algo. Algo que me ha robado la magia.

«Las inyecciones.»

Pruebo a mover las piernas y veo que no están atadas, pero me han puesto grilletes de hierro en las muñecas y el metal me quema la piel.

Mantengo la mirada en el suelo examinando el entorno lo mejor que puedo. Un búho solitario ulula desde una rama cercana y los insectos llenan el aire con sus cantos nocturnos. A un metro de distancia arde una hoguera. Hay dos orcos sentados a su alrededor, como si hubieran montado un campamento para pasar la noche. Un tercer orco se cierne sobre mí.

—Está despierta. —Grito cuando me da una patada en el vientre—. Saludad a la inmundicia, chicos.

—Pon el culo en el suelo y déjala en paz —le dice uno de sus compañeros—. Cuando el capitán haya hablado con ella podrás hacer lo que quieras, pero hasta entonces, las manos quietas.

Oigo ruido de grava y unas botas aparecen ante mis ojos. El orco se agacha hasta que su cara queda a pocos centímetros de la mía. Su aliento huele a podrido y sus colmillos brillan a la luz de la hoguera.

—¿Estás lista para conocer al capitán? Voy a hacerte un favor, chica. Dile para quién trabajas; dile quién te ha ayudado y solo te dolerá un poco.

—No le digas eso —protesta otro de los orcos—. Quiero oír gritar a esa zorra.

Cuando llegue el capitán estaré perdida. No puedo seguir aquí cuando llegue, pero apenas consigo mantenerme despierta. Y aunque no estuviera luchando contra el sueño, ¿qué podría hacer sin acceso a mi poder y maniatada?

«Duerme, Abriella.»

No, no puedo. Pero la voz de mi cabeza suena como la de mi madre.

«Duerme, y deja que las sombras jueguen.»

No soy capaz de resistirme a una orden tan dulce, estoy demasiado débil. Cierro los ojos y me quedo dormida.

«Es hora de salir corriendo.»

Abro los ojos de golpe. El fuego de anoche crepita ante mí y los primeros rayos de sol se abren paso alzándose entre los árboles. El aire huele raro. Me siento, me froto los ojos con las manos atadas y...

«No te muevas.»

Me vienen arcadas cuando veo a mis captores. Los orcos siguen alrededor del fuego, pero, en vez de estar burlándose de mí como anoche, están... muertos. Ensangrentados, con las tripas esparcidas por el suelo del bosque de manera macabra. Y ante mí está mi daga, la que guardaba atada al muslo, envuelta en sombras, pero fuera de la funda y ensangrentada.

Me levanto tambaleándome y retrocedo. Hay sangre por todas partes menos en mí. Sigo maniatada y débil. Pero, entonces, ¿quién ha matado a los guardias? ¿Y por qué me ha dejado a mí con vida?

Oigo el ruido de cascos de caballos a lo lejos, acercándose.

«Ya vienen. El capitán se acerca.»

Inspiro una bocanada de aire, que viene acompañada de sentido común. Me doy la vuelta y echo a correr.

Voy descalza —supongo que me quitaron las botas— y los guijarros del suelo se me clavan en los pies. Los talones se me empapan con la sangre húmeda y caliente, pero sigo corriendo. Con los pies ensangrentados, con los pulmones quemándome como si estuvieran a punto de estallar, sigo alejándome del sonido de los cascos de los caballos. Me falta el aliento y casi no me siento los pies, pero no me detengo en ningún momento.

El camino pedregoso da paso al fin a campo abierto. Las espigas de trigo marzal me golpean las piernas y la cara mientras me abro camino entre ellas, pero tampoco eso hace que afloje el ritmo. Veo unos establos ante mí y uso la poca energía que me queda para empujar la puerta con las manos atadas. Cuando me escondo en un rincón, la noche ya ha desaparecido por completo y no me quedan fuerzas para mantenerme consciente.

Me desplomo contra la pared, cierro los ojos y caigo en un sueño profundo, en el cual sigo corriendo. Veo imágenes en mi mente. Veo los ojos de color verde mar de Sebastian mientras me prometía que me construiría un hogar. La runa grabada en mi piel, justo encima del corazón, que representa nuestra unión. Las barras de hierro de la jaula desproporcionada donde la reina tenía encerrados a los niños unseelies.

En todos mis sueños, en todos mis recuerdos, siempre estoy corriendo. Con el corazón desbocado, los pulmones al borde del colapso, las piernas agarrotadas, siempre corriendo.

«Esta es mi vida ahora.»

Correr. Correr sin parar con enemigos que me persiguen en todas direcciones.

No puedo quitarme esta idea de la cabeza. Quiero hacer retroceder el tiempo. Quiero regresar a Elora antes de que vendieran a Jas, antes de saber que Sebastian era fae y era un príncipe. Quiero regresar a aquella existencia solitaria y agotadora. No había demasiada gente que se preocupara por mí en aquella época, pero al menos nadie fingía hacerlo. Por lo menos lo poco que tenía era real.

3

—¿Así que esta es la gran belleza por la que se peleaban los hijos de Oberon? —pregunta una voz masculina.

—No necesita belleza. La Niña del Incendio es una gran ladrona. Roba corazones con la misma facilidad con que roba joyas —replica una voz que me resulta vagamente familiar.

«¿Bakken? ¿Qué hace Bakken aquí?»

Oigo un ruido burlón.

—Ya, seguro que sí.

Trato de abrir los ojos, pero no lo consigo. Los párpados me pesan como si alguien me los hubiera pegado con cola y siento como si tuviera la boca llena de arena.

—Tiene tan mal aspecto como esta cuadra abandonada. Y huele aún peor —comenta el primer tipo.

Trato de sentarme, gruñendo porque no hay ni un solo músculo que no proteste cuando me muevo.

—Despierta, princesa Abriella. Hemos venido a rescatarte.

El enfado y el asco me dan las fuerzas que necesito para abrir al fin los ojos. Lo primero que percibo son unas botas brillantes, atadas sobre unas piernas musculosas, cubiertas por pantalones de cuero. Alzo la cabeza y veo a un fae muy grande y de piel aceitunada que mira hacia abajo, dirigiéndome una sonrisa irónica. A través de los mechones de su oscura y espesa mata de pelo veo relucir las líneas quebradas que le cruzan la frente, latiendo con un brillo plateado.

—Ya está con nosotros —añade con los rasgados ojos rojizos brillantes de risa—. Bienvenida al mundo de los vivos.

«Conozco esos ojos.»

—Tú eres el que ayudabas a los niños a escapar.

Me dirige una amplia sonrisa. Me suena de algo, pero no sé de qué. Sé que no es de los momentos que compartimos agachados entre la hierba frente a la cárcel donde encerraban a los niños unseelies; es de otra cosa.

—Eres de las Tierras Salvajes —le digo con la voz ronca.

Él suelta una risa burlona.

—Anda, pues sí. Fíjate. ¿Podemos marcharnos ya? Me gustaría irme antes de que tu príncipe me encuentre en las tierras de su madre y me corte la cabeza como pago.

Miro al goblin que lo acompaña. Veo que no se trata de Bakken, sino de otro que no reconozco. Sus largos dientes relucen por la baba que se le cae mientras me observa el pelo.

—¿Ir adónde? —le pregunto.

Hablar duele como hacer gárgaras con dagas. Pensaba que ser fae significaba estar siempre sano y lleno de energía —lleno de vida— y, sin embargo, me he sentido más muerta que viva desde que me desperté con las orejas puntiagudas.

El desconocido se echa a reír.

—Bueno, has usado gran cantidad de poder sin esperar a recuperarte de la metamorfosis. No me extraña que estés hecha polvo.

Lo miro fijamente. ¿Me está leyendo la mente o es que mis pensamientos son tan transparentes?

—Las dos cosas. Al menos se te han curado los pies.

Tiene razón. El dolor ha desaparecido. La única prueba de lo que pasó anoche son los grilletes de las muñecas y la sangre seca que me cubre los pies.

Señala en mi dirección, como si nada, y el hierro que me aprisionaba las muñecas cae al suelo. Mientras me ofrece la mano añade:

—Vamos. Los guardias del príncipe Ronan llegarán en cualquier momento.

—¿Cómo sabrá dónde estoy?

—¿El vínculo? —me recuerda él arqueando una ceja—. Si se hubiera molestado en venir personalmente a buscarte en vez de enviar a una unidad de su guardia, ya te habría encontrado. Pero, como no has dejado de correr, no se lo has puesto fácil a sus hombres.

Ahí están. Al fin oigo el distante sonido de los cascos de los caballos.

«Estoy tan cansada de correr...»

El desconocido le da la mano al goblin, que me ofrece la otra mano a mí.

—¿Por qué debería fiarme de ti?

El fae se echa a reír.

—Oh, no deberías. De hecho, no deberías fiarte de nadie. Es una costumbre peligrosa, sobre todo por aquí. En bastantes líos te has metido ya.

—¿Perdona?

Los caballos se oyen más cerca. Alguien grita:

—¡Ahí delante!

Me levanto y me sacudo la paja de los pantalones. Al volverme y mirar hacia la puerta del establo espero a un grupo de jinetes abalanzándose sobre nosotros, pero no veo nada.

—¿Dónde están?

—Al otro lado de esa colina, a un kilómetro y medio aproximadamente, y acercándose a toda velocidad —responde el fae de las Tierras Salvajes.

Hago una mueca de incredulidad, que lo hace reír.

—No estás acostumbrada a la agudeza de tus nuevos sentidos. Pronto te adaptarás. ¿Podemos irnos ya?

Dudo. Por un lado no tengo otro sitio adonde ir. Además, lo he visto ayudando a los niños a escapar del campo de trabajo de la reina. Solo por eso ya merece mi confianza. Pero, por otro lado, tiene razón. No puedo fiarme de nadie.

—No tenemos mucho tiempo, princesa.

Lo ignoro y me vuelvo hacia el goblin.

—¿Adónde vas a llevarme?

—A las Tierras Salvajes —responde el goblin mirando inquieto a su alrededor, como si el enemigo pudiera estar escondido en los rincones

oscuros.

—Pero me he vinculado con Sebastian. Yo... —Trago saliva. Es mejor que no piense demasiado en ello o me vendré abajo—. Puedo sentirlo —admito apretando los dientes—. Me encontrará.

El goblin no responde, pero su compañero asiente.

—Sí, pero no conseguirá llegar hasta ti sin iniciar una guerra, y no puede permitírselo ahora mismo.

No puedo volver a casa. Aunque supiera cómo volver a Elora, no podría hacerlo. Me perseguirían por ser fae. Me matarían directamente o me darían una paliza y me mutilarían como hicieron con Oberon antes de que mi madre lo encontrara y cuidara de él. Sebastian vivió allí dos años, pero lo hizo usando un encantamiento que hacía que pareciera humano. Yo no sé cómo hacerlo. Ni siquiera sé si mis poderes me lo permitirían.

Podría ir a buscar a Finn. Él vino a mí en sueños la noche que tomé la poción vital. O yo fui hacia él.

«¿Eres feliz?»

De todas las cosas que podría haberme preguntado, quiso saber precisamente si era feliz. Un hombre menos seguro de sí mismo habría aprovechado para echarme en cara que me equivoqué al confiar en Sebastian.

Estoy segura de que Finn me daría alojamiento; me lo ofreció durante la breve visita que me hizo en sueños. Lo que no entiendo es por qué. Ya no tengo la corona. No tengo nada que necesite, excepto tal vez mi poder, aunque él debería haber recuperado el suyo ahora que la maldición está rota.

Pero, incluso en el caso de que me acogiera, ¿puedo volver a confiar en él? Sí, ya sé que la traición de Sebastian fue peor, pero los dos me utilizaron, me manipularon y trataron de engañarme. Y todo ¿por qué? ¿Por el poder? ¿Por la corona?

«Que se la confiten.»

—No tenemos todo el día, princesa. —El fae de ojos rojizos examina el camino que lleva a los establos.

—No estoy indefensa. Si me engañas, te encerraré en una oscuridad tan amplia y profunda que querrás refugiarte en una de tus pesadillas.

Él se vuelve hacia el goblin y le dirige una sonrisa.

—Me gusta de verdad. —Me da una mano y el goblin me toma de la otra.

Y siento que me caigo.

Vuelo, doy vueltas, voy a derecha y a izquierda, y a ninguna parte al mismo tiempo hasta que, de repente, nos encontramos en un dormitorio débilmente iluminado. Por las ventanas veo los primeros hilos del alba que se extienden sobre el paisaje arbolado.

Aquí el sol está saliendo, aunque era pleno día en las tierras seelies. Por un instante el cambio de luz me toma por sorpresa, hasta que recuerdo que las Tierras Salvajes están situadas al oeste del Palacio Dorado.

—Cuídate, Niña del Incendio. —El goblin se despide inclinando la cabeza y desaparece.

Me quedo contemplando con el ceño fruncido el lugar que hace un momento ocupaba un goblin.

—¿Por qué trabajan para ti?

—¿Disculpa?

—Los goblins. Al parecer, cada fae poderoso tiene al menos uno a su servicio. Entiendo por qué tú los necesitas a ellos, pero ¿por qué ellos te sirven a ti?

El desconocido de los ojos rojizos me dirige una media sonrisa, como si la pregunta me convirtiera en alguien más interesante.

—Los goblins se alían con cortes distintas según sus objetivos, pero generalmente lo hacen por tener acceso a información, ya que el conocimiento colectivo es la fuente de su poder.

—¿Conocimiento colectivo?

Él alza la barbilla y sigue hablando.

—Exacto. Lo que sabe un goblin pronto lo saben todos los demás. No cometas el error de creer que un goblin que te obedece está a tu servicio. Desempeñan un papel más importante en la política de este reino de lo que parece, y muchos no se dan cuenta. Siempre tienen sus propios motivos para hacer las cosas y rara vez los hacen públicos.

Su explicación tiene mucho sentido. Tal vez Bakken viviera en casa de mi tía y fuera oficialmente su criado, pero nunca tuve la sensación de que

mi tía tuviera auténtica autoridad sobre él.

Asintiendo, miro a mi alrededor. Hay una cama con barrotes y dosel, cubierta por ropa de cama con un aspecto tan suave que mi cuerpo cansado se siente irresistiblemente atraído hacia ella. Y el paisaje montañoso que ofrecen estos ventanales es tan bonito como la vista de los jardines del Palacio Dorado y de las verdes colinas que lo rodean.

Hace un momento me ha parecido que esta era una opción preferible a regresar al Palacio Dorado o a tratar de encontrar a Finn, pero ahora que estoy aquí a solas con este desconocido empiezo a plantearme mi decisión.

—¿Dónde estamos? —le pregunto.

Él se cruza de brazos y ladea la cabeza.

—En mi casa.

Miro la cama con otros ojos. Si se piensa que...

—Tranquila, princesa. No me llevo a la cama a mujeres que no lo deseen. Incluso aunque lo desearas... —Arruga la nariz y se estremece, como si pensarlo le produjera repulsión. Me mira de arriba abajo y niega con la cabeza—. No me apetece meter en mi cama a alguien que huele como el montón de estiércol que mi padre me hacía limpiar cuando era un niño.

Contengo el aliento.

«Qué grosero.»

Él se echa a reír.

—Es la verdad. Te envuelve un... aroma penetrante, que probablemente adquiriste en tu alojamiento de esta pasada noche, pero el caso es que parece que no te hayas bañado en dos semanas. Discúlpame si no te encuentro tentadora.

«Qué tipo tan desquiciante.»

—No quiero tentarte —protesto—. Lo único que quiero es...

¿Qué quiero? Nada. Lo único que quiero es escapar de esta pesadilla. Ahora mismo, lo único que me apetece es dormir.

—Pues duerme —me dice señalando hacia la cama—, pero ¿no preferirías bañarte antes? Haré venir a tu doncella. —Se vuelve hacia la puerta.

—Espera —le pido, y él se detiene alzando una ceja—. ¿Quién eres?

Una sonrisa lenta se apodera de su cara y hace que se le iluminen los ojos.

—Soy Mishamon Nico Frendilla, pero puedes llamarme Misha. —Me saluda con una reverencia—. Es un placer conocerte oficialmente, Abriella.

Misha. Es el hermano de Pretha. Por eso me resultaba tan familiar. Se parece a su hermana.

—No. —Me cruzo de brazos—. Tienes que llevarme a otro sitio. Lo último que necesito es verme involucrada con otro príncipe en otra corte de Feéra. Ni hablar.

A él se le abren mucho los ojos.

—¿Príncipe? Soy un rey, señora. —Remarca el tratamiento en tono burlón antes de volver a tratarme de manera informal—. Y, con todos los respetos, ¿adónde crees que puedes ir? Necesitas tiempo para poder situarte y saber cómo te sientes sin que el príncipe Ronan trate de influir sobre ti. Eso es lo que te estoy ofreciendo.

—Sal de mi cabeza —le ordeno gruñendo. No es solo que no quiera involucrarme con más miembros de la realeza fae, es que lo último que necesito es alojarme en un lugar donde ni siquiera puedo contar con la privacidad de mis pensamientos.

Misha suspira.

—Como ya te he dicho, Ronan no puede venir aquí sin mi permiso; no si quiere evitar un conflicto bien feo.

—Tú puedes ir a la Corte del Sol, abrir portales y robarle prisioneros a la reina, y tengo que creerme que si Sebastian viene a buscarme sería considerado una acción de guerra.

—Es evidente que a la reina le encantaría castigarme por todo lo que le he arrebatado, pero no puede hacerlo. No sin quedar ante todo el reino como lo que es: una zorra ambiciosa, esclavista y ladrona de niños.

—Pero Sebastian...

—El poder del príncipe Ronan no está afianzado, en ninguna de las dos cortes —me interrumpe Misha—. Si hace venir hasta esta montaña a un grupo de soldados para buscar a una chica, se arriesga a perder los pocos partidarios que tiene.

—¿Y Finn?

Él se encoge de hombros.

—Finn no sabe que estás aquí.

—¿Y cómo puedo saber que no te has aliado con él a cambio de acceder a mí?

—¿Y para qué querría acceder a ti? ¿Qué puedes ofrecerle?

Me encojo al oírlo. «Tiene toda la razón.» ¿Por qué iban a arriesgar nada por mí si ya no tengo lo que querían?

—Tal vez pretendas venderme a la reina Dorada. O tal vez busques información. Dudo mucho que tengas por costumbre ayudar a cualquier humana que se cruce en tu camino.

Él vuelve a examinarme con atención. No percibo interés en su mirada, solo curiosidad.

—No, no voy ayudando a cualquier humana que se cruce en mi camino, pero tú, Abriella, no eres humana, y mucho menos una cualquiera.

—Ya sabes a lo que me ref...

Él alza la mano.

—Y respecto a mis motivaciones, tienes razón: no son desinteresadas. Soy responsable de mi reino y de todos los seres que lo habitan. Me guste o no, lo que pasa en las otras cortes afecta a mi pueblo. Y te guste a ti o no, estás en medio de todo esto.

—¿Vuelvo a ser un peón?

«Otra vez.»

Él da un paso hacia mí y el brillo de sus ojos se endurece.

—A mí no me vengas con el cuento de la pobre niñita mortal maltratada —me suelta—. Oberon te traspasó su corona y su poder, y al hacerlo ató tu destino al destino de su reino. No pudiste elegir, pero tampoco pude elegir yo cuando nací destinado a reinar sobre estas tierras. Ni el príncipe Ronan o el príncipe Finnian. No eres la única a la que le han tocado en suerte unas cartas difíciles. Compadecerte de ti misma no cambiará el hecho de que tus actos impactan en mi familia, mi pueblo y en el reino entero.

Miro sorprendida al rey fae, tan hermoso como mordaz, y busco una respuesta a su altura, pero no tengo la cabeza despejada.

—Ya no tengo la corona —protesto—. Solo soy una humana a la que han convertido en fae a la fuerza. No soy nadie.

Él me observa con parsimonia, y siento que me reconoce más allá de la suciedad, más allá de la piel, como si me viera el alma.

—Estás sucia y agotada. Todavía no te has recuperado de los efectos de la poción y has gastado una extraordinaria cantidad de poder durante este último día. Ni siquiera la piedra de fuego sagrado que llevas al cuello podrá evitar que caigas extenuada si sigues a este ritmo.

Me llevo la mano hacia el colgante de esmeralda que cuelga entre mis pechos, el que tiene forma de lágrima.

—¿La piedra de qué?

—La piedra de fuego sagrado —repite contemplando el talismán que está en mi mano—. ¿No sabías que llevabas un talismán? Uno extraordinariamente especial, muy valioso.

Cuando me fijo más, veo que no es una piedra preciosa normal, al menos no se parece a ninguna otra de las que he visto hasta ahora.

—¿Por qué se llama piedra de fuego si es verde?

—Las hay de todos los colores. Supongo que se llama así porque, cuando la miras al trasluz, parece que tenga llamas dentro.

—¿Para qué sirven? —le pregunto.

«Y ¿por qué me daría Sebastian algo así?»

—Probablemente para asegurarse de que tuvieras fuerzas para sobrevivir a la transición. No todos los humanos que han tomado la poción han vivido para contarlo.

Trago saliva mientras un remolino de emociones me sacude por dentro. ¿Es una señal del amor de Sebastian o una prueba más de lo premeditados que han sido sus actos? Él sabía que yo moriría cuando me vinculara con él, pero me ocultó la verdad. Me robó mi vida mortal para poder sentarse en el trono unseelie.

—Estás pensando demasiado —me hace notar Misha—. Pronto te lo explicaré todo, pero necesitas descansar. —Asoma la cabeza por la puerta y llama en voz baja a alguien que está en el pasillo.

Una mujer de pelo cano entra en la habitación e inclina la cabeza. Sorteándome, entra en lo que parece un baño.

—Holly te preparará un baño y te traerá ropa limpia —dice Misha—. Si tu mente no te deja dormir, hay un tónico somnífero junto a la cama.

Como si fuera a tomarme nada que...

—No está envenenado, princesa. Es una mezcla de hierbas que prepara mi sanador para ayudarme a dormir más tranquilo. Que lo uses o no ya es cosa tuya.

Inspiro hondo. Tiene razón. Necesito un baño y unas horas de sueño. Estoy agotada, me han roto el corazón y...

Grito y retrocedo asustada cuando me asalta un dolor muy intenso. Me llevo la mano al vientre, convencida de que voy a ver sangre deslizándose entre mis dedos. El dolor que me atenaza las piernas es tan intenso que me caigo al suelo.

—¿Qué...?

Alzo la cara buscando a Misha, que me devuelve una mirada confundida hasta que interpreta lo que me pasa.

—El vínculo —me aclara con los ojos muy abiertos—. Estás sintiendo al príncipe Ronan.

Contengo el aliento porque el dolor sigue ardiendo en mi vientre, en el pecho. Es como si me estuvieran partiendo en dos.

—¿Sebastian está herido?

—Dímelo tú.

Tiene razón. Estoy convencida de que este dolor es de Sebastian, igual que sé que mi mano es mi mano.

—Él... Lo han atacado.

—¿Con magia? ¿Con una espada? —insiste Misha—. ¿Es un golpe mortal?

Niego con la cabeza.

—No... No lo sé.

—Concéntrate —me ordena, aunque en un tono de voz suave, como la seda.

Cierro los ojos para concentrarme y me vapulean un montón de sensaciones y emociones que no son mías. El dolor que le atenaza el cuerpo, la desesperación, el corazón roto... Pero hay más. También noto frustración y preocupación. Y... «¿celos?». Unos celos tan intensos que se parecen mucho a la furia.

Misha se echa a reír.

—Debe de estar con Finn. Ronan sigue estando celoso del príncipe de las Sombras, aunque os hayáis vinculado. ¡Qué inseguro es ese niño!

Le dirijo una mirada asesina.

—Deja de hacer eso.

Él se encoge de hombros.

—Solo trato de ayudar.

Siento otra oleada de dolor, menos intensa, pero que no se retira del todo. ¿Estará malherido? ¿Estará bien? Me obligo a enterrar esas preguntas en mi interior, pisoteándolas. No puedo olvidarme de que me traicionó.

—¿Cómo puedo...? —Contengo el aliento—. ¿Cómo me libro de esto?

—¿Del vínculo? —Misha niega con la cabeza—. Puedes aprender a silenciar lo que te envía, pero seguirá llegándote cuando bajes la guardia.

«Te necesito, te necesito, te necesito, te necesito...»

Me llevo las manos a las sienes. Está ahí. No me habla con palabras, pero me llegan sus sentimientos retumbando como un eco.

—Él sabe que lo recibes —me dice Misha—. Lo nota; por eso trata de comunicarse contigo.

«Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero...»

La desesperación —mi desesperación mezclada con la suya— me golpea en el centro del pecho y hace que me encoja. Me agarro a una de las columnas de la cama para levantarme del suelo.

—¿Cómo funciona el vínculo? —Me siento muy idiota por no haber hecho más preguntas antes de aceptar vincularme. Soy una idiota por haberme fiado de un fae.

Misha me examina con una ceja levantada.

—Es una conexión. Una conciencia.

—¿Él sabe lo que pienso?

«Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero. Te necesito, te necesito, te necesito, te necesito...»

—No exactamente. —Ladea la cabeza y fija la vista en el techo—. Es más bien como una impresión. Una conexión empática entre los dos. Si esa sensación puede expresarse de manera clara en una palabra o una frase, puede parecer que pronuncias esas palabras, pero en general es más una impresión.

—¿Y cómo lo deshago?

Misha se contiene para no echarse a reír.

—Es un vínculo de dos almas, niña. No puedes deshacerlo.

—Tiene que haber alguna manera.

—Tal vez, pero es muy caro y doloroso, y requiere la total colaboración de ambas partes. Ambos debéis decidir liberar al otro. Existe un ritual que requiere muchas de nuestras piedras de fuego sagrado; con la que llevas en el colgante no sería suficiente. Y me han dicho que el dolor que causa es tan atroz como cuando tomas la poción vital.

Los músculos se me contraen al pensar en la poción vital y en la agonía que me hizo sufrir. No sé si podría someterme de nuevo a algo así. Tal vez exista otra manera. El vínculo no funciona igual si es entre un fae y un humano. Si pudiera transformarme una vez más y volver a ser humana...

—El único remedio para la inmortalidad es la muerte. No existe una poción vital inversa, aunque tal vez te sorprenda saber que no eres la primera en desear que existiera.

Lo miro mal, porque su modo de leerme la mente me parece muy invasivo y nada discreto.

—¿Cómo puedo silenciarlo?

Él ladea la cabeza.

—Tu problema es mucho más grave. Ser consciente de los sentimientos de tu enamorado es lo de menos.

—No lo llames así.

—Lo que quiero decir —sigue explicando él como si no me hubiera oído— es que silenciarlo no va a hacer que te libres de él.

—Ayúdame a silenciarlo.

Misha niega con la cabeza.

—Hace falta práctica, temple y fortaleza empática. Ahora mismo estás demasiado débil para intentarlo.

—¿Puedes ayudarme o no? —Se me acaba la paciencia.

—No hay un remedio instantáneo. Date un baño, bébete el tónico y descansa. El sueño es el único alivio que puedo ofrecerte en tu estado actual. Hablamos cuando te despiertes. —Se dirige al pasillo y yo me quedo observando su espalda, molesta, hasta que cierra la puerta y desaparece.

Muy despacio, el dolor amaina. El eco de Sebastian en mi cabeza disminuye también. Sigue ahí —siempre está ahí—, pero es menos intenso.

Holly me ayuda a entrar en la bañera y me deja a solas. El agua templada huele a lavanda recién cortada. Los músculos se me relajan lentamente mientras me lavo, quitándome de encima el sudor y el polvo de los últimos días. Los pájaros matutinos cantan al pie de la ventana y el agua se va enfriando a medida que el sol asciende por el horizonte. Mientras tanto trato de no pensar en el vínculo, intentando no sentir que Sebastian está aquí, observándome. Me esfuerzo por no ser consciente de que mi dolor afloja cuando amainan sus emociones.

«Él está bien. Sobrevivirá.»

Solo cuando ya no queda ni rastro de calor en el agua salgo de la bañera y me seco. Encuentro un camisón limpio a los pies de la cama. Me lo pongo y me acuesto, ovillándome de lado y tapándome con las suaves mantas.

Sigo notándolo en la cabeza. Me acuna, me abraza fuerte. Quiero librarme de él, pero no sé cómo hacerlo. Y no voy a negar que, en momentos como este en que estoy a punto de rendirme al sueño, siento un cierto consuelo en el vínculo, ya que mi mente no puede evitar preocuparse por el hombre al que amo.

Me rindo al sueño preguntándome si él sabrá dónde me encuentro; preguntándome por qué debería preocuparse por mí, ahora que ya tiene la corona.

En mis sueños un mar de olas turbulentas me zarandea, y luego monto a caballo con mi madre y nos alejamos de la mujer que me asusta hasta que me deja sola y desorientada en algún lugar durante una noche de verano.

El aire es cálido y está cargado de humedad. No me atrevo a bajar al sótano de madame V., donde no hay ventilación y huele a rancio. Estoy demasiado agotada. Hoy no me veo capaz de mirar a mi hermana pequeña a la cara y fingir que he pagado la deuda que vencía esta noche solo con el fruto de mi trabajo.

Robar, aunque sea a gente de la peor calaña, me pasa factura, tanto en la mente como en el corazón. Nunca quise ser una ladrona. Nunca pensé que a

los dieciséis años tendría tantas deudas que llegaría a comprender por qué chicas de mi edad se vendían a los fae.

Me siento en el suelo y observo las estrellas. Esta noche no brillan demasiado, pero mirarlas me calma igualmente. Adoro la noche, el croar de las ranas, el ulular de los búhos a lo lejos. Me recuerda a otra época en que las cosas eran más sencillas. Cuando mi hermana aún no dependía de mí, cuando aún pedía deseos a las estrellas y aún tenía una madre que me contaba cuentos de hadas antes de dormir.

«Érase una vez una niñita con el pelo rojo como el fuego cuyo destino era salvar un reino...»

—¿Cómo he adivinado que te encontraría aquí? —pregunta Sebastian saliendo por la puerta trasera de la casa del mago Trifen.

A la luz de la luna su belleza resplandece. Su pelo rubio platino se mueve ligeramente al son de la brisa, y mi corazón se contrae de deseo por el aprendiz de mago.

—Pues porque no tengo vida y porque, si no estoy trabajando o durmiendo, siempre estoy aquí —respondo riendo. Pensaba que no me apetecía compañía esta noche, pero verlo me hace sentir más ligera—. Soy muy predecible.

Él cruza el patio, se sienta a mi lado en el suelo y se echa hacia atrás apoyándose en los codos.

—Sí, pero en el buen sentido.

Aparto la vista de las estrellas para dirigirle una sonrisa y me lo encuentro observándome con una expresión solemne.

—¿Bash?

—Esta es la primera vez en que quise besarte —me dice—. Lo deseaba con todas mis fuerzas.

Le dirijo una mirada confundida a mi *crush* secreto, sin entender nada.

—¿Quisiste? ¿Qué quieres decir?

Sebastian aparece y desaparece de mi vista, como si fuera un reflejo en un estanque que se desvanece cuando el agua se agita y reaparece cuando la superficie se calma. Por un instante veo una corona de estrellas reluciendo en su cabeza, pero parpadeo y ha desaparecido.

—Te acuerdas de esa noche, ¿verdad? Estabas exhausta. Siempre lo estabas, pero esa noche te quedaste fuera conmigo y me hablaste de tu madre. Me confesaste que la echabas de menos y que a veces soñabas con que volvía a casa. Luego te quedaste dormida a mi lado.

Niego con la cabeza. Lo que dice no tiene sentido. ¿De qué noche está hablando? Lo que dice es cierto, pero nunca lo he dicho en voz alta.

Él traga saliva con esfuerzo.

—Te llevé a la cama y, cuando te aferraste a mí estando dormida, supe que no podría hacerlo; supe que preferiría ver morir a mi madre antes que traicionarte, pero no tuve elección.

¿De qué está hablando? Examino su rostro: la afilada línea de la mandíbula, la nariz recta, los labios suaves. No es habitual en mí ser tan atrevida, pero, incapaz de contenerme, le acaricio la cara. Su piel es suave, perfecta. Y sé lo que sentiré al tener esa cara hundida en mi cuello, su cuerpo sobre el mío...

Él alza la mano y la apoya en mi mejilla, pero me distraigo al ver una marca en la parte interior de su muñeca. Una runa tatuada en la que no me había fijado nunca antes... y que es igual que la mía.

Dejo caer la mano y retrocedo sobresaltada. Yo no tengo ningún tatuaje y no me he acostado con Sebastian. No entiendo de dónde ha salido esa idea. Pero él me abraza antes de que pueda apartarme demasiado y yo se lo permito.

El pasado y el presente, los sueños y la realidad, todo busca su lugar correcto y acaba encajando en su sitio.

Sebastian es un refugio cálido y seguro del que no quiero salir nunca. Estoy tan harta de estar sola... Por eso me relajo entre sus brazos, hundiéndome en su calor. Siento que su corazón late contra mi mejilla y me entran ganas de llorar. Quiero llorar porque esto es solo un sueño, porque no es real. Quiero llorar porque una vez fui tan tonta que creí que era de verdad.

Todo es distinto. Ahora sé lo que es matar a alguien y perder la vida. Sé lo que es clavar una daga en el corazón de un rey y no sentir remordimientos. Sé lo que es morir y regresar de la muerte gracias a la

dolorosísima magia de una poción sagrada de los fae. Sé lo que es amar profundamente y ver cómo usan ese amor contra mí.

Mañana tendré que seguir corriendo. Y seguiré sola. La traición de Sebastian no habrá desaparecido por la mañana.

—Pensaba que era real —susurro contra el suave algodón de su camisa—. Me hiciste creer que me querías.

—Y te quiero.

Niego con la cabeza, porque esto es un sueño, y el Sebastian de mis sueños siempre me querrá y me protegerá; nunca me traicionaría.

Él se aparta un poco para obligarme a levantar la cara y se me queda mirando a los ojos un buen rato.

—Tienes todo el derecho del mundo a estar enfadada —me dice—. Lo siento mucho. Siento no haber encontrado otra manera.

Me tenso. No quiero mantener esta conversación. Quiero fingir que no hace falta que se disculpe porque nada de esto ha sucedido, pero...

—Debería haber venido a buscarte personalmente, pero no pude y ahora... —Niega con la cabeza—. ¿Cuál es tu conexión con la corte de las Tierras Salvajes? ¿Quién te ha llevado allí?

Me lo quedo mirando en silencio. Esto es un sueño, pero no uno normal.

—Ven a verme al palacio unseelie. Te prometo que estarás a salvo. No sé lo que mi madre tiene planeado, pero temo que...

—Has venido a visitarme a mi sueño.

Él me dirige una sonrisa lenta y poco convencida.

—Soy medio unseelie.

—No quiero que estés aquí —susurro.

Veo en su mirada la devastación de un corazón roto. Sé perfectamente lo que siente. Lo noto en lo más hondo de mis huesos. Su dolor vibra y se mezcla con el mío.

—Brie...

—Fuera. —Le doy un empujón. Empujo al mismo tiempo con la mente y las manos hasta que desaparece y vuelvo a quedarme sola y me sumerjo en un sueño distinto.

Más tarde Finn aparece en otro sueño, pero lo empujo antes de que pueda decir una sola palabra.

4

Duermo como un tronco durante horas sin necesidad de ningún tónico. Cuando me despierto veo que se cuela luz por el hueco que queda entre las cortinas. Gruñendo, me aprieto los ojos con las manos. Verme enredada en los asuntos de otra corte fae me hace tanta falta como un boquete en la cabeza.

Y no es que piense que Misha es precisamente neutral en este asunto. Él y Amira colaboraban con Finn para rescatar a refugiados unseelies de los campos de la reina. Y aunque esto hace que me resulte más fácil respetar a Misha y confiar en él, también significa que tiene vínculos con Finn y con los partidarios de que sea él quien se siente en el trono de las Sombras.

Y, mientras tanto, Sebastian me ha visitado en sueños y me ha pedido que vaya a verlo al palacio unseelie. ¿Habrá ocupado ya el trono? Ahora que ya tiene la corona, no sé qué podría detenerlo. Tampoco sé qué debe de haber estado haciendo para haber sentido el terrible dolor que sentí ayer.

Me siento y bajo los pies al frío suelo de piedra. La habitación me da vueltas, y cierro los ojos durante unos instantes. Sigo agotada y dolorida. Misha dijo que era porque me había esforzado demasiado después de tomar la poción y que necesitaba descansar, pero todavía me siento tan hecha polvo como después de uno de mis peores días como humana. Tal vez la energía y vitalidad que poseen los fae no funcionan en los que hemos bebido la poción vital. Tal vez esos dones están reservados a los que son fae de nacimiento.

Voy al baño y cuando regreso al dormitorio veo a una desconocida que me aguarda al pie de la cama con un vestido largo y pesado de color azul

cielo en los brazos extendidos, como si fuera una ofrenda.

—¿Quién eres? —le pregunto.

—Soy Genny. He oído que se levantaba y le he preparado un atuendo para la cena. Hoy se cena temprano. —Me dirige una sonrisa radiante, como si verme despierta fuera lo mejor que le ha pasado en todo el día—. ¿Quiere que la ayude a vestirse? —Se dirige hacia mí.

—No con eso. —Señalo el vestido. No pienso permitir que nadie vuelva a lastrarme con faldas pesadas ni que me aprisionen en corsés que roban el aliento. Estoy harta de zapatos de mírame y no me toques, de ropas delicadas. Estoy harta de que me controlen.

—¿Prefiere otro color? Puede elegir entre muchos, que...

—Pantalones. —Trato de sonreír para suavizar lo abrupta que ha sonado mi petición—. Por favor.

—Como desee la señora.

Suelta el vestido sobre la cama antes de dirigirse al armario y abrir las puertas con decisión. Está lleno a rebosar de ropa de todos los colores del arcoíris. Ojalá pudiera hacérselos llegar todos a Jas. Casi se me escapa una sonrisa al imaginármela cortando las telas y usándolas para coser sus creaciones, pero se me borra de golpe al darme cuenta de que probablemente no volveré a ver cómo se le ilumina la cara cuando se le ocurre una idea para un nuevo proyecto.

Cómo me gustaría volver a ser humana. Ojalá pudiera regresar a Elora y dejar atrás la pesadilla que es este reino.

—¿De quién es esta ropa? —le pregunto.

Genny me dirige una mirada de curiosidad por encima del hombro, como si no entendiera la pregunta.

—¿Disculpe?

—El armario está lleno de vestidos. ¿De quién son?

—Son suyos, señora.

Frunciendo el ceño, examino el vestido que descansa sobre la cama. No lo reconozco, aunque también es verdad que en el Palacio Dorado tenía tantos vestidos que no llegué a usarlos todos. Dejaba que Tess y Emma eligieran la ropa y nunca le presté demasiada atención al tema.

—¿Son los de la corte dorada? —le pregunto.

—No, señora. Son nuevos, adquiridos para su estancia en nuestras tierras. Su majestad nos pidió que le preparáramos un vestuario nuevo mientras dormía.

¿Cómo han podido hacerlo en tan poco tiempo? ¿Con magia? ¿Y cómo es que no me he enterado cuando han metido la ropa en el armario? Ni siquiera me molesto en preguntárselo porque todo me parece un truco. Vivir en este reino es como estar en un truco de magia permanente.

—Haremos ajustes en el vestuario, por supuesto, ahora que sabemos que prefiere llevar pantalones. —Abre un cajón y saca unos pantalones de montar de cuero color canela y una blusa blanca, que deja sobre la cama, al lado del vestido que hemos descartado. Luego abre otro cajón y saca un conjunto de ropa interior.

—Puedo vestirme sola —le digo mientras saca unas botas de montar del armario.

—Por supuesto, señora. Como desee. Esperaré en el pasillo y la acompañaré a la terraza cuando esté lista. —Inclina ligeramente la cabeza.

Yo me remuevo en el sitio molesta. Aunque debería estar ya habituada a que me sirvan y me consientan tras las semanas que he pasado en el Palacio Dorado, tener criados todavía me hace sentir muy incómoda. Estoy tan acostumbrada a servir que no creo que llegue nunca a sentirme a gusto en el otro lado.

—Gracias.

Ella se detiene junto a la puerta, con la mano en el pomo.

—Soy yo la que debería darle las gracias —susurra.

—¿Por qué?

—Por romper la maldición. —No aparta la mirada de la puerta—. Perdí a un amigo muy querido de la corte dorada. Lo atacó un miembro de la corte de las sombras en su propia casa. Él...

—No pudo defenderse —murmuro, y luego hago una mueca y me reprendo por ser tan obvia. La maldición de la reina hizo que los unseelies se volvieran mortales y limitó su magia, obligándolos a realizar sacrificios humanos si querían seguir viviendo y usando la magia. Pero una maldición tan imponente no les salió gratis a los seelies. El precio que debieron pagar fue perder la capacidad de lastimar a los unseelies, dejándolos indefensos

ante sus ataques y provocando que la grieta que separaba ambas cortes fuera más profunda que nunca—. Lo lamento.

Ella asiente con la cabeza.

—No todos en la corte dorada son como la reina —dice antes de apresurarse a salir de la habitación.

Me tomo mi tiempo para vestirme. Los pantalones de cuero son muy suaves y se ajustan perfectamente a la cintura y los muslos. La blusa tiene el cuello cuadrado y las mangas se abrochan de un modo que prima la estética por encima de la funcionalidad —como casi toda la ropa, tanto en el reino de los fae como en Elora—, pero es de un algodón tan suave que me permite moverme con libertad, por lo que no me molesta el exceso de volantes.

Sé que las botas me irán a la medida ya antes de probármelas. Son de cuero, pero más oscuras que los pantalones; me abrazan las pantorrillas y se atan debajo de las rodillas. Me ajusto los cordones con calma. Al menos sé que podré correr si lo necesito. No le doy vueltas a cómo sabían los criados de Misha mi talla de ropa o zapatos, ni a por qué el rey está siendo tan generoso. Estoy segura de que tiene sus razones, igual que yo tengo las mías para aceptar su generosidad.

«Porque no tienes nada ni a nadie. Porque no tienes elección.»

Aparto los pensamientos negativos, acabo de vestirme y me vuelvo hacia el espejo que cuelga sobre el secreter. Al verme me quedo paralizada.

La mujer del espejo se parece a mí, pero no soy yo. Sus ojos pardos son del mismo color que los míos, pero brillan más. La cara es la misma, pero su piel es más luminosa. Y las orejas...

Tragando saliva para contrarrestar la abrasadora emoción que burbujea en mi garganta, me echo hacia atrás los rizos pelirrojos que me llegan a la altura de la mandíbula para examinar mis nuevas orejas feéricas. Delicadamente puntiagudas, estas orejas son la evidencia más contundente de mi transformación. Por todo lo demás podría pasar por humana, pero estas orejas significan que nunca podré volver a casa a ver a Jas.

¿Estará bien? ¿Habrá encontrado trabajo? Sin deudas, podrá mantenerse con su habilidad como modista. No me extrañaría que se quedara a vivir con mi amiga Nik y su hija Fawn. El acuerdo las beneficiaría a las tres.

Pero saber que está bien no compensa el hecho de que es probable que no vuelva a verla nunca más. De todo lo que Sebastian me ha arrebatado, esto es lo que más me duele. Porque si Jas me necesita, no podré regresar a Elora para cuidar de ella. No puedo volver a vivir allí nunca más. No puedo volver a mi hogar.

«Hogar.»

Un recuerdo me asalta, uno nuevo, demasiado reciente. Antes de vincularme con Sebastian le dije que Fairscape no era mi hogar, y que no estaba segura de tener un hogar. Él me besó y las palabras que pronunció me supieron más dulces que la miel.

«Yo te construiré uno... si tú quieres.»

Hago una mueca mientras cubro el recuerdo con un manto de oscuridad, apagándolo como si fuera una llama errante. ¿Fue todo mentira? ¿Cada roce de sus labios, cada promesa susurrada? ¿Fue todo un ardid para robarme la corona? ¿Acaso nada fue real?

No puedo pensar en eso ahora mismo. Me niego.

Cuando salgo de la habitación Genny está en el pasillo esperándome, tal como me ha dicho, pero el pasillo es... exterior. Hay puertas en la pared de enfrente, pero no hay techo, a menos que se considere techo la bóveda que forman las copas de los altísimos árboles. Los pájaros cantan y se lanzan en todas direcciones mientras una suave brisa juguetea con mi pelo.

Genny me guía a través de los pasillos vivamente iluminados hasta que llegamos a una majestuosa escalera en curva, con barandillas de madera reluciente. Si en el Palacio Dorado todo brillaba tanto que me recordaba a un día soleado, el hogar de Misha me recuerda a las partes más hermosas de un bosque, como si la tierra, la piedra y los árboles se unieran para honrarlo.

El sonido de un hilo de agua me llama la atención. Al asomarme a la barandilla veo que un riachuelo recorre el pasillo de la planta inferior, cruzando unos suelos de piedra que parecen tan antiguos como el propio tiempo. Da la sensación de que todo lo demás se construyó a su alrededor.

—¿Qué lugar es este? —pregunto.

Genny sonríe, pero no aparta la vista de los escalones mientras seguimos descendiendo.

—Es el hogar de su majestad, conocido en casi todo el reino como castillo Craige, que es como los antiguos llamaban a las montañas escarpadas. Lo llaman así porque fue construido en la misma montaña. ¿No le parece el palacio más bonito de todas las cortes?

—Sí que me lo parece.

No es que conozca gran cosa del palacio unseelie. Mordeus no me ofreció precisamente una visita guiada, pero me cuesta imaginarme que pueda existir una belleza como esta en un lugar donde reinaba alguien tan malvado.

El riachuelo serpentea por los pasillos descubiertos y nosotras seguimos su curso hasta llegar a una terraza al aire libre con vistas a un valle de verdor exuberante. El arroyo pasa por debajo de una inmensa mesa de caoba, se desliza bajo una barandilla de cristal y cae en cascada por el borde de la terraza.

—Es precioso —susurro sin pretenderlo.

—Gracias —replica Misha, y su voz hace que aparte la vista del vertical salto de agua. Tiene una copa de vino en la mano y está apoyado en el pie de una inmensa secuoya que parece haber echado raíces en el suelo de piedra de la terraza. Enderezándose, se dirige hacia mí—. Me gustaría otorgarme el mérito, pero fueron mis ancestros, hace muchas generaciones, quienes consideraron que era buena idea dejar que la naturaleza salvaje formara parte de nuestro palacio.

—Nunca había visto nada parecido —admito—. Es una belleza.

—Como tú, princesa. —Me examina lentamente, y sus cejas se alzan cada vez más, como si cada nueva parte de mí que descubre fuera una sorpresa—. Ahora que estás limpia, veo el atractivo.

—¿El atractivo?

Sus ojos rojizos brillan cuando se encuentran con los míos.

—Mientras nosotros hablamos, dos de los más poderosos ejemplares masculinos del reino están luchando por ti. —Sacude una mano arriba y abajo—. Ahora que estás limpia puedo entenderlo. Tal vez deje que se maten entre ellos y me quedaré contigo.

Abro mucho los ojos. ¡Será cerdo!

—No, no lo harás.

Él arquea una ceja y la comisura de los labios se le mueve, como si se aguantara la risa.

—Ah, ¿no?

—Para empezar, no voy a ser la mantenida de nadie. Además, estás casado y dudo que a tu esposa le hiciera gracia que...

—Mi esposa ni se inmutaría. —Se ríe por lo bajo—. Esto no es el reino mortal. El matrimonio no va acompañado de las mismas expectativas, especialmente entre la realeza.

—Tienes razón. A esos estúpidos campesinos mortales no se les ocurre otra cosa que buscar amor y confianza en la pareja con la que van a compartir el resto de su vida. Qué ridículo tiene que pareceros eso a vosotros, que ponéis el poder y el estatus por encima de todo.

Él ladea la cabeza y se me queda observando.

—¿He tocado un tema delicado?

Trago saliva y trato de mantener las emociones a raya. Estoy siendo demasiado transparente.

—No. No me importa lo que pienses del matrimonio.

Él hace un ruido burlón.

—No, claro que no. Y puedes relajarte. Lo único que me interesa de ti es una alianza. ¿Comemos? —Sacude una mano en el aire y hace aparecer un festín sobre la mesa. Hay montañas de fruta recién troceada, cuencos a rebosar de patatas calientes y bandejas de carne finamente cortada y bañada en salsas aromáticas.

Se me hace la boca agua y me doy cuenta de que estoy muerta de hambre. Durante las semanas que he pasado en Feéra me he acostumbrado a comer bien y a menudo, pero solo he comido una vez desde que me escapé del palacio. Tengo tanta hambre que creo que mi estómago empezará a comerse a sí mismo si no le doy algo pronto.

Hasta ahora he confiado en Misha. Creo que seguiré haciéndolo. Me siento y espero a que él tome asiento frente a mí. Nos servimos en silencio y tengo la prudencia de dejar que él dé varios bocados antes de empezar. Un poco de precaución nunca está de más.

Pero, tras dar el primer bocado, casi me derrito de placer. La carne, muy tierna, está perfectamente sazonada, y la fruta me estalla en la boca, dulce y

fresca. Solo aflojo el ritmo cuando veo que Misha se ha echado hacia atrás en la silla y me observa.

—¿Qué? —Dejo el tenedor en la mesa al notar que me ruborizo.

—Siento no haberte dado de comer cuando llegaste. Parecías estar a punto de desmayarte de cansancio y, como hacía poco que habías tomado la poción, pensé que te haría más falta dormir que comer. —Mira mi plato, y me doy cuenta de que me he acabado la mitad de la comida—. Pero tal vez me equivoqué.

—Estoy bien.

—No, no lo estás, pero lo estarás. Con buena comida y más horas de sueño dejarás atrás las sensaciones que tenías cuando llegaste ayer por la mañana.

Frunzo el ceño.

—¿Ayer? ¿No querrás decir esta mañana?

Él niega con la cabeza.

—Has dormido un día y medio, princesa, y es probable que no sea suficiente. He oído contar que algunas personas han dormido una semana entera tras tomar la poción vital. Y normalmente después pasaban varios días en cama para que su cuerpo acabara de recuperarse de la transformación. Pero tú no hiciste nada de eso. Solo dormiste una noche antes de echar a correr por la campiña seelie. Y eso sin contar la extraordinaria cantidad de magia que gastaste para escapar del Palacio Dorado y, más tarde, para liberar a aquellos niños. Lo normal es que te hubieras desmayado antes de cruzar la verja del palacio.

—Y, sin embargo, aquí estoy.

—Así es. Más poderosa de lo que soy capaz de asimilar. —Me examina lentamente y siento aprobación en su mirada.

Sería fácil sentirse halagada por su atención, pero me resisto. Sin duda está tratando de manipularme.

Poco a poco, consciente de mis movimientos, levanto el tenedor y pincho una porción pequeña.

—¿Dónde está tu pueblo? —le pregunto antes de meterme la comida en la boca.

Misha recorre la terraza con la vista.

—Supongo que no es una pregunta literal, así que será mejor que concretes.

—Los cortesanos —especifico moviendo el tenedor en el aire. Sebastian nunca estaba solo en su corte. Cuando no estaba con alguna de sus novias potenciales, estaba con Riaan, generalmente acompañados por varios centinelas y miembros del consejo—. ¿Consejeros, amigos, residentes del palacio? —Hago una pausa—. ¿Tu esposa?

Cruza los brazos sobre la mesa y se echa hacia delante.

—Amira, la reina, está deseando conocerte, pero ahora mismo está ocupada. Y respecto a los demás... —Se encoge de hombros—. Esta noche quería tenerte para mí solo. Tenemos muchas cosas de las que hablar, cosas demasiado importantes. Cuantas menos voces y orejas participen en la conversación, mejor.

Se me escapa un gruñido.

—¿De qué tienes que hablar conmigo? No soy más que una chica idiota que se dejó convencer para vincularse con un príncipe manipulador. —Otra vez. He vuelto a decirle más de lo que pretendía. Al parecer soy incapaz de contenerme.

Ladea la cabeza y los ojos se le iluminan.

—Tu enfado es intenso. Me gusta.

—No quieras verme enfadada. Aunque, si esto es un truco, si estás tratando de manipularme para que colabore con Finn o me reúna con Sebastian, pronto me verás.

Él me dirige una sonrisa irónica.

—El príncipe Ronan sabe que no puede venir a este palacio sin una invitación, o se arriesga a iniciar una batalla que sin duda perdería. Si bien reconozco que la idea de invitarlo es tentadora, aunque solo sea por verte soltar toda esa rabia que guardas dentro. Sería un espectáculo formidable.

Agacho la cabeza y suelto el aire lentamente.

—¿No te ha dicho nadie que es de mala educación escarbar en los pensamientos y las emociones privadas de las personas?

—Lo siento —se disculpa con un suspiro—. Estoy siendo un bruto insensible, pero te prometo que no lo hago con mala intención. Lo que ocurre es que han pasado muchos siglos desde la última vez que dos

poderosos príncipes lucharon por una princesa. Y en el caso de dos hermanos, milenios. Y esta vez no parece menos trascendente que la anterior. —Sacudiendo la muñeca, hace aparecer una copa de vino junto al tenedor—. Te ofrezco una copa de mi mejor vino como disculpa.

Sin hacer caso del vino, lo miro a los ojos.

—No paras de decir que dos príncipes se pelean por mí. ¿Por qué dices eso?

—El príncipe Ronan y el príncipe Finnian. ¿Te suenan? ¿O tienes algún candidato más que no conozca? Si es así te agradecería que me lo dijeras. No me gustan las sorpresas.

La mirada que le dirijo es fría como el hielo.

—¿Acaso no lo sabrías? ¿O es que vas a fingir que no me has estado leyendo la mente?

Él suspira.

—Es obvio que Ronan y Finnian se están peleando por ti.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tengo ojos en la Corte de la Luna.

Cómo no. Al parecer en este reino todo el mundo espía a todo el mundo. Es un milagro que se guarde algún secreto.

—Tal vez se estén peleando, pero no tiene nada que ver conmigo. Sebastian se vinculó conmigo porque sabía que el vínculo me mataría. La maldición acabaría con mi vida y, una vez que estuviera muerta, se quedaría con la corona. Todo lo que ha pasado ha sido por la corona, por decidir quién es el legítimo ocupante del trono de las Sombras, no por mí.

—¿Estás segura de eso? —me pregunta Misha alzando la copa de vino.

—Sí, estoy segura. Y es un alivio. Estoy harta de ser un peón. Que luchen cuanto quieran por esa maldita corte. Ya no tiene nada que ver conmigo.

Él se echa a reír.

—Ojalá fuera verdad.

—Es verdad. —Me señalo la coronilla—. ¿Lo ves? No hay corona.

Él ladea la cabeza.

—¿Quieres verlo con tus propios ojos? —Silba y un gran halcón moteado desciende en picado desde las ramas de la secuoya y se posa en el

hombro de Misha—. Se llama Storm; es mi animal familiar.

Yo lo miro con el ceño fruncido.

—Sé que *storm* significa «tormenta», pero no tengo ni idea de lo que es un animal familiar. Dudo que seáis parientes.

Él sonríe.

—No, significa que nuestras mentes están unidas. Me obedece, me sirve.

Inmediatamente me viene a la cabeza el barghest, el gigantesco monstruo parecido a un lobo que me atacó al poco tiempo de llegar a este reino. Sebastian me dijo que a veces los unseelies los convierten en sus familiares. «Se refería a esto.» También sugirió que el ataque podría haber sido intencionado.

—Yo no tuve nada que ver con el perro de la muerte —dice Misha—. Mis criaturas no atacan, a menos que se defiendan de un ataque previo. —Se encoge de hombros.

—¿Qué querías enseñarme sobre el pájaro?

—Storm ha regresado de la corte de las sombras esta mañana. Si lo miras a los ojos te mostrará lo que ha visto allí.

—No necesito saberlo. No tiene nada que ver conmigo.

Misha me dirige una sonrisa irónica.

—¿Lo harías por darme el gusto?

Los ojos del ave son iguales que los de Misha, rojizos y brillantes. Las pupilas se le dilatan, pero se contraen cuando yo miro en su interior.

—No veo nad...

No sé qué esperaba que pasara, pero desde luego no esperaba sentir que mi conciencia se separaría de mi cuerpo y, de repente, estaría volando. Vuelo como un ave de presa, rodeando la torre de un castillo antes de bajar en picado hacia una ventana alta y de posarme en una repisa de piedra.

Debajo, Finn está mirando por los ventanales. Hace un día soleado. Reconozco al instante la espaciosa estancia con los candelabros de cristal y los suelos de mármol reluciente. Es el salón del trono del Palacio de las Sombras, y lo reconozco aunque Mordeus ya no esté junto al trono, dirigiéndome sus sonrisas sarcásticas.

5

La última vez que estuve en este salón le clavé un puñal en el pecho al falso rey. Contemplé cómo su cuerpo sin vida se desplomaba junto al de la chica inocente que él acababa de matar para castigarme por haberme negado a vincularme con él.

Ahora en la sala se encuentran los que una vez llamé amigos: Finn, flanqueado por sus lobas de ojos penetrantes, Dara y Luna; Jalek, el seelie chaquetero; Pretha, la cuñada de Finn, y la hija de Pretha, Lark. La niña aprieta la mano de su madre y alza la mirada hacia el halcón. Me pregunto si sabe que los están vigilando y si supo que yo vería la escena en el futuro.

Finn está hablando, pero los sonidos que salen de su boca no tienen sentido. Me doy cuenta de que el halcón no entiende las palabras, solo las memoriza para que su amo las escuche más tarde.

Observo sus bocas con atención.

—Quiero que estéis preparados para que nos vayamos en cualquier momento —está diciendo Finn, que sigue contemplando el paisaje por los ventanales. No sé lo que ve, pero siento su dolor y su preocupación. Y su inmenso agotamiento.

—¿Qué? —Pretha lo mira con dureza y se cruza de brazos—. Con todo lo que hemos esperado para regresar aquí..., ¿ahora quieres dar media vuelta y salir huyendo?

Finn se sujeta al alféizar de la ventana al notar que se tambalea. Sus lobas, Dara y Luna, le acarician las manos con el hocico y gimen débilmente.

—Sebastian posee la corona ahora —le recuerda Jalek, y sus ojos verdes brillan con dureza—. Finn tiene razón, es solo cuestión de tiempo.

—Y entonces ¿vamos a rendirnos? —insiste Pretha.

A Finn se le cierran los ojos. Veo que tiene la frente empapada de sudor.

—La maldición está rota. El príncipe Ronan viene de camino para reclamar su trono. Y cuando lo haga, no podremos enfrentarnos a su poder.

—Si está de camino, podemos enviar a los nuestros a recibirlo —propone Pretha malhumorada.

—¿Crees que será tan idiota como para entrar por la puerta principal? —le pregunta Jalek—. Hará que su goblin lo traiga directo a la sala del trono, quizá directamente al trono.

—Pues lo esperaremos en el estrado con las espadas desenvainadas —insiste ella.

La tristeza y desesperación que veo en sus ojos me parten en dos. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo mucho que los echo de menos, no me había dado permiso para pensar en ello.

—¿Qué parte de «él tiene la corona ahora» no has entendido? —Finn se frota las sienes—. Estoy demasiado cansado para mantener esta discusión.

Pretha niega con la cabeza.

—No estás cansado, estás enfermo. Necesitas descansar. Descansar en tu cama, en tu hogar.

Finn se vuelve y les da la espalda a los ventanales. Alza la cara y apoya la cabeza en el cristal. Pretha tiene razón. Parece enfermo. Su piel canela muestra una palidez preocupante y su postura desvela una debilidad que no es propia de él.

—En cualquier momento la sala se llenará con los hombres de Sebastian y sus goblins —dice—. Vendrán de repente, armados y dispuestos a matar. Una cosa era defender el palacio cuando pensábamos que la Horda Maldita saldría de su escondite para apoyarnos, pero sin esos refuerzos quedarnos aquí es un suicidio.

—Llegarán pronto —insiste Pretha—. El general Hargova no te dejará en la estacada.

Finn niega con la cabeza.

—Si llegan tarde llegan tarde. Da igual que sea por un minuto o por un siglo. Nos vamos.

—¿Y qué pasa con la corte? —quiere saber Pretha.

—Haremos lo que podamos sin el trono —responde Finn.

El dolor que percibo en sus ojos es como un puñetazo en el pecho. Finn y su gente probablemente han estado en la Corte de la Luna desde el día en que maté a Mordeus, pero sin la corona el reinado de Finn tendría la misma legitimidad que el del falso rey. Mientras yo llevaba la corona nadie podía reclamar el trono, pero ahora la corona ha ido a parar a la cabeza de Sebastian por mi culpa, lo que significa que Finn nunca podrá sentarse en el trono de las Sombras.

No sé por qué, a pesar de todos sus engaños sigo creyendo que Finn sería un buen rey.

—Pretha, hemos perdido esta batalla, pero no perderemos la guerra.

A ella le caen lágrimas por las mejillas y el corazón se me retuerce por el dolor que emana. Perdió a su esposo —el hermano de Finn— en esta guerra y ahora, por mi culpa, su muerte no ha servido de nada.

—No es una derrota definitiva —le asegura Finn forzándose a enderezar la espalda—. Es algo temporal.

—Es demasiado. —Pretha agacha la cabeza.

—Finn. —Kane entra en el salón del trono y se sitúa junto a Pretha. Al principio sus ojos rojos y negros me aterrorizaban, pero luego lo conocí mejor, a él y al resto de la banda de alegres forajidos de Finn. Se convirtieron en mis amigos, o al menos yo pensé que lo eran, pero tenían sus propios objetivos. Igual que Sebastian.

—Nos vamos —le dice Finn a Kane—. Se lo estaba diciendo a Pretha.

Kane niega con la cabeza.

—Tal vez no sea necesario. Ha habido disturbios en el Palacio Dorado.

Finn alza una ceja y aguarda.

—Abriella —comenta Pretha sonriendo—. Por favor, dime que clavó esa daga de hierro en el sitio que le corresponde: el corazón de Sebastian.

Kane le guiña el ojo, como si las palabras de Pretha le resultaran de lo más sugerentes.

—Por desgracia no puedo decírtelo, pero me gusta cómo piensas.

—¿Las noticias? —lo apremia Finn.

—La princesa se despertó y no le sentó nada bien enterarse de las maniobras de su querido príncipe.

Siguen llamándome princesa, a pesar de todo. Aunque supongo que les demostré que sus sospechas eran fundadas cuando elegí vincularme con Sebastian a pesar de sus advertencias.

«Soy una idiota.»

—¿Qué ha hecho? —pregunta Finn.

Kane hace una mueca irónica.

—Envolvió el palacio entero en sombras. La mitad de los guardias se quedaron encerrados en la oscuridad. Nadie podía llegar hasta ellos. No se veía nada y Abriella aprovechó para escapar.

A Pretha se le escapa una sonrisa lenta.

—Buena chica —murmura.

Jalek gruñe.

—Si fuera más lista no se habría vinculado con el niño ese.

—Eso ya no tiene remedio —replica Finn sin apartar la vista de Kane —. ¿Y esto qué tiene que ver con Sebastian y el trono?

La sonrisa de Kane se hace más amplia.

—Mis fuentes me han dicho que se niega a celebrar la coronación sin ella. Quiere esperar a que regrese para demostrarle la devoción que siente por ella.

—¿Esperar a que regrese? —Pretha hace un ruido burlón mientras se seca las mejillas—. Como si hubiera salido a dar un paseo y no estuviera escondida y furiosa por su traición.

Lark levanta la mirada hacia su madre y sonríe antes de decir:

—Él no puede reclamar el trono. El trono no lo aceptaría.

Todo el mundo se vuelve hacia la niña, que Pretha acaba de coger en brazos.

—¿Qué quieres decir con eso, pequeña?

—Lark... —Finn avanza hacia ella, pero se tambalea y debe apoyarse en la pared.

Kane se lanza hacia él y lo sujeta justo antes de que se caiga.

—¿Qué pasa?

—Está enfermo —responde Pretha.

Kane niega con la cabeza.

—No tiene sentido. La maldición está rota. Hacía años que no me encontraba tan bien. Tú también deberías sentirte así.

Finn inspira hondo.

—Me pondré bien. —Se vuelve hacia Pretha—. Envía a alguien a la casa. Que busque cualquier señal de que Abriella trata de ponerse en contacto con nosotros. Si se presenta allí que le den lo que necesite.

—¿Por qué? —pregunta Jalek—. La princesa ya no tiene la corona, ya no nos interesa.

Finn se vuelve bruscamente hacia él y lo fulmina con la mirada. Jalek se yergue y da un paso atrás con expresión arrepentida.

—Perdón, alteza —se disculpa inclinando la cabeza.

«Ya no nos interesa.»

Jalek tiene razón. Ahora que es Sebastian quien tiene la corona, ya no le intereso a nadie. Oírlo decir así, de manera tan clara, me hace sentir vacía por dentro.

—Lark. —Finn vuelve a dirigirse hacia la niña, esta vez con más éxito —. ¿Por qué el trono no aceptará al príncipe Ronan?

—La reina Mab creó el trono con su propia magia y esa magia no se regala así como así; tiene sus reglas —responde Lark—. Y Sebastian no las está siguiendo.

Pretha y Finn intercambian una mirada.

—¿Qué reglas? —pregunta Kane.

—Las reglas de Mab. Ha estado protegiendo el trono todo este tiempo. —Lark sonríe—. Sebastian no puede ascender al trono sin el poder de Abriella.

—No lo entiendo. —Pretha niega con la cabeza—. Abriella le entregó la corona a Sebastian al vincularse con él.

Lark apoya la mejilla en el pecho de su madre.

—Lo sé. No quería morir —susurra.

—Está bien. —Pretha le acaricia el cabello—. Abriella ya está bien.

—Le advertí que lo perdería todo —sigue diciendo Lark, a la que se le cierran los ojos al notar las caricias de su madre—. Ella no quería ser reina,

pero le dije que no pasaba nada, porque lo perdería todo.

Noto un nudo en el pecho al recordar esa conversación. Lark vino a visitarme en sueños y me contó que en algunas de sus visiones del futuro yo moría y en otras me convertía en reina. Le dije que no quería ser reina y tener tanto cuando otros no tenían nada, y ella replicó que no pasaba nada, porque lo perdería todo.

Y tenía razón. Lo perdí todo cuando Sebastian me traicionó. Perdí mi vida humana, la oportunidad de regresar junto a mi hermana y al hombre al que amaba. Ya lo he perdido todo, pero en algo se equivocó. No pienso sentarme junto a Sebastian mientras él ocupa el trono. No después de todo lo que me ha hecho.

«Jamás.»

Pretha y Finn están hablando y me obligo a concentrarme otra vez para entender las palabras guardadas en la mente del halcón.

—Si Sebastian sigue necesitando a Abriella para ascender al trono —dice Pretha—, tenemos que encontrarla antes de que lo haga él.

Sin tiempo para reflexionar sobre lo que acabo de presenciar, el halcón me muestra otra visión. Está situado en una localización ligeramente distinta, pero esta vez solo quedan Finn y Kane en el salón del trono.

Finn parece cansado, pero no tan enfermizo como en la última visión. Tiene un poco más de color en las mejillas y la espalda más erguida, como si se viera capaz de usar las espadas que le cuelgan de ambas caderas.

—Ni rastro de Abriella en la antigua casa —le informa Kane—. Y las fuentes dicen que tampoco ha regresado al Palacio Dorado.

Finn asiente, con la vista fija en el paisaje que se distingue a través de los ventanales.

—Todavía no se fía de él. Ni de nosotros. —Suelta el aire poco a poco —. Pero me pregunto dónde estará. Sebastian podría localizarla fácilmente mediante el vínculo.

—Pero no lo ha hecho, gracias a los dioses. Si, tal como sospechamos, la necesita, eso nos da un poco de tiempo.

—Nada de esto explica lo que vio Lark. ¿Y si acierta y el trono no acepta a Sebastian? ¿Y si recibió la corona de Abriella, pero no lo que la acompañaba?

Kane pestañea.

—¿Es eso posible? ¿Puede separarse la corona de su poder?

Finn vuelve a soltar el aire en un suspiro largo.

—Demostró un extraordinario poder al huir del Palacio Dorado.

—Un poder muy superior al que la poción vital otorga a los humanos que se transforman en fae —corrobora Kane concentrado—. ¿Crees que él sabe que el trono no lo aceptará?

—No estoy seguro —admite Finn.

Me da vueltas la cabeza mientras trato de seguir la conversación. ¿Qué quieren decir exactamente?

¿Qué tiene que ver mi poder con la ascensión al trono de Sebastian?

—Si tienes razón, él querrá recuperarlo. ¿Qué supondrá eso para Abriella?

—Nada bueno —responde Finn hundiendo la mano en sus rizos oscuros —. Lo veo capaz de todo. Pronto lo sabremos, tenga o no el poder que requiere el trono.

—Hemos levantado un escudo alrededor del palacio y, en estos momentos, nuestras fuerzas se están reuniendo en las montañas. Incluso si no llega la guardia de Hargova, podremos...

—¡Finn! —La voz de Jalek retumba en la cavernosa sala—. Lark dice que estamos a punto de recibir visita.

Kane se vuelve bruscamente hacia el ventanal y examina el horizonte.

—No veo ningún...

—Hola, hermano —saluda Finn en voz baja.

En el otro extremo de la sala, en el estrado donde hace un momento no había nadie, está Sebastian, con un goblin a su lado. Viste una reluciente casaca negra con ribetes plateados. Estoy tan acostumbrada a verlo con los colores gris y amarillo de la Corte del Sol que me choca verlo vestido de oscuro. Me recuerda a un niño que se hubiera disfrazado para jugar.

Sebastian abre mucho los ojos y mira fijamente a Finn. Agarrando el mango de la espada dice:

—No quiero hacerte daño.

—Extraña razón para empuñar la espada —replica Kane acercándose a Finn con la mano en su arma.

—Mi guardia está en camino —anuncia Sebastian—. Tu escudo puede entorpecer su llegada, pero te olvidas de que en cuanto me siente en ese trono podré derribarlo. Podré inundar este palacio con mis leales seguidores.

—Y entonces ¿por qué dudas, Ronan? —le pregunta Finn cruzándose de brazos. Ladea la cabeza y añade—: Perdón. ¿Prefieres que te llame Bash, como Abriella? Aunque no creo que vuelva a llamarte así nunca más.

Sebastian ataca, pero Jalek levanta una mano y Sebastian retrocede, como si acabara de chocar contra una pared invisible.

—Sé que la tienes escondida en el palacio de Misha.

Finn sonríe y, si no hubiera pasado tantas horas entrenando con él, es probable que hubiera pasado por alto la impaciencia y el enfado que se ocultan tras su sonrisa.

—En ese caso, ya sabes que está a salvo —afirma como si no acabara de comentar con Kane que no tenía ni idea de dónde me encontraba. Siguen usándome para manipularse mutuamente.

Los ojos de Sebastian destellan de furia.

—Déjame verla. Enviaré a mi goblin. Yo...

—Si quisiera verte estaría a tu lado ahora mismo —suelta Finn perdiendo la paciencia.

—Maldita sea, Finn —salta Sebastian—. No quiero hacerte daño.

—Muy sensato por tu parte —interviene Kane dando otro paso en dirección a Finn—, porque ya es difícil que Brie te perdone tal como están las cosas; pero, si le haces daño a Finn, es muy posible que te odie eternamente.

—Estás furioso porque me eligió a mí —lo provoca Sebastian.

—Oh, sí, estoy furioso, no lo dudes. —A Finn le brillan los ojos—. Pero ella no te eligió a ti. Eligió al personaje que creaste para ella, el bonito cuento que te inventaste para cortejarla y seducirla: el pobre príncipe dorado con la madre moribunda y su sueño de unir los dos reinos tras siglos de división.

—No era un cuento —protesta Sebastian—. Conoces la profecía tan bien como yo: un rey que llega como un forastero equilibrará el sol y las sombras, salvará al pueblo de Mab y pondrá fin a la guerra. Yo soy ese rey.

Kane hace un ruido burlón.

—Bobadas.

Finn ríe sin ganas.

—Es gracioso que nunca le comentaras lo... complicado que sería unir los reinos seelie y unseelie. —Se da golpecitos en los labios con el dedo mientras examina el techo—. No, *complicado* no es la palabra adecuada. Sería más correcto decir *imposible*. Nuestras cortes existen para equilibrarse mutuamente. No pueden unirse sin la sangre de Mab, y tu pueblo se encargó de aniquilar su linaje hace mucho tiempo.

—Tú tampoco le contaste toda la verdad —contrataca Sebastian.

—Ya, pero yo nunca me inventé planes tan ridículos. —Finn se quita la careta burlona que se había puesto para enfrentarse a Bash—. Eres un idiota, Sebastian —le dice haciendo énfasis en el nombre, que pronuncia como si fuera un insulto—, si crees que el nuestro sería un mundo mejor bajo un solo gobernante. Tal vez seas joven, pero conoces la historia. Sabes hasta qué punto los monarcas se corrompen cuando tienen ese tipo de poder.

—¿Acaso crees que la maldición de Mab nos salvó? —exclama Sebastian.

—Sí, lo creo —responde Finn—. Las sombras aportan equilibrio al sol, la oscuridad equilibra la luz.

—Y la guerra nos mata a todos —concluye Sebastian.

Suspirando, Finn se dirige al estrado y coge el Espejo del Descubrimiento de su sitio, en la pared.

—¿Le contaste alguna verdad entre tantas mentiras? —pregunta haciendo girar el espejo entre sus manos—. Es curioso que le regalaras un artefacto tan valioso, pero te olvidaras por completo de mencionar sus imprecisiones.

Finn suelta un gruñido y Sebastian da un paso hacia él antes de detenerse con los puños apretados.

—Favorecía tus planes, ¿no? —sigue acusándolo Finn—. Ella pensaba que su hermana estaba bien, sana y feliz; que nuestro malvado tío le daba todo lo que necesitaba mientras estaba aquí. —Alza la vista hacia Sebastian antes de volver a bajarla hacia el espejo—. Sabías que vería lo que esperaba

ver. La conocías lo suficiente para saber que estaba llena de esperanza..., y no te molestaste en advertírselo.

—No fui el único que mintió.

—Tal vez no. —Finn deja el espejo en su sitio antes de volverse lentamente hacia Sebastian y contemplar los tatuajes que asoman bajo la túnica del príncipe—. Aunque no escondí tantas cosas como tú.

El filo de la espada de Sebastian canta cuando la desenvaina bruscamente, pero Jalek se desplaza tan deprisa que no puedo seguirlo con la mirada, y se interpone entre Finn y Sebastian sin perder de vista al príncipe dorado.

—Jalek —dice Sebastian como si hasta ese momento no se hubiera fijado en que estaba allí dirigiéndole una sonrisa despectiva—. La última vez que te vi estabas en las mazmorras, de donde no deberías haber salido. Tal vez puedas regresar cuando me corone rey. Desde allí podrás ver a tu príncipe y todos tus amigos inclinarse ante mí.

—Solo nos inclinamos ante Finn —gruñe Jalek.

Finn avanza y apoya una mano en el antebrazo de Jalek.

—Tranquilo, amigo mío. Mi hermano ha venido para ocupar el trono de nuestro padre. —Con la mano señala a Sebastian y luego hacia el trono—. Por favor, no querríamos entretenerte.

Jalek se vuelve hacia Finn con los ojos muy abiertos.

—¿Qué estás haciendo? —protesta Kane.

La mirada de Sebastian se desplaza de Finn al trono de ébano pulido.

—¿Qué le has hecho al trono?

Riendo entre dientes, Finn se dirige hacia el estrado.

—Sabes bien que no podría perturbar al trono ni aunque quisiera. Está protegido por la magia de Mab.

Los ojos de Sebastian parecen arder.

—¿Esperas que crea que quieres que suba al trono?

Finn separa las piernas y se cruza de brazos, adoptando una posición engañosamente relajada.

—Yo no he dicho eso. Pero llevas la corona... ¿Qué te impide hacerlo?

Sebastian le sostiene la mirada mientras el corazón me late con fuerza y la tensión aumenta en la sala hasta hacerse palpable. Tanto el uno como el

otro me manipularon, pero no quiero ver cómo se destrozan mutuamente.

Sebastian alza la barbilla.

—No te deseo ningún mal, Finnian, pero este trono me corresponde ya desde antes de que me concibieran.

A Finn se le escapa la risa por la nariz.

—Nuestro padre me prometió lo mismo.

—Oberon quería que reinara yo. Quería unir el sol y la luna, la luz y las sombras.

—¿Y eso te lo dijo él o tu madre?

—Es mi derecho por nacimiento. Es mi destino.

Finn alza una ceja.

—¿Tu derecho por nacimiento? ¿Por eso le entregó tu corona a una chica mortal?

Sebastian fulmina a Finn con la mirada y luego, en un movimiento tan rápido que casi se me escapa, se sienta en el trono de las Sombras.

La sala queda sumida en una oscuridad negra como la tinta, como una noche sin luna. Las paredes se tambalean. El suelo se dobla encabritado. Estoy aterrorizada, pero no puedo huir porque estoy encerrada en este cuerpo extraño mientras el palacio amenaza con desmoronarse a nuestro alrededor.

Cuando la sala vuelve a llenarse de luz veo que Sebastian ha salido disparado del trono y está despatarrado en el suelo. Tiene los ojos muy abiertos y respira entrecortadamente, pero no parece demasiado sorprendido por la reacción del trono.

Jalek se aleja del estrado sin dejar de vigilar a Sebastian, pero desvía la vista un instante hacia Finn para preguntarle:

—¿Qué ha sido eso?

—El trono de las Sombras no aceptará a nadie que no posea el poder de la corona —responde Finn dirigiéndose tranquilamente hacia el estrado.

—Pero si... tiene la corona —insiste Jalek.

—Sabías que esto pasaría —murmura Sebastian apretando los dientes, mientras trata de levantarse sin lograrlo.

Esto es lo que sentí ayer a través del vínculo. El trono trató de matarlo.

Finn se encoge de hombros.

—Se me ocurrió la posibilidad cuando Abriella me visitó en sueños tras vincularse contigo. Tú llevabas la corona, pero ella seguía teniendo poderes propios de la corte unseelie. Y luego me llegaron rumores de que había sumido el preciado palacio de tu madre en sombras y mis sospechas aumentaron. Después de todo, un fae normal y corriente no podría hacer lo que ella hizo y escapar, y mucho menos sin haber tenido la oportunidad de recuperarse de la poción.

—No pienso marcharme —afirma Sebastian—. Este palacio es tan mío como tuyo y mi guardia está cruzando la capital ahora mismo. Pronto estarán aquí.

Finn se encoge de hombros.

—Ponte cómodo.

Kane lo mira boquiabierto.

—Me tomas el pelo.

—Dormir bajo este techo no lo convertirá en rey. Mordeus lo demostró.

Jalek alterna la mirada entre Sebastian y Finn.

—¿Alguien podría explicármelo?

Finn levanta la barbilla.

—Sebastian se ha apoderado de la corona de Abriella, pero ella sigue conservando su poder.

6

Como si me despertara de un sueño, regreso a mi cuerpo y sigo estando en la mesa de la terraza, con Misha. Las náuseas hacen que me suba todo lo que he comido hasta la garganta. Echo la silla hacia atrás, me levanto y me asomo a la barandilla, como si la visión del precipicio pudiera anclarme a mi propio cuerpo el tiempo suficiente para recuperarme.

—No lo entiendo. ¿Por qué Sebastian no puede acceder al trono? Tiene sangre unseelie, tiene la corona; ¿por qué no tiene su poder?

—Porque lo tienes tú —responde Misha en tono amable—. Cuando te vinculaste con Sebastian, el vínculo te mató y, como no habías nombrado a tu heredero mágico, la corona siguió el vínculo como si fuera un mapa y llegó a Sebastian.

—Entonces ¿cuál es el problema?

—Sebastian tiene la Corona de Estrellas. Y si se hubiera limitado a vincularse contigo, tendría también el poder de la corona. Pero no se limitó a eso. Al darte la poción vital te transformó en fae y, al hacerlo, ató la magia de la corona a tu vida antes de que esta pudiera seguir el camino de la corona.

Ató la magia a mi vida inmortal.

—La magia es vida —susurro recordando las palabras que Finn me enseñó. Parece que haya pasado mucho tiempo, pero hace apenas unas semanas que lo aprendí—. Sin el poder que acompaña a la corona, Sebastian no puede subir al trono.

«Esto no ha acabado.»

Sacudo la cabeza para librarme de este pensamiento.

—No es posible que tenga el poder de Oberon; no soy más que una chica humana. —Antes de que Misha pueda señalar mi error, niego con la cabeza—. Ya sabes lo que quiero decir.

—Sí, te entiendo, pero tú eres más que una humana transformada en fae. ¿No te diste cuenta de que sumiste el palacio en la oscuridad cuando te escapaste? ¿Y qué me dices de lo de apresar a los centinelas del campo de refugiados en jaulas de vacío?

—Ya, pero pensaba que... —Trago saliva.

«La magia es vida.»

Sabía que había conservado mis poderes al transformarme en fae, pero no pensé que eso afectaría a la corona.

—Nadie sabía que pasaría —admite Misha.

—Tú no pareces demasiado extrañado.

—Todos teníamos nuestras propias sospechas o corazonadas sobre cómo podría pasar una corona desde una mortal a un miembro de la realeza de la Corte de la Luna, pero no sabíamos a ciencia cierta lo que ocurriría. Nadie sabía cómo funcionaría o qué pasaría si, por ejemplo, morías sin vincularte con alguien que tuviera posibilidades de subir al trono. Por poner un ejemplo, si te hubieras vinculado con un fae de la corte dorada sin sangre unseelie, ¿habría heredado la corona a tu muerte? Parece improbable, ya que debe tenerse sangre real unseelie para heredar la corona y sentarse en el trono. Pero la manera que Oberon encontró para salvarte —renunciar a su vida y pasar la corona a una mortal— rompió todas las reglas que habíamos asumido hasta ese momento. Y luego hubo muchas discusiones sobre lo que le sucedería a la corona si morías sin vincularte con nadie. Hubo todo tipo de suposiciones, pero nadie se planteó qué ocurriría si te daban la poción vital tras vincularte con un unseelie.

Me los imagino a todos sentados a una mesa, charlando sobre mi muerte de manera desenfadada, y me vuelvo hacia Misha con el ceño fruncido.

Él se echa a reír.

—¿Qué pasa?

—Tú lo sabías. Por eso me trajiste aquí. Fuiste el primero en deducirlo.

—Mis espías me hablaron del poder que habías empleado en el Palacio Dorado y luego te vi en acción en el campo. No estaba seguro, claro, pero

mi sobrina me visitó en sueños la noche que nos conocimos en el campo de refugiados. Es vidente, como ya sabes.

—Lark —susurro. Es curioso lo pequeño que es este vasto nuevo mundo. Se me había olvidado que Misha era el tío de Lark.

Él asiente.

—Me dijo que Sebastian no tenía lo que necesitaba para subir al trono y que tú habías huido. Me pidió que te diera un lugar donde esconderte hasta que hubieras recuperado las fuerzas. Así que, entre el gran poder que demostraste tener y la profecía de Lark, llegué a la conclusión más obvia. Y cuando Storm me mostró al trono rechazando a Sebastian, mis sospechas se confirmaron.

—Entonces, cuando dices que Finn y Sebastian se pelean por mí, te refieres a esto. Lo que necesitan es mi poder. —Igual que se peleaban por ganarse mi lealtad cuando llevaba la corona. Esto es el cuento de nunca acabar.

—Creo que las cosas son un poco más complicadas, pero al nivel más básico, sí. El trono rechaza a Sebastian porque no posee el poder, y no aceptaría a Finn porque no tiene ni la corona ni el poder. Y, obviamente, tampoco te aceptará a ti porque...

—Porque no soy una fae auténtica, y no pertenezco a la realeza unseelie.

—Ya, bueno. —Él se encoge de hombros—. Pero, aunque lo fueras, Sebastian sigue llevando la corona. No sé cómo acabará esto, pero sé que esos hermanos te necesitan para que la corte unseelie se mantenga unida.

—¿Van a tener que matarme otra vez? —Me doy la vuelta y me dirijo con decisión a la mesa mientras se me escapa una risa histérica—. ¿No tuvieron bastante con una?

Misha vuelve a servirse vino.

—No es eso lo que estoy sugiriendo, ni remotamente.

—Yo no pedí esto.

Él entorna los ojos.

—Ya hemos hablado del tema. Ninguno de nosotros pedimos las cargas que llevamos, pero eso no hace que el modo en que las gestionamos sea menos importante.

—¿Y por qué no mandan hacer un trono nuevo?

Misha suelta un gruñido.

—Un trono no es solo un asiento, princesa. Es una metáfora. Y su magia es más poderosa de lo que te imaginas.

—Por eso me estás ayudando —murmuro resignada. Extiendo la mano hacia la botella de vino y me sirvo. Tal vez esté envenenado. Tal vez todo forme parte de un plan enrevesado para matarme, arrebatarme mi poder y entregárselo a Finn. Al fin y al cabo la hermana de Misha estaba casada con el hermano de Finn. Son casi familia. O tal vez Misha quiera quedarse con el poder. Me llevo la copa a los labios dirigiéndole una mirada insegura.

—No está envenenado y no tengo ningún interés en matarte. Como ya he dicho, nunca nos habíamos enfrentado a una situación como esta. Es difícil saber qué pasaría si murieras.

Pongo los ojos en blanco antes de dar un trago.

—Me quedo más tranquila.

—Te necesito. Aunque Sebastian tuviera tanto la corona como el poder, y estuviera sentado en el trono ahora mismo, seguiría necesitándote. El reino unseelie está profundamente dividido. Los seguidores de Mordeus no sentían una lealtad personal hacia él, pero apoyaban su modo de gobernar. Sus leyes injustas y los castigos favorecían a la élite, y eso era justo lo que querían.

—¿La élite? —Frunzo el ceño—. Pensaba que Mordeus tenía el apoyo de las masas y que por eso Oberon no pudo recuperar su lugar en el trono cuando regresó del reino mortal.

—No, las masas no seguían a Mordeus. —Misha suena resignado—. Las masas estaban muriendo en aquella maldita guerra. Pero la minoría no solo tenía poder e influencias. También tenía voz y la usaba. Cuando Mordeus le robó el trono a Oberon, lo apoyaron porque sabían que Finn defendía al pueblo y su reinado habría supuesto una redistribución del poder y los privilegios de la corte. Los seguidores de Mordeus estaban dispuestos a iniciar una guerra civil para evitarlo y apuesto a que siguen dispuestos a hacerlo, dondequiera que estén. Sebastian no tiene nada parecido.

Frunciendo el ceño, trato de morderme la lengua, pero si algo he aprendido de mi amigo goblin, Bakken, es que la información es poder.

—¿Siguen dispuestos? ¿Qué quieres decir?

Misha se encoge de hombros.

—Que están escondidos. Cuando mataste al falso rey sus seguidores huyeron temiendo que Finn asaltara el palacio con sus legiones secretas. Pero, estén donde estén, volverán.

—¿Finn tiene legiones secretas? ¿Te refieres a un ejército? —¿Será esa la Horda Maldita a la que se ha referido en la visión?

Misha se echa hacia atrás en la silla y me estudia.

—¿Qué crees que ha estado haciendo Finn durante estos últimos veinte años? Ha estado reuniendo a sus fuerzas en las montañas, entrenándolas, preparándose para la posibilidad de que la corona se hubiera perdido para siempre y tuviera que expulsar a Mordeus del trono ocupado.

Me quedo observando el vino. Cuando conocí a Finn lo acusé de vivir en el lujo mientras su gente sufría. Pero, cuando lo conocí mejor, me di cuenta de que haría cualquier cosa por su pueblo. Incluso ahora, a pesar de todo, me siento culpable por haberlo tratado con esa crueldad gratuita.

—Resumiendo: por un lado están los partidarios de Mordeus —dice Misha retomando su explicación— y, por otro, los seguidores de Finn. Aunque también los hay que preferirían ver al príncipe Ronan en el trono; los que lucharon en la Gran Guerra de los Fae y piensan que solo un gobernante con sangre del sol y de las sombras puede unificar el reino y salvar a sus hijos de una guerra sin fin.

Niego con la cabeza al recordar la discusión que he visto a través de los ojos del halcón.

—Finn ha dicho que no podía ser, que no era posible que Sebastian reinara en ambas cortes. —Frunzo el ceño.

—Y Finn tiene razón, pero a muchos les resulta atractiva la idea de un solo gobernante para ambas cortes. Piensan que eso evitaría que la reina Arya le declarara la guerra a su propio hijo.

—Oh, ¿sería capaz de hacerlo?

A Misha se le escapa una risa burlona.

—Por lo que he visto, es capaz de cualquier cosa por conseguir más poder. Por eso creo que los que defienden la opción de Sebastian pecan de optimistas. En cualquier caso, la cuestión es esta: la corte de las sombras

nunca había estado tan dividida como lo está ahora y, mientras siga así, es débil.

—Vale, pero tú eres rey de las Tierras Salvajes. ¿Por qué te preocupas tanto de la corte unseelie?

La mirada se le enciende y se le abren mucho los orificios de la nariz. Durante un momento veo asomar su enfado antes de que vuelva a ocultarlo.

—Qué pregunta tan rara viniendo de una simple mortal que arriesgó su vida para ayudar a un puñado de niños unseelies a escapar de la reina.

—Cualquiera en mi posición habría hecho lo mismo.

Él deja escapar un sonido de incredulidad.

—No estoy tan seguro, pero me parece entrañable que lo creas después de todo por lo que has pasado.

Aparto la mirada, con las mejillas encendidas por la vergüenza. No quiero que Misha piense que soy una chiquilla inocente y tampoco quiero que indague en esta necesidad que siento de ayudar. La verdad me hace vulnerable.

Él suspira antes de seguir hablando.

—Me preocupo porque lo que ocurre en las otras cortes afecta a mis tierras y a mi gente. Me preocupo porque sé que, mientras la corte de las sombras sea débil, la reina Dorada se aprovechará de esa debilidad.

—¿A qué te refieres?

—La guerra es inminente, pero esta vez, en lugar de quedar atrapados en una batalla centenaria entre dos ejércitos igualados, los seelies saldrán victoriosos. La reina Dorada ganará y las consecuencias serán catastróficas, no solo para la corte unseelie, sino también para mis tierras y para el reino humano.

—¿Qué puede querer que valga la vida de miles de seres?

Misha alza las manos con las palmas hacia arriba.

—¿Por qué se inician todas las guerras? Por recursos, territorio, poder.

Entorno los ojos.

—¿Puedes ser más concreto?

—La cordillera Goblin divide los reinos usando el Río de Hielo como punto fronterizo. Las montañas que quedan al este del río forman parte de la corte unseelie y las que quedan al oeste, de la seelie. La Gran Guerra de los

Fae se inició cuando la corte dorada reclamó la cordillera entera como propia.

—¿Y qué tienen de especial esas montañas para justificar la pérdida de tantos soldados?

—A primera vista, nada. Las traicioneras montañas son un lugar tan sagrado que ni siquiera los goblins usan su magia para llevar a los fae a sus pies; pero bajo esas montañas se encuentran los recursos más valiosos. —Señala hacia mi pecho, donde todavía llevo el collar de Sebastian. No quiero pensar en la razón por la que todavía no me lo he quitado.

—Las piedras de fuego sagrado. —Saco el colgante de debajo de la blusa y estudio la gema, que desprende un resplandor suave—. ¿Qué hacen?

—Hacen que todo sea... mejor. Más fuerte. Las piedras de fuego amplifican la magia. —Levanta una mano y mueve el dedo corazón, donde una piedra de color amarillo canario centellea a la luz de la tarde—. Llevar una de estas piedras puede aumentar varios grados el rango de la magia y la fuerza de un individuo.

Hago un ruido burlón.

—Sabiendo cómo los fae valoran la magia, me sorprende que no vayáis cubiertos de piedras de la cabeza a los pies.

Él se encoge de hombros y parece casi avergonzado al admitir:

—Probablemente lo haríamos si obtuviéramos algún beneficio, pero una sola piedra amplifica el poder igual que cien piedras.

—¿Y qué pasa? ¿No hay suficientes para todos? ¿Por eso se pelean?

—Las piedras de fuego que se ocultan en el fondo de la montaña no son abundantes ni infinitas. Para un individuo son valiosas, pero en grandes cantidades tienen un valor superior. Nuestros ancestros las acumulaban y las regalaban a las sacerdotisas, que las empleaban para reforzar las fronteras y crear tónicos que no podrían obtenerse sin la ayuda de las gemas.

—¿Como cuáles? —pregunto guardándome la piedra bajo la camisa.

—Como la poción vital, o la poción regeneradora que toma la reina para sobrevivir a los daños causados por la maldición. O la toxina que les inyectaron a los niños para robarles los poderes. Como amplificadora, la magia de una piedra dura cientos de años, pero para crear esas pociones y tónicos hacen falta cientos y solo sirven para un uso. Por lógica, las reservas

de la reina deberían haberse terminado después de dos décadas, pero ha seguido apoderándose de más y más. —El enfado vuelve a asomar a los ojos de Misha—. No tiene suficiente con lo que obtiene en su parte de las montañas, por eso piensa seguir los pasos de su abuelo, que inició la Gran Guerra de los Fae para reclamar la parte unseelie de la cordillera Goblin como propia.

—No quería que los fae de las Sombras tuvieran acceso a las piedras de fuego.

Misha asiente. La mirada se le apaga mientras vuelve la cabeza para contemplar la radiante luz del día.

—Varias generaciones de gobernantes seelies han enviado a sus ejércitos a luchar por la tierra que queda al este del Río de Hielo, el que divide la cordillera por la mitad, con la idea de reclamar la tierra como propia. Innumerables soldados dorados han muerto en esa misión, igual que innumerables soldados de las Sombras han muerto defendiendo esas tierras. Y ahora mis fuentes me dicen que la historia se repite una vez más. Y temo que esta vez la Corte de la Luna esté demasiado débil para proteger su territorio.

¿Habrá sido Arya siempre así..., tan fría y despiadada? ¿O fue el rechazo de Oberon lo que hizo que algo se rompiera en su interior?

—Probablemente un poco de cada —responde Misha a las preguntas que no he formulado en voz alta, y esta vez ni me molesto en protestar por su intrusión—. Es la gobernante más joven que ha tenido su reino. No deberían haber permitido que subiera al trono cuando lo hizo.

Niego con la cabeza.

—Guerra, piedras de fuego, la reina... ¿Qué tienen que ver esas cosas conmigo?

—Tú eres la única que tiene influencia tanto sobre Sebastian como sobre Finn. Eres la única que tiene el poder de la corona unseelie. Podrías ser la clave para unir las cortes y proteger a las generaciones venideras. Si me ayudas, si los ayudas, podríamos...

—No. —Echo la silla hacia atrás ruidosamente y me pongo en pie de un salto—. Me niego a dejarme manipular otra vez.

—Nadie te está manipulando; te estoy pidiendo ayuda, pero te empeñas en pensar que todo esto no es más que una lucha por el poder; que nada de lo que hagas ayudará a la gente como tú, fae que son víctimas de sus propias circunstancias.

—Sal de mi cabeza —le ordeno gruñendo. Estoy tan enfadada que tiemblo. Estoy furiosa, frustrada y muy harta de que esta banda de malcriados y sus cortes retorcidas me utilicen para obtener el poder que ambicionan.

—Tengo que enseñarte más cosas, Abriella. —Misha extiende el brazo y otro halcón desciende en picado y se posa sobre su muñeca—. ¿No quieres saber qué pasó después de que el trono rechazara a Sebastian?

Niego con la cabeza.

—No, no quiero verlo. Me da igual. No me importa la política fae. Que destruyan el maldito reino entero si quieren, pero conmigo que no cuenten.

Me doy la vuelta y regreso con paso decidido a mi habitación, aunque ya sé que no es mía. No hay nada que sea mío y no tengo ningún sitio adonde ir.

Le he mentido a Misha. Le he dicho que no me importaba, pero no es verdad. Me importa más de lo que querría. Mi problema es de falta de confianza. No me fío de Misha, ni de Finn, ni siquiera de las emociones que siento a través del vínculo que me une a Sebastian. No me fío de nadie y dudo que eso vaya a cambiar en el futuro inmediato.

Por desgracia, a diferencia de Misha, yo no puedo leer los pensamientos de la gente para conocer sus auténticas intenciones.

No sé cómo funciona el poder de Misha, pero no creo que sirviera de nada usar las sombras para espiarlo. Me imagino que oiría mis pensamientos aunque no pudiera verme, por lo que mi habilidad para esconderme en las sombras sería inútil.

Cuando ha mencionado que Finn era el defensor de la gente humilde en el reino unseelie, algo en mi interior se ha ablandado y he prestado más atención a sus palabras. Pero cuando ha hablado de proteger a las generaciones futuras, me he dado cuenta de que me estaba manipulando.

Misha es igual que los demás; me dice lo que sabe que quiero oír para que actúe como quiere que actúe.

No obstante, me niego a hacerlo. No voy a dejar que me manipulen otra vez. Lo único en lo que puedo confiar es en que no puedo fiarme de nadie.

Me dejo caer sobre la cama, sin molestarme en quitarme las botas, y trato de aclararme las ideas. Parte de mí quiere escuchar el plan de Misha. Esa parte quiere saber cómo ayudar a Finn y a Sebastian a evitar otra costosa guerra. Quiero saber qué podría hacer para impedir que la reina siga acumulando poder. Me viene a la mente una imagen del horrible «campo» de la reina. El recuerdo de aquellos niños encerrados en jaulas hace que la furia se reavive en mi interior.

Me doy la vuelta y oculto la cara en la almohada, donde suelto un grito que queda ahogado. No tengo adónde ir. Si para conservar esta habitación he de ayudar a Misha, no sé qué voy a hacer. Necesito... tiempo. Tiempo para obtener más información. Tiempo para poder tomar mis propias decisiones.

Tal vez no pueda espiar a Misha, pero Sebastian no tiene esos poderes. Si me envuelvo en sombras cerca de él, tal vez pueda obtener parte de la información que necesito.

Salto de la cama y me dirijo a la puerta a toda prisa. Cuando la abro me encuentro a Misha al otro lado, con el puño en alto, como si estuviera a punto de llamar.

Cruzándome de brazos, saco la cadera.

—¿Por qué ibas a llamar? ¿No sabías que estaba a punto de salir?

Él baja la mano y se la mete en el bolsillo.

—No soy vidente.

—¿Se supone que eso debe tranquilizarme?

—No leo tus pensamientos expresamente. Bueno, al menos no siempre, pero a veces los sueltas con tanta fuerza que son imposibles de ignorar. —Suspira—. He venido a disculparme por presionarte. Mi esposa ha sido tan amable de señalarme mi error. Has pasado por muchas cosas y, como Amira me ha hecho notar, nadie en tu posición podría aceptar que está en sus manos arreglar un problema que hace siglos que se arrastra.

Los hombros se me relajan.

—Gracias. —No conozco a Amira, pero ya me cae bien. Y no porque confíe en sus palabras, sino porque puedo usarlas como excusa para conseguir el tiempo que necesito mientras decido en quién puedo confiar—. ¿Dónde está la reina? Me gustaría conocerla.

Él alza las cejas sorprendido. Mi interés por su esposa parece complacerlo, pero niega con la cabeza.

—Me temo que acaba de salir. Se dirige a los campos que los unseelies instalaron en el valle. Pensaba pasar allí la noche.

—Oh. —Tal vez aún no pueda confiar en Misha, pero eso no impide que valore las buenas acciones que tanto él como Amira hacen al acoger a los unseelies en sus tierras—. ¿Pasa mucho tiempo allí?

—Un poco. —Se encoge de hombros—. Es obvio que ibas a alguna parte. ¿Necesitas algo? Podría acompañarte si quieres. O, si lo prefieres, podrías ir con tu doncella, si es que te has hartado de verme la cara por hoy.

Sonrío.

Puede que esté amargada, pero no soy inmune a los encantos de Misha.

—¿No tendrás un goblin en palacio? Quiero ir a ver a Sebastian.

Se le levantan las cejas, pero es la única muestra de sorpresa que se le escapa.

—¿Por qué?

—Bueno, me gustaría... —Me muerdo el labio mientras busco una buena manera de explicarle que necesito obtener toda la información posible.

—Ah —dice él sonriendo—. A eso por aquí lo llamamos espiar.

Lo fulmino con la mirada y él se echa a reír.

—No me malinterpretes. Me parece buena idea; la apruebo por completo.

—Bien, pues quiero espiar. Quiero ver qué está haciendo ahora que se ha dado cuenta de que no puede sentarse en el trono.

—Se ha instalado en el palacio unseelie. Lo acompaña una guardia tan numerosa que Finn y los suyos han... desalojado el castillo de momento.

—Ya, pero lo que quiero saber es lo que dice cuando no sabe que estoy escuchando.

Misha asiente.

—Enviaré a Storm.

Niego con la cabeza.

—Necesito verlo con mis propios ojos.

Él se cruza de brazos.

—¿Te has olvidado de tu vínculo con Sebastian? ¿Has olvidado que él puede sentir cómo y dónde estás en todo momento?

—No, no lo he olvidado. No puedo olvidarlo. —Me llevo los dedos a las sienes—. Está aquí. —Me llevo la palma de la mano al pecho—. Y aquí. —«Y lo siento cuando me ovillo en la cama para dormir.» Aunque esa parte no soy capaz de compartirla en voz alta—. Dijiste que podrías enseñarme a bloquearlo...

—Hace falta práctica. Y paciencia. Y mucha energía, que ahora mismo no tienes, pero te prometo que te daré una clase mañana a primera hora.

Tiene razón. No llevo más que un par de horas levantada, y ya estoy exhausta y deseando volver a acostarme. Pero si me duermo soñaré, y me arriesgo a contarles demasiadas cosas a Finn o a Sebastian.

—Mañana —sigue diciendo Misha—. Cuando hayas dormido y hayas tenido tiempo de digerir lo que hemos hablado hoy, podemos practicar el bloqueo. Pero he de advertirte de que normalmente los miembros de las parejas vinculadas sienten la presencia del otro con más fuerza cuanto más cerca están. Incluso tras años de entrenamiento, tal vez no puedas espiar a tu pareja sin que él se dé cuenta.

Asiento.

—Lo tendré en cuenta.

Aunque no pueda espiar a Sebastian, igualmente quiero aprender todo lo que Misha pueda enseñarme. Notar a Sebastian todo el tiempo me vuelve débil. Si ahora mismo entrara por la puerta, no sé si sería capaz de no lanzarme a sus brazos.

—Y respecto a esta noche —añade Misha—, ¿te apetece que te enseñe el resto del castillo?

Sí, me apetece. Nunca he estado en un lugar tan espectacular como el castillo Craige, al menos las partes que he visto. Y, sin embargo, no es así como me gustaría pasar la noche.

—¿Podría ir con Amira? ¿A los campos? —Me muerdo el labio. Quiero que alguien me confirme que Misha es de fiar, pero ¿quiero saberlo por mí o por los seres más vulnerables?

—Oh, no sé... —Misha guarda silencio un buen rato, con la mirada perdida. Me pregunto si me está dando tiempo para retirar mis palabras y decir que no es necesario que vayamos.

—Si me ocultas algo...

De repente él asiente y me sonríe.

—Amira aún no ha salido de las caballerizas. Ha dicho que nos espera y que podemos ir todos juntos.

Frunciendo el ceño miro a mi alrededor.

—Has..., ¿acabas de hablar con ella?

Su sonrisa se ensancha.

—Sí, claro. —Se da un golpecito en la sien, como si eso lo explicara todo, y luego dice—: ¿Puedes montar con esa ropa o prefieres cambiarte?

Bajo la vista hacia los pantalones de cuero y las botas que me he puesto hace un rato.

—Esta me va bien.

—De acuerdo. —Asiente mientras se da la vuelta y se dirige a la escalera—. Amira me ha dicho que cojas algo de abrigo. Cuando regresemos será noche cerrada y hace frío cuando se pone el sol.

Veo una capa negra colgada junto a la puerta y la cojo antes de seguirlo a toda prisa. Tiene las piernas tan largas que ya ha llegado a la escalera cuando lo alcanzo.

—¿Podré hacer eso con Sebastian?

No sé cómo me hace sentir eso. Por un lado me estoy hartando ya de tener que apartar sus emociones, que no paran de llamar la atención de mi conciencia. Pero, por otro lado, sería increíble poder mantener una conversación con alguien que no está ni siquiera bajo el mismo techo.

Misha niega con la cabeza.

—No conozco al detalle los poderes del joven príncipe, así como la verdad es que tampoco conozco el alcance de los tuyos, pero, por lo que sé, no podéis hablar telepáticamente.

—¿Estás diciendo que el vínculo funciona dependiendo de los poderes de cada uno?

Al llegar al pie de la escalera se dirige a la izquierda. Salimos del palacio y encontramos otra escalera. Me doy cuenta de que hay escaleras por todas partes, todas talladas en la propia montaña. Es como si el castillo Craige estuviera en el punto más alto de las Tierras Salvajes y para dirigirse a cualquier otro lado hubiera que descender.

Misha me mira y ladea la cabeza.

«Esto no es el producto de ningún vínculo», me dice en mi mente, y lo oigo tan claro como si lo hubiera dicho en voz alta. «Esto es mi don. Igual que ser capaz de recibir tu respuesta.»

—Oh. Esto es... —*Raro* es la primera palabra que me viene a la mente, pero soy demasiado educada para acabar la frase.

A Misha se le escapa la risa, porque lo oye igualmente.

—Perdona la indiscreción, pero siento curiosidad —me dice—. Ayer me pareció que querías cortar todo posible contacto emocional entre Sebastian y tú, y ahora me preguntas cómo podrías mantener una comunicación más... precisa a través de la conversación.

Me encojo de hombros.

—No eres el único curioso de por aquí.

—Pero ¿qué es lo que quieres en realidad? ¿Cerrarle el acceso a tu mente o ser capaz de comunicarte libremente con él?

Mi reacción instintiva es afirmar que quiero echarlo a patadas de mi mente, que no quiero saber qué piensa ni qué siente, que no quiero volver a verle la cara ni pensar en él nunca más, pero me doy cuenta de que es mi corazón roto el que habla.

—Creo que las dos cosas —respondo pensativa—. Quiero ser capaz de cerrarle el acceso a mi mente cuando lo desee, pero admito que me intriga la posibilidad de poder comunicarme con alguien sin hablar. Lo importante para mí es tener la posibilidad de elegir. Quiero tener el control de mi mente y mis sentimientos.

—Me parece justo —replica él asintiendo.

Enderezo la espalda y disimulo una sonrisa cuando se me ocurre una idea.

—¿Hasta dónde alcanza tu don?

—Depende. Si la mente en la que trato de escuchar es débil o voluntariamente permite nuestra conexión mental, he llegado a hablar con alguien que estaba en el otro extremo de la corte. Pero, si la mente se protege con barreras, tengo que estar en la misma habitación y, a veces, si se trata de alguien bien entrenado, ni siquiera así lo consigo.

—¿Y funciona con los humanos?

Él suelta una risa burlona.

—Las mentes humanas suelen ser muy fáciles de leer.

—¿Podrías...? ¿Crees que podrías echar una ojeada a la mente de mi hermana? Para asegurarme de que está bien.

Él niega con la cabeza.

—Me temo que mi poder no funciona entre reinos distintos.

—Oh, ya, claro. —Bajo la vista hacia la fina capa de polvo que cubre mis botas.

—Pero podría enviar a Storm si quisieras. —No me gusta la idea de que esas criaturas espíen a mi hermana. Supongo que mis recelos son evidentes, porque añade—: O si no te fías de lo que puedas ver a través de sus ojos, podrías enviarle una carta mediante mi goblin.

—¿En serio?

—Sería un placer. Sé lo que es perder el contacto con una hermana pequeña. —Me dirige una mirada triste.

—Muchas gracias. En teoría sé que está bien, pero ahora que soy fae... —Busco las palabras adecuadas, pero se me escapan. Los ojos me arden y tengo que tragar saliva para contener las lágrimas que han aparecido sin avisar—. Cuando fui a visitar a mi hermana con Sebastian, no pensé que sería la última vez que la vería.

—¿Te gustaría que la trajera aquí?

«Sí, por favor.»

Me cuesta mucho no pronunciar las palabras en voz alta, pero me contengo. Nada me gustaría más que tener a Jas conmigo, pero no puede ser. Nunca olvidaré el terror que vi en sus ojos cuando le sugerí que regresara a Feéra conmigo. Lo que tuvo que soportar mientras fue prisionera de Mordeus la marcó con fuerza. Mi hermana, que siempre había

sido alegre y confiada, aprendió a desconfiar de todos los fae. Y no pienso arrebatarle la posibilidad de elegir, como hizo Sebastian conmigo.

—No —digo al fin—. No. Está donde quiere estar. Le enviaré una carta. —No sé qué le diré, pero encontraré la manera de llegar hasta ella sin hacer que se preocupe por mí.

Misha afloja el paso y finalmente se detiene. Cuando se vuelve hacia mí su mirada está tan llena de compasión que tengo que darme la vuelta unos momentos para recuperar la compostura.

—Las cosas no serán siempre así —me dice en tono amable—. La soledad es una vieja conocida tuya, pero te prometo que algún día dejará de serlo.

Me contemplo las botas.

—Pensaba que no eras vidente.

—No lo soy. Pero soy muy muy viejo, y reconozco un alma buena cuando la veo. Y las almas buenas no pasan demasiado tiempo solas. —Me da un apretón en el hombro y oigo el ruido de sus pasos mientras se aleja.

7

Sigo a Misha en silencio, avergonzada por haber dejado que mis emociones se descontrolaran. Cuando entramos en las caballerizas me he repuesto lo suficiente y soy capaz de erguir la espalda y de alzar la barbilla.

—Te presento a Amira. —Misha mueve la mano en dirección a la alta fae que está ensillando su caballo.

Dirigiéndome una sonrisa por encima del hombro, ella aprieta unas cuantas correas antes de volverse del todo hacia mí. No sé qué me sorprende más, lo sincera que parece su sonrisa o el hecho de que se esté ensillando su propio caballo.

Es alta —tan alta como Misha—, con unos cálidos ojos marrones y la piel tan oscura como la noche. Lleva el pelo —también oscuro— muy corto, casi rapado, lo que hace destacar sus grandes ojos y la hilera de brillantes pendientitos de amatista que le decoran las orejas, delicadamente puntiagudas.

Dando un paso adelante le ofrezco la mano.

—Soy Abriella. Me alegro de conocerte.

Ella me toma la mano entre las suyas.

—El gusto es todo mío —replica en voz baja y melodiosa—. Finn y Pretha me han hablado mucho de ti.

Me tenso al recordar su visita a casa de Finn, cuando aún no entendía la maldición y aún no sabía que Finn y Sebastian en realidad perseguían una corona que aún desconocía que llevaba puesta.

—Me alegra ver que estás bien —me dice inclinando la cabeza en señal de deferencia, lo que me sorprende. Ella es la reina de las Tierras Salvajes.

Yo no soy más que una antigua humana que ha puesto patas arriba el destino de un reino entero. Si Oberon no me hubiera salvado...

Misha se aclara la garganta y hago una mueca ante este recordatorio de sus poderes. Es como si llevara un cartel con mis miserias colgado del cuello.

—¿Estás segura de que no te importa que te acompañe?

A Amira se le ilumina la mirada.

—¡Claro! Me encantará ir contigo. Además, así podrás ver parte de nuestras tierras.

—Gracias.

—Elige un caballo, Abriella —me ofrece Misha alzando las dos manos con las palmas hacia arriba y señalando los establos—. Los mozos de cuadra están cenando, pero podemos ayudarte a ensillar si lo necesitas.

Hay docenas de caballos, pero una yegua negra sacude su sedosa melena con mechas plateadas cuando me acerco, como si tratara de llamarme la atención.

—Esa es Two Star —me dice Amira dirigiéndose hacia mí con una silla de montar al hombro.

—Es una belleza —comento acariciando el morro de la yegua.

—Es muy especial y ella lo sabe —interviene Misha mientras ensilla su propio caballo, un semental castaño tan alto que necesitaría una escalera si quisiera montar en él.

Amira levanta el pestillo y abre el cubículo.

—El nombre hace referencia a las marcas plateadas en forma de estrella que tiene en los cuartos traseros. Hay muy pocos como ella y todos provienen del mismo linaje: son descendientes del corcel de la reina Mab.

Es la segunda vez esta noche que oigo mencionar a la vieja reina de los cuentos de hadas.

—La reina Mab... ¿existió en realidad? —pregunto mientras ayudo a Amira a colocar la silla y la brida. Lo hago de memoria, de lo que aprendí en las caballerizas de Sebastian. Y cuando me encallo Amira me indica en silencio los pasos que he de seguir.

—Oh, sí. Era muy real y muy querida por su pueblo —responde Misha, que sigue ensillando su caballo con la facilidad de quien lo ha hecho miles

de veces. Teniendo en cuenta lo viejos que son, probablemente sea así—. Su linaje gobernó el reino de las Sombras antes de que el abuelo de Finn entrara en escena.

—La familia de Finn... ¿los expulsó? —pregunto.

Amira frunce los labios y niega con la cabeza. El brillo de sus ojos marrones se apaga cuando contesta:

—El abuelo de Finn, Kairyn, era el segundo en la línea de sucesión al trono, por detrás de la última descendiente viva de Mab, la reina Reé. Kairyn subió al trono después de que Reé fuera asesinada.

«Qué oportuno para él.»

—Kairyn vivía entregado a su reina —dice Misha sacando a su caballo del cubículo—. Estaban amarrados. Kairyn habría hecho cualquier cosa por la reina Reé o por cualquiera de sus herederos.

Agacho la cabeza, avergonzada por haber pensado mal de él.

—No pasa nada —dice Amira acariciándome la mano. Su amable sonrisa me tranquiliza, aunque al mismo tiempo siento que sus poderes le permiten percibir mis emociones—. Con todo lo que has visto en el reino fae, nadie puede culparte por ponerte en lo peor. Sin embargo, la pérdida del linaje de Mab fue un golpe terrible para cualquiera que no quisiera que la Corte del Sol extendiera su reinado más allá de sus fronteras.

—¿Fue esa la razón por la que los fae empezaron a tener hijos con humanos? —pregunto—. ¿Para tener más herederos? ¿Para evitar que los linajes desaparecieran con tanta facilidad?

—Mab tuvo muchos hijos, algunos con humanos, otros con fae —responde Misha—. Y sus hijos tuvieron hijos, etcétera. Su linaje fue bendecido con el don de la fertilidad.

Frunzo el ceño.

—Pero, entonces... ¿qué les pasó?

Amira me sostiene la mirada. Prácticamente puedo ver que se le rompe el corazón cuando responde:

—Los fae dorados los mataron a todos, incluso a los bebés.

Descendemos durante kilómetros a lomos de los caballos por un camino pedregoso que atraviesa bosques, un camino tan empinado que me duelen los muslos y el abdomen por el esfuerzo que he de hacer para no caerme de la montura. Cada vez que el agotamiento me atormenta me pregunto por qué no me he quedado en palacio descansando en la cama. No sé cómo decidir de quién puedo fiarme en este reino, pero se puede obtener mucha información viendo cómo alguien trata a los que son más débiles que él, esos que no tienen nada que ofrecerles. Así que hoy espero descubrir muchas cosas sobre mis anfitriones.

Durante el camino el rey y la reina se han estado refiriendo a los campos para los fae de las Sombras como asentamientos. Cuando llegamos entiendo la razón. El lugar que han erigido para los refugiados unseelies se parece más a una aldea que a un campamento temporal.

Misha había dicho que las condiciones de los alojamientos eran «adecuadas». Francamente, esperaba que fueran precarias, pero las casitas con techo de paja que se alinean a ambos lados del camino me parecen mucho más correctas de lo que esperaba.

Cuando el camino llega a una bifurcación Misha desmonta y ayuda a su esposa a descender del caballo antes de ayudarme a mí. Dos chicos sonrientes con cuernos diminutos y larga melena oscura se llevan los caballos, dejándonos en lo que parece ser la zona comunitaria del asentamiento. Hay un pabellón con mesas alineadas —un comedor comunitario, me imagino— y, más allá, un patio donde tres niños juegan a lanzarse una pelota.

—El colegio está allí —me indica Misha cruzando el pabellón hasta llegar a una hilera de edificios al otro lado de la plaza. Están construidos en piedra y parecen muy antiguos—. Y la enfermería, allí. Es ahí donde recibimos a los nuevos residentes, ya que la mayoría de ellos necesitan los cuidados de la sanadora al llegar.

—¿Y es ahí también donde los niños se reúnen con sus padres? —pregunto.

Misha no puede disimular la tristeza que asoma a su rostro.

—Solo cuando tenemos mucha suerte.

—Este asentamiento es uno de los muchos que hay diseminados por nuestras tierras —me explica Amira, que está a mi espalda. Al volverme veo que se ha formado una fila de niños delante de ella, que se ha agachado y los está abrazando uno a uno. La imagen me recuerda a la primera profesora que tuve en Elora, antes del incendio, cuando mi familia aún estaba entera.

La señora Bennet era cariñosa y amable. Cada vez que mis amigos y yo la veíamos fuera del colegio corríamos para ser los primeros en recibir uno de sus abrazos.

Mi intención era usar esta visita para juzgar si podía fiarme o no de esta pareja. Si Amira lo hubiera sabido y lo hubiera preparado con anterioridad, no habría podido orquestarlo mejor. Pero esto no estaba planeado y estos niños no están fingiendo. Se nota que la reina de las Tierras Salvajes pasa mucho tiempo aquí y los niños se alegran sinceramente de verla. Ella no les mete prisa y le da a cada uno el momento que había estado esperando.

Misha se coloca a mi lado.

—Cuando abrimos los portales para que los refugiados lleguen hasta aquí, nuestro objetivo es sacarlos de las tierras seelies —me explica—. Solo después de asegurarnos de que están a salvo iniciamos el proceso de reunión de las familias. Pero lleva su tiempo y a menudo los niños están demasiado débiles para viajar inmediatamente.

—¿Por qué no reunirlos a todos en un único asentamiento?

Misha niega con la cabeza.

—Menuda tontería.

Amira acaba de abrazar al último niño y me dirige una sonrisa como si tratara de suavizar la dura respuesta de su esposo.

—En muchos aspectos nos haría la vida más fácil —me dice levantándose y acercándose a nosotros—, pero también sería más fácil que la reina Dorada nos atacara. Algunos miembros de nuestra guardia se ocupan de llevar mensajes de un asentamiento a otro. También llevan registros de los residentes. La reunión de las familias es siempre el objetivo, pero no siempre es posible.

Un niño pequeño al que Amira acaba de abrazar va y viene, caminando con el ceño fruncido desde el pabellón hasta donde estamos nosotros.

—Algunos de los padres no sobreviven —me aclara Misha en voz baja—. Y muchas veces los adultos nos dan nombres falsos. Los años que han pasado bajo el yugo de Mordeus los han vuelto desconfiados. Las dificultades se amontonan.

Trago saliva al imaginarme a todos los huérfanos preguntándose si sus padres estarán vivos o muertos. Sé lo que se siente.

—Allí hay un mercado —me indica Misha señalando una hilera de tenderetes a lo lejos—. Está abierto todas las mañanas y cierra al mediodía. Hay mucha actividad y el alquiler de los tenderetes nos ayuda a hacer frente a una parte de los gastos del asentamiento para que todo funcione.

—Deberías volver otro día a visitar el mercado —propone Amira—. Ya sea por disfrutar de la artesanía o por la comida, siempre hay algo para todos los gustos.

Una fae con piel dorada y pelo corto y canoso se acerca a nosotros y se inclina en una profunda reverencia al llegar frente a Misha y Amira.

—Sus majestades.

—Leta, te presento a nuestra invitada, Abriella —dice Misha—. Abriella, ella es Leta.

—Es un placer conocerla —asegura Leta inclinando la cabeza.

—El placer es mío —replico moviéndome inquieta de un lado a otro. Llevo toda la vida escondiéndome entre las sombras, tratando de no llamar la atención. La deferencia que me mostraban las doncellas en el Palacio Dorado me hacía sentir incómoda y aquí me pasa lo mismo.

—Leta se ocupa de la enfermería —me explica Amira—. Muchos llegan de los campos de Arya heridos, y Leta los cuida hasta que recuperan la salud. Tenemos mucha suerte de contar con ella.

Leta se ruboriza vivamente.

—Gracias, majestad. Para mí es un honor. —Traga saliva—. Siento interrumpir la visita de lady Abriella, pero, si tienen un momento, deberían ver algo.

Misha y su esposa intercambian una mirada y luego Misha asiente.

—Te seguimos.

Leta nos guía hasta la enfermería. Entramos en el edificio de piedra y vamos hasta una de las habitaciones situadas en la parte de atrás. Hay una

hilera de camas ocupadas por niños dormidos. Misha los observa con el ceño fruncido.

—¿Todos estos niños se han puesto enfermos a la vez? —pregunta.

Leta niega con la cabeza.

—No sabemos qué les pasa. Es como si estuvieran dormidos, pero... —Misha la mira, aguardando, y ella alza las manos con las palmas hacia arriba—. No se despiertan. La respiración es superficial y la temperatura, baja. Es como si estuvieran sufriendo una especie de hibernación.

—¿Es contagioso? —pregunta Misha—. ¿Se está extendiendo?

—Solo entre los niños. Los primeros llegaron ayer y esta mañana han traído dos más. De momento ningún adulto muestra síntomas.

Amira se dirige hacia una de las camas, situada en el centro de la hilera, donde duerme un niño pequeño con el pelo corto, moreno, ovillado de lado. De no ser por la explicación de Leta pensaría que los niños están echando la siesta.

Estos niños son distintos a los que Lark me mostró en el sueño. No puedo ignorar las semejanzas, pero sigo sin saber qué trataba de decirme.

«Te están buscando. Tienes que volver a casa.»

¿Se referiría a que este será mi hogar? ¿Querría decir que hay algo que puedo hacer para ayudar a estos niños? Pero, entonces, ¿por qué me mostró una imagen tan distinta?

Amira le aparta el pelo de la frente.

—Eh, pequeño.

—Es Cail —dice Leta—. Tiene tres años. Llegó al asentamiento con su hermana mayor hará cosa de un mes.

—¿Cómo está la hermana? —pregunta Misha.

—Aparentemente bien. Preocupada por su hermano, claro, pero no muestra síntomas de la enfermedad.

Amira se deja caer al suelo de rodillas para quedar cara a cara con el pequeño durmiente.

—¿Cail? ¿Estás ahí?

—Lo hemos probado todo —dice la enfermera—. Es una enfermedad muy rara. Nunca había visto a niños dormir tan profundamente durante tanto tiempo.

Amira le acaricia el pelo una vez más antes de levantarse.

—Lo he sentido, está ahí dentro —nos dice—. No sufre, pero es muy raro. Nunca había notado algo así. ¿Nos mantendrás informados, por favor?

Leta asiente.

—Por supuesto. Siento haberlos molestado, pero agradezco mucho que hayan venido.

—No es ninguna molestia —le asegura Amira cogiéndole una mano entre las suyas.

Leta relaja los hombros y se le normaliza la respiración.

—Gracias —murmura.

En el exterior alguien empieza a gritar.

Misha y Amira salen a toda prisa de la enfermería y yo los sigo. El niño que fruncía el ceño hace un rato está solo en medio de la calle gritando como si lo estuvieran atacando. En cuanto lo veo siento su terror como si fuera mío.

Amira se deja caer de rodillas ante él y lo abraza. Él sigue gritando, pero entierra la cara en su pecho como si buscara refugio y consuelo.

A nuestro alrededor la gente se vuelve para mirarnos, pero no parecen especialmente alarmados por el berrinche del niño.

Amira no lo levanta en brazos, ni le dice que se calle. Le acaricia la espalda con delicadeza, una y otra vez, mientras él sigue chillando.

El miedo da vueltas a mi alrededor encerrándome. Me siento impotente; del todo impotente ante los descorazonadores gritos del pequeño.

—¿Qué puedo hacer? —le pregunto a Misha.

Él me apoya una mano en el brazo mientras Amira me busca la mirada y niega sutilmente con la cabeza.

«Nada.» No puedo hacer nada. Como siempre.

Me aparto un poco. Ya que no puedo hacer nada, al menos saldré del medio.

Cuando al fin el niño deja de gritar y se hace el silencio, el miedo que me recorría las venas desaparece como si nunca hubiera existido. Amira lo sujeta mientras se levanta y lo mantiene pegado a su hombro.

—Ahora vuelvo —me dice pronunciando las palabras sin hacer ruido.

Asiento y lo observo mientras lleva al niño a una de las cabañas cercanas.

—¿Qué le pasa? —pregunto.

—Logramos rescatar a algunos de los niños antes de que los lleven a los campos —me responde Misha, que no pierde de vista a Amira—. Ese es siempre el plan. Localizarlos cuando llegan y abrir el portal para transportarlos a un lugar seguro antes de que los guardias de Arya los capturen. Pero Mordeus y la reina siempre tenían ojos vigilando. Mordeus no quería que sus súbditos escaparan y la reina quería que todos los fae de las Sombras que llegaran a sus tierras trabajaran en los campos. Y si no servían, los mataba. Hemos tratado de organizarnos, pero la necesidad de actuar en secreto nos ha complicado mucho las cosas. —Señala con la cabeza hacia la casa donde Amira ha entrado con el niño—. Demasiados niños pasaron semanas en los campos antes de que consiguiéramos localizarlos. Algunos de ellos no se recuperan del todo de lo que vivieron allí.

—¿Qué les hicieron?

Él niega con la cabeza.

—No conocemos los detalles, pero sé que la reina los enviaba a las minas.

—¿Las minas?

Él me observa durante un rato y me pregunto si está leyendo mis pensamientos y notando el dolor que siento al pensar en las familias divididas.

—Ya te hablé de lo que podía encontrarse bajo las montañas Goblin.

—Las piedras de fuego —susurro.

Misha se echa hacia atrás y se cruza de brazos.

—Lleva veinte años enviando niños unseelies a esas minas. Sin las piedras que le suministran las minas, el precio de su maldición le habría arrebatado la vida mucho antes de que tú la rompieras. Ella se defendía diciendo que capturaba a los unseelies como advertencia, y que los mantenía apartados para proteger a su pueblo, pero lo cierto es que necesitaba a esos niños para conseguir las gemas y sobrevivir a la maldición.

—¿Por qué niños unseelies? —pregunto—. ¿Porque son pequeños? Pero están indefensos ahí abajo...

—No es solo porque son pequeños, aunque eso facilita la labor. Pero es también porque tienen una habilidad innata para notar la presencia de las piedras de fuego a través de las paredes. Es una habilidad que se pierde con los años. Y ¿por qué unseelie? Tal vez por su facilidad para moverse en la oscuridad, o tal vez porque el corazón de la reina está lleno de odio. Algunos niños no sobreviven y los que lo hacen... —Niega con la cabeza y me comunica el resto mentalmente.

«La mayoría de los adultos moriría si tuviera que enfrentarse a los horrores que albergan esas montañas.»

Temo preguntar; una parte del terror que he sentido en el niño se niega a abandonarme.

—¿Qué es? ¿Qué aguarda en esas sombras?

—Los monstruos que habitan bajo las montañas Goblin..., bueno, uno no puede acceder a un gran poder sin enfrentarse a grandes horrores.

—Pero la reina no se ha enfrentado a ellos. Ha enviado a niños a hacerlo en su lugar —replico en tono amenazador.

La sangre me hierve de rabia. En el reino mortal se engaña a los niños, que quedan obligados por contrato a llevar una vida de servidumbre, y aquí los envían bajo tierra, donde se enfrentan a monstruos indescriptibles. ¿Tan poco razonable es pensar que los poderosos deberían proteger a los más vulnerables?

Tal vez está tratando de manipularme para que lo apoye en sus planes políticos. Tal vez no puedo fiarme de nadie en este reino. Pero el miedo de ese niño era muy real, y haré lo que esté en mi mano para evitar que la reina Dorada obtenga más poder a costa de explotar a más niños. En el reino humano siempre deseé poder proteger a los débiles y vulnerables. Todavía no he podido quitarme de la cabeza el montón de contratos que vi en la cámara acorazada de Creighton Gorst. En este reino tengo poder y me niego a malgastarlo por culpa de un corazón roto.

—Envió a niños a las minas —repito—. Los sacrificó.

—Sí —confirma Misha en tono grave.

—La muerte es demasiado poco para ella —murmuro sin pensar en lo que estoy diciendo.

Pero Misha sonríe.

—No puedo estar más de acuerdo. —Suelta el aire y sacude la cabeza como si quisiera librarse de alguna imagen demasiado perturbadora.

No me quiero imaginar qué más podría hacer si lograra expandir su reino a tierras unseelies. ¿Qué pasaría con los niños que viven allí si nadie pusiera coto a su ambición?

Frunzo el ceño.

—Parece que todo el mundo sospecha que la reina mató a sus padres. Nunca lo he entendido.

Misha abre mucho los ojos como si estuviera intrigado, pero su respuesta es cuidadosamente neutra.

—Mmm.

—No puede ser verdad, ¿no? —insisto—. Me contaron que una corona no puede pasar al heredero si este asesina a quien la lleva. Si eso es verdad, ¿cómo consiguió Arya la corona?

—Buena pregunta. Son muchos los que creen que si descubriéramos la respuesta conoceríamos el punto débil de Arya. Pero no lo conocemos. —Se encoge de hombros—. Me cuesta creer que lo suyo sea una simple cuestión de suerte.

Trago saliva.

—Debería haberla matado cuando tuve la oportunidad.

Él niega con la cabeza.

—Nunca tuviste la oportunidad, Abriella. No te engañes. No va a ninguna parte sin protección. Siempre la acompañan decenas de sus guardias más fuertes y leales. Si lo hubieras intentado habrías fracasado, sobre todo siendo humana.

Suspiro.

—Sé que no debería consolarme con esa idea, pero el caso es que me consuela.

—Acompáñame.

Me guía hasta la escuela que me ha señalado antes. Las puertas están abiertas y hay un grupo de niños jugando en un jardincillo que se encuentra

frente a la entrada. Dentro veo una docena de pupitres encarados hacia una pizarra y, en la esquina, una fae de pelo plateado está sentada al escritorio. Se levanta al ver a Misha y él la saluda.

—Hola, Della. Hemos venido a echar un vistazo a los dibujos de los niños.

—Claro, bienvenidos. —Tiene las mejillas coloradas, como si la presencia del monarca la alegrara pero le resultara embarazosa al mismo tiempo. No se atreve a mirarlo a los ojos, pero no creo que sea porque no lo tenga permitido. Creo que se siente impresionada por la presencia del rey de las Tierras Salvajes.

Él señala con la cabeza hacia una pared, al otro lado de los pupitres, donde hay dibujos de todas las formas y tamaños. Me acerco, fascinada por lo que veo. Hay dibujos de familias, de cielos estrellados, de montañas, ríos y flores. Pero los que no puedo dejar de mirar son los de monstruos: bestias sin ojos con dientes afilados, retratados con trazo rudimentario, pero que igualmente parecen salir del papel.

—Te presento a Abriella —dice Misha.

Con esfuerzo, aparto la mirada de los dibujos y me vuelvo para saludar a la maestra.

Ella se acerca y me ofrece la mano.

—Siempre es un placer saludar a una amiga de Misha.

—No es solo una amiga —replica el rey—. Ella es quien mató a Mordeus.

Los ojos de la maestra se abren como platos.

—¡Por los dioses! No lo sabía. —Sin soltarme la mano planta una rodilla en el suelo y se lleva mis nudillos a la frente—. Es un gran honor. Gracias, gracias. No tiene ni idea de lo que ha hecho por nuestro pueblo. Tenemos una deuda inmensa con usted. Por favor, dígame cómo puedo honrarla hoy y todos los días de hoy en adelante.

—Yo... —Miro a Misha sin saber qué decir. El saludo de Leta me había parecido incómodo, pero esto ya... Misha se encoge de hombros, como si no fuera directamente responsable de haberme puesto en esta situación tan tensa—. Por favor, levántate —indico al fin—. No me debes nada.

—Se lo debo todo. Mordeus mató a mis padres, a mis hermanos, a mi pareja vinculada y a mi... —La palabra se le queda atascada en la garganta, pero sé lo que va a decir sin necesidad de que la pronuncie. Mordeus no es solo el responsable de que tuviera que abandonar su hogar; también mató a su hijo.

¿Seguiría arrodillada ante mí si supiera que los conflictos no han acabado? ¿Me daría las gracias si entendiera que, al tomar el camino que me ha traído hasta aquí, he condenado a su gente a más de lo mismo? Tal vez cambie el nombre del villano, pero sin nadie que pueda sentarse en el trono de las Sombras, la corte unseelie no tiene ninguna posibilidad de vencer a la reina.

—Era un monstruo —susurra.

—Hay muchos monstruos en el mundo —le digo pensando en las criaturas que viven en el fondo de esas montañas, pensando en la reina—. Yo solo maté a uno y, aunque me alegro de que esté muerto, quedan más. Por favor, levántate.

Ella obedece a regañadientes, pero mantiene la cabeza agachada.

—La profecía nos avisó de su llegada, pero no pensé que viviría para verlo.

Busco a Misha con la mirada.

«¿Qué profecía?»

«No estoy seguro de a cuál se refiere. Podría ser una versión distorsionada de varios cuentos distintos en los que un mortal llega al mundo con el objetivo de matar a reyes malvados.»

Ja. La magia de Misha es inquietante de entrada, pero cuando te acostumbras es bastante práctica.

«¿A que sí?», me pregunta la profunda voz de Misha en mi cabeza.

Amira entra en la escuela y sonríe al vernos.

—Aquí estáis.

—¿Va todo bien? —le pregunta Misha a su esposa.

Amira asiente y, cuando el silencio se alarga, me doy cuenta de que están manteniendo una conversación silenciosa en privado.

Finalmente Della me suelta la mano y retrocede con la cabeza gacha.

—¿Necesitas ayuda alguna vez? —Me muevo incómoda en el sitio, no muy segura de lo que estoy ofreciendo.

Della alza la cara al fin.

—¿Ayuda con qué? ¿A qué se refiere, señora?

Misha y Amira me observan. Aunque me siento ridícula, sigo hablando.

—Ayuda en la clase. ¿Necesita a alguien que les lea a los niños o...?

—Oh, no es necesario —responde Della al mismo tiempo que Misha dice:

—Eso sería fantástico, Abriella. ¿Por qué no vuelves mañana?

Con las mejillas coloradas, Della asiente.

—Sería un honor.

—Vamos, Abriella. —Amira me señala la salida del edificio—. Deja que te mostremos el resto del asentamiento.

—Ha sido un placer —le digo a Della por encima del hombro.

—El placer ha sido mío, señora.

Me escabullo lo más rápidamente que puedo.

—En un aula siempre faltan manos —comenta Misha reuniéndose con nosotras en la puerta.

Caminamos los tres juntos. Yo trato de respirar, pero cuantas más vueltas le doy más se me encogen los pulmones. El cielo está coloreado con un vibrante arcoíris de tonos pastel que sigue la estela del sol que se oculta. Aunque es un espectáculo precioso, desearía que ya fuera noche cerrada. Desearía poder ver las estrellas.

—Cree que la he salvado —suelto, cuando ya nos hemos alejado un buen tramo de la escuela—, pero por mi culpa todavía no pueden volver a casa. Por mi culpa su trono está roto, igual que el maldito reino.

Amira, que va delante de mí, se detiene, se da la vuelta y me toma la mano.

—Abriella —me dice, y mediante el sonido de su voz y su contacto mi enfado y el odio que siento por mí misma desaparecen y se transforman en calidez y... paz.

Abro mucho los ojos. Ella me devuelve la mirada y sonríe.

«Precioso don, ¿verdad?» La voz de Misha suena en mi cabeza y yo respondo asintiendo en silencio, sin pensar en lo raro que puede resultar

desde fuera.

—¿Crees que estarían mejor si hubieras dejado que Mordeus siguiera con vida? —me pregunta Amira—. ¿Si no hubieras venido a nuestro reino en busca de tu hermana?

Niego con la cabeza. No puedo pensar en Jas. Salvarla no era una cuestión de elección, tenía que hacerlo, pero lo que pasó después...

Amira sigue mirándome fijamente.

—Nadie sabía lo que pasaría; no es culpa tuya.

—Quieren volver a casa. ¿No lo notáis? —Trago saliva con fuerza. No sé lo que estoy diciendo. No entiendo esta emoción que estoy sintiendo. Ni siquiera era consciente de sentirla hasta ahora mismo.

—Puedo sentirlo —replica ella ladeando la cabeza—, pero ese es mi don, el de la empatía. ¿Estás diciendo que tú también puedes?

—Está en el aire; es como si gritaran pidiendo ayuda.

Ella se vuelve hacia Misha y se miran en silencio durante un rato antes de volverse hacia mí.

—¿Qué estoy sintiendo ahora mismo? —Me sostiene la mirada y, cuando muevo la cabeza, me toma la mano y se la apoya en el pecho—. ¿Me sientes?

—No. —Vuelvo a negar con la cabeza—. Lo siento, yo...

—Es el poder de Oberon —me interrumpe Misha—. El poder de la corona debe de darle una conexión con ellos.

—Es una teoría posible —admite Amira. Al ver que el sol ya casi ha desaparecido por completo añade—: Deberíamos volver; pronto refrescará.

Mientras recogemos los caballos me permito sentir las emociones que hay en el aire. Hay corazones rotos y soledad. Hay nostalgia, pero también alegría. Una sensación de seguridad. «Se sienten a salvo.» Y eso me da más información sobre Misha y Amira que cualquier conversación.

Mientras el mozo de cuadra me ayuda a montar, pienso en Finn. Él es unseelie. ¿Significa eso que seré capaz de sentir sus emociones?

Me pregunto si llegaré a saberlo alguna vez.

8

Cuando Misha me da un beso en los nudillos al dejarme en la puerta de mi habitación noto lo suaves que son sus labios.

—Que duermas bien, princesa —me desea soltándome la mano lentamente.

Su gesto me hace sentir incómoda, pero niego con la cabeza y replico:

—No creo que pueda; tengo demasiadas cosas en la cabeza. —Entre el descubrimiento de que puedo sentir las emociones de los unseelies del asentamiento, mis propias emociones y las que me envía Sebastian constantemente, la cabeza me ha estado dando vueltas durante todo el camino de regreso—. Es abrumador. Ni siquiera puedo fiarme de mis propios pensamientos. ¿Tú lo sabías? ¿Sabías que podría sentir a los unseelies gracias al poder de Oberon?

Él se mete las manos en los bolsillos.

—No, no tenía ni idea, pero hay muchas cosas en tu magia que no entiendo. Lo único que tengo claro es que eres mucho más poderosa de lo que crees. Más de lo que yo mismo imaginaba.

Lo miro de reojo.

—Desde luego.

Él resopla riéndose.

—Y humilde también.

Niego con la cabeza.

—No quería decir eso. Todo mi poder viene de Oberon, por parte del trono unseelie. No quería ser pomposa. Te estaba dando la razón en que no sabemos nada sobre la profundidad y el alcance de este poder.

Hasta esta noche ni siquiera sabía que tenía esta habilidad empática, aunque supongo que la usé en los campos de la reina sin darme cuenta.

—Mmm. —Él da un paso atrás y me examina—. Esa es una suposición interesante.

—Es una suposición acertada. ¿De dónde va a venir si no?

—¿Francamente? —Misha inspira hondo—. No lo sé. Pero estoy tratando de averiguarlo. Finn también se lo preguntaba.

Me tenso al oír su nombre. Cada vez que pienso en el príncipe de las Sombras el pecho se me convierte en un nudo de emociones enfrentadas.

—Pero él lo sabía —susurro—. Sabía de dónde provenía mi poder.

—Él conocía la magia de su padre; la conocía de cerca. Por eso fue el primero en darse cuenta de que la tuya era distinta. Era... mayor.

Lo dudo, la verdad. Creo que los sorprendo tanto porque no esperaban que una chica humana pudiera tener poderes, pero no tengo ganas de discutir.

—Estoy cansada.

Él asiente con la cabeza.

—Le pedí a Genny que te preparara un baño. Te está esperando.

—Gracias. Por eso y por dejarme acompañaros esta noche.

—Ha sido un placer.

—Creo que todavía no te he dado las gracias por acogerme en tu palacio. —Agacho la cabeza—. No tenías por qué haber movido un dedo por mí, pero lo has hecho.

Él se echa a reír.

—Tengo mis motivos.

No lo dudo. Todos los tienen.

—Felices sueños, princesa.

Entro en el dormitorio, pero me detengo antes de cerrar la puerta.

—¿Por qué me llamas así?

Los ojos de Misha se iluminan cuando sonríe.

—Porque llamarte reina sería impreciso —responde antes de darse la vuelta y alejarse pasillo abajo.

—Menuda tontería —refunfuño volviéndome hacia la cama, donde me espera un camisón limpio.

El aire está cargado de humedad proveniente del baño caliente que me han preparado en el baño contiguo. Me desnudo rápido, me dirijo a la bañera, me sumerjo en ella y suspiro cuando el agua caliente me abraza los muslos doloridos.

Cuando el silencio se impone, siento a Sebastian con tanta intensidad —siento su dolor y su tristeza— que tengo ganas de llorar. Lo echo de menos. Echo de menos creer que me quería, que podía confiar en él. Los rizos se me marcan más con el vapor que desprende el baño. Me lavo rápidamente, como si salir de la bañera fuera a ayudarme a escapar de estas emociones y de esta abrumadora soledad. Me pongo el camisón y me meto en la cama. Para entonces la luna es visible ya desde la ventana del dormitorio. El agotamiento tira de mí, pero cada vez que cierro los ojos y trato de relajarme veo al niño gritando en medio de la calle, recuerdo su horror recorriéndome las venas.

No sé por qué Misha piensa que yo, precisamente yo, podría unir una corte dividida. Cualquier sentimiento de lealtad que Sebastian y Finn puedan sentir por mí se ve enturbiado por el hecho de que tengo algo que ellos necesitan. Y eso no significa que pueda lograr que colaboren, incluso si supiera cómo hacerlo. Pero es evidente que alguien tiene que pararle los pies a la reina. No puedo quedarme de brazos cruzados tras haber visto sus campos y tras haber oído los gritos de terror de ese niño.

Tal vez no pueda hacerlo todo. Tal vez no pueda recomponer un reino roto o mediar en luchas de poder, pero podría hacer algo en esos campos si supiera cómo encontrarlos. Aunque para ello tuviera que pedirle ayuda a Sebastian.

Jugueteo con un mechón de pelo a la altura de la sien y sonrío cuando la luz hace brillar los hilos de la pulsera goblin que me dio Bakken. Docenas y docenas de hilos de plata que solo yo puedo ver brillan iridiscentes a la luz de la luna. Salto de la cama y voy a buscar mi daga. Usando la punta afilada como si fuera una cuchilla, me corto un mechón de la nuca y arranco un hilo de la pulsera goblin.

Bakken aparece casi inmediatamente. Es la primera vez que lo veo desde aquella noche en el palacio unseelie. Con las manos aún manchadas con la sangre de Mordeus, tuve que cortarme la melena a la altura de la

barbilla y entregársela al goblin para que me llevara a las catacumbas de Finn. Espero que hoy acepte trabajar por menos.

—Niña del Incendio. —Sonríe al verme—. ¿Qué tienes para mí?

Le muestro la palma de la mano con el mechón de pelo corto que me acabo de afeitar.

Bakken frunce el ceño.

—No me insultes, Niña del Incendio.

—No pretendía ofenderte —le aseguro—, pero es todo lo que tengo y necesito ir al palacio unseelie.

—No trabajo gratis.

—Considéralo un anticipo —improviso sobre la marcha—. ¿Qué te parecería que te trajera un mechón de pelo del príncipe Ronan en el viaje de vuelta?

Bakken entorna sus ojos saltones. Está interesado.

—¿Cómo piensas obtener el pelo del príncipe?

—Déjamelo a mí —respondo con la respiración alterada. Creo que puede funcionar—. Por favor.

Cuando Bakken me agarra la muñeca, recuerdo que lo único que llevo puesto es un fino camisón.

Bakken me lleva directamente a un dormitorio poco iluminado y desaparece antes de que yo haya acabado de materializarme. Este no es el lujoso dormitorio adonde fui a parar cuando crucé el portal del armario de la reina. Este tiene vistas a un caudaloso río que desciende desde un puerto de montaña, pero no es la vista lo que más me impresiona, sino él.

La viva esencia de Sebastian me golpea por su intensidad.

—¡Abriella!

Me vuelvo hacia el sonido de la voz de Sebastian, que se levanta de la cama de un salto. Sin darme tiempo a pronunciar ni una palabra o a prepararme, me abraza con tanta fuerza que me levanta del suelo. No lleva camisa y su cuerpo está tan cálido que no me costaría nada fundirme con él. Y no solo porque añoro su afectuosidad y su amor. No solo porque me siento sola y no quiero vivir en este terrible reino sin él. También deseo

fundirme con él porque, estando juntos aquí, en la misma habitación, la conexión entre nosotros es más que una transmisión de emociones.

Es como si él fuera la mitad de mí, y no soporto el dolor que está sintiendo. Me recuerda a mí misma hace siete años, me recuerda al dolor de aquellos días, después de que me hubiera recuperado de las quemaduras. Aquella noche estuve a punto de morir. Sobreviví, es cierto, pero mi padre no, y he cargado con el peso de esa pérdida en mi pecho y en los hombros de manera constante. Es como una banda de acero que me aprisionara los pulmones y no me dejara respirar hondo.

Al revivir esas emociones, saber que Sebastian está sufriendo así me despierta la necesidad de aliviar su sufrimiento. Con mi beso, con mi cuerpo, con mi perdón. Haría lo que fuera por escapar del peso del dolor, de la culpabilidad, de la preocupación.

Pero no puedo. En vez de eso le apoyo una mano en el pecho y me aparto.

—Bájame.

—Por los dioses de las alturas y de las profundidades, has vuelto a mí —dice acariciándome el cuello con la nariz. Cuando me roza la piel con los labios, la sensación es increíble. Noto su cuerpo y el mío con muchísima intensidad, tanta que más que una sensación es una vibración—. Sabía que volverías.

Estoy peligrosamente tentada de disolverme entre sus brazos, pero lucho por mantener el control.

—Bájame, Sebastian. —La oscuridad inunda la habitación con un estallido ensordecedor.

Él me obedece y me deja en el suelo lentamente mientras yo me esfuerzo por mantener la magia bajo control, incluso después de que la oscuridad se haya desvanecido.

—Lo siento —se disculpa examinándome la cara—. He estado tan preocupado... Te echaba de menos desesperadamente. Traté de visitarte en sueños, pero me echaste de un empujón.

—Lo sé. No eres bienvenido allí.

No necesito ver el dolor reflejado en su cara para saber que le he dado un buen golpe. Lo siento. Es como si me rompiera mi propio corazón con

cada palabra.

Él niega con la cabeza y el dolor amaina. Sus emociones se debilitan, como si les hubiera puesto una sordina o levantado una muralla a su alrededor.

—Entiendo que estés enfadada —me dice—; me lo merezco, pero...

—No estoy aquí para hablar de nosotros. Ni te perdono ni esto es una reunión familiar.

Su rostro palidece y sus preciosos ojos de color verdemar pierden el brillo.

—No quería que las cosas fueran así —se excusa.

Aprieto los dientes. Pensaba que estaba lista para hablar con él cara a cara, que podría centrarme en la misión, pero está resultando más difícil de lo que esperaba.

—Tenías opciones, y una de ellas era contármelo antes.

—¿De verdad lo crees? ¿Qué me habrías dicho?

Le habría cedido la corona encantada si hubiera podido. Pero... para hacerlo tenía que morir o convertirme en fae. La verdad es que, si hubiera sabido lo que necesitaba de mí, habría salido huyendo.

—¿Me has querido alguna vez? —no puedo resistirme a preguntar.

—Eres mi pareja vinculada —responde ladeando la cabeza.

Suelto un resoplido burlón.

—A juzgar por los tatuajes que tienes por todo el cuerpo, me da la sensación de que te has vinculado con la primera que se te ha puesto por delante, así que perdona si no me lo tomo como una señal de amor eterno.

Su mirada se vuelve fría.

—Me refería a que gracias al vínculo no hace falta que me lo preguntes. Sabes exactamente lo que siento por ti.

Porque lo siento en mi sangre. Siento su corazón roto, su anhelo y su amor, incluso a pesar de la barrera que ha alzado para amortiguar sus sentimientos.

—¿Cómo pudiste hacerle algo así a alguien a quien amas? —Inspiro con brusquedad, no pienso llorar—. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Despertarme y aceptarlo todo como si nada? ¿Pensabas que ataría cabos y me iría contigo a la coronación tan contenta?

—No, pensaba que me darías la oportunidad de explicarme. Se supone que así son las cosas cuando amas a alguien. Pero saliste huyendo, como siempre.

Me encojo porque tiene razón. Cada vez que las cosas se han complicado entre nosotros he salido corriendo, pero eso no lo libera de la responsabilidad por sus decisiones.

—No me eches la culpa. Pusiste la corona por delante de mi vida, ¿y lo que te preocupa es que no me quedara a charlar sobre ello?

Él niega con la cabeza.

—¿No has pensado por qué te pedí que no vinieras a Feéra? Te pedí que te quedaras en Fairscape. Necesitaba otro año.

—¿Y qué habría pasado en un año que...?

Sus ojos centellean.

—¡Que ella habría muerto!

—La reina...

Su madre. Sebastian no estaba destrozado porque su madre se estaba muriendo; quería mantenerme oculta hasta su muerte. Inspiro entrecortadamente al recordar lo que me dijo cuando me visitó en sueños.

«Supe que no podría hacerlo; supe que preferiría ver morir a mi madre que traicionarte, pero no tuve elección.»

—Al cumplir los diecinueve, mi madre me encomendó la misión de encontrarte para localizar la corona de mi padre. Lo habría hecho ella personalmente, pero estaba demasiado débil. La maldición le había causado estragos. Por eso me envió a mí, para que llevara a cabo aquello para lo que había nacido: reclamar la corona que Oberon le había prometido que dejaría al hijo de ambos. —Traga saliva—. Y entonces te conocí. Sabía que ella te destruiría y no podía consentirlo. Lo único que podía hacer era ocultarle la verdad y esperar a que la maldición le robara el último aliento. Solo entonces estarías a salvo.

Qué palabras tan bonitas. Eso no se le puede negar, siempre me ha dicho cosas bonitas.

—Lo único que pretendía era mantenerte a salvo.

—¿A mí o a la corona?

—A ti —gruñe con los ojos ardiendo de la frustración que no puede ocultar, por muchas barreras que haya alzado entre nosotros—. Pero no me hiciste caso y viniste igualmente. —Niega con la cabeza—. Hice lo que pude, no pude hacer nada más.

Se acerca y me apoya una de sus grandes manos en la cara, acariciándome la mejilla con el pulgar.

Cierro los ojos intentando no caer bajo su embrujo. Entre la suave caricia de su dedo calloso y su calor —tan cercano que tal vez podría dejar de sentir este frío si me pegara a él—, empiezo a flaquear.

Su amor por mí es todo lo que necesito. Es más grande que todos mis temores, más fuerte que cualquier enemigo. No tendría que volver a estar sola si lo aceptara. Si yo...

—Para —le ordeno apretando los dientes.

—¿El qué?

—Me estás haciendo sentir esta... esta atracción. Me estás transmitiendo emociones para que deje de pensar por mí misma.

—Te estoy dando acceso a mis sentimientos. Estamos vinculados, te guste o no. Todo lo que te llega mediante el vínculo es real, es parte de mí.

—Pero estás escondiendo parte de tus emociones. Dejas que algunas emociones me lleguen con más fuerza que otras.

Él se encoge de hombros, como si su actitud fuera totalmente normal. Tal vez lo es. Tal vez así es como las parejas vinculadas soportan la abrumadora realidad de las emociones compartidas. O tal vez no es más que un cabrón manipulador que no se merece el beneficio de la duda.

—¿Qué habría pasado tras la muerte de la reina? —Trato de aferrarme a la razón para no rendirme a las emociones—. ¿En qué habrían cambiado las cosas?

—¿En qué habrían cambiado? En que habrías tenido una amenaza menos de la que preocuparte. Un fae menos persiguiéndote para arrebatarte la corona y su poder a cualquier precio. —Traga saliva con dificultad—. Necesitaba tiempo.

—¿Para qué?

—Para que la profecía se llevara a cabo, para que me amaras lo suficiente como para entender que yo no quería nada de esto. Nos

estábamos enamorando. —Aprieta el puño y se lo lleva al pecho—. No quería quitarte nada con engaños. Quería encontrar la manera de contarte la verdad. Quería que me amaras lo suficiente para que eligieras tomarte la poción voluntariamente, sin tener que obligarte.

—Nada te impedía contármelo.

Se le abren las ventanas de la nariz.

—Te estabas enamorando de él. Y mientras Finn tuviera una posibilidad de engañarte para que le cedieras la corona, no habrías estado a salvo. Por eso era necesario que nos vinculáramos. Por eso te engañé, porque quedarme con la corona era la única manera de protegerte, y ocultarte la verdad era la única manera de conseguir que te vincularas conmigo.

Qué explicación tan bonita, tan redonda. Quiero tragármela enterita, quiero creer que todo irá bien si volvemos a confiar el uno en el otro..., pero no puedo.

—Sabías que moriría, sabías que el vínculo me mataría.

—Sabía que morirías y también que te tomarías la poción. Me pareció bien porque...

—¿Te pareció bien? —La furia se apodera de mí. No puedo con ese egoísmo y esa arrogancia tan fae.

Sus ojos vuelven a encenderse.

—Sí. Porque significaba que serías fae. Y, mejor aún, dejarías de llevar la corona por la que tantos en este reino irían a la guerra. Me pasaba las noches en vela imaginándome lo que mi madre te haría si te encontraba o pensando en que Finn estaba a punto de ganarse tu confianza.

—¿Acaso no lo entiendes? —susurro—. No me arrebataste solo la corona. Me quitaste la vida. Me mataste.

Sebastian cierra los ojos con fuerza.

—Te quiero.

Niego con la cabeza, porque sé que es verdad. Sé que él lo cree.

—El amor sin confianza no significa nada.

Él traga saliva.

—Sé que ahora mismo estás herida, pero ¿tienes idea de lo destrozado que me quedé cuando me dejaste? ¿Y te fuiste con él? ¿Después de todo?

Frunzo el ceño.

—¿Con quién? ¿Con Misha?

—Con Finn —responde gruñendo—. Me dices que no puedes perdonarme, pero a él lo perdonaste por lo mismo. ¿Cómo quieres que lo entienda?

—Finn no tiene nada que ver con esto. No he vuelto a verlo desde la noche de las catacumbas.

—Pero... estás en las Tierras Salvajes. —Noto su confusión a través del vínculo antes de que pueda enmascararla—. Estás con el hermano de Pretha...

—Misha me ofreció refugio cuando lo necesité. Un lugar donde alejarme de ti y de Finn. —Niego con la cabeza—. No le des la vuelta a esto para hacerme creer que fui yo quien te traicionó a ti. Ni se te ocurra.

Él frunce el ceño.

—Dime qué tengo que hacer para recuperar tu confianza. Sabes que te quiero. Dime qué he de hacer para que vuelvas a confiar en mí.

Ahí la tengo, la oportunidad que esperaba. La razón por la que estoy aquí.

—¿Quieres ganarte mi confianza? Pues ayúdame a desmantelar los campos de tu madre. Libera a los unseelies que están atrapados en la corte seelie y deja que vuelvan a su casa.

Sebastian pestañea dos veces antes de negar con la cabeza.

—Ya está hecho. Ella misma liberó a los unseelies para que regresaran al morir Mordeus.

¿Lo cree de verdad?

—A los niños no. Los niños siguen prisioneros; lo vi con mis propios ojos. Los droga para suprimir su magia y los mantiene con vida para que bajen a las minas de la frontera. Los utiliza para obtener piedras de fuego.

Él cierra los ojos con fuerza y maldice.

—Me lo prometió —susurra volviendo a negar con la cabeza.

Cierro los ojos porque no quiero ver la desolación que asoma a su rostro. Sin embargo, nada evita que la sienta rasgándome el pecho.

—¿Qué te prometió?

Él mira por la ventana y veo que unas cuantas emociones le cruzan el rostro.

—Poco después de que llegaras al palacio visité uno de sus campos y conocí a dos niños que habían estado en las minas. Estaban... —Traga saliva y muestra una expresión de tristeza—. Cuando le pedí explicaciones me aseguró que eran los dos únicos niños que había enviado. Dijo que había tenido que hacerlo porque su sanador necesitaba las piedras para mantenerla con vida.

—¿Te dijo que era la primera vez? ¿Y te lo creíste?

—Sabía que se estaba muriendo y que estaba desesperada, pero imaginaba que...

—Ya no se está muriendo, pero los niños siguen presos. Y son miles. Continúa usándolos para acumular piedras de fuego, para ser más poderosa. No puedes confiar en sus promesas. Si lo haces nunca podré fiarme de ti.

Se vuelve hacia mí y me examina el rostro. En este momento sé que me concedería cualquier cosa que le pidiera. Lo sé, con la misma certeza que si fueran mis propios pensamientos.

—Desmantelaré los campos —me asegura—. Considéralo hecho. Reuniré a un grupo a primera hora de la mañana.

—Estaré lista.

Él hace un gesto de rechazo y traga saliva.

—No voy a permitirte que vayas con ellos; no pienso ponerte en una situación tan arriesgada.

—No puedes controlarme; ya no soy humana. Tengo poder y pienso usarlo.

—Pero es que si ella se entera de que lo tienes...

—¿Qué? ¿Me matará para transferirte el poder a ti? ¿No es eso lo que quieres? —Lo miro sin pestañear, retándolo a que me mienta a la cara.

Sus ojos centellean cuando afloja el control de sus emociones y deja que me inunde una inmensa ola de dolor e incredulidad.

—Tú no crees eso. —No es una pregunta. Él sabe que no logro creérmelo por mucho que lo intente. Me recorre la cara con la mirada una y otra vez, como si tratara de obtener más información de la que le proporciona el vínculo—. No sé lo que hará, Brie, pero no pienso arriesgarme, por nada del mundo.

—No eres tú quien me pone en riesgo. Es mi vida, y si no lo hiciera...

«Si no lo hiciera, no me lo perdonaría.»

No, no puedo decirlo en voz alta. No puedo mostrarme tan vulnerable, no ante él.

La situación me supera. Oberon dio su vida por salvarme y, al hacerlo, sacrificó el futuro de un reino entero, su reino. Luego, al tomar la poción vital, el poder de la corona quedó atado a mí y ahora los miembros de la corte de las sombras vuelven a estar en peligro.

Y todo por mí, por mi vida. Por mucho que odie a los fae y que odie estar atrapada en este nuevo cuerpo, nunca creeré que mi vida es más importante que las vidas de tantos otros. Si no lucho por esos niños —esos niños inocentes—, no podré mirarme a la cara nunca más.

Yo no tengo las habilidades de Sebastian, por lo que no soy capaz de levantar una barrera que impida que le lleguen mis más íntimos secretos y verdades. Cuando se le abren mucho los ojos me pregunto qué es lo que estará percibiendo: ¿el odio que siento por mí misma? ¿El dolor por todos los que han sido sacrificados por mi miserable vida? ¿Lo absurda que es esta inmortalidad que ni siquiera merezco?

—Brie —me dice en tono suave.

—Sé lo que es, Sebastian. He vivido sometida a los caprichos de una usurera avariciosa. He estado encerrada y he trabajado hasta caer redonda, y lo único que conseguía era estar cada día más hundida en las deudas y más lejos de la libertad.

—Y, sin embargo, odias a los de nuestra especie.

Alzo la barbilla.

—Nunca seré como ella, tan intolerante y cargada de prejuicios, convencida de que su vida es más importante que otros miles de vidas. Que los niños sean fae es irrelevante. Siguen siendo niños y ella sigue siendo un monstruo.

Él traga saliva y el eco de su dolor me recorre mientras me dice:

—¿Puedes culparme por amarte tan desesperadamente?

Enderezo la espalda.

—Entonces ¿mañana iré a ayudar?

—¿Quieres poner en peligro la vida de los niños?

—¿Qué quieres decir?

—No he hablado con mi madre desde antes de que nos vinculáramos, Brie. No sé lo que está haciendo, ni lo que sabe, ni lo que tiene planeado.

—¿Por qué no se reúne contigo?

Muy serio, aprieta los dientes y dirige la mirada hacia la pared mientras dice:

—¿Secretos? ¿Intrigas? No lo sé. Sea lo que sea, no será nada bueno. Estoy preocupado por lo que pueda pasar.

—Normal. Tu madre no es de fiar.

—Eso ya lo sabía, pero con tantas incertidumbres me preocupa lo que podría hacer si te atrapara en sus tierras. Sería capaz de aniquilar un campamento entero para acceder a tu poder.

Estaba dispuesta a luchar, pero el razonamiento de Sebastian hace que me replantee las cosas. ¿Qué sentido tiene ir a rescatar a alguien si mi presencia va a ponerlos en peligro?

—Si dejo que lo hagas sin mí, ¿me prometes que los devolverás a su casa?

Se le destensan los hombros y noto que su alivio se desliza sobre mí como agua fresca.

—Confía en mí y te llevaré a ver a los niños cuando estén de vuelta en la corte de las sombras, que es donde deben estar. Te lo prometo.

Suelto el aire y asiento.

—Me aseguraré de que lo cumples. Hazlo cuanto antes y, sobre todo, no dejes que ella te convenza para que hagas la vista gorda.

—Tienes mi palabra —me asegura negando con la cabeza.

—Gracias.

Me acerco a él y alzo los brazos hacia su nuca. Cuando la tira de cuero que le sujeta el pelo cae al suelo, Sebastian contiene la respiración y baja la vista hacia mis labios.

—Abriella —susurra acercándose a mi boca.

Con tanta rapidez que ni se da cuenta, uso la daga para cortarle un mechón de pelo rubio platino y me aparto antes de que sus labios rocen los míos.

Sebastian pestañea y luego entorna los ojos al ver el mechón de pelo que agarro con fuerza.

—¿Por qué has hecho eso?

—Es mi billete de vuelta al castillo Craige.

Se le abren mucho los ojos, pero antes de que pueda protestar ya me he arrancado otro hilo de la pulsera y le he entregado el mechón a Bakken.

—Abriella —me llama, pero yo ya me he marchado.

9

—¿Está segura de que no puedo hacer nada más por usted? —me pregunta Holly rellenándome la taza de café por segunda vez. Debería decirle que deje de hacerlo. Voy a estar acelerada el resto del día. Aunque supongo que es mejor eso que no dormirme por las esquinas.

Cuando Bakken me dejó en la habitación anoche estaba destrozada, pero logré meterme en la cama y, aunque tenía la cabeza llena de mil cosas, me dormí en cuanto la cabeza tocó la almohada. He dormido del tirón hasta esta mañana, cuando una ráfaga de furia y traición me ha asaltado tan intensamente que me he levantado de la cama de un salto, lista para luchar. Pero entonces me he dado cuenta de que estaba sintiendo las emociones de Sebastian y no las mías.

Alguien llama con suavidad a la puerta y Holly se apresura a responder antes de que pueda levantarme de la mesita donde me ha servido el desayuno.

—Su majestad. —Saluda a Misha con una honda reverencia—. Buenos días. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Buenos días, Holly. —Él le devuelve el saludo con una inclinación de cabeza. Va vestido con pantalones de cuero y una amplia túnica blanca y lleva una espada cruzada a la espalda. Storm va posado en su hombro—. He venido para hablar un momento con Abriella. ¿Podrías dejarnos a solas, por favor?

Otra reverencia.

—Por supuesto, majestad. Estaré en el pasillo si necesita algo.

—Gracias. —Él la mira mientras se va y luego cierra la puerta con delicadeza antes de volverse hacia mí—. ¿Has dormido bien? —me pregunta.

—Como un tronco. —Me permito dar un sorbo más al café antes de apartar la taza—. Me dijiste que cuando hubiera descansado me enseñarías a bloquear.

Misha asiente con la cabeza.

—¿Estás segura de que tienes las fuerzas necesarias?

—Me gustaría probarlo.

—Es difícil y, por supuesto, si el vínculo se hubiera llevado a cabo de manera correcta y pura, no querrías hacerlo.

—¿Nunca?

Me cuesta imaginarme lo que ha de ser conocer lo que siente otra persona en todo momento. Normalmente prefiero esconder mis emociones, no irlas pregonando sin ton ni son por ahí.

Misha se encoge de hombros.

—Es una conexión de las almas que dura toda la eternidad. De eso se trata. De que sea para siempre jamás. De hecho, a algunas parejas la conexión del vínculo se les queda corta.

—¿Qué más quieren? —pregunto sin disimular el horror que me causan sus palabras.

—Quieren una garantía de eternidad. Quieren la promesa de que el vínculo nunca se podrá deshacer y que nunca tendrán que vivir el uno sin el otro. Esas parejas viajan al Río de Hielo, al pie de las montañas Goblin, y se bañan en sus aguas para ligar sus vidas por toda la eternidad.

—Pero ¿por qué?

A Misha se le escapa un resoplido burlón.

—Nadie podrá acusarte de ser una romántica.

—¿Es que no quieres estar nunca a solas?

Él alza una ceja.

—Cuando quiero estar a solas, estoy a solas.

Niego con la cabeza. No me está entendiendo.

—¿Me estás diciendo que vas a todas partes consciente de lo que está sintiendo Amira en todo momento?

Su perpetua sonrisilla irónica desaparece.

—¿Qué te hace pensar que estamos vinculados?

«Oh, oh.»

—Es tu esposa. Pensaba que...

—El nuestro fue un matrimonio por razones políticas, no por amor. Necesitaba que fuera mi esposa. Casi todo el mundo piensa que estamos vinculados, ya que esa es la tradición de las parejas reinantes en mi corte, pero no fue necesario. Y yo no tenía ningún interés en obligar a mi esposa a participar en algo tan íntimo.

Trago saliva y me quedo contemplándome los pies. No puedo evitar ver a Pretha como la parte perdedora de su enmarañada relación. Ella estaba enamorada de la prometida de su hermano, y cuando sus padres se enteraron la enviaron lejos. No me había planteado cómo debieron de ser las cosas para Misha. No tuvo que ser fácil casarse con una mujer que no lo amaba, sino que deseaba a su hermana.

—Lo siento —me disculpo, pero cuando vuelvo a alzar los ojos veo que ha recuperado su expresión socarrona.

—¿Por qué?

—Yo, bueno... Por todo. La situación. Siento que no pudieras casarte con alguien a quien quisieras.

—Es que la quiero, Abriella. —Se sirve una taza de café—. Tal vez no de la manera en que los maridos quieren a su mujer en tu mundo, pero es alguien muy querido para mí. Como diríais vosotros, es mi mejor amiga.

—¿Tendréis hijos? —La pregunta sale de mis labios antes de que pueda detenerla. Sé que me he metido donde no me llaman. Sé que es casi obsceno hacer una pregunta tan personal y que no es asunto mío en absoluto.

—Amira tiene amantes —responde él encogiéndose de hombros—, igual que yo. Tal vez algún día recibamos la bendición de un hijo, pero, si no, en mi dinastía no faltan candidatos que serían buenos gobernantes.

Los dos tienen amantes, pero ¿no se acuestan el uno con el otro? Ya me he metido demasiado en sus asuntos y no me atrevo a preguntar. No voy a conseguir que las cosas cambien para Pretha, por mucho que me gustaría que mi amiga pudiera estar con la persona a la que ama.

¿Mi amiga? ¿Sigue siéndolo? ¿Incluso ahora?

—Por si mi opinión te sirve de algo, creo que mi hermana te considera su amiga —me dice Misha con una sonrisa triste—. Te toca a ti decidir si permites que lo siga siendo.

Aprieto los dientes, pero en vez de reñirlo por colarse en mis pensamientos niego con la cabeza.

—Enséñame a bloquear.

Cuando él suspira me pregunto si esperaba convencerme para que volviera a fiarme de su hermana.

—Estoy tratando de encontrar una manera que te resulte fácil. —Se da golpecitos en los labios con el dedo—. A ver qué te parece esto... Quiero que pienses en la diferencia entre ser mortal y ser inmortal.

—¿La diferencia?

—Me cuesta entender lo que significa para ti. Al fin y al cabo, ya tenías poder antes de convertirte en inmortal. Pero, incluso así, tu conexión con la magia es distinta ahora, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Sí, del todo distinta.

Antes podía usarla, pero normalmente era una elección consciente: una decisión. Ahora solo está ahí todo el rato. Ahora más bien tengo que elegir de forma consciente no usarla.

—Cuéntamelo.

—Ahora está ahí siempre.

—Descríbelo. ¿Cómo era antes? ¿Cómo era no tenerla siempre ahí antes?

—Es como si ahora la magia estuviera siempre ante mí. Alrededor de mí, todo el tiempo. No tengo que buscarla, ni siquiera he de abrir los ojos para saber que está presente. Antes, en cambio, usarla era más como... —Busco la manera de expresarlo—. La diferencia es como ver algo que tienes ante ti o verlo a través de una ventana mugrienta.

A Misha se le ilumina la mirada.

—Perfecto. Puedo trabajar con eso.

—¿Qué quieres decir?

Él fija la vista en la distancia, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

—Quiero decir que usaremos esa imagen para crear un muro en medio del vínculo que te une a tu príncipe. Solo tienes que pensar en esa ventana mugrienta, usando tus palabras. Piensa en esa ventana y oscurece el cristal. Ahora imagínate que no está entre la magia y tú, sino entre tú y las emociones de Sebastian.

Niego con la cabeza.

—Están dentro de mí. —Me llevo la mano al pecho—. Las siento casi como si fueran mías.

—Cierra los ojos —me indica, y yo le hago caso a regañadientes—. ¿Qué está sintiendo él ahora?

No es tan fácil de responder. Sus emociones se mezclan con las mías, difuminándose y haciendo que mi mente se convierta en un revoltijo confuso que me deja agotada.

—Calla y concéntrate —me ordena.

Soltando el aire lentamente me concentro justo en lo que he tratado de ignorar desde que salí huyendo del Palacio Dorado. En lo que yo siento. En lo que él siente.

—Está triste y está... preocupado. Está muy preocupado por algo.

Aunque también está esperanzado. Confía en que el grupo que ha reunido esta mañana tenga éxito y así poder recuperar mi confianza.

Me vuelvo para mirar a Misha, con miedo de que me esté leyendo la mente y sepa que fui a visitar a Sebastian anoche, pero él parece perdido en sus propios pensamientos.

—De acuerdo —me dice—. Ahora mantén los ojos cerrados y sigue esas emociones. Siéntelas dentro de ti. Síguelas hasta sus raíces, como si siguieras un cordel que está enredado en tu pecho. Quiero que localices el final del cordel y que tires de él despacio, poco a poco.

Tiro de la tristeza, poco a poco.

—Sigue tirando —me ordena— hasta que lo hayas recogido todo mentalmente en la palma de la mano.

La tristeza se aparta de mí como si fuera un gato que retira las uñas de mi piel.

—Ha funcionado.

—Cierra los ojos —me dice—. Termina.

Hago lo que me indica, tirando del resto de la tristeza, como si la estuviera extrayendo físicamente de mi pecho. Es un alivio, pero también un recordatorio de lo sola que estoy. Sentir a Sebastian mantenía la soledad a raya, sin embargo ahora está regresando, como una antigua compañera de piso que no es bienvenida. Aunque no me detengo y hago lo mismo con su preocupación, que se ha convertido en un tormento que lo carcome. Esta emoción me cuesta más, pero sigo tirando de ella hasta que en mi mente estoy sosteniendo el ovillo entero en la mano.

—Bien —me anima Misha, que parece sentir que he llegado al final—. Ahora colócalas al otro lado de la ventana. —Abro los ojos, pero él me dice —: No pierdas la concentración. Es tu mente. Tú decides las emociones que entran y las que no. Colócalas al otro lado de la ventana con cristales oscuros, que es donde deben estar.

Concentrándome, levanto la ventana oscura y lanzo los ovillos de hilo al otro lado. En cuanto vuelvo a cerrar la ventana de golpe siento el cuerpo mucho más ligero. Abro los ojos sonriendo, pero un instante más tarde Sebastian vuelve a estar ahí transmitiéndome su preocupación y su tristeza con la misma fuerza que antes.

Niego con la cabeza.

—No funciona.

—Porque no te concentras —me dice Misha—. Prueba otra vez.

Cierro los ojos y repito los pasos, visualizando los ovillos de cordel y la ventana con los cristales oscuros. Esta vez, cuando desconectamos, me concentro en no bajar la guardia, pero en cuanto abro los ojos las emociones de Sebastian recuperan su lugar junto a las mías.

—Estás tratando de hacerlo fácil —me explica Misha—. Deja de pensar en la conexión como algo maleable y piensa en ella como algo inamovible. El vínculo está ahí, te guste o no. Lo que has de hacer es colocar una cortina gruesa en medio para que sea más difícil ver al otro lado. Vuelve a intentarlo.

Lo intento. Una vez. Y otra. Visualizo una ventana con los cristales ennegrecidos, pero se convierte en aire. Otras veces me concentro con tanta

intensidad que los cristales se rompen.

—¿Qué es lo que usas para que los cristales sean negros? —me pregunta Misha caminando de un lado a otro de la habitación. A juzgar por su expresión diría que se había imaginado que el entrenamiento resultaría más fácil.

Me encojo de hombros.

—Los pinto de negro.

Él se detiene y se vuelve hacia mí sonriendo.

—No uses pintura, usa la noche. Usa las sombras, las más profundas y oscuras que tengas. Colócalas entre el príncipe y tú.

Estoy agotada, prácticamente temblando por la energía mental que requiere lo que estoy haciendo, pero lo vuelvo a intentar. Esta vez, cuando abro los ojos, el escudo aguanta. Las emociones de Sebastian siguen ahí, pero amortiguadas, lejanas. Podría retirar las sombras, abrir la ventana y acceder a ellas, pero también puedo dejarlas donde están, al otro lado.

Inspiro hondo, con alivio.

—Está funcionando.

—De momento —me dice Misha haciéndome fruncir el ceño—. Necesitas práctica si quieres conseguir resistencia. Ten paciencia contigo misma.

Me encojo de hombros.

—Será por tiempo...

Misha me dirige una sonrisa.

—Buen trabajo, princesa. No esperes cancelar por completo la conexión, pero el escudo funcionará mejor con el paso del tiempo, cuando ganes fuerza. Sin embargo, siempre te costará bloquear el vínculo en situaciones dolorosas, muy emocionales o particularmente intensas.

Asiento.

—Lo entiendo. —Inspiro hondo—. ¿Podré usar la misma técnica para bloquearte a ti?

Él se echa a reír.

—Sí, podrás. Pero te repito lo mismo; necesitarás mucha práctica. No pierdas la paciencia y recuerda que, incluso cuando me tengas bloqueado,

podrás seguir usando mi inquietante talento para comunicarte conmigo siempre que quieras.

—¿Cuando te tenga bloqueado también? ¿Cómo?

Él observa el techo pensativo.

—Imagínatelo así: tú y yo hemos conectado, y yo he decidido mantener una pequeña porción de mi energía mental atada a ti. Es por eso por lo que puedes acceder a ella. Trata de visualizar un delgado túnel de energía entre nosotros que me permitirá hablar en tu mente.

Me concentro y lo visualizo.

«¿Así?», le pregunto.

Él sonríe.

«Exactamente así. Buen trabajo. Y ahora, ciérrame el acceso.»

Alzo un muro de oscuridad en mi mente y me concentro con fuerza.

«Eso es suficiente para evitar que tus pensamientos vuelen hacia mí mientras yo estoy a mis cosas, pero no para mantenerme fuera de tu mente.»

Se me escapa un gruñido que lo hace reír.

—Sigue trabajando en ello —me dice—. Es como un músculo, se puede entrenar.

—No quiero que cualquiera pueda colarse en mi mente sin mi consentimiento.

—Pues practica, todos los días. Entrena tu mente como entrenarías tu cuerpo y mejorarás.

Me siento culpable por preguntarle esto, pero lo hago igualmente.

—Cuando el escudo sea más fuerte, ¿funcionará también en los campos..., cuando siento las emociones de los niños?

Él alza las manos.

—No puedo responder a eso. No estoy familiarizado con un don que permite acceder a las emociones de una corte entera.

Me muerdo el labio inferior. Planteándolo así suena demasiado grande. Demasiado importante. Una vez más no puedo evitar preguntarme qué tipo de rey debió de ser Oberon. Sé que amaba a mi madre y, a primera vista, salvarme de una muerte segura puede parecer un gesto bondadoso, pero entregarme su corona y su poder me parece una imprudencia, una temeridad. Le advirtió a mi madre que habría un coste que pagar, pero no sé

si alguno de los dos sabía que el coste sería mucho mayor que su propia vida; que su acto de amor pondría en peligro el reino entero. Es duro juzgar la decisión que tomó, porque gracias a su elección sigo con vida, y sin embargo...

Misha me toma la mano y se la lleva a los labios. Me da un leve beso en los nudillos, igual que anoche, cuando me dejó en mi habitación.

—Aunque no lo sepas, eres un regalo para esta corte. Deja de pensar en ti como una maldición.

Durante las dos semanas siguientes establezco una cómoda rutina en las Tierras Salvajes. Por las mañanas ayudo en la escuela del asentamiento unseelie y a veces echo una mano en la enfermería antes de volver a subir la montaña. Por las tardes ceno con Misha y Amira —a veces con los dos, otras veces con uno o con el otro—. Y los ratos que me quedan libres los dedico a explorar los alrededores del castillo a lomos de Two Star, o escondida en la biblioteca, leyendo. Incapaz de luchar contra las emociones que me inundan cuando dejo de protegerme contra Sebastian, trabajo diligentemente para mantenerlo bloqueado mientras trato de no pensar en la soledad que me acosa cuando lo consigo.

Misha dice que estoy mejorando más deprisa de lo previsto. Lo cierto es que ya soy capaz de bloquearlo a él también la mayor parte del tiempo.

Paso durmiendo más tiempo del que he dormido en toda mi vida. Por las noches duermo unas doce horas y a menudo me echo una siesta después de comer. Misha dice que es porque aún me estoy recuperando de la metamorfosis, y que todo mejorará con el tiempo, pero no me importa dormir tanto. El sueño es un refugio donde protegerme de mis pensamientos. Y a veces Lark me visita en sueños. Me mira con sus brillantes ojos plateados y me pide que me dé prisa en volver a casa. Por lo menos creo que es ella. Aunque tal vez sea mi subconsciente mostrándome una imagen que me hace sentir segura, que me consuela. Si alguna vez Sebastian o Finn aparecen en mis sueños, los expulso inmediatamente, sin contemplaciones.

La biblioteca se ha convertido en mi lugar favorito del castillo Craige. Es una estancia circular, con paredes de seis metros de alto cubiertas por completo de libros y una claraboya de cristal que inunda el espacio de luz natural. En el centro del círculo de estanterías hay varios espacios para el trabajo y el ocio. Hay mesas espaciosas donde trabajar cómodamente, sofás con reposapiés, butacas agrupadas de manera acogedora, unas frente a otras. Lo que más me gusta es venir aquí por la noche. Tumbarme aquí con un libro abierto sobre el pecho y ver las estrellas en el cielo me relaja mucho, aunque esta mañana estoy disfrutando del calor de los rayos del sol.

—Me pregunto cómo habré sabido que te encontraría aquí. —Misha entra por la puerta en forma de arco que da acceso a la biblioteca desde el pasillo.

—¿Tal vez porque es donde paso casi todo el tiempo?

—Claro, será eso. —Sonriendo, se acomoda en la butaca que hay delante de mí—. ¿Cómo te encuentras?

Me encojo de hombros. Cada día estoy un poco mejor, tanto mental como físicamente, pero a mi corazón le está costando recuperarse después de todo lo que he vivido este verano. Echo de menos a mi hermana, echo de menos a Sebastian y, aunque Misha y Amira han resultado ser unos anfitriones excelentes, me siento sola.

—Estoy... bien.

Misha hace una mueca compasiva. Ya sea leyendo mis pensamientos o por pura deducción, sabe que estoy mintiendo.

—Solo han pasado un par de semanas. Hasta el corazón de una fae necesita tiempo para sanar.

Suelto el aire y cambio de tema.

—Y tú, ¿cómo estás?

—Bien. Traigo novedades. —Se saca una carta del bolsillo y me la entrega—. Mi goblin le dio la carta a tu hermana y ella te ha respondido. El goblin ha dicho que tenía buen aspecto. Que pasa los días haciendo vestidos y las noches cuidando de una niña. Parece sana y feliz.

Siento una punzada en el pecho mientras acaricio el suave sello rosado que cierra el sobre. La echo mucho de menos, pero no he sido capaz de contarle lo de mi transformación. No le di demasiados detalles sobre mí.

Solo le dije que la echaba de menos y que esperaba ir a visitarla algún día —todo cierto—, y el resto de la carta lo dediqué a hacerle preguntas sobre su bienestar. Tengo muchas ganas de abrir la carta y leer la respuesta de su puño y letra, pero esperaré a quedarme a solas.

—Tengo más novedades —dice Misha—. Mi hermana me informa de que ella, Finn y su gente han entrado en mis tierras. Se dirigen a palacio y calculan que llegarán mañana por la mañana.

Me tenso ante la mención de las personas que una vez consideré mis amigos.

«Ya duraba mucho la tranquilidad.»

—¿Qué los trae por aquí? Pensaba que Finn tenía fuerzas reunidas en las montañas y que podía refugiarse en casas particulares por todo el reino unseelie.

Misha asiente.

—En efecto, así es, pero no vienen por eso. Hemos de prepararnos para el primer ataque de la reina.

—¿Estás seguro de que atacará?

—Han visto a su guardia desplazándose hacia el este por las montañas Goblin.

—Es decir que Finn viene a pedirte ayuda. ¿Se la vas a proporcionar?

Misha alza las cejas.

—¿Te he dado alguna razón para que pienses que voy a ofrecerle a esa reina monstruosa más poder del que ya tiene?

—No, pero...

—Aunque no me importaran las atrocidades que ha cometido en su corta vida, tengo que pensar en mi propio pueblo. La reina no se conformará con extender su territorio al otro lado de la cordillera. Quiere apoderarse de la corte unseelie al completo y, cuando lo consiga, mis tierras serán su próximo objetivo. Mi deber como rey es proteger a todos los habitantes de las Tierras Salvajes, pero mi deber como fae es hacer todo lo que esté en mi mano para impedir que la reina consiga ni un gramo más de poder. Y pienso hacerlo, Abriella. Con tu ayuda o sin ella. Y con la alianza de la corte unseelie o sin ella.

Frunzo el ceño.

—Pensaba que ya tenías una alianza con Finn.

Misha alza una ceja oscura.

—Con Finn, sí. Pero, como ya sabemos, Finn no tiene más control sobre esa corte que el propio Mordeus desde la tumba.

Y esa es la razón por la que Misha me necesita. Cuando llegué no me veía capaz de volver a aliarme con ningún otro miembro de la realeza fae, pero, ahora que sé más cosas sobre la reina, que he visto sus campos y los asentamientos de Misha, ahora que he oído los gritos horrorizados de uno de los niños que fueron obligados a bajar a las minas, todo es distinto.

—No saben que sigues aquí —me dice Misha—, aunque lo sospechan. No lo sabrían si Sebastian no hubiera acusado a Finn de traerte aquí. Lo que pase a continuación depende de ti. Si quieres puedes participar en las reuniones, escuchar lo que tengan que contar y ayudarnos a trazar un plan. O, si no estás lista para asumir un rol activo, puedo esconderte temporalmente. Creo que podrías representar un papel importante en las reuniones, tanto por tu poder como por tu perspectiva, pero la elección es tuya. De un modo u otro Finn y los suyos no se quedarán demasiado tiempo. La fiesta del Lunastal se acerca. Será la primera vez en veinte años que Finn podrá pasarla en su patria.

—¿Por qué?

Misha alza una ceja.

—¿Por qué qué? Me temo que no entiendo la pregunta. Tu escudo funciona bastante bien hoy, por cierto.

Agradezco el halago con una sonrisa.

—¿Por qué me dejas elegir? Han pasado dos semanas desde que me dijiste que querías que ayudara a que Sebastian y Finn unieran fuerzas, y yo no te he dado una respuesta. ¿Por qué eres tan amable conmigo? ¿Por qué te ofreces a engañar a tu hermana y sus aliados por mí?

Él alza la barbilla.

—Ah, eso. —Suspirando, se echa hacia atrás, y no pierde majestad al acomodarse entre los mullidos cojines de la butaca. Permanece callado durante un rato. Cuando ya pienso que no me va a responder dice—: Necesito tu alianza tanto como la de Finn. No sé qué ha planeado la reina, pero cualquier acción que le proporcione más poder es perjudicial para mi

reino. Necesito gente a mi lado que luche contra ella. No sé si estás lista para esa batalla ahora o si lo estarás dentro de unos meses; lo que sí sé es que vas a participar en ella.

Ladeo la cabeza mientras lo observo.

—¿Cómo puedes saber eso? Apenas me conoces.

—Como tú misma dijiste, todos tenemos nuestros motivos. —Me dirige una sonrisa amable—. Y no te olvides de que durante los primeros días de tu visita tuve acceso a tus pensamientos.

—Y aún ahora, a veces —le recuerdo. Ambos sabemos que todavía me queda mucho por aprender.

—Y aún ahora, a veces —admite él encogiéndose de hombros—. No es lo mismo que saber qué hay en el corazón de otra persona, pero también es muy válido. —Cuando acaba de decir eso, se levanta—. No hace falta que decidas nada ahora. Puedes responderme por la mañana.

Miro las palabras del libro que estoy leyendo mientras él se aleja, pero se vuelven borrosas.

—Ya he tomado una decisión —replico, y luego me vuelvo hacia él para ver si me ha oído.

Él se detiene en la puerta de la biblioteca y se da la vuelta lentamente.

—No me dejes en ascuas, princesa.

—Quiero participar en las reuniones.

—¿Incluso si eso significa que tendrás que confiar en seres que te han decepcionado en el pasado? —Se mete las manos en los bolsillos—. No sabía si podrías perdonar a Finn.

—Finn me utilizó, pero no fue él quien me rompió el corazón.

Cuando Misha arquea una ceja me preparo para una discusión, pero en vez de eso me dice:

—¿Cenarás conmigo? Me gustaría compartir contigo algunas ideas que tengo para la reunión.

Asiento y lo observo mientras se marcha. Me muero de ganas de leer la carta de Jas. En cuanto empiezo a leer oigo su voz en la cabeza, como si me estuviera hablando. Me consuela mucho, aunque al mismo tiempo me despierta la añoranza más grande que he sentido en la vida.

10

Todo el mundo está reunido en el salón privado de Misha. Desde el pasillo sus voces me llegan amortiguadas, por lo que no sé si he elegido un buen momento para interrumpir o uno pésimo. Misha probablemente diría que las dos cosas. Finn es su aliado, pero en estos momentos la prioridad de mi anfitrión es demostrarle a Finn que yo soy la aliada de Misha.

Enderezo la espalda y alzo la barbilla mientras abro la puerta y entro. Las lobas de Finn están dormitando en los rincones más alejados, pero se desperezan al verme entrar antes de volver a apoltronarse.

Hay ocho sillas alrededor de la reluciente mesa ovalada de madera maciza. Es una mesa grande, con espacio para muchas más sillas. Misha y Amira están sentados a las cabeceras. Pretha y Finn están de espaldas a mí, mientras que Tynan, Kane y Jalek me dan la cara. Solo queda una silla libre, a la derecha de Finn, lo que me lleva a preguntarme si Misha lo ha hecho a propósito. Sé que me pidió que me uniera a la reunión a última hora para pillar desprevenido a Finn, pero al ver que me ha reservado un asiento junto al príncipe de las Sombras me pregunto si lo que busca es alterar a Finn o a mí.

Jalek es el primero en darse cuenta de mi presencia. Sus ojos verdes se abren como platos mientras Kane echa ruidosamente la silla hacia atrás y se levanta. La sala se queda en silencio y siete cabezas se vuelven hacia mí.

Pretha se queda boquiabierta y contiene el aliento, como si verme le supusiera un alivio inmenso.

—Brie —susurra.

Pero es la reacción de Finn la que capta mi atención, a pesar de que no es fácil de interpretar. Su rostro permanece estoico mientras me recorre de arriba abajo con su mirada penetrante. Se fija en las botas, los pantalones, en el cinto con las dagas que me cuelgan de la cintura.

Mi poder ronronea en su presencia, y no me molesto en reprimirlo. Tirabuzones de sombras brotan de las puntas de mis dedos y se enredan en mis muñecas antes de continuar ascendiendo por los brazos. Finn sigue su recorrido, impasible.

—¡Ah! —exclama Misha, que ni siquiera disimula que está encantado—. Mi invitada se une a nosotros.

—Dijiste que la princesa ya no se alojaba en el castillo —replica Finn con frialdad.

No se levanta a saludarme, pero tampoco me quita la vista de encima. Sus ojos grises han dejado de seguir la trayectoria de las sombras y se han centrado en mi cara. Me pregunto en qué estará pensando, me pregunto si estará enfadado por haberlo echado de mis sueños cuando ha tratado de visitarme.

—¿Lo dije? —Misha se encoge de hombros—. Pues rectifico: está aquí.

Los ojos de Finn se encienden. Cuando se vuelve hacia Misha casi siento lástima de mi nuevo amigo.

Pretha se levanta.

—Estábamos preocupados por ti —me dice acercándose.

Alzo una ceja.

—¿Por mí o por el poder que sigue conmigo?

Pretha se pone recta.

—Para mí eres mucho más importante tú que tu magia, Abriella.

—Ah, ¿sí? —Ladeo la cabeza—. ¿Piensas matar a todo el mundo que es importante para ti o debo sentirme privilegiada?

Ella cierra los ojos suspirando.

—Brie...

—Déjalo. No importa.

—A mí me importa —insiste Pretha—. Lo que piensas de nosotros y de las decisiones que tomamos me importa mucho.

Trago saliva pensando en lo que me dijo Finn en el sueño después de tomarme la poción. Dijo que me había encontrado en el reino mortal, dos años atrás, y que en vez de tratar de arrebatarme el poder con engaños había buscado otra manera. Aunque el resultado había sido el mismo.

—¿Sabías que pasaría esto? —le pregunto a Finn—. ¿Y Sebastian? ¿Sabía él que pasaría esto al darme la poción vital? —Me lo ha dicho Misha, pero quiero oírlo de boca de Finn.

—No lo sabíamos —me responde—. Nadie sabía nada. Todo eran especulaciones. Pero tiene sentido: la poción te salvó la vida y al hacerlo unió tu vida a tu magia. —Se encoge de hombros, como si estuviera hablando de algún tema intrascendente, como de quién se ha acabado el café, y no de un asunto que provoca destrucción en su reino.

La silla vacía que hay junto a Finn se separa de la mesa sin que nadie la toque.

—Por favor, únete a nosotros, princesa. Estamos hablando del futuro de tu corte.

Kane se vuelve bruscamente hacia Misha y lo fulmina con la mirada.

—¿Su corte?

Misha se encoge de hombros.

—Perdón. ¿Prefieres que me refiera a ella como la corte del príncipe Ronan?

—Es la corte de Finn —contesta Kane.

Finn apoya los codos en la mesa y forma una pirámide con los dedos.

—No es la corte de nadie mientras la corona y el poder estén divididos. Siéntate, princesa. Parece que vas a unirte a esta pequeña reunión preparatoria, así que será mejor que empecemos.

Estoy tentada de quedarme de pie solo por llevarle la contraria, pero mi testarudez solo me daría una satisfacción muy infantil, por lo que decido sentarme.

Al otro lado de la mesa Tynan me mira a los ojos y me dirige una sonrisa amable.

—Me alegro de verte, Abriella.

Trago saliva.

—Gracias. Yo también me alegro, Tynan.

Tynan es el más callado del grupo, pero siempre me ha caído bien. Tanto Pretha como él nacieron en las Tierras Salvajes, pero Pretha se casó con un miembro de la corte unseelie, mientras que la única conexión de Tynan con la corte de las sombras es su amistad con Finn. Aunque, ahora que conozco a Misha, me pregunto si el propósito de Tynan no sería tanto ayudar a Finn como ser un intermediario entre Finn y el rey de las Tierras Salvajes.

«Por supuesto —replica Misha en mi cabeza—. Me fío de Finn, pero no soy tan ingenuo como para pensar que no echaría por tierra mis planes por el bien de su corte. Todos tenemos prioridades, princesa.»

Le dirijo una mirada asesina a Misha por colarse en mi mente, pero él me responde con un guiño.

«Mira qué celoso está. Si quieres volverlo loco de celos, te ayudaré encantado.»

«Espera sentado.» Le dirijo una mirada acerada para remachar la idea, y Misha responde sonriendo.

A mi lado Finn gruñe y le dirige una mirada asesina a Misha.

—Si habéis acabado vosotros dos, me gustaría retomar el tema del que hablábamos.

Misha se vuelve hacia Finn sin perder la sonrisa, en absoluto intimidado por el príncipe de las Sombras.

—Tal vez deberíamos poner al día a la princesa.

Pretha se cruza de brazos y los apoya en la mesa. Echándose hacia delante, sortea a Finn para mirarme.

—Tenemos equipos trabajando en la corte seelie para desmantelar los campos de la reina y llevar a los refugiados unseelies a un lugar seguro, pero alguien ya se había encargado de la última docena que hemos encontrado.

«Sebastian.» Contengo la sonrisa, pero el calor que me inunda el pecho es muy real.

—Y antes de que te imagines que la reina los ha desmantelado por un ataque de bondad de su negro corazón, debes saber que no se ha limitado a desmantelarlos —dice Jalek mirándome con los ojos entornados.

Jalek nunca se ha fiado de mí, al menos no por completo, aunque su actitud hacia mí cambió para bien después de que lo rescatara de las mazmorras de la reina.

—Lo que han hecho ha sido sitiarlos. Están rodeados por guarniciones de soldados dorados.

—Al parecer, alguien trataba de ayudarlos —digo pecando de inocente.

—¿Sabes quién?

«¿Estás detrás de esto? —me pregunta Misha mentalmente—. Debería haberlo imaginado. Mírala a ella, ahí, escondiéndome cosas.»

—Sebastian, para nuestra sorpresa —admite Finn negando con la cabeza—. Antes de llegar al palacio unseelie logró reunir a un contingente de militares dorados que le juraron lealtad a él. Ha expulsado del cuerpo a todos los que se han negado a actuar contra los campos de la reina. Se dice que ha enviado a tantos soldados para liberar a los prisioneros encerrados en la Corte del Sol que se ha quedado con una guardia mínima en la Corte de la Luna.

«Se ha quedado en una posición vulnerable para ayudar a los refugiados.»

Trago saliva. Sebastian me ha traicionado más de una vez, pero es un alivio saber que, al menos en parte, sigue siendo el tipo que pensé que era, el tipo del que me enamoré.

—Sabes que nunca le gustaron esos campos.

—Sí —reconoce Finn entornando los ojos mientras me estudia—. Y ahora lo ha demostrado. Y se está ganando lealtades al hacerlo. Hay unseelies que se están uniendo a su guardia en el palacio.

—Es probable que Sebastian confíe en demostrar que es el rey que llevan tanto tiempo esperando.

«¿Por eso lo hiciste? —me pregunta Misha mentalmente—. ¿Para ayudarlo a ganarse el favor de la corte que su madre le prometió?»

Niego con la cabeza.

—No puede ser rey. El trono lo rechazó.

—Mordeus reinó sin trono y sin corona —replica Finn—, pero nunca me planteé jurarle fidelidad a mi tío.

—Aliarnos con el príncipe Dorado tampoco es una opción —salta Jalek apretando los dientes y mirando a Finn con dureza—. Confiar en él es tan absurdo como confiar en la zorra de la reina. No pienso hacerlo.

—Y eso es justo lo que quiere la reina Arya —interviene Amira echándose hacia atrás en la silla. Ha estado tan callada hasta ahora que casi me había olvidado de su presencia. Me pregunto de cuántas cosas debe de enterarse gracias a que los demás se olvidan de que está presente.

Pretha apoya las manos en la mesa y fija la vista en ellas, en vez de volverse hacia Amira.

—Jalek hace bien en ser cauteloso —opina—. Tal vez Sebastian está desmantelando los campos, pero nada nos hace pensar que a la hora de la verdad no se ponga del lado de su madre. No conocemos sus auténticas motivaciones.

Amira me señala con la cabeza.

—Tal vez Abriella sepa algo.

Todas las miradas se vuelven hacia mí, pero yo niego con la cabeza.

—Desde niño Arya le hizo creer a Sebastian que podría unir las cortes y gobernarlas porque él pertenece a ambas. Piensa que puede salvar a miles de morir en otra guerra.

—Cree que es el niño prometido. —Kane suelta un gruñido.

—Lo han criado entre mentiras e historias bonitas —añade Jalek—. Incluso aunque las cortes pudieran ser gobernadas conjuntamente, y eso ya merecería otra discusión, para que Sebastian gobernara ella tendría que renunciar a su poder. Y todos sabemos que nunca lo hará.

Sé que no es más que un deseo, pero cómo me gustaría verla renunciar a su poder. Por eso no puedo resistirme a preguntar:

—¿Lo sabemos seguro?

—Sí —responde Finn en voz baja—. Si no, no estaría trasladando tropas a las montañas Goblin.

Por supuesto. Si pensara cederle el poder a su hijo para que gobernara ambas cortes, no estaría preparándose para la guerra.

—¿Hay alguna posibilidad de frenarla sin que haya nadie en el trono?

—No —me contesta Jalek en tono ominoso.

—Finn debería llevar esa corona —dice Kane.

—Un «debería» no nos lleva a ninguna parte —le recuerda Pretha.

—¿Podría Sebastian cedérsela? —Trago saliva—. Él se preocupa por los habitantes de la corte unseelie; lo ha demostrado ayudando a los refugiados. Si pudiera ayudar dándole la corona a Finn...

—El traspaso de la corona requiere la pérdida de una vida —me señala Jalek—, así que, a menos que estés sugiriendo que se sacrifique para que Finn pueda llevarla...

—Me parece una idea estupenda —opina Kane.

—¿Qué quieres decir? —pregunto—. ¿No sería igual que cuando un rey abdica en su heredero?

Misha niega con la cabeza.

—Aquí no funciona igual que en el reino mortal. Cuando se traspasa el gobierno de una corte, ya sea la corte dorada, la de las sombras o la mía, el gobernante debe renunciar a su vida en este plano y dirigirse hacia el Crepúsculo. El poder va atado a su vida, por lo que el único modo de traspasarlo es renunciando a ella.

Finn ladea la cabeza y me observa.

—Ya lo sabes, así es como mi padre te salvó la vida.

—Ya, pero yo... —Pensaba que mi caso era distinto. Pensaba que lo que Oberon había hecho era una magia extraña, en desuso, no una tradición seguida por generaciones de reyes—. No me había dado cuenta.

—Esta conversación es una pérdida de tiempo —dice Jalek—. El príncipe Ronan lleva toda la vida creyendo que ese trono le pertenece. Si piensas que va a renunciar a su vida para que lo ocupe Finn...

Finn me mira a los ojos.

—De todos modos, daría igual. El trono me rechazaría sin el poder de la corona, igual que rechazó a Sebastian.

Jalek se vuelve hacia mí.

—¿Estás dispuesta a poner fin a tus días para traspasar el poder?

—Yo... —No sé qué decir. Una vida frente a miles. No puedo decir que no, pero...

—No es una opción —salta Finn—. Como tú mismo dijiste, Abriella no tiene sangre unseelie, por lo que no sabemos qué pasaría. Correríamos el riesgo de perder el poder del trono definitivamente.

—De todos modos no me fío de Sebastian —murmura Kane—. No quiero verlo en el trono. Me da igual si jura que desea lo mejor para los fae de las Sombras. No me fío de nadie que tenga relación con esa zorra.

Finn traga saliva.

—Tal vez no tengamos elección, Kane. Si he de elegir entre el gobierno de un muchacho imperfecto o ver cómo mi reino muere, no tendré dudas.

—Y entonces ¿para qué hemos estado luchando todo este tiempo? —le pregunta Jalek, al mismo tiempo que Kane le dice:

—Piensa en el futuro de la corte. Piensa en...

—Sebastian no es malo —los interrumpo.

La sala queda en silencio y todos se vuelven hacia mí.

—No pensaba que fueras a defenderlo después de lo que te hizo —comenta Pretha.

—Y yo pensaba que tú serías capaz de entender por qué hizo lo que hizo. —Muevo la cabeza—. No estoy defendiendo las decisiones que tomó, pero diría que tú habrías hecho lo mismo si hubieras estado en su lugar.

—Yo no te habría dado la maldita poción —admite Jalek en tono suave pero letal. Cuando le devuelvo la dura mirada que me está dirigiendo, añade —: No es que no agradezca que me rescataras de las garras de la reina, princesa, pero, con todos los respetos, lo que está en juego aquí es más importante que tu corazón roto.

—No seas tan cretino, Jalek —le afea Pretha.

Él se encoge de hombros.

—No pienso cambiar mi manera de ser ni lo que estoy dispuesto a sacrificar por esta lucha, solo porque creas que ella es demasiado frágil.

—No lo soy —replico al instante, enderezándome y sintiendo el peso de la mirada implacable de Finn—. Ni soy frágil ni me preocupa mi corazón roto. —¿Acaso no entienden que la traición de Sebastian no fue la única que me dolió?—. Mi existencia puede significar la destrucción de una corte entera. Cada niño unseelie vulnerable ante la reina está en peligro simplemente porque yo aún respiro, a causa de una decisión que se me impuso. Te aseguro que entiendo lo mucho que está en juego.

La reunión con Finn y los suyos me deja aturdida y abrumada. Cuando todo el mundo se levanta de la mesa Pretha se vuelve hacia mí, pero la rehúyo y salgo del salón para volver directamente a mi habitación.

Cuando antes han cambiado de tema y entrado a discutir en detalle la localización de los campos y el número de tropas propias y aliadas, he intentado retirar el escudo para ver si podía leer las emociones de Finn y de Kane, como había hecho en el asentamiento con las de los niños unseelies, pero lo único que he logrado ha sido sentir a Sebastian. Está en apuros, aunque no sé por qué. Tampoco estoy lo bastante familiarizada con el vínculo como para saber a qué distancia se encuentra, pero sé que está lejos. Lo que sí me llega con claridad es una sensación de terror que hace que no pueda dejar de pensar en él. Y no quiero preocuparme por él. No quiero ceder a la tentación de bajar las barreras para tenerlo controlado durante todo el día.

Cuando me acerco a la habitación veo a Holly, que me está esperando en el pasillo junto a la puerta. Los ojos se le iluminan al verme llegar.

—¿Le traigo un café recién hecho, señora?

Rechazo su ofrecimiento negando con la cabeza. Sigue pareciéndome rarísimo estar rodeada de atentos criados en mi día a día, pero no hay nada en esta situación que sea normal.

—No, gracias —le digo—. Solo necesito descansar unos momentos antes de ir al asentamiento.

—Le prepararé una cesta de comida para llevar.

Abro la boca para decir que no hace falta, pero vuelvo a cerrarla. Tengo que dejar que haga su trabajo, por incómoda que me sienta.

—Gracias, Holly. Será fantástico.

Al entrar en la habitación noto como si me quitara un peso de encima. Cierro la puerta y me dejo caer contra ella, soltando el aire despacio.

—¿Una mañana dura? —me pregunta una voz que conozco demasiado bien.

No me molesto en enderezarme ni en abrir los ojos. Francamente, cuando él anda cerca funciono mucho mejor privada del sentido de la vista.

—¿Qué haces en mi habitación, Finn?

—Te estaba esperando, princesa.

Ahora sí que abro los ojos para poder entornarlos. Finn está junto a la ventana, con las manos en los bolsillos, contemplando las vistas.

Mis ojos le recorren los anchos hombros por voluntad propia, sin que pueda hacer nada por evitarlo. Se ha quitado la capa y se ha recogido el pelo moreno —que llevaba suelto durante la reunión— en una coleta baja. Parece que se haya preparado para ponerse a trabajar... o para luchar.

—¿Cómo has llegado hasta aquí antes que yo?

—Creo que tú lo llamas magia.

Abro mucho los ojos, demasiado asombrada como para dejar que su sarcasmo me moleste.

—¿Puedes viajar, como un goblin?

Él se vuelve hacia mí gruñendo.

—Los goblins se ofenderían si te oyeran. Puedo desplazarme de una parte a otra de una habitación, o de un piso al siguiente. Pero si lo que quieres es que te saque mágicamente de aquí y te lleve al palacio unseelie a visitar a tu amado, me temo que no puedo ayudarte.

Aprieto los dientes, decidida a no morder el anzuelo de sus provocaciones.

—¿Por qué te has ido del palacio? ¿Por qué lo has dejado en sus manos?

Él se dirige hacia mí y, de repente, la habitación se vuelve demasiado pequeña para los dos. Sueños aparte, la última vez que Finn y yo estuvimos a solas yo llevaba en la mano el puñal que había usado para matar a Mordeus y estaba tratando de convencerme a mí misma para usarlo con Finn. No pude. Parte de mí sabía, ya en aquel momento, que no era un villano.

—El palacio no es de nadie; es del reino. Dormir bajo su techo no hace que alguien sea importante, igual que dormir en el sótano de una bruja no hace que alguien sea insignificante. —Se encoge de hombros mientras me examina minuciosamente—. Como bien sabes.

Mi instinto protector me hace decir:

—Sebastian no es... insignificante.

Finn abre mucho los ojos y me dirige una mirada de inocencia burlona.

—No he dicho que lo fuera.

Me dirijo refunfuñando hacia el armario a grandes zancadas. Quería disfrutar de unos momentos de paz para digerir las cosas. No solo necesito pensar en todo lo que he oído durante la reunión; también quería considerar qué deseaba hacer con lo que me ha transmitido Sebastian cuando he bajado el escudo, pero supongo que no va a poder ser.

Saco una capa. La necesitaré si se me hace de noche en el asentamiento. Y, por cierto, más me vale ponerme en marcha.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte por aquí? —le pregunto cerrando la puerta del armario con más fuerza de la necesaria.

Cuando me vuelvo hacia él me lo encuentro bloqueándome la salida. Ladeando la cabeza me pregunta:

—¿Temes que me vaya?

—En absoluto. —Pero, en cuanto las palabras salen de mi boca, sé que son mentira.

Por los dioses, odio sentirme siempre tan confusa en lo que se refiere a Finn. Echo de menos nuestra amistad, esa sensación de pertenencia a un grupo que tenía cuando entrenaba con su banda de fae rebeldes, pero sé que nada de eso era real. La única razón por la que Finn se acercó a mí —la única razón por la que les interesaba a todos— era la maldita corona, y soy demasiado orgullosa para olvidarme de mi enfado tan fácilmente. Pero su cercanía me recuerda que mi poder ronronea en su presencia. Mi poder y... otras cosas.

Tal vez esta atracción física nunca existió en realidad. Tal vez sea la magia de Oberon reaccionando a la presencia de un miembro de la realeza unseelie lo que me altera y me hace pensar que se trata de atracción, de química, aunque en realidad lo que estoy sintiendo no es más que una poderosa magia que no soy capaz de controlar.

—Debería haberme imaginado que Misha aprovecharía la oportunidad para reclutarte. —Sonríe y, por una vez en la vida, la sonrisa que me dirige no es la mueca sarcástica que tan bien conozco—. Siempre ha sido uno de los más listos.

—No tenía adónde ir. —Me cruzo de brazos—. Y no es que saliera corriendo en busca de una alianza. Ya cometí ese error una vez.

—¿Es eso lo que soy para ti? —me pregunta acercándose—. ¿Un error?

Es tan alto y tan ancho de hombros que cuando está tan cerca y me dirige una mirada tan cálida como esta me siento... segura.

«Nada de esto es real. Necesitan el poder de Oberon; no ha cambiado nada.»

—Si me disculpas. —Trato de rodearlo, aunque no hay suficiente espacio entre la cama y él para poder pasar—. Se me hace tarde.

—Te acompaño.

—¿Qué? —Niego con la cabeza—. No, voy al asentamiento todos los días. Puedo ir sola perfectamente.

Finn alza una ceja.

—No lo dudo, pero también tenía previsto ir y he pensado que podríamos ir juntos. —Se echa a un lado al fin para dejarme pasar—. Después de ti, princesa.

11

Veinte minutos escasos más tarde voy a lomos de Two Star tratando de no admirar a Finn, que va delante de mí, y fracasando estrepitosamente. La verdad es que la imagen de Finn resulta majestuosa a lomos de su montura. Cabalga como si hubiera nacido sobre el caballo, como si adaptarse al movimiento del animal fuera lo más normal del mundo. Su imagen es la de un rey, el rey que debería ser.

—¿En qué piensas con tanta intensidad ahí atrás? —me pregunta mirando por encima del hombro.

—En los niños —miento, pero poco, porque nunca se apartan del todo de mis pensamientos—. En este asentamiento hay muchos que todavía no se han reunido con su familia.

Finn agacha la cabeza como si mis palabras fueran un recordatorio de su fracaso.

—Misha me ha contado lo que hiciste —me dice al fin.

Frunciendo el ceño, animo a Two Star a ir más deprisa para situarme a su lado. No me gusta que Misha le hable a Finn de mí, sobre todo teniendo en cuenta que el rey tiene la mala costumbre de colarse en mi mente y leer mis pensamientos más íntimos.

—Lo que hice, ¿cuándo?

Finn mantiene la vista fija en el camino.

—Cuando escapaste del Palacio Dorado. Cuando te detuviste para ayudar a liberar a un grupo de niños de uno de los campos de la reina. Los liberaste, aunque odias a los fae y estabas furiosa con Sebastian... y conmigo, por mi traición y por... mis planes.

—Los niños no son responsables de nada.

—Ya lo sé, pero...

—¿Pensabas que les haría pagar por los errores de otros? Ellos no eligieron nacer fae y, por supuesto, no los culpo de las decisiones de los que llegaron antes que ellos.

Él alza una ceja como si mi respuesta le resultara intrigante.

—Tal vez tú no lo hagas, pero hay muchos que se consideran buenas personas y que miran hacia otro lado cuando se encuentran cara a cara con las injusticias. Podrías haber hecho lo mismo.

Aparto la vista, incapaz de soportar la intensidad con que me mira.

—Sé lo que es sentirse tan impotente. En el reino mortal hay niños a los que engañan para que firmen contratos injustos y acaban llevando una vida de esclavitud. Me dije mil veces que, si estuviera en mi poder, los liberaría. Me pasé años mirando al cielo por las noches y pidiéndoles ese deseo a las estrellas, pero seguía atrapada e impotente. Al final dejé de creer.

—No, no lo hiciste —replica él con suavidad—. Te dijiste que ya no creías porque la esperanza te hacía sentir débil, pero nunca dejaste de creer.

Me encojo de hombros. Probablemente tenga razón, pero en Elora estaba demasiado ocupada sobreviviendo para pensar en ello.

—Los ayudé porque pude hacerlo. Que fueran fae era lo de menos. Son inocentes y se merecen que alguien luche por ellos.

—¿Igual que Jas y tú necesitabais que alguien luchara por vosotras?

Trago saliva.

—Ya luché yo por nosotras; salimos adelante.

—Me alegro de que lo hicieras. —Se vuelve hacia mí y me observa con atención mientras los caballos avanzan en paralelo—. Pero no puedo decir que me sorprenda. Sé quién eres, princesa.

Pongo los ojos en blanco.

—Es obvio que no, ya que me sigues llamando «princesa».

—¿Preferirías que te llamara otra cosa?

—Tengo nombre.

—Precioso nombre, por cierto, pero hay algo que me impulsa a darte un título. Es lo menos que te mereces, teniendo en cuenta todo lo que has hecho por mi pueblo.

Se me escapa la risa por la nariz.

—Querrás decir el lío en que he metido a tu pueblo.

El silencio se extiende durante un tiempo que puedo contar siguiendo los contundentes latidos de mi corazón hasta que finalmente Finn dice:

—¿Quieres que finja creerme que las incursiones en los campos fueron idea de Sebastian? Ese pequeño acto de heroísmo llevaba tu nombre escrito en él.

Vuelvo a tragar saliva.

—Yo no moví un dedo. Solo hice que se diera cuenta del problema y le pedí ayuda.

Finn suelta un gruñido.

—Y ahora está cosechando los beneficios de esa decisión.

Me remuevo en la silla.

—¿Y eso te molesta?

—Sí... No. —Niega con la cabeza—. Mi prioridad es mi pueblo, por lo que, si sus actos lo favorecen, lo demás no tiene importancia.

—Pero... —insisto. Al ver que no dice nada, acabo yo la frase por él—. Pero no es fácil controlar lo que deberíamos y no deberíamos sentir.

Cuando se vuelve de nuevo hacia mí su mirada es como una caricia. O tal vez me lo parece a mí por culpa de esa dichosa atracción de la que no puedo librarme.

—Nada es simple, nunca. —Su voz es ronca.

No hay réplica posible a esas palabras, así que me limito a acariciarle el pelaje oscuro a Two Star.

A Finn no le pasa por alto mi gesto.

—Veo que ya has hecho una amiga por aquí.

—Es preciosa, ¿verdad?

—Sí —responde con la voz todavía ronca—. Hacéis buena pareja.

No me atrevo a mirarlo cuando me dice cosas así, por lo que agacho la cabeza, pero siento su mirada en mí mientras seguimos cabalgando hacia el asentamiento. He recorrido este camino muchas veces desde que llegué a las Tierras Salvajes, pero el paisaje es tan espectacular que el tiempo siempre se me pasa volando. Hoy, sin embargo, se me hace tan largo como el silencio que se ha instalado entre nosotros. Noto que Finn no deja de

observarme con atención. Alguna vez aparta la mirada, pero por poco tiempo.

—¿Tan rara estoy como fae? —salto al fin.

Él se ríe en voz baja.

—No, en absoluto.

—Y entonces ¿por qué no dejas de mirarme?

—Es que... —Él niega con la cabeza—. Me alegro de verte bien. Cuando me enteré de que te habías vinculado con él, temí...

—Pensaste que me dejaría morir.

Y tal vez debería haberlo hecho. Odio llegar a esa conclusión, pero no se puede negar que todo sería más sencillo si Sebastian hubiera subido a ese trono.

—No sabía qué pensar —admite en voz baja.

—Sebastian cometió errores, pero no es distinto a ti. Los dos queríais exactamente lo mismo y planeabais obtenerlo de la misma manera.

A Finn se le abren mucho las aletas de la nariz.

—No me parezco en nada a él.

—Si eso es lo que quieres oír...

—Yo... —Los árboles clarean y el camino se vuelve más ancho al acercarse al asentamiento. Negando con la cabeza añade—: Seguiremos hablando más tarde. —Se echa hacia delante, espolea a su caballo y sale al galope.

Lo sigo hasta los establos, donde entregamos las riendas a los jóvenes que están de guardia como mozos de cuadra ese día.

—¿Habías estado aquí antes? —le pregunto mientras nos dirigimos a la plaza principal. Los vendedores del mercado están cerrando los tenderetes, pero al pasar junto a ellos algunos nos saludan con la mano y otros inclinan respetuosamente la cabeza.

—Varias veces. A lo largo de los años he visitado todos los asentamientos tan a menudo como he podido.

—No tiene que haber sido fácil. Misha me dijo que están repartidos por todo el territorio y protegidos por escudos para que no se pueda llegar a ellos con un goblin.

—Ha valido la pena. Todo lo que sirva para que mi gente sepa que no nos hemos olvidado de ellos bien merece una pequeña incomodidad.

Se me retuerce un poco el corazón. A pesar de los planes que tenía preparados para mí, nadie puede negar que el amor que siente por su pueblo es sincero.

—Voy a asomarme un momento a la enfermería y luego pasaré buena parte del día ayudando en la escuela —le digo—. No te sientas obligado a esperarme cuando estés listo. Subo y bajo ese camino sola frecuentemente.

Finn gruñe.

—Lo de que subas y bajes sola esa montaña ya lo discutiremos otro día —me advierte, y yo pongo los ojos en blanco. Sin duda está más preocupado por proteger el poder que albergo que por mi seguridad personal, pero estoy de acuerdo en dejar la discusión para otro momento—. Pero ahora dime qué vas a hacer a la enfermería. ¿Tantos enfermos hay que necesitan tu ayuda?

Niego con la cabeza.

—No es que me necesiten, pero me gusta ayudarlos. Hay una enfermedad rara que corre por el asentamiento. No estamos seguros de qué es, pero a los sanadores les faltan manos, por eso me ofrezco a echarles una cuando puedo.

Cuando llegamos al edificio de piedra nos salen a recibir.

—Mi príncipe —lo saluda Leta en voz baja mientras se inclina en una profunda reverencia—. Es un honor volver a verlo, alteza.

—Por favor, levántate, Leta.

Me fijo en su cara; Finn no puede disimular lo incómodo que se siente. Tiene que ser terrible que la gente siga tratándolo como al heredero cuando acaban de arrebatarle el puesto.

—He oído que hay niños enfermos —comenta.

—Solo esta mañana han entrado siete más —confirma Leta asintiendo con la cabeza.

Me detengo en seco conteniendo el aliento. Eso significa que el número de niños enfermos se ha doblado durante la noche.

Finn me mira frunciendo el ceño.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. —Echo los hombros hacia atrás, decidida a ayudar tanto como pueda, pero no puedo evitar sentirme impotente.

—Por aquí —dice Leta indicándonos el camino hacia la parte trasera del edificio.

La seguimos, pero en cuanto entramos en la sala donde los niños duermen es el turno de Finn de quedarse paralizado.

—¿Qué explicación tiene esto?

—Están... dormidos y no se despiertan —responde Leta—. No presentan ningún síntoma antes de caer enfermos. Solo se van a dormir. Los padres tienen miedo de acostar a sus hijos por las noches.

—Tal vez deberíamos plantearnos poner a los niños en cuarentena —digo mirando las caras nuevas—. Quizá son contagiosos antes de caer dormidos, y si pudiéramos...

—No serviría de nada —me interrumpe Finn, que ha palidecido—. No es contagioso.

La enfermera frunce el ceño.

—¿Está seguro?

—No es la primera vez que lo veo —afirma Finn—. Prepararé las cosas para llevarnos a los niños dormidos a la corte unseelie. Os haré llegar más información cuando la tengamos.

—¿Estás seguro de que es buena idea trasladarlos? —le pregunto.

—Sí —contesta Finn con decisión—. Regresar a su tierra natal es lo mejor que podemos hacer por ellos ahora mismo. Hablad con los padres o con los adultos que estén a cargo de los huérfanos. Decidles que se preparen. Nos iremos mañana a primera hora.

—Sí, alteza —responde Leta.

Finn se vuelve hacia mí.

—Tenemos que irnos. Cuanto antes los llevemos de regreso a la Corte de la Luna, mejor para ellos. —Sale de la enfermería a grandes zancadas sin esperar a que le dé una respuesta.

—Finn —lo llamo. A Leta se le abren mucho los ojos. Supongo que le resulta extraño ver que uso su nombre de pila. Sin prestarle atención, salgo tras él y lo alcanzo cuando está entrando en las caballerizas—. Finn, no corras tanto.

Me da las riendas de Two Star.

—Tenemos que irnos.

—¿A qué viene tanta prisa? Dime lo que piensas, lo que sabes.

—Los niños dormidos son el primer síntoma de una corte moribunda. Si queremos salvarlos debemos llevarlos a casa para ganar algo de tiempo, y luego tendremos que sentar a alguien en ese maldito trono. —Abro la boca para protestar, pero vuelvo a cerrarla—. Hemos de reunir la corona, el poder y el trono. Y hemos de hacerlo lo antes posible, se nos está acabando el tiempo.

—¿Cómo?

Finn inspira hondo y suelta el aire entrecortadamente.

—Aún no tengo la respuesta, pero sé quién la tiene.

Al regresar nos reunimos con los demás, que están en la terraza. A juzgar por los platos vacíos que hay en la mesa acaban de comer.

—¿Ya estáis de vuelta? —pregunta Misha antes de darle un trago a la copa de vino tinto.

Finn se mete las manos en los bolsillos y se echa hacia atrás apoyándose en los talones. Tiene los dientes apretados y los ojos plateados encendidos de rabia.

—No me hablaste de los niños enfermos.

—¿Hay niños enfermos? —pregunta Pretha haciendo una mueca de preocupación.

—Sí —le responde Finn.

Misha abre mucho los ojos.

—No sabía que debía darte informes detallados de todo lo que pasa en los asentamientos, Finnian. Los niños llegan a menudo en malas condiciones. Y a veces enferman, como todos los niños. Le pediré a Leta que lleve un registro si quieres.

—Esto es distinto —salta Finn—. Y no creo que se te haya pasado por alto. Deberías haberlo mencionado.

—Que alguien me lo explique —pide Pretha.

Misha suspira.

—Es raro, pero no es ningún secreto. No sabemos lo que les pasa. Parece que estén durmiendo, pero no se despiertan. Nunca había visto algo así.

—Yo sí —replica Finn.

Misha se vuelve hacia él.

—¿Cuándo?

—Hace veinte años, cuando Oberon se quedó atrapado en el reino mortal y Mordeus se nombró a sí mismo rey de la corte unseelie. Los niños empezaron a caer en lo que llamamos el largo letargo.

—Lo recuerdo —corrobora Pretha—. Parecían estar tranquilos, pero estaban sumidos en un estado de estasis.

—No me enteré de nada —reconoce Misha.

—Porque no hablamos sobre ello —admite Finn en voz baja—. Lo mantuvimos en secreto.

Me dirijo hacia Finn, mirándolo a los ojos.

—Si ya lo has vivido antes, sabrás lo que hay que hacer.

Finn niega con la cabeza.

—No es tan fácil. Los niños son el futuro de la corte. Son el anuncio de las cosas buenas que están por venir. Por eso, cuando una corte languidece son los primeros en sufrir las consecuencias. —Se vuelve hacia Pretha—. Estábamos tan ocupados celebrando que Sebastian no podía acceder al trono que no nos dimos cuenta del coste que supondría que siguiera sin ocupar.

—Mordeus gobernó durante veintiún años —comento—. Nadie ha ocupado el trono durante ese tiempo. ¿Por qué ahora?

—Es cierto que el trono ha estado sin ocupar desde que mi padre quedó encerrado en el reino mortal —reconoce Finn con la mirada perdida—, pero transcurrió menos de un año entre que Mordeus se adueñó del gobierno y la maldición de la reina. Durante ese tiempo nuestra corte se marchitó y se debilitó. Decenas de niños cayeron en el largo letargo. Irónicamente, la maldición de la reina hizo que la situación diera un vuelco. Al maldecir a los unseelies la reina se volvió débil, y esa debilidad trajo un equilibrio entre las cortes. Un equilibrio enfermizo, pero equilibrio al fin y al cabo.

Niego con la cabeza.

—No entiendo qué tiene que ver una cosa con la otra.

Misha alza una mano para hacer aparecer un reloj lleno de relucientes granos de arena. Lo coloca de lado y lo equilibra en la palma de su mano. Los granos caen a los nuevos fondos de cada receptáculo.

—Imagínate que los conos de este reloj de arena son las cortes seelie y unseelie. Los granos de arena de cada lado representan el poder de cada corte. Cuando las dos partes están equilibradas, hay paz y tranquilidad. —Mueve la mano de lado a lado y la arena pasa de un bulbo al otro—. Si el desequilibrio es temporal no pasa nada, pero si dura demasiado... —inclina más el reloj y la arena desciende hacia el otro cono—, un lado podría acabar con todo y el otro sin nada.

—Cuando rompiste la maldición —añade Finn— la reina recobró su poder, su corte ya no está debilitada. Pero, como nadie puede ocupar el trono unseelie, volvemos a encontrarnos en una situación de desequilibrio. Y cuanto más tiempo permanezca así, más niños enfermarán y más difícil será que vuelvan a despertarse. Si no actuamos con rapidez la corte entera morirá.

—Pues matemos a la reina —aporta Kane. Cuando Finn lo fulmina con la mirada, él se encoge de hombros—. Valdría la pena intentarlo. Si el príncipe Ronan no hereda su corona ni su lugar, un trono dorado vacante nos daría tiempo.

—Es una idea muy peregrina —dice Finn—. Si no hemos podido matarla durante los veinte años en que ha estado debilitada por la maldición, ¿qué te hace pensar que podremos matarla ahora?

—Soñar es libre —murmura Kane.

—La conclusión de todo esto —declara Finn solemnemente— es que el trono de las Sombras no puede permanecer vacío. Hemos de encontrar la manera de reunir el poder con la corona para que alguien pueda sentarse en el trono.

Kane me señala.

—La princesa tiene el poder y está vinculada con el príncipe Ronan. Él no ha nombrado heredero, por lo que, tal vez, si lográramos que se topara con una muerte imprevista, la corona regresaría a ella.

Me encojo.

—No puedes matarlo. —Busco a Misha con la mirada—. ¿No es verdad? La magia de la corona impide que alguien mate para obtenerla.

—No seríamos tan obvios —replica Kane antes de que Misha pueda responderme.

—Para empezar —interviene Finn—, no podemos arriesgarnos.

—Aunque funcionara, Brie no podría ocupar el trono —dice Pretha—. No es unseelie.

Misha me dirige una sonrisa irónica antes de volverse hacia Finn.

—Y, sin embargo, se sentó en el trono y este no la rechazó.

—¡Imposible! —exclama Kane.

Pretha niega con la cabeza y me pregunta:

—¿Te sentaste en el trono?

Pongo los ojos en blanco. Obviamente odian la idea de que una vulgar humana se haya sentado en su precioso trono. Qué típico.

Kane niega con la cabeza.

—Es imposible —repite—. La magia del trono es tan antigua como Mab e igual de poderosa, si no más. Nunca lo habría permitido.

Me encojo de hombros.

—Llevaba puesta la corona, por eso me pude sentar.

Finn palidece, pero permanece en silencio.

—¿A qué te refieres con lo de sentarte? —me pregunta Kane—. ¿Te acercaste mucho o...?

—No, me senté. Para cumplir el trato que había sellado con Mordeus y salvar a mi hermana tenía que colocar la corona en el lugar que le correspondía. Y eso fue lo que hice.

—¿Y qué hizo el trono cuando te sentaste en él? —pregunta Pretha.

Me echo a reír.

—¿Qué quieres decir?

—Tal vez no se quedó sentada mucho rato —apunta Finn examinándome como si me estuviera viendo por primera vez—. O no se sentó del todo.

Busco en mi mente los recuerdos de ese día. La mujer a la que Mordeus asesinó para castigarme, para mostrarme que podría seguir controlándome incluso después de haber cumplido el trato, y con Jas ya a salvo, en casa.

—No me quedé mucho rato —le confirmo—. El necesario para salvar a mi hermana.

—El trono debió de sentir que no tenía intención de reclamarlo —comenta Kane.

Finn sigue observándome con ojos calculadores.

—Esa es una posible explicación. Pero, en todo caso, no sirve para resolver la situación actual.

Todo el mundo permanece en silencio durante un largo rato. Misha estudia su copa de vino, Pretha juguetea con una naranja que tiene en la mano y Kane examina el filo de su espada.

Finn observa a todo el mundo y finalmente es él quien rompe el silencio.

—Si alguien sabe cómo arreglar este despropósito es Mab. Fue ella quien creó el trono de las Sombras, por lo que es la mejor opción si queremos encontrar una solución.

—Buena suerte —refunfuña Kane.

—No estoy de broma —dice Finn.

Pretha suelta una maldición.

—¿Quieres morir antes de hora?

—Claro que no, pero no pienso quedarme de brazos cruzados mientras Arya destruye mi corte y aniquila a mi pueblo —responde Finn—. Aunque para ello deba visitar el inframundo. —Se vuelve hacia Misha—. Mientras tanto hemos de devolver a los niños dormidos a tierra unseelie. Será más fácil que se recuperen si se encuentran en su tierra natal. ¿Puedo contar con tu ayuda para los preparativos, Misha?

El rey asiente con la cabeza.

—Por supuesto.

La conversación ha dado un vuelco, y creo que me he perdido algo.

—¿El inframundo? —Miro a mi alrededor, como si la respuesta fuera a estar en los ojos de alguno de los sentados a la mesa. He oído hablar del inframundo en mitos y leyendas, pero Finn ha hablado como si planeara ir allí físicamente—. ¿Existe de verdad?

Pretha aprieta los puños sobre la mesa, pero no levanta la cabeza.

—Es una especie de espacio intermedio entre esto y el lugar al que van nuestros dirigentes... después.

—Después... —Cuando al fin entiendo a qué se refiere, contengo el aliento—. ¿Estás diciendo que el otro mundo, la ultratumba, es un lugar físico?

Finn niega con la cabeza.

—Los gobernantes que vivieron antes que nosotros no están en el inframundo. Habitan en el Crepúsculo, un espacio al que no podemos acceder. Pero de vez en cuando podemos visitar el inframundo, igual que ellos. Es el único modo de hablar con Mab.

—Es una misión suicida —dice Pretha.

Finn se mete las manos en los bolsillos.

—Se ha hecho antes. Más de una vez.

Pretha aparta la silla y se levanta.

—Y más de uno lo ha intentado y ha fracasado. Lo ha intentado y ha muerto.

Sigo tratando de hacerme a la idea de que un vivo pueda visitar el inframundo. Por eso pregunto:

—¿Por qué mueren?

—Es un tema de equilibrio, como siempre —responde Misha moviendo el reloj de arena de lado a lado—. Si los grandes gobernantes de este plano pueden visitar el inframundo, también pueden hacerlo los grandes monstruos que hemos expulsado de este mundo.

Finn mira a Misha con la cabeza ladeada. No hay ni rastro de humor en su brillante mirada acerada.

—Por suerte, la princesa ha roto la maldición y ya no soy el ser indefenso que solo servía para ocupar espacio y del que has tenido que ocuparte durante los últimos veinte años. Soy el heredero del trono de las Sombras. Mi magia discurre por el filo que separa la vida de la muerte. Soy el mejor candidato para esta misión. Mab tiene la respuesta a cómo salvar nuestra corte y pienso obtener esa respuesta.

—Ni siquiera sabemos dónde están los portales que llevan al inframundo —le recuerda Pretha—. Y la última vez que trataste de reunirte con la suma sacerdotisa para que te abriera uno, no quiso recibirte.

Finn asiente.

—Lo recuerdo, pero tengo un plan. —Se vuelve hacia mí y me sostiene la mirada durante unos instantes que se alargan hasta volverse tensos—. Siempre y cuando la princesa sea tan amable de acompañarme a las montañas durante el Lunastal.

—Iré adonde sea necesaria mi presencia —respondo, pero luego niego con la cabeza, porque todavía siento que no estoy entendiendo toda la conversación—. ¿Qué hay en las montañas? ¿Y qué es el Lunastal?

Finn sonríe.

—Es donde reside la suma sacerdotisa. En las festividades señaladas abandona su profunda meditación y concede audiencias durante varios días. Necesito hablar con ella, porque es la única que puede abrir un portal hacia el inframundo.

—¿Vas a pedirle que te envíe a morir? —pregunta Kane.

Pretha niega con la cabeza.

—Es demasiado arriesgado.

—Ya basta —ordena Finn en tono brusco y claro silenciando a todos los reunidos—. Abriella y yo nos reuniremos con la suma sacerdotisa y, si me concede el acceso, iré al inframundo a hablar con Mab.

Pasea la mirada sobre el grupo desafiándolos a llevarle la contraria. Finalmente detiene la mirada en Amira.

—Faltan cuatro días para el Lunastal. Tenemos que ponernos en marcha.

—Es imposible tenerlo todo listo a tiempo —señala Pretha—. Hay que seguir ciertos protocolos si un príncipe piensa asistir a una celebración. Y necesitamos tiempo para preparar a Juliana. Si te presentas allí con Abriella, y Juliana percibe que lleva consigo el poder de la corona, no me quiero ni imaginar lo que pasará.

—Mala suerte.

12

Me dijeron que preparara equipaje para una o dos semanas, y me contaron que Pretha y Misha estaban trabajando conjuntamente para abrir un portal desde donde llegar a la corte unseelie. Me indicaron que tenía que estar lista para partir antes del amanecer.

Lo que nadie me contó es por qué Finn necesitaba que lo acompañara a visitar a esa sacerdotisa, ni tampoco los detalles de lo que supondría el viaje de Finn al inframundo. Por mucho que finjan que ahora formo parte de su equipo, lo cierto es que todavía no se fían de mí completamente. Lo que me sirve de recordatorio de que, por mucho que tenga poder y un cuerpo inmortal, sigo sin pertenecer a este reino. No pasa nada. Yo también tengo mis propias razones para querer ver a la sacerdotisa. Si es capaz de abrir portales hacia el inframundo, tal vez sepa algo sobre la poción vital inversa que mencionó Misha. Y aunque es posible que ya no exista, quizá conozca otra manera de devolverme mi condición de mortal.

Finn, o alguno de los suyos, ha puesto escudos alrededor del ala del castillo donde se encuentran, pero me cuelo entre ellos como el agua entre las grietas de una montaña. Me oculto entre las sombras, convirtiéndome en oscuridad, y me deslizo sin hacer ruido hacia el sonido de sus voces.

Pretha y Finn se hallan en una de las muchas terrazas del castillo. Finn tiene los brazos apoyados en la barandilla, y sostiene relajadamente una copa de vino. A su espalda Pretha camina de un lado a otro.

—... perdiendo algo importante —está diciendo Finn—. No me cuadra, pero no pienso permitir que el miedo me detenga. Necesito ir en busca de respuestas.

—Tiene que haber otra manera. —Pretha se frota en el centro del pecho con la mano—. ¿Quién más puede tener una solución?

—Nadie más —responde Finn con la voz calmada, casi desganada, aunque puedo sentir su preocupación. Es como una vibración que se agita justo bajo la superficie de esta inexplicable conexión que existe entre los dos—. No hay nadie más, Pretha. Lo voy a hacer.

Pretha hace aparecer una botella de vino y se sirve una cantidad generosa. El líquido, granate y aterciopelado, parece tragarse la luz. Vacía la mitad de la copa de un trago y la rellena de inmediato.

—¿Y qué pasa con tu responsabilidad hacia tu pueblo? Llevamos veinte años protegiéndote para que puedas gobernarlos y ahora...

—Ahora eso ya quedó atrás. No soy yo quien lleva la corona, así que necesitamos encontrar otra manera de protegerlos. —Suspira y se vuelve hacia ella—. No tengo elección. No te creas que me apetece llevarla junto a él. Enseguida volverá a tenerla comiendo de su mano.

—No estoy tan segura. —Pretha da otro sorbo al vino—. ¿Y qué pasará si Mab dice que la única solución es que Brie renuncie a su vida y deje que gobierne Sebastian?

—Tiene que haber otra manera —murmura Finn, que parece estar hablando consigo mismo.

—¿Por qué crees que la idea de la muerte de Brie te parece peor que ver a Sebastian en el trono?

Él se sujeta la frente con una de sus grandes manos y se aprieta las sienes.

—Lo último que necesitamos ahora mismo es que mi ego se interponga entre nosotros y la cura de mi corte moribunda.

Pretha exhala ruidosamente.

—Encontraremos la manera. Tengo que creerlo.

Dándose la vuelta, Finn se apoya en la baranda y examina a su cuñada.

—¿Cómo lo llevas?

—¿El qué? ¿La próxima destrucción del reino entero? —replica ella arqueando las cejas y alzando la copa como si brindara—. Oh, estupendamente.

Finn niega con la cabeza.

—Esta es la primera vez que has estado en el castillo Craige desde que tus padres te enviaron fuera. ¿Qué se siente al volver a casa?

Se me encoge el corazón. Pretha es una de las integrantes más capaces y asertivas del equipo de Finn; tanto que es fácil olvidarse de que un día fue una jovencita enamorada de la prometida de su hermano.

—Está... bien. Sí, es una buena sensación. —Su expresión se vuelve distante mientras contempla el valle que se extiende a sus pies—. Siempre echo de menos estas tierras, pero no me había dado cuenta de lo mucho que las añoraba hasta que puse un pie en el palacio. —Se muerde el labio inferior mientras se le llenan los ojos de lágrimas—. Tengo un montón de recuerdos felices entre estas paredes.

Finn le aprieta la muñeca y el corazón me da un brinco al presenciar una muestra de afecto del príncipe de las Sombras, algo tan poco habitual en él. Pero, al mismo tiempo, una sensación muy incómoda me envuelve el corazón. No me cuesta reconocerla: son celos. He estado celosa de la relación entre Pretha y Finn desde el día que lo conocí. Al principio porque pensaba que tenían una relación romántica. Ahora que sé que no es así, estoy celosa de su conexión. Ellos se apoyan el uno en el otro y yo me siento muy sola desde que salí huyendo de Sebastian. Estoy rodeada de personas que afirman querer ser mis amigos, pero ¿cómo puedo fiarme de ellos sabiendo que les importa más mi poder de lo que nunca les importaré yo?

Si pudiera librarme de este poder como quien se quita la capa, ¿seguirían preocupándose por mí? ¿Tendría un sitio donde dormir o me vería obligada a seguir corriendo?

—La relación entre tu hermano y Amira no es de carácter romántico —le recuerda Finn soltándole la muñeca—. Se dice por ahí que está tratando de dejar embarazada a una de sus consortes para que no se pierda la línea familiar.

Pretha suelta un resoplido.

—Estoy segura de que lleva intentándolo desde que dejó la infancia atrás.

Finn gruñe, pero se le escapa una sonrisa.

—Conocía a Misha en aquella época. Siento decírtelo, pero cuando metía a todas esas hembras en su cama, lo que buscaba no era un heredero.

—Ya, algo de eso llegó a mis oídos. —A Pretha se le escapa la risa mientras examina la copa de vino—. Y prepárate, porque creo que ahora ha puesto los ojos en Brie.

¿Misha quiere que sea su... consorte? ¿O eso es lo que quiere que ellos piensen? Mi intuición me dice que es más lo segundo que lo primero. Misha es amable y guapísimo, pero lo más probable es que quiera acceder a mi poder, o que planee usar una aparente relación conmigo para ganar prestigio en la política de Feéra.

Finn alza una ceja.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—La estás protegiendo, todo el mundo lo sabe.

—Es lo menos que puedo hacer. —Se vuelve de nuevo hacia la barandilla, donde se apoya para contemplar el paisaje—. Después de todo.

—¿Ha vuelto a visitarte en sueños?

Él niega con la cabeza.

—No. Y no creo que lo hiciera voluntariamente aquella vez. Le estaba empezando a brotar la magia de la transformación y se aferró a mí mientras trataba de entender qué le estaba ocurriendo. —Se pasa la mano por el pelo revolviéndose los rizos—. Sebastian la ama de verdad, dejando el engaño aparte.

—Ya, bueno..., ¿y de qué nos ha servido el amor además de para alterarnos los planes? —pregunta Pretha, a lo que Finn responde con un gruñido de asentimiento—. Tengo que irme. Debo despedirme del amor de mi vida y fingir que me parece bien dormir sola mientras ella está bajo el mismo techo.

Finn alza la ceja.

—No tienes por qué dormir sola —le dice en voz baja—. Amira tiene sus propias habitaciones, y todo el mundo sabe que le encantaría compartir su cama contigo.

Pretha cierra los ojos y traga saliva.

—Hace tiempo decidí que preferiría estar sola y triste que ser su amante. No critico a nadie que elija otra opción, pero para mí... no sería

suficiente. No me pareció justo participar en un arreglo que me hiciera sentir amargada. No quería acabar enfadada con ella y con mi hermano.

Finn le da un último apretón en la muñeca.

—Que duermas bien.

Cuando Pretha se va, regreso al pasillo y espero varios minutos antes de salir de las sombras. Inspiro hondo al notar que recupero mi forma corpórea y luego me reúno con Finn en la terraza. El sonido de mis botas contra el suelo de piedra anuncia mi llegada.

—A veces se me olvida lo bonitas que son las noches en estas tierras —me dice antes de que pueda explicar mi presencia o justificar que haya atravesado los escudos, y mejor así, porque no tenía ninguna justificación.

Me acerco a él, junto a la barandilla.

—Son impresionantes. ¿Mejores que las de casa?

Se le escapa una sonrisa triste.

—No, no hay nada comparable a las de casa.

—Apuesto a que estás impaciente por volver.

Me mira a los ojos con tanto recelo que siento como si me cayera una piedra en el estómago.

—Estoy impaciente por hacer algo que nos acerque a una solución. El palacio en sí... —Niega con la cabeza—. Volver a casa siempre es una ciénaga emocional, una a la que no me apetece demasiado enfrentarme.

—¿Por qué?

Finn hace una mueca de disgusto.

—No tiene importancia. Lo único importante ahora son las respuestas.

—¿Las respuestas sobre qué?

—Sobre los niños, sobre mi pueblo, sobre lo que debemos hacer ahora. Nuestra corte es un caos.

«Y todo por mi culpa.»

Dejo que el peso de sus palabras cale en mi interior y me lastre como un montón de piedras.

—¿Crees que Mab tendrá una solución?

Él asiente con la cabeza.

—Creo que la Gran Reina sería capaz de cualquier cosa por proteger a su corte, especialmente de la corte seelie.

—¿Y tú aceptarías su solución si fuera necesario que otro se sentara en el trono? ¿Después de... todo?

Él traga saliva antes de responder.

—Te lo creas o no, quiero lo que sea mejor para mi pueblo, no lo que sea mejor para mí. Y ahora mismo lo mejor es un reino que sobreviva. —Niega con la cabeza—. Mi vida vale menos que la de una corte entera. Si no tuviera eso claro, debería darme vergüenza creer que puedo gobernar.

—Debes de pensar que soy despreciable, entonces —murmuro.

Él endereza la espalda y se vuelve hacia mí.

—En absoluto, princesa.

—Pues deberías. Mi vida no es más valiosa que la tuya y, sin embargo, mi corazón es el causante de que tu corte esté hecha un caos, por usar tus palabras.

—Yo no lo veo así. —Levanta la cara y vuelve a observar el cielo nocturno, mientras un silencio opresivo se instala entre los dos—. ¿Estás preparada para volver a verlo? —me pregunta.

—Ya volví a verlo.

Finn alza una ceja.

—Deja que lo adivine. ¿Fue cuando le pediste que desmantelara los campos?

Asintiendo con la cabeza, me apoyo en la barandilla y contemplo a un murciélago que da vueltas a lo lejos.

—¿Se volverá más fácil con el tiempo lo de estar así, conectada a alguien?

Él entorna los ojos, como si la respuesta estuviera en la oscuridad y solo tuviera que concentrarse para verla.

—¿Te resulta difícil?

Resoplo antes de responder.

—¿Tener que mantenerme apartada de sus emociones todo el día? ¿La distracción constante que supone sentir lo que está sintiendo y estar alerta constantemente para que no se caigan los escudos de protección? —Suspiro hondo—. Llámalo difícil, llámalo agotador, pero la respuesta es sí.

—Mmm. —Finn se aprieta la nuca—. ¿Te proteges contra tu pareja de vínculo? Interesante.

Le dirijo una mirada tan fulminante que no entiendo cómo no se encoge.

—No es asunto tuyo.

—Se supone que no debería resultarte difícil. Idealmente debería ser un consuelo para ti, pero lo de vosotros dos...

—¿Está maldito desde el principio?

A él se le escapa un resoplido al reírse.

—Supongo que es complicado. —Baja la vista hacia sus brazos. Lleva las mangas de la casaca subidas hasta los codos, dejando a la vista los fuertes antebrazos y las runas que los cubren—. Aunque, en realidad, no tengo ni idea.

Me quedo observando los tatuajes de los brazos y luego los que le asoman por el cuello. Lo he visto sin camisa, por lo que sé que hay muchos, muchísimos más, y cada uno de ellos representa un vínculo único.

—¿Alguno de ellos sigue con vida? —le pregunto señalándolos—. ¿O son todos tributos de la época de la maldición?

Él suelta el aire con fuerza.

—Nunca vi la necesidad de vincularme con mis sirvientes. Y, por supuesto, en cuanto me vinculaba con los tributos...

—Morían. —Acabo la frase por él.

Finn asiente.

—¿Y qué pasó con Isabel?

Él hace una mueca de dolor.

—Fue la primera humana que maté —responde en voz tan baja que apenas distingo las palabras—. La primera humana cuya fuerza vital sentí fluyendo por mis venas.

Quiero sentir repulsión, pero hay algo en su expresión que me hace sentir lástima.

—Pero ¿la amabas?

Me dirige una mirada torturada.

—La amaba. Así que no te engañes pensando que el amor es suficiente, princesa. Tal vez eso sea cierto en el lugar del que provienes, pero no podría estar más lejos de la verdad en este lugar dejado de la mano de los dioses.

Abro la boca para protestar, pero la aparición de Kane me interrumpe.

—Ha llegado un mensaje del palacio unseelie —anuncia.

Cierro los ojos con fuerza. Me fastidia la interrupción, pero al mismo tiempo la agradezco. Ojalá los sentimientos que me despierta Finn no fueran tan contradictorios. Ojalá pudiera colocar mentalmente al príncipe de las Sombras en la categoría de enemigo, tal como hice con Mordeus, y seguir adelante con mi vida, pero por mucho que trate de convencerme de que no es mejor que su malvado tío, mi corazón se niega a aceptarlo.

—Hay una revuelta a las puertas del palacio —añade Kane.

Finn frunce el ceño y pregunta:

—¿Qué la ha causado?

—El príncipe Ronan ordenó el desplazamiento de los Bandoleros de la Medianoche a las montañas. Digamos que no les ha sentado muy bien que el príncipe Dorado asumiera una posición de autoridad. Los informes dicen que piden su cabeza.

—Mira, qué oportuno —murmura Finn.

Contengo una exclamación.

—¿En serio?

Kane vuelve sus aterradores ojos rojos hacia mí.

—Pensaba que odiabas al Dorado. ¿No te engañó?

—Eso no significa que quiera verlo muerto.

—No nos veríamos en este lío si estuviera muerto —susurra Kane, y le respondo con una mirada asesina. Él se vuelve hacia Finn—. De momento su guardia los está manteniendo a raya, pero la multitud no deja de crecer. Exigen ver a su auténtico rey.

Al menos ahora ya sé qué es lo que he notado antes. Sin duda era su preocupación por las revueltas.

Finn hace una mueca.

—¿Y quién coño es el auténtico rey? —musita.

—Te quieren a ti en el trono —responde Kane.

—¿Qué podemos hacer? —pregunto.

—¿«Podemos»? —Finn se vuelve hacia mí y yo levanto las manos.

—No creo que quieras ver cómo tu corte cae en el caos.

—Lo que yo quiero, princesa, es reparar el daño que causó Mordeus durante las dos últimas décadas. Quiero que los padres de los niños dormidos vuelvan a ver sus ojos brillantes. Quiero encontrar la manera de

solucionar esto antes de perder a más niños por culpa del largo letargo, antes de que todos los miembros de la siguiente generación se pierdan, atrapados en su propio sueño.

—Te quieren a ti —le digo en voz baja—. Eso me dijo Misha. Me dijo que eran muchos los que te habían apoyado en secreto durante el mandato de Mordeus y que, si Sebastian y tú formarais una alianza, si colaborarais, la mayor parte de la corte quedaría unida.

—Misha habla demasiado. —Resopla—. Lo que quiere toda esa gente es alguien en quien pueda confiar. No saben nada del príncipe Ronan. Lo único que saben de él es quién es su madre y lo que ella les ha hecho. ¿Cómo van a aceptarlo como príncipe o como rey? ¿Cómo pueden fiarse de lo que les diga?

—No dejes que lo maten —susurro.

—Es tentador —replica con los ojos brillantes y los orificios de la nariz muy abiertos. Me mira de arriba abajo antes de negar con la cabeza—. Pero como ya hemos comentado, si Sebastian muere no sabemos qué le pasará a la corona. No tengo ninguna intención de permitir que una muchedumbre acabe con él, por satisfactorio que fuera.

—Muy noble por tu parte.

Kane se aclara la garganta y se vuelve, incómodo, hacia el pasillo.

—Si queréis, me voy.

—Quédate —contestamos Finn y yo a la vez, furiosos, sin apartar la vista el uno del otro.

Finn alza la barbilla.

—¿Qué quieres de mí, princesa? —me pregunta.

A su espalda Kane gruñe, alternando la mirada entre los dos como si fuéramos dos bombas a punto de estallar.

—Quiero que te marches. Sé la persona que dices que quieres ser. Sé la persona que los gobierne y los proteja. Demuestra que realmente quieres lo mejor para ellos formando una alianza con Sebastian. Tal vez con eso no arregles la corte, pero al menos será más fuerte mientras buscamos una solución a largo plazo.

Él se cruza de brazos.

—¿Qué te hace pensar que tu príncipe está interesado en una alianza?

Me encojo de hombros.

—Y tú, ¿por qué estás tan seguro de que no lo está?

Después de todo lo que Sebastian me contó ya no sé qué pensar; no sé qué es cierto y qué es manipulación, pero mi corazón se empeña en creer que es bueno, que quiere lo mejor para el pueblo de su padre. Tenía tantas esperanzas puestas en las dos cortes y en la paz continuada entre ambas que me traicionó para conseguirla. Finn y él no son tan distintos.

—En cualquier caso, iré contigo —afirmo—. Tal vez pueda ayudar a convencerlo. Juntos encontraremos la manera.

—A lo único que va a ayudar tu presencia es a demostrar hasta qué punto está dispuesto a arrastrarse para que vuelvas a meterte en su cama.

—En todo caso —interviene Kane—, tener a Abriella con nosotros puede ayudarnos.

Finn lo mira con el ceño fruncido.

—No puedes negar que sabe cómo manejar a los príncipes. —Kane alza las manos—. Y, al parecer, también a los reyes. Hasta Misha está comiendo de su mano.

Pero, bueno. ¿Primero Pretha y ahora Kane?

—No es verdad —protesto dirigiéndole una mirada asesina.

Él se echa a reír.

—No te preocupes. Él aún no se ha dado cuenta.

—Misha es un amigo.

—Tienes permiso para irte, Kane —nos interrumpe Finn gruñendo, y a Kane le falta tiempo para entrar en el castillo.

Cuando volvemos a quedarnos solos me vuelvo hacia Finn.

—Déjame hacer lo que esté en mi mano para convencer a Sebastian.

—Harás que parezca que nos está haciendo un favor. Deja que me ocupe yo.

—Una vez me dijiste que no era tu enemigo. ¿Qué ha cambiado? ¿Por qué le deseas el mal ahora?

—Te lo dije antes de que destrozara mi corte con su imprudencia y sus malas decisiones.

—Quieres decir antes de que me salvara la vida.

Finn cierra los ojos.

—Yo no he dicho eso.

Alzo la barbilla.

—Tu corte tiene problemas porque, al salvarme la vida, ató el poder de la corona a mi existencia. Dilo como quieras, pero las cosas son así.

Aprieta los dientes, con los ojos brillantes a la luz de la luna.

—Para ya. Deja de pensar que el mundo sería un lugar mejor si tú no estuvieras.

—Dijiste que preferirías ver a Sebastian en el trono antes que ver caer a la corte. Pues estaría en el trono de no ser por mí. —Retrocedo moviendo la cabeza. Estas ideas me torturan—. Si no me hubiera tomado la poción...

Sin darme tiempo a asimilar lo que está pasando, Finn me da la vuelta y me empotra contra la pared. Me dirige una mirada tan intensa que sus ojos, más que plateados, parecen de acero.

—Pero lo hiciste. Tomaste la poción y, al hacerlo, salvaste una cosa hermosa en este mundo lleno de fealdad. Personalmente nunca voy a lamentarlo.

Casi no puedo ni procesar sus palabras cuando su boca se apodera de la mía. Por los dioses, el calor de su cuerpo musculoso pegado al mío, el tacto de sus labios probando mi boca, como si fuera el más preciado de los vinos y él estuviera luchando entre las ganas de saborear y las de devorar.

Cuando atrapa mi labio inferior entre los dientes abro la boca y lo beso, respondiendo a su hambre con mi ansia. Esto no es un simple beso; estamos escribiendo todas las palabras que no nos hemos dicho con nuestras bocas, con nuestros cuerpos. En este beso hay furia desatada y esperanza, hay miedo y lujuria, todo mezclado y cargado de electricidad. No hay ni rastro de soledad. Ni de arrepentimiento. Solo su sabor, intenso como el vino tinto, y su fuerza envolviéndome, brotando dentro de mí.

Le rodeo el cuello con los brazos y hundo las manos en su pelo, soltándole la cinta para notar sus rizos sedosos entre los dedos. Separando su boca de la mía, Finn me traza una línea de besos con la boca abierta a lo largo de la mandíbula y por debajo de la oreja hasta alcanzar el punto en que el cuello se une con el hombro, donde me mordió no hace tanto tiempo. Cuando me acaricia ese punto con la lengua, contengo el aliento mientras un latigazo de placer me inunda la sangre y el recuerdo florece en mi mente.

Gruñendo, Finn sitúa el muslo entre mis piernas, como si él también estuviera recordando.

—Pensaba que me lo había imaginado, pero tu sabor es aún más dulce de lo que recordaba.

«Para. Te quiero. Para. Por favor, por favor, por favor.»

Un dolor crece en mi pecho, terrible y desesperado. Sé que no es mío, pero aun así hace que se me aclare la cabeza. Esto es un error. El beso, las caricias, fundirme de placer al oír sus palabras bonitas. Es un terrible error y ya he cometido demasiados.

Lo aparto de un empujón y levanto los escudos, bloqueando la corriente de sentimientos de Sebastian que me han invadido de repente.

Finn no se resiste. Ni siquiera se tambalea. Se limita a dar tres pasos hacia atrás, como si hubiera estado esperando el momento en que recobrara la sensatez.

Me mira fijamente, todavía jadeando. Me pregunto si yo también tendré el mismo aspecto desatado, si mis labios también estarán hinchados, o si el hambre que veo en sus ojos se reflejará en los míos.

—No puedes besarme —protesto poco convencida. Mi queja suena forzada, supongo que porque lo es.

Finn inspira honda y entrecortadamente mientras recupera el control.

—Lamento darte esta noticia, princesa, pero yo no era el único implicado en ese beso.

—Ya, bueno, yo tampoco puedo besarte.

Él levanta una ceja.

—¿Y puede saberse por qué?

«Porque no puedo pensar con claridad cuando me tocas. Porque no quiero volver a ser una idiota. Porque sería demasiado fácil creerme tus palabras bonitas y enamorarme de ti. Porque todavía tengo algo que quieres, y no puedo fiarme de que me quieras a mí más que a mi poder.»

Estoy demasiado vulnerable y temblorosa para compartir con él ninguna de estas cosas, y por eso opto por lo que sé que le dolerá más.

—Porque estoy vinculada con Sebastian.

Finn no se mueve, no reacciona físicamente, pero veo el cambio en sus ojos. Es como si una puerta se cerrara.

—Interesante.

Frunzo los labios con fuerza, pero no sirve de nada y acabo mordiendo el anzuelo.

—¿El qué?

Él se encoge de hombros.

—Misha tiene la sensación de que no quieres el vínculo, que estás deseando encontrar la manera de librarte de él.

Resoplo.

—Tienes razón, Misha habla demasiado.

—¿Es eso cierto? ¿Quieres deshacer el vínculo?

Aprieto los dientes antes de responder.

—El modo en que Sebastian lo logró no fue muy sincero.

—¿Y crees que hay alguna cláusula que permita excepciones en caso de engaño? —Finn se da la vuelta y se dirige a la barandilla—. Te queda tanto por aprender sobre este mundo, princesa...

¡Será pomposo y condescendiente!

Me doy la vuelta para marcharme dejando las estrellas a mi espalda.

—No confundas ignorancia con inocencia, Finn. Ya no soy la niña boba que podía manipularse con palabras bonitas y atracción física.

—Estoy seguro de que Sebastian estará encantado de poner a prueba esa teoría.

Miro por encima del hombro. Él me está observando como si quisiera colarse en mi mente.

—Estaba hablando de ti.

Él traga saliva.

—Tenlo todo preparado antes del alba —me recuerda—. Será un día muy largo.

13

En cuanto Finn se materializa en el salón del trono unseelie, Riaan lo agarra desde atrás y apoya la punta de la espada en el cuello del príncipe de las Sombras.

—Dime por qué no debo rebanarte el cuello aquí y ahora.

El goblin de Finn desaparece al instante y yo permanezco oculta entre las sombras, tal como estaba previsto. Esta mañana hemos cruzado el portal a caballo y hemos llegado a la capital unseelie. Mientras Misha, Pretha y los demás ayudaban a trasladar a los niños a las enfermerías de la ciudad, el goblin de Finn nos ha traído a los dos directamente al salón del trono.

Examino la estancia. Sebastian está en el estrado, mirando a su hermanastro y a Riaan con los ojos entornados. Aparte de ellos no hay nadie más.

Finn sonríe. Ni siquiera intenta liberarse del guardián de Sebastian, aunque podría. Lo he visto librarse de numerosos ataques mientras entrena con Jalek. Podría haber derribado a Riaan sin necesidad de usar la magia. Y, sin embargo, permanece inmóvil, permitiendo que Riaan presione el filo de la espada contra su cuello. Lo único que mueve son los ojos, fríos como la plata, que buscan la mirada de Sebastian.

—Creo que está esperando a que le des la orden —comenta en tono despreocupado.

—Espero que no sea necesario —replica Sebastian.

Finn alza las cejas y se echa a reír.

—¿En serio?

—Riaan, aparta la espada.

Al centinela se le abren las ventanas de la nariz mientras tira la cabeza de Finn hacia atrás, como si estuviera tentado de desobedecer a su príncipe y rebanarle el cuello a Finn de todos modos, pero luego le apoya una rodilla en la espalda y lo empuja hacia delante mientras lo suelta.

Finn hace gala de su gran agilidad y ni siquiera se tambalea. Sube los escalones y se dirige hacia Sebastian.

—Parece que te enfrentas a un dilema con los nativos —comenta echando un vistazo hacia los ventanales que cubren un lado del salón del trono.

Lo único que veo desde mi escondite es que la mañana es soleada, pero todos sabemos que hordas de fae de las Sombras descontentos aguardan al otro lado de la verja. Los he oído protestar cuando hemos salido del portal.

—Es un dilema temporal —replica Sebastian—. En cuanto me siente en el trono me aceptarán.

Finn se cruza de brazos y se echa hacia atrás, apoyándose en los talones. Su sonrisa no tiene nada de alegre. Es la sonrisa de alguien que no dudará en matar a cualquiera que haga daño a sus seres queridos. Es la sonrisa de un príncipe exiliado al que le han robado su única oportunidad de recuperar su trono.

—Me encanta oír que has encontrado una solución —comenta—. Me pregunto qué podrá ser.

—¿No creerás que voy a contártelo precisamente a ti?

Finn se encoge de hombros.

—Solo me lo preguntaba. Sabes que si matas a tu princesa no podrá traspasarte el poder y, ahora que la has vuelto inmortal, no puedes esperar que muera de muerte natural un día de estos. —Finn ladea la cabeza—. Tal vez esperas que sea ella la que elija unirse a nuestros mayores a una edad temprana y te ceda el poder voluntariamente. Tal vez cuentas con que su amor por ti sea lo bastante fuerte como para superar el hecho de que mentiste y la manipulaste para acceder a esa corona. —Se examina las uñas un instante, como si estuviera dándole más vueltas al tema—. Por supuesto, para eso haría falta que ella te perdonara y, si no recuerdo mal, ha jurado que no lo hará.

Sebastian se lanza hacia él y lo golpea con las dos manos en el pecho. De nuevo Finn ni se inmuta. Me doy cuenta de que, comparados con él, Sebastian y Riaan son unos niños. Unos aficionados que están jugando una partida de ajedrez con un maestro.

—Tengo consejeros —replica Sebastian en tono ronco y con la mandíbula muy tensa—. Están buscando una solución que no le haga daño a Abriella.

Finn se echa a reír.

—Así que, cuando dices que tienes un plan, lo que quieres decir es que esperas que tus consejeros encuentren un plan. Me pregunto qué habría pasado si le hubieras contado la verdad en vez de hacerme parecer un villano.

Sebastian ruge, consiguiendo que el suelo tiemble y la oscuridad ascienda por las paredes.

—¿Se supone que eso debe asustarme? —pregunta Finn mirando a su alrededor mientras las sombras retroceden—. No te molestes. Llevo jugando con mis poderes unseelies toda la vida, así que no te va a resultar fácil impresionarme. Aunque seguro que tus centinelas de la guardia Dorada estarán fascinados.

El rostro de Sebastian se contrae en una mueca de rabia.

—Cállate la boca o sal de mi salón del trono.

—¿Tu salón del trono? —repite Finn—. ¿Qué te hace pensar que es tuyo?

—Es más mío de lo que nunca será tuyo.

Finn se frota la barbilla, como si estuviera considerando su afirmación.

—¿Sabes qué? Creo que te equivocas. Hay mucha gente que piensa que el poder depende de la corona o de la propia magia, pero ¿y esa gente que está al otro lado de la verja del palacio? Muchos te dirían que el poder de un reino viene de ellos, que les pertenece a ellos. Y ahí fue donde se equivocó Mordeus. No entendió que, cuando gobiernas este reino, estás al servicio de todos sus habitantes: los débiles y los fuertes, los dóciles y los rebeldes.

—Ya lo sé —replica Sebastian en tono enfadado—. No tengo ningún interés en gobernar como Mordeus. Se te olvida que todo lo que he hecho ha sido para apartarlo del poder, para salvar a este reino de su dominio.

Finn camina hasta que su cara queda a pocos centímetros de la de su hermano.

—Y a ti se te olvida que, durante los dos años que has pasado jugando a ser humano para robarle el corazón a Abriella, yo estaba trabajando para asegurarme de que mi pueblo supiera que no me había olvidado de ellos. Para que supieran que daba igual quién se apoderara del palacio o quién fingiera que este era su lugar, siempre tendrían sus necesidades cubiertas y, si no lo estaban, tendrían un ejército que lucharía por ellos.

—No quiero hacerles ningún daño, Finn. —Sebastian traga saliva—. Afirmas que engañé a Abriella, pero no mentí en lo importante. Quiero lo mejor para ambos reinos. Quiero proteger a ambos reinos de gobernantes capaces de destrozarlo todo por obtener más poder.

—¿Te refieres a tu madre?

—¡Sí! —brama Sebastian—. Por supuesto que me refiero a ella. —Niega con la cabeza—. ¿Acaso te olvidas de que yo también soy unseelie? Te guste o no, hermano, la sangre de Oberon bombea por mis venas igual que lo hace por las tuyas, o esta corona no estaría en mi cabeza. Ya sé que les he fallado; les he fallado de muchas maneras, pero quiero ayudarlos. Y creo que tú también lo quieres. —Le sostiene la mirada a Finn—. Ayúdame a hacer lo que necesitan. Ayúdame a protegerlos. Ayúdame a organizar nuestras fuerzas para no destruirnos desde dentro antes incluso de que mi madre empiece a atacar.

—Mmm. —Finn entorna los ojos examinando la coronilla de Sebastian, como si lo que llevara en la cabeza fuera una criatura extraña y no una corona invisible—. No sé qué gano yo con esto.

Sebastian traga saliva.

—Ayúdame.

—Pero ¿por qué? Si el reino se desmorona mientras tú finges gobernar, yo salgo reforzado, ¿no crees? Si Mordeus gobernó sin el trono, yo también podría hacerlo.

Aprieto los dientes desde mi escondite. Por eso Finn no quería pedirle a Sebastian que firmaran una alianza. No quiere que se sepa que él necesita a Sebastian tanto como Sebastian a él. No quiere que Sebastian sepa que la

corte de las sombras se está muriendo hasta que Sebastian prometa lo que sea que Finn busca.

—Finn... —Sebastian gruñe—. No puedo... —Niega con la cabeza—. Sabes que te necesito. Si queremos resolver esto de manera pacífica, te necesito.

—No necesariamente —le recuerda Riaan—. Tenemos embajadores parlamentando con los Bandoleros de la Medianoche. Ellos los convencerán para que...

—No está funcionando —admite Sebastian con los ojos brillantes de frustración. Volviéndose hacia Finn añade—: ¿Cuál es tu precio?

—Abriella.

—¿Qué?

La cara de Finn es la viva imagen de la indiferencia.

—Mi precio es Abriella. Si quieres paz en las puertas del palacio, si quieres que convenza a los Bandoleros de la Medianoche de que se unan a tus fuerzas en las montañas, tienes que devolverme a tu princesa.

—¡¿Perdona?! —exclamo. Me da igual lo que le he prometido. No sé a qué juega Finn pidiéndome que me esconda entre las sombras. Dejo caer mi disfraz de oscuridad y veo que los ojos de Sebastian se abren como platos al descubrirme allí.

—Brie. —Sebastian corre hacia mí. Cuando está a punto de alcanzarme alzo una mano y se detiene—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí? ¿Y por qué no...? —Apoya las yemas de los dedos en la runa tatuada en la muñeca—. Casi no puedo sentirte. ¿Estás bien?

—Estoy bien. —Me vuelvo para fulminar a Finn con la mirada—. Te has pasado de la raya —le digo con los dientes apretados.

Él se ríe encogiéndose de hombros.

—Ese es mi precio —insiste sosteniéndome la mirada—. Si Sebastian quiere que lo ayude a resolver su problemilla, tendrá que darme lo que le he pedido.

—Te odio. —Mi tono es frío y cortante.

Finn me sostiene la mirada durante un rato que se hace largo e incómodo, y luego me dirige una sonrisa lenta.

—Si eso es lo que necesitas decirte a ti misma, adelante. —Se vuelve hacia Sebastian para añadir—: Es lo justo. Al fin y al cabo, nuestro padre nos prometió lo mismo a los dos, o eso dice tu madre. De este modo tú te quedas la corona y yo —señala hacia mí como si yo fuera un arma abandonada por la que se pelean después de una batalla— la otra mitad.

Quiero gritar, pero me muerdo la lengua. No sé a qué está jugando Finn, pero me imagino que si hablo demasiado tal vez estropee su plan. No me fío de él, pero creo que tenemos los mismos objetivos.

—Disuelve el vínculo que os une para que yo pueda vincularme con ella. Estoy seguro de que lo disfrutará más.

—Has perdido la maldita cabeza —murmuro.

Finn me guiña el ojo.

«¡Me guiña el ojo!»

Sebastian me examina el rostro con atención.

—¿Es lo que tú quieres? Tú... No, da igual —concluye volviéndose hacia Finn y añadiendo en tono gélido—: Brie es mía. Se vinculó conmigo, no contigo; no puedes tenerla.

—¡No quiero estar vinculada con ninguno de los dos! —Las sombras brotan de mis pies y se me enrollan en los brazos, y no me molesto en recogerlas.

Finn me dirige una mirada hambrienta. Mientras me examina de arriba abajo, su sonrisa parece decir que acabo de hacerle un regalo.

A Sebastian, en cambio, parece que acabara de darle una bofetada.

—No te dejaré marchar. Al menos no hasta que hayamos tenido una oportunidad. Te quiero.

—¿Es eso lo que les decías a las demás humanas que se peleaban por ser tu esposa en el Palacio Dorado? —le pregunta Finn—. ¿Les juraste tu amor antes del vínculo, que usabas para ser más poderoso?

Los miro al uno y al otro con el ceño fruncido.

—¿De qué está hablando? —quiero saber.

—Oh —responde Finn negando con la cabeza—. Me había olvidado de que le dijiste que las habías mandado de vuelta a su casa. Ups.

Me vienen a la mente imágenes de esas chicas y se me retuerce el estómago. Estaba tan celosa de ellas... Me torturaban los celos al pensar que

tenían más posibilidades que yo de ser la esposa de Sebastian, cuando en realidad las estaba engañando igual que a mí.

—¿Cómo pudiste? —le pregunto pensando en todas las veces que usó la magia para impresionarme, solo porque podía. Y esas chicas... Esas vidas inocentes sirvieron de combustible para cada uno de aquellos actos mágicos innecesarios.

—Solo trataba de sobrevivir. —Sebastian traga saliva mientras me mira—. Lo único que quiero es cuidar de ti.

Finn arruga la nariz.

—Por la corona que llevas en la cabeza uno podría pensar otra cosa.

—¡Esta corona es inútil sin el poder!

—En efecto. —Finn se balancea sobre los talones—. Pero tú no sabías lo que pasaría.

—Aunque lo hubiera sabido —protesta Sebastian con los orificios de la nariz muy abiertos—, le habría dado la poción igualmente.

Se me forma un nudo en el corazón. ¿Será verdad? ¿Me habría salvado sabiendo que le costaría el gobierno de la corte de las sombras... o es el orgullo el que habla en su nombre?

El pecho de Sebastian sube y baja al ritmo de su respiración jadeante. Cuando cierra los ojos siento lo mucho que le cuesta controlar la rabia. Tras inspirar honda y lentamente varias veces, le dice a Finn:

—Como bien sabes, romper el vínculo no es tan fácil. Incluso si... —Tragando saliva, se vuelve hacia mí y me sostiene la mirada—. Incluso si los dos lo deseáramos. Y yo lo cierto es que no lo deseo. Tendrás que pedirme otra cosa.

—No puedes ofrecerme nada más.

—Piensa en algo. —Sebastian vuelve a gruñir—. Ya que Abriella no está interesada en vincularse contigo, lo que me pides es absurdo —argumenta sin disimular la satisfacción.

Trago saliva. No sé a qué está jugando Finn exactamente, pero eso no significa que yo no pueda jugar por mi cuenta.

—¿Y si Sebastian disolviera el vínculo que nos une? —le pregunto a Finn—. ¿Te bastaría con eso?

—¡No! —brama Sebastian. Cierra los ojos un instante y niega con la cabeza. Cuando vuelve a hablarme, ha suavizado el tono de voz—. Sé que piensas que es lo que quieres, pero no está sobre la mesa.

Finn se da golpecitos en los labios reflexionando.

—Hay un ritual, uno antiguo que mis abuelos maternos usaron durante la guerra, que permitía a un miembro de una pareja vinculada ceder el vínculo a alguien durante un tiempo. En aquella época muchas parejas se dividían y uno se quedaba en casa mientras el otro iba a la guerra. La idea era proteger al individuo que se quedaba en casa del dolor y la angustia de la primera línea del frente. Además, la transmisión del vínculo también servía para proteger a la pareja en caso de que el guerrero fuera capturado, ya que solían usar las conexiones de los Bandoleros para obtener información confidencial. Por eso, un grupo de sacerdotisas se reunieron para crear un ritual que permitía trasladar el vínculo temporalmente de un individuo a otro.

—He... he oído hablar de ello —admite Sebastian con cautela.

—Entonces sabes que es posible, y que no podría usarlo para robarte el vínculo con Abriella de manera permanente.

Sebastian se cruza de brazos.

—¿Por qué?

—La multitud que tienes en la verja no es el único problema. —Finn se encoge de hombros—. Como ya he mencionado, me esforcé en organizar un ejército en condiciones que protegiera a mi pueblo en el caso de que nunca recuperara la corona. Y ahora ese ejército está listo y esperando mis órdenes bajo el mando del general Hargova.

—Las Hordas Malditas —susurra Sebastian sin poder disimular del todo su admiración—. ¿Son reales?

A Finn se le escapa la risa.

—Tal vez sean casi invisibles, pero son muy reales. Confían en mí hasta cierto punto, pero se fían más del poder de la corona. Si Abriella y yo los visitamos como pareja vinculada, podríamos convencerlos para que se unan a los Bandoleros y a tu guardia para formar un frente unido que pueda repeler futuros ataques de la corte seelie.

—Podríamos ir Abriella y yo —propone Sebastian—. Ya somos una pareja vinculada y yo tengo la corona.

Finn alza una ceja y permanece en silencio unos instantes.

—El problema es que, mientras que de mí se fían hasta cierto punto, de ti no se fían en absoluto. Y, como tú mismo has mencionado, la corona en sus condiciones actuales no sirve de nada.

Sebastian se vuelve hacia mí y me sostiene la mirada un buen rato. Tanto se alarga que me doy cuenta de que está tratando de comunicarme algo. En cuanto bajo el escudo me asalta una sensación de celos y de miedo. Tiene miedo de perderme si accede a la petición de Finn, pero también tiene miedo de perder el reino de su padre si no accede.

—Voy a pensarlo —dice en voz baja. Se mete las manos en los bolsillos y se dirige hacia las puertas del salón del trono. Con la mano apoyada en la madera, se vuelve hacia mí—. Abriella, tengo una reunión, pero estaré en el comedor dentro de dos horas. Espero que comas conmigo. Tenemos mucho de que hablar. Creo que te gustará escuchar lo que he de contarte.

Cuando subo al torreón más alto del castillo veo al fin el gentío que abarrota la entrada del palacio. No me extraña demasiado encontrarme aquí a Finn, contemplando estoicamente a la muchedumbre que protesta a la luz de la mañana. Cuando se vuelve hacia mí leo la preocupación en su rostro. El tipo que reía despreocupado frente a Sebastian y que mostraba indiferencia ante el destino de la corte ha desaparecido y su lugar lo ha ocupado el príncipe de las Sombras, el que preferiría morir antes que ver caer su corte.

—No vuelvas a hacer eso nunca más —le advierto en voz baja—. No estoy en venta ni soy suya. No soy algo que se puede vender o intercambiar ni...

—Obviamente, ya lo sé —me interrumpe apretando los dientes.

—Eres un idiota. No querías que me quedara escondida todo el rato. Sabías que la rabia me haría salir de mi escondite. Formaba parte de tu plan.

—Y ha funcionado —admite encogiéndose de hombros—. Si hubieras estado a mi lado desde el principio él habría pensado que estábamos

compinchados, que era un plan de los dos, y se habría negado a un arreglo temporal.

—La verdad es que no entiendo a qué estás jugando.

Su rostro se vuelve impasible.

—Te lo he dicho desde el principio. Mi prioridad es mi pueblo.

—¿Y necesitas vincularte conmigo para proteger a tu pueblo?

—Necesito respuestas, princesa. Necesito ver a la suma sacerdotisa, pero ella se negará a recibirme porque no tengo el poder del trono de mi padre. Resulta que lo tienes tú.

—Ya me has explicado que necesitas que te acompañe para ver a la suma sacerdotisa, pero ¿para qué necesitas el vínculo?

Él me mira con dureza.

—Tal vez simplemente no quiero que lo tenga él.

—¿No tienes cientos de años o algo así? ¿Por qué te comportas como un niño malcriado que no quiere compartir sus juguetes?

Él me dirige una sonrisa petulante y una mirada cargada de malas intenciones.

—No te considero un juguete, princesa, pero si tienes ganas de jugar solo tienes que decirlo.

Las mejillas me arden de la vergüenza, aunque me niego a dejarme amilanar.

—Las ganas.

—Cuando no lo bloqueas Sebastian puede notar dónde estás gracias al vínculo. No me fío de él y no quiero que conozca el paradero del templo sagrado de la suma sacerdotisa.

—Y entonces ¿todo lo que has dicho sobre ese general al que querías convencer para que se uniera a las fuerzas de Sebastian?

Finn suelta un gruñido.

—Una excusa creíble. Las Hordas Malditas obedecen al general Hargova y el general Hargova me obedece a mí, al diablo con la corona y su poder. Las legiones ya están estacionadas en las montañas Goblin para proteger la frontera. Si quiero que lo hagan en colaboración con las tropas de Sebastian, lo único que tengo que hacer es reunirme con el general. Faltan semanas, tal vez días, antes de que estalle la guerra contra la corte de

la reina Dorada. No entiendo por qué todavía no ha atacado, pero sé que solo es cuestión de tiempo. Tal vez no es consciente del caos en que nos encontramos. —Se encoge de hombros—. La auténtica razón por la que te necesito a mi lado es para que la suma sacerdotisa me diga cómo encontrar el portal que me lleve hasta Mab.

—Creo que te equivocas al jugar con él. Sebastian se preocupa por la corte unseelie. Ha dicho que...

—Me da igual lo que diga. —Finn suelta el aire, exasperado—. La suma sacerdotisa no podrá ignorar el poder que posees. Cuando le preguntes dónde se encuentra el portal para llegar al inframundo, el juramento que prestó ante Mab la obligará a responderte, ya que ostentas parte del trono de la Gran Reina. Temo la información que Sebastian podría obligarle a darle si supiera dónde encontrarla.

—Podrías haberme contado todo esto antes de venir aquí. Podrías habérmelo pedido a mí en vez de pedirle a Sebastian que cediera el vínculo como quien pide prestado un caballo para unos días.

Él se encoge de hombros.

—Ha sido más divertido así.

Suspirando, me vuelvo hacia la verja y la multitud que hay al otro lado.

—Son muchísimos —comento—. ¿Qué les impide derribar la verja?

—Podrían hacerlo si quisieran —admite Finn—. La guardia de Sebastian ha erigido un escudo de protección alrededor del Palacio de la Medianoche que impide la entrada, pero si colaboraran sin duda encontrarían la manera de atravesarlo.

Alzo una ceja.

—¿Palacio de la Medianoche? ¿Se llama así?

—La Corte de la Luna obtiene su poder de la noche. ¿Qué mejor nombre para el palacio que uno que hace honor al momento en que la luna alcanza su punto más alto?

—Sí, supongo —digo concentrada en la multitud que protesta—. Si realmente pueden cruzar la verja, ¿por qué no lo hacen?

Finn suspira.

—Ahora mismo su presencia es una protesta, no una declaración de guerra. No quieren perder más seres queridos. Tal vez no confíen en

Sebastian, pero su inacción, el hecho de que no los ataque ni permita que sus centinelas resuelvan la situación por la fuerza, hace que la protesta sea pacífica. Saben que él podría borrar del mapa a decenas de ellos de un solo golpe protegido por la seguridad que le proporciona el escudo.

Frunzo el ceño.

—Él no haría eso.

—Espero que tengas razón. Tu chico es lo bastante poderoso ahora que se ha roto la maldición. —Finn me observa con atención—. Aunque no tanto como tú.

—¿Cómo piensas ocuparte de ellos? —pregunto cambiando de tema.

—¿Siempre y cuando Sebastian acceda a mi propuesta?

Asiento apretando los dientes. Espero que Sebastian acceda; sé que la protesta lo empujará a aceptarla, pero no sé qué pensar del coste.

—Iré a hablar con ellos personalmente. No se lo creerán si enviamos a un mensajero. Es necesario que me vean y que sientan mi presencia para que confíen en que el gobernante que llevan tanto tiempo esperando no los ha abandonado.

Su voz suena tan triste que me olvido del enfado que he sentido antes.

—Piensas que les has fallado.

Traga saliva, pero mantiene la mirada fija en el horizonte.

—No lo pienso, lo sé.

Deseo discutírselo, convencerlo de que este embrollo no es culpa suya, pero su modo de apretar los dientes y su mirada perdida me dicen que hay algo más que lo atormenta, algo que se me escapa.

—Quieren una señal que les asegure que el poder de su corte no se ha perdido. —Se vuelve hacia mí y me observa unos instantes en silencio antes de decir—: Tú podrías dársela.

Inspirando hondo, contemplo a la multitud al otro lado de la verja. Casi sin pensar extiendo un manto de noche sobre ellos. Hago que sea un manto liviano, parecido al terciopelo negro en vez de a un abismo de pesadillas. Por encima cuelgo estrellas tan brillantes que parecen estar al alcance de la mano. Siento escalofríos que me suben por los brazos y me bajan por la espalda. Y no solo por la imagen que acabo de regalarles y que a mí también me parece preciosa, sino por lo agradable que me resulta usar el

poder que tenía atrapado en las venas. Sobre todo cuando estoy cerca de Finn y me siento llena a rebosar.

El silencio se extiende entre la multitud cuando miran hacia arriba. Me entrego a fondo añadiendo detalles que recupero de mis recuerdos: las preciosas noches en la playa, con mi madre, la cola de una estrella fugaz haciendo que me olvide de mis preocupaciones. Y luego tiro del manto poco a poco y dejo que el sol regrese mientras yo vuelvo a guardar el poder en mi interior.

Cuando me vuelvo hacia Finn lo descubro observándome con la boca abierta y un brillo maravillado en los ojos.

—¿Qué pasa?

Él niega con la cabeza y me regala otra vez una de sus sonrisas arrogantes.

—Eres... increíblemente ineficiente.

Lo miro boquiabierta.

—¿Disculpa?

Él señala vagamente hacia la distancia.

—¿Eso que acabas de hacer ahí? Deberías haber usado solo tu poder más superficial. Pero, en vez de usar lo necesario y guardar el resto, lo has empleado todo. Es como si hubieras vaciado una cuba de vino sobre la mesa para llenar un vasito.

—Vaya, siento que no te guste el modo en que uso la magia.

Finn suelta un gruñido.

—El modo en que usas la magia es un despilfarro, casi una irresponsabilidad. —Se lleva dos dedos al esternón y lo aprieta—. Nace de aquí y debe emplearse con precisión y un objetivo. Pero tú la dejas brotar por todos los poros de tu cuerpo. Es como si usaras un ariete cuando solo necesitas una aguja.

—Bueno, a diferencia de algunos, yo no he tenido una vida entera para practicar —refunfuño.

Él se acerca y se agacha hasta que queda a mi altura.

—No me estás entendiendo. La magia es vida. Necesitas conservarla, es cuestión de supervivencia.

—Lo entiendo —salto.

Él dulcifica su expresión.

—Te enseñaré... si me dejas.

Aparto la mirada, porque la ternura que veo en sus ojos me confunde.

—¿Para qué te vas a molestar? Esto es temporal, ¿no? Mab te dirá cómo quitármela, como reunirla con la corona.

—No lo sé —admite él—. Espero que me dé una solución, pero no sirve de nada elucubrar.

Me cruzo de brazos. Tal vez sea en vano, pero está claro que Finn se está preparando para que Mab coloque a Sebastian en el trono. Todo lo que ha dicho me lo hace pensar. Y si Sebastian va a ser el nuevo gobernante de esta corte, debemos compartir nuestros secretos con él.

—Quiero hablar con Sebastian. Quiero contarle lo de la enfermedad, lo de la decadencia de la corte.

Finn aprieta los dientes con fuerza.

—Podría ser un error.

—No lo creo. A él también le preocupa la gente. Se parece más a ti de lo que crees, confía en mí.

Él cierra los ojos.

—Princesa...

—No hace falta contarle que piensas ver a Mab, pero déjame explicarle lo grave que es la situación. Así conseguirás que te conceda el vínculo temporal. El paradero de tu sacerdotisa seguirá siendo secreto, pero Sebastian merece conocer el resto.

Finn me mira a los ojos.

—Haz lo que creas más conveniente.

14

Cuando llego al comedor lo encuentro vacío, pero en vez de sentarme a la mesa me fundo con las sombras y me permito disfrutar de un momento de paz. La cabeza me da vueltas por culpa de los juegos de Finn y Sebastian.

Entiendo las razones por las que Finn quiere que Sebastian le traslade el vínculo durante nuestro viaje a las montañas, pero no me hace demasiado feliz verme vinculada otra vez, aunque sea temporalmente.

Sebastian entra en el comedor a la hora en punto y cierra la puerta doble.

—Sé que estás aquí, Abriella.

«Pues sí que es útil el escudo, sí», refunfuño para mí. Me pregunto si habría podido permanecer tanto rato en el salón del trono sin que me descubriera si Finn no lo hubiera distraído.

Dejo caer las sombras y él me devora con sus ojos de color verdemar. Me examina de arriba abajo una y otra vez, como si temiera que no fuera real. La tensión se alarga entre los dos. Me recuerda a cuando era pequeña, cuando iba a pescar al arroyo con mi padre y el hilo se tensaba mientras recuperábamos la pieza. La conexión se vuelve cada vez más tensa y tirante, pero no tengo claro cuál de los dos ha mordido el anzuelo.

—Me alegro mucho de que estés aquí —susurra. Da un paso hacia mí, pero no sigue adelante.

Trago saliva.

—Me iré con Finn por la mañana.

—Hemos de hablar antes de que te vayas. He hecho lo que me pediste. Hemos desmantelado los campos y me alegro de haberlo hecho, no solo por

ti.

—Lo sé. Te lo agradezco.

—No volviste.

—Hay mucho trabajo por hacer. La Corte de la Luna está en peligro.

—¿Te crees que no lo sé? No necesito estar sentado en ese trono para saber lo que pasa al otro lado de la verja. No podemos permitirnos una guerra civil ahora. La situación no es mejor que cuando Oberon regresó del reino mortal.

—Entonces entiendes por qué es tan importante esta misión. Entiendes por qué Finn y tú debéis mostrar un frente unido.

Él se dirige hacia mí lentamente.

—Si permito que lo haga, si me someto al encantamiento para que el vínculo se traslade, lo notarás así cuando él te toque.

Desliza una mano sobre mi cadera y me hunde la otra en el pelo.

—¿Es eso lo que quieres? —Sus bellos ojos buscan los míos y el escudo se me cae en pedazos, como si se disolviera por el peso de su despecho.

El vínculo resplandece entre nosotros, brillante y desinhibido, pero la devastación que me aguarda al otro lado es oscura y atormentada. Me vienen ganas de tirarme al suelo y echarme a llorar. De pedirle millones de disculpas por hacerlo sufrir, de perdonar, perdonar y perdonar.

—Bash —susurro.

—Dime lo que quieres. Cualquier cosa. —Cierra los ojos y traga saliva —. Cualquier cosa menos él.

Aprieto los puños frustrada.

—Lo importante no es Finn; lo importante es la corte unseelie y el futuro del reino entero.

Él afloja la mano que me sujeta el pelo y pega su frente a la mía. Me apoya la mano en la mejilla y me acaricia la mandíbula con el pulgar. Debería apartarme de él, pero su contacto me resulta demasiado agradable. Solo necesito un momento para imaginarme que mi vida no tiene por qué ser tan solitaria como lo ha sido hasta ahora, que mi futuro no estará formado por un inacabable montón de días sin sentido. Solo un momento.

—¿Cómo quieres que confíe en él? ¿Cómo voy a dejar que te apartes de mi lado ni siquiera por un minuto? ¿No entiendes que él se lo tomará como

una oportunidad para robar lo que yo tengo y que me quiere arrebatar?

Me tenso.

—¿Cómo podría robarme el poder?

—No hablo del poder; hablo de ti.

«No puede robarte algo que no es tuyo.»

Me muerdo la lengua para no decirlo en voz alta y niego con la cabeza.

—Esto no es un plan para ganarse mi afecto. Yo no soy importante en esta situación.

—Siempre eres importante. —Sebastian me alza la cara y, antes de darme cuenta de lo que está pasando, ha pegado su boca a la mía. Estoy tan cegada por lo que siento en mi mente que tardo unos instantes en reaccionar a lo que está sucediendo físicamente. Siento... Lo siento a él, en su totalidad, mucho más que antes.

Siento su corazón roto y su angustia, su dolor y su deseo. Siento lo mucho que me echa de menos y lo mucho que me desea. Es un deseo tan profundo que yo me convierto en él y él se convierte en mí hasta que desaparezco y vuelvo a reconstruirme con sus trozos rotos. Tengo una necesidad tan grande de recomponerlo que le echo los brazos al cuello y abro la boca, pegándola a sus labios.

Lo amo. O pensaba que lo amaba. Tal vez ya no lo amo, o al menos no como antes, pero no soporto ser la causa de su dolor.

Con un gruñido de aprobación él hunde los dedos en mi pelo, ladeándome la cara para profundizar el beso. Está muy excitado, y su excitación me llega a través del vínculo, convirtiéndose en la mía.

—Qué poco te cuesta perdonarlo, princesa.

La voz de Finn rompe el momento. Me aparto de Sebastian de un salto.

Finn me observa con atención, pero su rostro permanece impertérrito.

Sebastian está jadeando. Tiene los labios entreabiertos y una turbia mirada lujuriosa. Niega con la cabeza ligeramente. No estoy segura de qué trata de decirme. ¿«No escuches a Finn»? ¿«No te alejes»?

—Siempre tan predecible, princesa.

Sebastian se vuelve con brusquedad hacia Finn y aprieta los dientes.

—Métete en tus asuntos.

—Esto son mis asuntos. Vosotros dos sois asunto mío y de toda esta maldita corte al completo. Solo trato de poner orden en el caos que habéis ocasionado.

A Sebastian se le contrae un músculo de la barbilla.

—No pienso darte explicaciones de mis actos.

Finn suelta un resoplido burlón.

—Ni falta que hace. Pero tal vez deberías dárselas a los padres de los niños unseelies que están muriendo.

Sebastian frunce el ceño.

—¿Cómo?

Finn gruñe y se vuelve hacia mí.

—Pensaba que venías a contárselo. Supongo que has estado demasiado ocupada reconciliándote con tu amante para acordarte de eso.

—Yo...

Finn no espera a que acabe la frase. Simplemente desaparece, como si nunca hubiera estado aquí.

—Lo voy a matar —refunfuña Sebastian, pero en vez de perseguirlo me vuelve a abrazar—. Olvídate de él.

Cuando vuelve a buscar mi boca yo le apoyo las manos en el pecho y lo empujo con suavidad.

—Sebastian.

—Siempre se entromete entre nosotros —murmura, pero retrocede y suelta el aire con fuerza—. ¿Es cierto lo que ha dicho? ¿Se están muriendo los niños unseelies?

Asiento con la cabeza.

—Muchos han caído en el largo letargo.

—¿El largo qué?

Trago saliva. No sabía nada; no sé de qué me extraño.

—Es un síntoma que indica que una corte está muriendo. Los niños no se despiertan. Tal vez no vuelvan a despertarse nunca más si no ponemos remedio. Cada vez son más, y no es la primera vez que pasa. Pasó una vez, justo antes de la maldición, cuando Oberon se quedó atrapado en el reino mortal y se produjo un desequilibrio entre las cortes. Esa es la razón por la que Finn necesita vincularse conmigo, al menos una de las razones. Quiere

hablar con la suma sacerdotisa para encontrar una solución. —Me muerdo el labio inferior. Odio mentirle a Sebastian, pero mis palabras son más ciertas que la explicación que le ha dado Finn.

Sebastian alza la cara hacia el techo y cierra los ojos.

—Te necesita porque ella solo está obligada a hablar con quien ostenta el poder de la corte.

Me encojo de hombros.

—Algo así.

—No me gusta la idea de que viajes a esas montañas. Son peligrosas. No es casualidad que sea tan difícil acceder a la suma sacerdotisa.

—Ya, pero si puedo ayudar en algo, por poco que sea, pienso ir.

Sebastian me observa durante un buen rato.

—Nadie en esta corte ni en este reino te merece, Abriella.

La sinceridad con que pronuncia esas palabras resuena en mi interior, haciéndome agachar la cabeza. Esto me resultaría más fácil si pudiera creer que Sebastian es el villano de la historia. Si pudiera creer que me engañó y que no le importaban las consecuencias. Pero, gracias al vínculo, sé que no es verdad. Lentamente vuelvo a levantar el escudo.

—Necesitas a Finn —le digo—. Esta corte necesita que colaboréis.

—¿Y qué hay de ti? ¿También necesitas a Finn? ¿Es a él a quien quieres?

Sé que sintió algo a través del vínculo cuando besé a Finn. Tal vez no sepa exactamente lo que sucedió, pero está claro que algo sospecha.

Niego con la cabeza.

—Yo no quiero a nadie.

—¿Estás segura? Te iluminas cuando él está cerca. Antes lo sospechaba, pero ahora que estamos vinculados lo noto.

—No es porque lo desee. —Me encojo por dentro, porque no es del todo verdad—. Mi magia es más fuerte cuando Finn está cerca. Ha sido así desde que llegué a Feéra. Antes pensaba que era por su conexión con la corona, pero yo... —Dejo la frase a medias porque me parece cruel acabarla.

—¿Tú qué? —insiste Sebastian—. ¿No sientes que aumente tu poder cuando estás conmigo? ¿Era eso lo que ibas a decir?

—Lo siento —susurro—. No lo entiendo, pero es así. No es algo que haya elegido, simplemente es así.

—Dime lo que quieres.

Sé que me está preguntando qué puede hacer para recuperarme, pero no tengo respuesta para esa pregunta.

—Quiero tranquilidad. Y lo que sea mejor para este reino.

—Es lo mismo que quiero yo. —Sebastian se lleva una mano al pecho—. Pero me gustaría no tener que prescindir de todas las demás cosas que me importan para lograrlo.

Trago con dificultad. Tras haber tenido una conversación parecida —aunque en términos opuestos— con Finn, de repente Sebastian me parece muy joven.

—¿Quieres ser solo rey o quieres convertirte en un gran rey? Porque lo que convierte a un rey en un gran rey es la capacidad de sacrificio. Eso es lo que distingue a los grandes líderes.

Sebastian hace una mueca y agacha la cabeza.

—Tienes razón.

Un criado entra con una bandeja de comida y la deja sobre la mesa antes de desaparecer con la misma discreción.

Sebastian retira una silla y me invita a sentarme con un gesto. Al ver que dudo dice:

—¿Por favor?

—No tengo hambre. —Me retuerzo las manos. Lo cierto es que siento la necesidad de marcharme de aquí. Ver a Sebastian, besarlo, sentirlo, ha sido demasiado.

»Tengo que ir a la ciudad. Necesito ver que los niños dormidos están bien instalados antes de partir por la mañana.

—No es seguro cruzar la verja ahora mismo. Le diré a Riaan que te acompañe. Te llevará por otro camino.

Asiento con la cabeza. Me resulta más fácil aceptar la escolta que discutir. Y probablemente sea también la opción más sensata.

—Mientras tanto —le digo—, puedes reunirte con Finn y decidir qué quieres hacer.

—La respuesta es no —responde, y la voz se le rompe a media frase—. No permitiré que se vincule contigo, ni siquiera temporalmente.

Contengo el aliento.

—¿Estás seguro? Eso ha sido lo que ha pedido a cambio de ayudarte.

Él se vuelve hacia los ventanales, como si pudiera ver a la muchedumbre descontenta reunida a las puertas del palacio.

—Él me necesita tanto como yo a él. Y, respecto al vínculo, la sacerdotisa querrá hablar contigo, no con él. El vínculo es irrelevante.

—Espero que tengas razón —señalo en voz baja, y espero también que Finn se equivoque al temer que Sebastian pueda descubrir la localización del templo de la sacerdotisa.

—Finnian está celoso porque yo te tengo y él no. No dejes que te meta ideas en la cabeza.

Aunque sé que le va a doler, replico:

—Tú no me tienes, Bash.

Veo cómo le sube y le baja la nuez al tragar.

—Te tuve, durante un minuto.

Y, como todo me parece irreal, no me molesto en bloquear el impacto de sus emociones cuando me llegan atravesando el escudo: el dolor y el arrepentimiento que crecen dentro de mí como si fueran propios.

—Te quiero —me dice—. Todavía, hoy y siempre; te querré eternamente.

El silencio se alarga entre nosotros, mientras él me observa la cara una y otra vez hasta que suelta el aire de forma entrecortada y me pide:

—Di algo.

—No tengo nada que decir.

—Tú también lo sentiste. —Se acerca a mí, pero yo retrocedo—. Sé que también lo sentiste. Sé que eras sincera cuando pronunciaste los votos del vínculo. Me amabas.

—Amaba al ser que creía conocer. Las dos veces. Y las dos me engañaste.

—¿Adónde crees que vas? —me pregunta Finn.

Con la ayuda del mozo de cuadras, monto en Two Star y tomo las riendas.

—Sebastian dice que no; que se niega a transferir el vínculo.

Finn hace una mueca.

—Es un niño testarudo.

Me encojo de hombros.

—Es posible, pero ha tomado una decisión. Tendrás que buscar otra manera de colaborar con él sin contar con esa parte del trato. Tu corte te necesita; eso debería ser suficiente motivación.

Aprieto los talones para que la yegua salga del establo, pero Finn se apodera de las riendas.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Adónde vas?

—A la ciudad. Quiero ver cómo están los niños.

—Iré contigo.

—No, quédate y arregla las cosas con Sebastian. —Ladeo la cabeza—. A menos que seas tan testarudo como él.

Finn frunce el ceño.

—No puedes ir sola, no es seguro.

Como si lo hubiera conjurado, Riaan sale de los establos a lomos de su semental y se detiene junto a Two Star.

—No estará sola.

Finn nos mira a los dos y suspira.

—De acuerdo. Dile a Misha y a los demás que partiremos mañana al alba. Cuando regreses Sebastian y yo habremos encontrado la manera de colaborar.

Le dirijo una sonrisa tensa.

—¿Lo ves? No era tan difícil.

Sin esperar una respuesta, apremio a Two Star y salimos al galope por el camino que lleva a la verja. Riaan me alcanza con facilidad y se pone en cabeza antes de que lleguemos.

La capital unseelie está situada alrededor de los jardines del palacio y empieza justo al otro lado de la verja. Solía creer que la corte unseelie era

un muestrario de torturas y sadismo, donde lo normal era encontrarse a crueles fae cometiendo actos perversos en cada esquina.

Ahora ya sé que eso no es así. Por eso no me sorprende descubrir que la capital es una ciudad más vibrante y próspera que cualquiera de las que vi en Elora. A lo largo de las calles empedradas hay puestecitos donde los mercaderes venden sus productos. Hay hermosas telas, pastas y pasteles que desprenden un aroma delicioso, y café que huele mejor que cualquiera que haya probado hasta este momento.

Si alguien me hubiera dejado aquí sin decirme dónde me encontraba, no habría sido capaz de distinguir la corte unseelie de la corte seelie. El paisaje es similar, así como las casas con entramado de madera y las criaturas que caminan por las calles. Me resulta triste que dos lugares que tienen tanto en común se hayan convertido en enemigos.

Cuando llegamos a la enfermería estoy tan enamorada de la pequeña ciudad que parte de mí preferiría quedarse vagando por el mercadillo, empapándome de sus detalles y examinando los productos de los vendedores. Pero, en vez de eso, entro en la enfermería, donde no puedo arreglar nada y probablemente nadie me necesita.

Ayudo a Leta a lavarles la cara, los brazos y las manos a los niños. Luego los tapamos con mantas limpias y les damos media vuelta para que no se llaguen. Me gusta ayudar, aunque no sirve de mucho para aliviar mi culpabilidad. Saber que soy la responsable del problema hace que sienta que nunca hago lo suficiente.

Cuando todos los niños están limpios y bien colocados, y ya no hay nada más que hacer, me siento en una silla y les cuento un cuento sobre una campesina que mató a un malvado rey para salvar a su hermana. No sé si pueden oírme o no, pero si yo estuviera atrapada en un sueño eterno me gustaría que me contaran cuentos. Cuando termino el cuento, que es en parte real y en parte inventado, veo que Misha está apoyado en la ventana observándome.

Le devuelvo la mirada, y él me dirige una sonrisa triste.

—Si el amor y la devoción fueran suficientes para sanar a estos niños y a esta corte, tendrían en ti a la salvadora que necesitan.

Hago una mueca agachando la cabeza. Sé que lo ha dicho como un halago.

—Por desgracia, es todo lo contrario.

—No dejas de repetirte que la corte estaría sana si tú no hubieras aparecido por aquí, pero te olvidas de lo reacio que es este pueblo a aceptar a un dirigente con sangre seelie. —Levanta la cara hacia el techo e inspira hondo—. No te culpes por las grietas de un mundo que ya estaba roto mucho antes de que tú nacieras.

Ladeo la cabeza tratando de entender su estado de ánimo.

—¿Por qué estás tan melancólico hoy, amigo mío?

Si no contamos a los niños dormidos, estamos solos en la habitación, pero Misha mira a todos lados igualmente y luego mira por encima del hombro antes de acercarse.

—Algo va mal. —Mueve la cabeza—. Lark está en el castillo Craige, pero Amira ha enviado a un goblin con un mensaje hace un rato, cuando has llegado a la enfermería. Lark nos avisa de que ha visto fuego. He enviado a Kane y a Tynan a patrullar por la ciudad, pero no han visto nada.

Trago saliva. La última vez que me advirtió de un incendio estuve a punto de morir.

—¿Ha dicho dónde?

A él se le escapa una sonrisa irónica.

—Ya conoces a mi sobrina. Sus profecías parecen absurdas y sin sentido.

«Y, sin embargo, suele acertar siempre.»

—¿Cuáles han sido sus palabras exactas?

—«Fuego, no de la mente de Abriella, sino de sus...»

Una súbita explosión sacude la enfermería, seguida por otra. Es como... si cayera un árbol. Misha y yo nos miramos mientras Leta entra corriendo en la habitación, con los ojos desorbitados.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta dirigiéndose a la ventana.

Un niño entra corriendo tras ella con los ojos brillantes. Las orejas puntiagudas le asoman entre sus rizos morenos. Podría ser primo de Finn, su hermano incluso, y me pregunto si sabrá lo mucho que se parece a su príncipe.

—¿Qué pasa ahí fuera? —le pregunto.

Misha tiene esa mirada perdida que me dice que está comunicándose mentalmente con amigos y aliados pidiendo ayuda.

—Eli me ha dicho que viniera a informarle de que llueve fuego.

Leta frunce el ceño y lo mira por encima del hombro.

—¿Qué quieres decir con...?

La siguiente explosión es tan intensa que siento como si me sangraran los oídos. Antes de poder respirar hay otra, justo encima de nosotros. El techo cede y cae arrastrando llamas en su caída.

—¡Sal de aquí! —le grito al niño antes de volverme hacia Leta—. Tenemos que sacar a los niños de aquí.

Misha me agarra del brazo.

—Abriella, vete. Lark dijo que tenías que salir corriendo.

Niego con la cabeza.

—No sin los niños. —La habitación se está calentando tan rápidamente como un horno con las llamas que se extienden por el techo.

¿Cuántas veces voy a tener que revivir esta pesadilla? El fuego, las vigas que caen del techo, el humo que lo llena todo demasiado deprisa... Todo se repite.

Cojo en brazos al niño que tengo más cerca, abrazándolo contra mi pecho, y luego lanzo mi poder envolviendo al resto de los niños en un capullo de sombras para protegerlos de las llamas.

—Tenemos que sacarlos de aquí.

Misha se carga un niño sobre cada hombro y Leta coge a una niña pequeña de la cama más cercana a la puerta. Juntos corremos hacia la salida.

Fuera se ha desatado el caos. Ardientes bolas de fuego cruzan el cielo convirtiendo los tejados de paja en yesca. La gente grita y corre en todas las direcciones tratando de escapar de los incendios, que parecen estar por todas partes. Ondinas de cuerpo blanco salen del río y redirigen el agua lanzando chorros sobre las casas en llamas. Una se detiene para apagar las llamas que han prendido en el vestido de una joven vendedora, que cae de rodillas, mojada y sollozando.

—¡La enfermería! —le grito a una ondina de escamas iridiscentes que acaba de salir de su hogar en el río—. ¿Puedes intentar controlar las llamas mientras sacamos a los niños que hay dentro?

Sin molestarse en responder echa a correr hacia el edificio con sus pies palmeados y silba para llamar a otras y que la sigan.

—¡Aquí! —grita una mujer. Levantando los brazos hace aparecer una cúpula brillante del tamaño de media casa—. El fuego no puede atravesar este escudo.

Cambiando de postura al niño que llevo en brazos, me dirijo a la cúpula.

—¿Podrás mantener el escudo? —le pregunto a la fae que está en el interior.

Ella asiente.

—Lo intentaré.

Dejo al niño en el suelo, dentro del escudo, y echo a correr para rescatar a otro.

A mi espalda unos fuertes brazos masculinos me rodean la cintura.

—¡No vuelvas ahí dentro! —grita Misha—. Esta corte te necesita.

Gruñendo, me disuelvo en las sombras —en la nada— y regreso al fragor del incendio, sorteando a gente aterrada como si fuera un hilo de niebla, de camino a la enfermería. En el interior hace más calor que antes y el humo es más espeso. No me doy permiso para pensar en lo indefensos que están esos niños, ni en cuánto humo debe de haber entrado ya en sus pulmones sin que sean conscientes de ello. No me doy permiso para recordar lo que se siente al estar atrapada e indefensa mientras el fuego arde a tu alrededor.

Recupero la forma sólida tan bruscamente que se me retuerce el estómago, pero no me detengo. Esta vez levanto a dos niños —dos gemelos de unos dos años que parecen pesos muertos en su letargo— y contengo el aliento mientras corro entre el humo en busca de la seguridad del escudo.

Cada vez que respiro hago acopio del poder que parece manar de mí de manera inagotable, reforzando el fresco capullo de sombras en que he envuelto a los niños, y rezo para que aguante cuando las llamas ganen aún más fuerza.

En cuanto regreso veo a un chico cerca de la salida con un niño sobre cada uno de sus hombros. Misha lo sigue de cerca.

Ya en la calle el chico rompe a toser con fuerza tambaleándose.

—No puede entrar ahí —me advierte.

—Es demasiado peligroso —corrobora Misha—. Espera a que las ondinas sofoquen las llamas antes de volver a entrar.

Niego con la cabeza.

—No pienso abandonarlos.

Los ojos de Misha brillan como las llamas.

—Si entras, tal vez no vuelvas a salir.

Lo aparto de un empujón y cruzo la espesa pared de humo.

Misha no exageraba. El edificio está a punto de venirse abajo. Las paredes arden y el humo no deja ni un resquicio por llenar. Desde el exterior me llegan los gritos de la gente. Aparto la cacofonía de destrucción hacia el fondo de mi mente mientras examino la enfermería, donde lo único que se oye es el silbido y el crepitar del fuego y el crujido de las vigas del techo. Me abro camino entre las llamas, apretando los dientes por el dolor que me provocan al lamer mi piel.

Los dos últimos niños que quedan duermen dándose la mano. Son una niña pequeña y su hermano, que es un poco mayor. No podría con los dos ni en mi mejor momento, pero ahora, mareada por el humo y con los pulmones ardiendo, sé que tenemos muy pocas posibilidades de salir de aquí.

Rodeo con un brazo a uno de los hermanos y después al otro. Mi poder flaquea y el escudo con que los he envuelto amenaza con disiparse. Necesito aguantar un poco más. Solo un poco más.

Me concentro pensando en sombras, en oscuridad, y en el frescor reconfortante de la noche hasta que el muro trasero no es más que sombras y llamas. Y entonces empujo y hago pasar a los niños al otro lado con mis últimas fuerzas.

Como si se tratara de un arco demasiado tenso, mi poder se quiebra y se retrae hasta un lugar donde no logro alcanzarlo. Me desplomo y las llamas me alcanzan las piernas.

«Voy a por ti, princesa. No te rindas.»

La voz de Misha me obliga a abrir los ojos. Las llamas me rodean. Están demasiado cerca.

«¡No!», le grito mentalmente. No puedo permitir que mi amigo entre aquí. No puedo arriesgarme a que se quede aquí atrapado, no puedo consentir más devastación para salvar mi vida.

Intento alcanzar mi poder una vez más. Es como si tratara de nadar sobre la arena, pero sigo intentándolo, reuniéndolo poco a poco hasta que la pared que tengo frente a mí se convierte en sombra y puedo cruzar arrastrándome al otro lado.

Inspiro hondo disfrutando de la bendición del aire fresco, que es como un bálsamo para mis pulmones.

Una figura cubierta por una capa negra me ataca.

—¡No! —exclamo tratando de esquivarlo, pero me muevo con lentitud y noto una aguja que se me clava en el brazo antes de distinguir el ardor de la toxina que me corre por las venas.

Busco mi poder, pero es como volcar una taza vacía. No hay nada dentro.

«Reconozco esta sensación.»

Alguien me toma en brazos y me aleja de las llamas y de los gritos que piden ayuda desesperadamente. Estoy boca abajo, a lomos de un caballo que galopa a toda velocidad.

—¡Curadla! —grita alguien—, antes de que la perdamos. Las órdenes son claras: la quiere con vida.

—Calma —replica una voz femenina—. Se pondrá bien.

No reconozco las voces y cuando trato de comunicarme con Misha mentalmente es como si me topara con un muro que me lo impide.

Estoy mareada, exhausta. Sin fuerzas. Necesito saber dónde estoy para saber adónde me llevan, pero mis ojos se niegan a cooperar y caigo en las garras del sueño y la inconsciencia.

15

Cuando recobro la consciencia es noche cerrada. La luna se oculta detrás de las nubes y no hay ni una estrella a la vista, pero mis ojos se ajustan rápidamente a la falta de luz. A lo lejos distingo un modesto templo construido en el flanco de la montaña.

Seguimos cabalgando. Voy inclinada delante de un cuerpo grande, que parece un cuerpo masculino. A mi alrededor cuento cuatro cuerpos más, uno de ellos femenino, pero hay otros no muy lejos.

Estos son los que me han rescatado del fuego, los que me han curado, los que me quieren viva, aunque no tengo ni la menor duda de que no son mis aliados. Trato de moverme y me encojo de dolor. Tengo las muñecas atadas y me duelen todos los músculos.

—Creo que está irritada —comenta el tipo que cabalga a mi espalda manoseándome el muslo con su manaza—. Aunque, si quieres, te dejo más irritada aún, muñeca.

—Las manos fuera —le advierte la guerrera que cabalga a nuestro lado dirigiéndole una sonrisa burlona a mi compañero de montura—. La reina la quiere viva e intacta.

El soldado gruñe, pero aparta la mano de mi pierna.

—Solo le dejaría unas cuantas marcas, lo suficiente para demostrarle qué es lo que les hacemos a los traidores por aquí.

Esta gente me ha curado para llevarme frente a la reina Arya. ¿El fuego ha sido una trampa? ¿Han provocado los incendios para que me quedara sin poder y así capturarme más fácilmente?

«Misha.» Pienso en su nombre con todas mis fuerzas, pero vuelvo a toparme con el muro. Nuestra conexión debe de depender de mi magia hasta cierto punto y, con la toxina que me inocularon al sacarme del incendio, no puedo contar con mi magia hasta que elimine la sustancia por completo de mi cuerpo.

En la lejanía oigo truenos y justo detrás... cascos de caballos. Alguien se acerca a nosotros. ¿Será Sebastian? ¿Algún aliado de mis captores?

La guerrera que cabalga a nuestro lado se yergue y se vuelve hacia atrás. No soy la única que lo ha oído.

—Tenemos compañía —anuncia entornando los ojos.

—¿A qué distancia? —pregunta uno de los jinetes que va abriendo camino. Es alto y tiene el pelo rubio como el de Sebastian. Me apuesto algo a que es uno de los miembros de la guardia Dorada de la reina. Tal vez todos lo sean.

Ella niega con la cabeza.

—La tormenta no me deja calcularlo con exactitud. Menos de media hora.

Sus amigos se detienen y miran hacia atrás.

—¿Quién puede estar en este lugar tan apartado de las montañas a estas horas de la noche?

—Podría ser cualquiera, ahora que los impuros han recuperado el poder. El mundo se ha ido a la mierda.

Entorno los ojos para examinar el templo, que ya queda un poco más cerca. ¿Podrán ver en la oscuridad como yo? ¿Verán los cuervos que dan vueltas sobre la escalera que lleva al templo? Al escoger este camino ¿sabían que íbamos a tener que cabalgar entre una manada de sluaghs? Lo dudo. Es demasiado arriesgado enfrentarse a los sluaghs en la oscuridad.

Tal vez se trate de Sebastian, pero, si va solo, seremos dos contra demasiados rivales. Sé que debo darle una oportunidad, pero no tengo armas, ni aliados, ni magia. Lo único que tengo son sluaghs acechando en las inmediaciones.

Si no puedo usar mi magia tendré que confiar en la suya.

Espero hasta que hemos llegado casi a los escalones del templo para llevarme las manos al estómago y echarme hacia delante.

—Voy a... vomitar —digo, y mi voz suena totalmente creíble, porque no necesito fingir. Me siento derrotada, pulverizada.

—¿Qué murmura? —pregunta el jinete que va delante de nosotros.

—Está mareada —responde la centinela casi sin mirarme—. Es efecto de la inyección, cielo, pero comprenderás que no podemos dejar que conserves la magia.

—No, no es eso. —Me balanceo sobre la silla, abriendo la boca y fingiendo arcadas.

—Oh, mierda —se lamenta el guardia sentado a mi espalda—. Va a soltarlo todo.

—Pues que lo suelte —replica ella.

Finjo otra arcada y apoyo mi peso en el tipo a mi espalda.

—Ni hablar. No me da la gana. —El jinete tira de las riendas y el caballo se detiene frente al templo. Desmonta, luego me ayuda a bajar con brusquedad y me deja tirada en el suelo.

Los demás se detienen y el que va en cabeza protesta:

—No tenemos toda la noche.

Vuelvo a fingir arcadas, cada vez más fuertes. Si logro que sigan pendientes de mí tal vez no se fijen en los cuervos que vuelan en círculo tan cerca de nosotros.

Me arrastro hasta los escalones de mármol, lo que hace que me gane una patada en el vientre.

—Levántate —gruñe el tipo que está frente a mí—. No vamos ahí. Acaba lo que tengas que hacer, hemos de ponernos en marcha.

—Estoy muy mareada. —Me tambaleo y me dejo caer al suelo de nuevo, fingiendo no tener fuerzas. No me cuesta demasiado. Estoy molida y, con las manos atadas, me cuesta mantener el equilibrio.

La centinela baja del caballo de un salto y mi compañero de montura se enrosca una cuerda en la mano y tira de ella con fuerza. Tropiezo y me doy cuenta de que, además de la cuerda que me ata las manos, llevo otra al cuello. Como una correa, o como la soga de una horca.

«Esto podría acabar muy pero que muy mal.»

Todos regresan a sus monturas y el que sostiene la cuerda tira de ella.

—Ya basta. Estás perdiendo tiempo a propósito.

—Podría volver a dejarla inconsciente —se ofrece la centinela dirigiéndose hacia mí.

Tragando saliva, rezo para que mis captores no se den cuenta de que los cuervos están cada vez más cerca.

De repente el jinete que sostiene mi cuerda mira a su alrededor como si hubiera perdido el juicio.

—¡Mierda! ¡Por allí! —Suelta la cuerda y las riendas del caballo, y sale corriendo hacia el bosque.

—Pero ¿qué...? —Su compañera se agacha, como si algo la estuviera atacando desde el cielo—. ¡No! ¡Por favor!

«Abriella.» Es la voz de mi madre llamándome desde lejos, como un canto de sirena. Oigo el ruido de las olas chocando contra la orilla mientras el agua fresca me acaricia los tobillos.

«No es real. No respondas.»

Otro guardia se derrumba sobre su caballo y se echa a llorar.

—No, por favor, no. ¡Lo siento mucho!

Parte de mí lamenta arrastrar a alguien a este tormento mental, pero no puedo permitírmelo y bloqueo los lamentos.

Los soldados restantes se caen de los caballos y se dispersan en dirección al templo. Uno de ellos se sujeta la cabeza y se toca los cabellos como si quisiera arrancárselos.

«Abriella. Date prisa. El agua cada vez es más profunda.»

Ignorar la voz de mi madre es como ignorar la necesidad de respirar.

«Abriella, por favor. Dame la mano.»

Sé que si vuelvo la cabeza la veré. Sé que si le ofrezco las manos atadas me liberará y me abrazará fuerte. Podré mirarla de nuevo a los ojos y todo estará bien.

Las dudas me paralizan; mis pies se niegan a moverse de donde están.

«No es ella. Mi madre ya no está.»

Cierro los ojos con fuerza tratando de bloquear el canto de sirena del sluagh.

—¡Brie, por aquí! —La voz de Sebastian está muy cerca. Lo que no sé es si ha venido de verdad o si son los sluaghs los que me hacen creer que está a mi lado—. Brie, déjame ayudarte.

Quiero ver el rostro de mi madre por última vez. Al volverme hacia ella me regala su hermosa sonrisa y su mirada amable, justo antes de que una ola se desplome sobre ella y la arrastre a las profundidades.

—¡Madre! —grito mientras me lanzo tras ella.

Unas manos me agarran de los tobillos y tiran de mí hacia abajo, pero me resisto y nado hacia ella. El pelo castaño de mi madre flota a su alrededor. Tiene los ojos cerrados.

«No.»

Unos dientes afilados como cuchillas se me clavan en las piernas, en los brazos y me desgarran el vientre, apartándome de ella. Me resisto luchando hasta mi último aliento.

—¡Abriella, respira!

Con esfuerzo logro abrir los ojos y veo el rostro de Sebastian iluminado desde atrás por la luz de la mañana que penetra en el templo donde nos hemos refugiado. Está inclinado sobre mí, dirigiéndome una mirada rota por la preocupación.

—Sabía que vendrías —susurro, pero no logro mantener los ojos abiertos.

Una suave brisa me levanta del suelo y me encuentro en sus brazos, que me alejan del templo y me llevan montaña abajo.

—Siempre vendré a por ti —murmura Sebastian.

Soy vagamente consciente de las voces que me rodean. Sebastian no deja de dar órdenes en tono frenético y no sé cómo, pero estoy convencida de que la voz que le responde, en tono más bajo y calmado, pertenece a un sanador.

—No puedo hacer nada más. La toxina se ha extendido por todo el cuerpo. Cualquier intento de sanarla ahora mismo solo lograría potenciar el veneno.

—Está sufriendo —insiste Sebastian con la voz ronca.

—Solo podemos esperar. Necesita reposo, necesita estar en casa. Llévela a algún lugar que alimente su poder de manera natural. Llévela al

tejado y déjela reposar bajo las estrellas.

—Estamos vinculados. ¿No hay nada que pueda hacer? ¿No puede obtener el poder de mí?

—El vínculo no es un cable. Ya lo sabe, príncipe Ronan.

Mis músculos aúllan de dolor cuando alguien me levanta en brazos.

—Lo siento —se disculpa Sebastian—. Abriella, lo siento mucho, pero ya sé lo que tengo que hacer.

Y luego me siento ingrávida, como si estuviera abandonando mi cuerpo. Es un alivio, pero aun así me resisto. Necesito seguir en mi cuerpo. Tengo miedo de no poder regresar si lo abandono. Si desconecto de este dolor físico, dudo que encuentre el valor para volver.

Bruscamente regreso a mi cuerpo y siento que los brazos que me rodean se mueven cuando Sebastian se tambalea.

—Gracias —murmura Sebastian, y a continuación oigo a un goblin dándole las gracias a él por el pago.

—¿Qué ha pasado? —me llega la voz de Finn.

—La encontré en la escalera de un templo en las montañas Goblin. Los demás estaban muertos y ella estaba así, como si alguna criatura hubiera tratado de despedazarla.

—¡Pretha, llama al sanador!

—¡No! —grita Sebastian—. Mi sanador ya lo ha intentado, pero hay una toxina en su organismo que resiste y se fortalece con cualquier intento de curarla. Lo que necesita es estar envuelta en oscuridad. Lo que necesita...

Me obligo a abrir los ojos. Estoy en brazos de Sebastian, que está mirando a Finn. Vuelvo la vista hacia Finn —necesito ver su cara desesperadamente tras haber estado encerrada en mi pesadilla—, pero me fallan las fuerzas.

—Necesita algo que le permita recobrar el poder y me dijo que su poder es más fuerte cuando está contigo.

—Comprendo —musita Finn—. Dámela.

Gimo al cambiar de brazos, el dolor me asalta con más fuerza. Cuando logro abrir los ojos de nuevo veo a Sebastian retrocediendo hacia la salida con lágrimas en las mejillas.

—Por favor —suplica Sebastian—. Por favor, haz todo lo que puedas.

—Gracias por traérmela.

Pierdo y recobro el sentido varias veces, pero soy consciente de la calma que me proporciona la oscuridad, del calor de Finn, de su aroma a cuero y a pino.

—Ya, ya, no llores —susurra Finn.

«¿Estaba llorando?»

—Tranquila, ya estás en casa.

—En casa —repito en un murmullo hundiendo la cara entre sus brazos. No sé dónde estamos, pero me gusta sentirme así, en casa.

—Estás conmigo. No te rindas. No te atrevas a rendirte, joder. Estás a salvo, estás en casa.

Noto que me deja sobre una cama y grito por miedo a que me deje aquí sola. No me salen las palabras, pero no quiero que se vaya, no quiero estar sola. Porque me estoy muriendo.

—No, no, tranquila, estás conmigo. —El colchón se mueve cuando él se tumba en la cama a mi espalda y me abraza—. Descansa, Abriella.

Cuando vuelvo a abrir los ojos me encuentro en una cama grande y mullida, pero sobre mí no hay un techo, sino el cielo nocturno. Me preparo mentalmente antes de darme la vuelta y compruebo sorprendida que no me duele nada.

—¿Estoy soñando? —le pregunto a la pared. Sé que Finn está aquí. Aunque todavía no lo he visto, lo siento.

—No —me responde—. Has estado durmiendo, pero esto es real.

Trato de levantarme, pero el esfuerzo me provoca un ataque de tos.

—Tienes que descansar —me recuerda, pero cuando lo miro veo que tiene los ojos rojos y la piel muy pálida, como si fuera él quien necesitara el descanso.

Niego con la cabeza.

—¿Los niños?

—Están a salvo —murmura—, gracias a ti. Pretha le echó una mano a Hannalie y juntas lograron que el escudo aguantara. Mantuvieron a los niños a salvo hasta que logramos sofocar los incendios.

Trago saliva y miro a mi alrededor. Supongo que estamos en el Palacio de la Medianoche, pero no reconozco esta habitación. La enorme cama está situada contra la pared más larga y no hay techo, como si quien creó esta habitación no pudiera imaginarse durmiendo en un lugar que no fuera bajo las estrellas.

Miro a mi alrededor negando con la cabeza.

—¿Y si llueve?

A él se le escapa la risa.

—La magia protege la habitación de los elementos y permite disfrutar del aire libre.

Alzo una mano y siento la brisa entre los dedos. En la esquina las lobas de Finn, Dara y Luna levantan la cabeza, olfatean el aire y sueltan un sollozo en mi dirección. Yo sonrío para tranquilizarlas.

—¿Qué ha pasado?

Finn suspira y se acomoda en una butaca de aspecto gastado pero cómodo.

—¿Por dónde empiezo? ¿Por cuando casi te matas por meterte en un edificio en llamas?

Frunzo el ceño.

—Sabes que no me refiero a eso.

—Ya, pero parece que lo has convertido en una costumbre.

—Tenía que hacerlo.

Él traga saliva.

—Lo sé. Y te estoy agradecido, más de lo que te imaginas. Pero esa manera de gastar tu poder sin asegurarte de que no te quedabas sin reservas fue muy peligroso, princesa. Más peligroso que las llamas o el humo.

Suelto un resoplido burlón.

—Ahora eres inmortal. Si te quemas, tu piel sanará y tus pulmones se recuperarán, pero si gastas la magia de esa manera no habrá sanador que pueda ayudarte.

«Tal vez no sería tan mala idea.»

Cuando Finn frunce el ceño me alegro de que no pueda leer mis pensamientos.

—Cuéntame más cosas. ¿Quién estaba detrás del ataque?

—Un destacamento de la guardia Dorada nos tendió una emboscada. Una legión de fae de fuego leales a la reina atacó desde las montañas. —Parece muy cansado, tiene la cara demacrada—. Gracias a los contactos de Sebastian en la corte dorada y al conocimiento de Riaan sobre sus tácticas militares, pudimos localizarlos y detenerlos relativamente rápido, pero...

—Pero no lo suficiente.

Él niega con la cabeza.

—Nos pilló de improviso. Nos estábamos preparando para enfrentarnos al grueso de su ejército. Espiábamos a sus legiones para estar preparados ante un ataque militar, pero estábamos tan pendientes de las legiones que se estaban concentrando en las montañas que se nos pasó por alto este ataque.

—¿Crees que la reina sabía que ocurriría esto si Sebastian me daba la poción? —Frunzo el ceño.

Aunque romper la maldición debería haber beneficiado a la corte unseelie, al no haber nadie que pueda ocupar el trono la principal beneficiada es la reina seelie.

—Es posible —responde él—. No es fácil asegurarlo, pero me imagino que, al menos, lo sabe ahora. Y por eso te quiere viva. Si lograra capturarte y mantenerte encerrada en algún sitio, viva pero inaccesible, tal vez nunca podríamos reunir la corona con su poder.

Contemplo el cielo nocturno.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Ha pasado un día y medio desde el ataque. Misha, Sebastian y yo nos hemos turnado para montar guardia, pero...—Aparta la mirada y disimula una sonrisa—. Parecías estar mejor durante mis guardias, por eso he estado casi todo el tiempo a tu lado.

Miro la cama y luego alzo una ceja.

—No te preocupes, princesa. He estado en esta silla desde que te dormiste.

Supongo que por eso se le ve tan agotado.

—¿Crees que la conexión que te une a la corona es lo que me cura?

Él abre la boca, pero vuelve a cerrarla unos instantes antes de decir:

—Creo que existe una conexión entre los dos para la que no tengo explicación.

Me vuelvo bruscamente hacia él. ¿Acaso él también la nota?

—Antes de transformarme en fae —le digo—, siempre sentía que mi poder era más fuerte cuando estabas cerca. Pensé que era porque eras miembro de la realeza unseelie y yo llevaba la corona, pero, si fuera por eso, ¿no debería haber aumentado de la misma manera al estar con Sebastian?

—Tendría sentido —reconoce él. Con cautela alza una mano hacia mi rostro tragando saliva. Me acaricia la mejilla con tanta delicadeza que podría haber sido la brisa—. Yo también la siento, ¿sabes? Esta conexión entre nosotros. Esta... conciencia de ti.

—¿Es como el vínculo?

Él niega con la cabeza.

—No puedo localizarte ni sentir tus emociones directamente. Pero es como si tu poder estuviera conectado a mí.

—¿A ti también te pasa? ¿Tu poder también es más fuerte cuando estoy cerca?

—No, no es más fuerte, pero está conectado a ti de algún modo. —Se encoge de hombros—. No puedo darte respuestas, pero reconozco que me causa cierto placer saber que tú también lo sientes. Aunque no sea exactamente igual para los dos.

Vuelvo a observar las estrellas.

—Siento haber retrasado tu visita a la suma sacerdotisa.

—No lo has hecho. El Lunastal no ha empezado, así que aún hay tiempo.

—Creo que ya podré viajar mañana por la mañana.

—Brie... —Me busca la mirada con sus ojos plateados—. He cambiado de idea sobre eso. No creo que sea buena idea que nos acompañes a las montañas.

Me siento en la cama y la habitación parece dar vueltas.

—¿Cómo? No, Finn. No puedes ir sin mí. Tú mismo dijiste que solo recibiría a quien tuviera el poder de la corona. —Me llevo una mano al pecho—. Y esa soy yo.

—No pienso arriesgarme a que te capturen mientras cruzamos los bosques. Y ni Sebastian ni Jalek pueden acompañarnos, por su sangre

seelie.

Niego con la cabeza.

—No necesito a Sebastian. Te tendré a ti. —Mis palabras me hacen sentir más vulnerable de lo que me gusta, por lo que añado—: Y a los demás.

Finn clava la vista en las sábanas oscuras.

—Hay otra cosa de la que debo hablarle a la sacerdotisa —admite en tono preocupado—. Otra razón por la que no creo que sea buena idea que nos acompañes.

Cojo una almohada y la abrazo. Es suave y huele a pino y cuero. Como Finn.

—¿De qué se trata?

Él cierra los ojos y yo aprovecho para observar su cara a la luz de la luna: la afilada línea de la mandíbula, los altos pómulos, las cejas gruesas y elegantes, y esos rizos oscuros que me muero de ganas de acariciar. Siempre es muy hermoso, pero todavía más a la luz de las estrellas.

Cuando al fin vuelve a abrir los ojos me sostiene la mirada un largo rato antes de empezar a hablar.

—Algo me pasa, Abriella. Pero no sé si está relacionado con la enfermedad que afecta a los niños, o si se debe a que la corona esté ligada a otro heredero.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué te pasa?

Él me observa con tanta intensidad que casi noto sus ojos pasándome sobre el cuello, la barbilla y las mejillas antes de detenerse sobre mis labios. Siento un escalofrío cálido causado por la intensidad de esos ojos plateados.

—Me he vuelto débil —susurra—. No siempre. A ratos estoy normal, casi siempre, de hecho. Pero de vez en cuando siento como si me estuvieran succionando la vida. Me quedo sin magia y con muy poca fuerza.

—¿Como durante la maldición?

—No, es diferente. —Frunce el ceño mientras lo considera—. Durante la maldición la magia seguía en su sitio, aunque era limitada, escasa a veces. Pero desde que Sebastian se puso la corona es como si la válvula de la magia se hubiera quedado abierta. Como si se me escapara demasiado deprisa y sin motivo aparente.

«La vida es magia. La magia es vida.»

Siento una punzada de dolor en el pecho al imaginarme que le arrebatan la magia a Finn, que le arrebatan la vida.

—¿Se lo has contado a alguien más?

—Pretha y Kane lo saben. Traté de ocultárselo, pero me conocen demasiado, desde hace demasiado tiempo. Cuando sufro uno de estos ataques tardo unos días en recuperarme, pero luego vuelvo a estar bien. —Baja la vista hacia las mantas—. Pero me quedé sin fuerzas durante el ataque de los fae de fuego. No pude defender la ciudad ni llegar hasta ti. No podía hacer nada. ¿Y si corrieras peligro en las montañas mientras sufriera otro ataque? ¿Y si te hirieran o capturaran porque la magia me falla? —Niega con la cabeza—. No pienso arriesgarme.

—La sacerdotisa... ¿podrá curarte? ¿Podrá arreglar lo que te pasa?

—No es una sanadora, pero espero que sea capaz de identificar el problema. Si sabemos la causa, tal vez podamos encontrar un remedio.

—No suenas muy convencido.

—Cada vez que me pasa me sorprendo cuando me despierto a la mañana siguiente. Cada vez pienso que...

El estómago se me retuerce dolorosamente.

—Piensas que te quedarás dormido, como los niños.

—No lo sé; es posible.

Ojalá me mirara. De pronto necesito que sus ojos grises me tranquilicen.

—¿Le pasa a alguien más?

—Nadie lo ha comentado. Y tampoco puedo ir por ahí contándole a todo el mundo que su príncipe...

—Se está muriendo —susurro—. Crees que te estás muriendo.

—Tal vez. —Las palabras le salen en tono seco, con brusquedad, como si se le hubieran quedado atascadas en la garganta—. Cuando todo va bien nuestros dirigentes no mueren nunca. En algún momento deciden pasar voluntariamente al Crepúsculo. Cuando los dirigentes se aproximan al día en que deben traspasar su poder a su heredero, hay señales que los impulsan a hacerlo. Se cree que los dioses actúan así para evitar que las cortes se estanquen, para que nadie conserve el poder durante demasiado tiempo. Mi padre estaba llegando a ese punto de su vida cuando te traspasó el poder.

Por lo que recuerdo y por lo que he leído al respecto, las señales se parecen mucho a lo que estoy experimentando ahora mismo.

—Lo arreglaremos —murmuro. De repente noto calor y humedad en los ojos—. Encontraremos la cura, para ti y para los niños. Encontraremos la manera.

Cuando él finalmente me mira, me regala una discreta sonrisa, que no llega a iluminarle los ojos.

—Aunque agradezco mucho tu preocupación, no es tarea tuya. Solo te lo he dicho porque quiero que entiendas que tal vez no pueda protegerte..., sobre todo si Sebastian no cede en lo del vínculo.

—Lo entiendo. —Trago saliva—. Pero no estoy preocupada por mí.

Él frunce las cejas.

—Hemos estado a punto de perderte... otra vez. Si hubieran usado un goblin para llevarte junto a Arya en vez de trasladarte por las montañas, o si Sebastian hubiera llegado una hora más tarde...

—No pienso quedarme aquí, Finn.

Lo agarro por el brazo y noto cómo el poder se enciende en mi interior, como un estallido, llenándome por completo. Contengo el aliento al notar la intensidad de la descarga y veo que abre la boca. Antes me ha dicho que para él es distinto, que no es como un estallido, sino como una conexión.

—Viajaremos a Staraealia a caballo. Tenlo en cuenta, será un viaje agotador.

—¿No usaremos goblins?

—No. Aparte de que es complicado cuando se viaja en grupo, hay que cuidar las apariencias. En muchas zonas de esta corte no se fían de los goblins. Usar su magia para viajar puede dar una impresión equivocada.

—Podré soportarlo, y prometo no poner en peligro el poder de Oberon. Me portaré tan bien como tus lobas. Déjame ir, por favor.

Abre la boca y se le separan las ventanas de la nariz, exasperado.

—¿De verdad crees que lo que más me preocupa es el poder de mi padre?

—Mmm, sí. —Me encojo de hombros—. Y lo entiendo.

Él me apoya la mano en la mejilla y me acaricia el labio inferior con el pulgar. Un escalofrío me recorre de arriba abajo mientras le sostengo la

mirada.

—Creo que deberíamos intentar hablar con la sacerdotisa sin ti.

—Tú...

Él me presiona los labios con el pulgar haciéndome callar.

—Pero la decisión es tuya. Lo único que te pido es que seas sincera sobre cómo te encuentras. Si necesitas descansar uno o dos días más, retrasaremos el viaje. Tengo otros motivos para asistir al Lunastal, pero si es necesario podemos ir directamente a hablar con la sacerdotisa. —Como si se diera cuenta de repente de lo íntimo que resulta su gesto, aparta la mano y se levanta—. Volveré por la mañana.

—Finn —lo llamo, y él se detiene antes de llegar a la puerta y se vuelve, con una ceja alzada.

—Sí, princesa.

Me cruzo de brazos y le dirijo mi sonrisa más petulante.

—Vuelve a silenciarme con el pulgar y te lo arranco de un mordisco.

La sonrisa que me devuelve es lenta y canalla, pero le ilumina la mirada, que es lo que anhelaba ver.

—¿Se supone que es una amenaza?

Cojo un almohadón y se lo lanzo, pero cuando él desaparece va a parar al suelo.

16

Unas horas más tarde vuelvo a estar despierta, bañada, vestida y muerta de ganas de tomarme una taza de café. Cuando abro la puerta para salir de mi poco convencional dormitorio me encuentro a Sebastian esperando justo enfrente. Al oírme se da la vuelta. Está tenso y tiene los puños apretados, a la altura de las caderas. No puede ocultar lo preocupado que está. Por un momento dejo caer el escudo y lo siento todo: el terror, la preocupación, la desazón...

«El despecho.»

Todas las emociones que llevo días esforzándome en mantener lejos de mí.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta.

Casi puedo ver las ganas que tiene de tocarme. Se muere de ganas de abrazarme, pero se está conteniendo. En vez de eso lo que hace es observarme de arriba abajo, una y otra vez, como si quisiera asegurarse de que estoy bien y, ya de paso, devorarme de un mordisco.

—Estoy bien, mucho mejor. Gracias a ti.

—Te sentí —me dice en voz baja—. En el incendio. Pero no llegué a tiempo y cuando al fin pude localizarte en las montañas, el sluagh...

—Estoy mejor —insisto—. Finn dijo que había usado demasiado poder de golpe, pero esta mañana ya estoy como nueva. —Y casi es verdad.

Él asiente con la cabeza.

—Me alegro de oírlo.

—Gracias por venir a salvarme. —Me muevo de un lado a otro incómoda—. Sé que ahora mismo no estás muy contento conmigo; sé que te

hice daño, pero viniste igualmente.

—¿Cómo no iba a ir? —Me sujeta por los hombros y me mira a los ojos—. Cuando te dije que siempre acudiría en tu auxilio lo decía muy en serio.

El corazón se me retuerce al mirarlo a los ojos, y veo el dolor y el deseo con que me observa. Yo sentí lo mismo por él no hace tanto. Bajando la vista hacia mis labios se inclina hacia mí, pero le apoyo una mano en el pecho y lo empujo antes de que pueda acercarse más.

—Bash, las cosas ya no son así entre nosotros.

—No estoy de acuerdo —protesta con la voz ronca—. Para mí siguen igual. Amarte forma parte de quien soy. ¿Te imaginas lo que fue no saber si llegaría a tiempo a tu lado? ¿Tener que dejar que fuera él quien te ayudara al regresar? ¿Tienes idea de cómo me siento?

—Sí, lo sé. Y lo siento. —Bajo la vista hacia el suelo de piedra pulida. Es duro tener que mirarlo a la cara. Es duro tener que mirarlo a esos preciosos ojos y bloquearlo—. Finn me contó que fuiste tú quien localizó a los fae de fuego en las montañas, que salvaste a mucha gente.

—Con ayuda de Riaan, sí, pero igualmente murieron muchos, Brie. —Se vuelve hacia una ventana, al final del pasillo, y observa el amanecer con los ojos cansados—. Murieron por su culpa, por culpa de mi madre. No estoy colaborando con ella. Lucharé contra ella y su reino antes de permitir que destruya a los unseelies; necesito que me creas.

—Lo sé. —Trago saliva y bajo la voz—. Lo siento, te siento, te conozco.

Él también traga saliva.

—Siento muchísimo si alguna de mis decisiones te ha hecho pensar alguna vez que la apoyaría en algo. Pero ahora, además, es como si tratara de castigarme. Como si quisiera que mi corte se volviera contra mí antes de que tenga la oportunidad de sentarme en el trono. Y yo... no entiendo por qué lo hace.

Le aprieto el antebrazo.

—Estás haciendo lo correcto. Sigue colaborando con nosotros, con Finn y con su gente, conmigo. Entre todos lo solucionaremos.

—Bien. —Sebastian mira hacia la habitación, a mi espalda—. Ahora que estás mejor, puedes mudarte a mi habitación.

—Probablemente no deberíamos compartir habitación, Bash. —Me muerdo la mejilla por dentro y luego me obligo a mirarlo a los ojos—. Quiero que trabajemos juntos y que seamos amigos, pero no puedo ofrecerte nada más aparte de eso.

Se ruboriza de rabia mientras me dirige una mirada tenebrosa.

—Pero con él no te importa compartir habitación, ¿no?

Pestañeo y miro por encima del hombro. No sabía que esta fuera la habitación de Finn, pero tiene sentido. Ahora entiendo por qué las lobas descansaban en un rincón y las sábanas conservaban su olor. El Palacio de la Medianoche fue su hogar antes de que Mordeus robara el trono, y el palacio es lo bastante grande como para que las habitaciones de Finn permanecieran sin usar durante su ausencia.

Al darme cuenta de que mi mente se ha quedado dándole vueltas a la idea de que he dormido en la cama donde Finn ha pasado incontables noches, me obligo a volver al presente y me encojo de hombros.

—Qué más da. Nos vamos hoy.

Él me acaricia el brazo de arriba abajo y me aprieta los dedos.

—¿Volverás conmigo... después? ¿Me darás una oportunidad para recuperarte?

—¿Venís? —nos pregunta Pretha, que se acerca por el pasillo. Sonríe, pero no puede disimular que está tensa—. Os están esperando en la sala del consejo.

Con delicadeza me libero de la mano de Sebastian.

—Tenemos que irnos.

Seguimos a Pretha hasta una sala donde no había estado nunca antes. Finn, Misha, Kane, Tynan, Riaan y Jalek están reunidos alrededor de una gran mesa. Frente a cada silla hay un vaso de agua y otro vacío. En el centro de la mesa hay tres licoreras llenas de un líquido ambarino, como si estuviéramos en una cata de whiskies en vez de en una reunión para planear la estrategia de defensa de esta corte frente a una reina ávida de poder.

«Me alegra verte recuperada, princesa», dice Misha en mi mente.

Le dirijo una breve sonrisa.

«Y yo me alegro de estar recuperada.»

—Gracias a los dos por venir, muy amable de vuestra parte. —Finn me mira de arriba abajo y detiene la mirada en mi mano..., de la que Sebastian acaba de apoderarse de nuevo. Volviéndose hacia Riaan, pregunta—: ¿Cuál es el estado de las tropas de la reina en las montañas?

—Están en compás de espera, inactivas, a lo largo de la frontera. Cada vez son más numerosas, pero no hay nada que indique que están avanzando.

—¿Y por qué deberíamos hacerle caso? —pregunta Jalek—. Estaba al servicio de Arya.

Los ojos de Riaan relampaguean de furia, pero se echa hacia atrás en la silla.

—Servía a mi príncipe, y sigo haciéndolo.

Sebastian me suelta la mano y se acerca a una silla vacía.

—Creo que Riaan demostró su lealtad durante el ataque a la capital. Sin su ayuda no habríamos podido liquidar a la legión de fae de fuego con tanta rapidez.

«Pero no te fías de él», dice Misha en mi mente, mientras los demás siguen hablando.

«Yo no me fío de nadie.»

«Mentirosa.»

«¿Puedes colarte en su mente? ¿Puedes ver si es de fiar?»

«Ya lo he intentado. Tiene unos escudos muy fuertes.»

«¿Y eso no te resulta sospechoso?»

«No. Es simple sentido común.»

—... ahora que los Bandoleros de la Medianoche han ocupado posiciones en las montañas —está diciendo Finn.

Devuelvo la atención a la conversación que se lleva a cabo en la mesa.

—Ah, ¿sí? —pregunto mientras me siento junto a Sebastian—. Pensaba que estaban protestando.

Sebastian niega con la cabeza.

—Finn y yo nos reunimos con los capitanes y les aseguramos que estamos juntos en esto. —Me busca la mano que he apoyado en la mesa y me la aprieta, mientras Finn no pierde detalle.

Le dirijo una sonrisa educada a Bash antes de retirar la mano suavemente de debajo de la suya y colocarla en mi regazo.

—Si los Bandoleros de la Medianoche están en las montañas, ¿quién se ocupará de proteger la capital? —pregunto.

Los reunidos vuelven a debatir sobre estrategia militar y yo trato de no hacer caso al dolor por el rechazo que me llega de Sebastian. Misha tenía razón. Es mucho más difícil bloquear el vínculo cuando se está tan cerca.

—Pensaba que íbamos a las montañas para ver a la suma sacerdotisa —le comento a Finn mientras Kane nos guía por el camino de montaña en dirección a una aldea.

No imaginaba que seríamos tantos, pero Finn y yo viajamos en caravana, ya que nos acompañan Kane, Misha, Pretha y Tynan. Incluso las lobas de Finn vienen con nosotros, aunque la mayor parte del rato ni las vemos, porque se alejan del camino en busca de rastros.

Finn y yo cabalgamos uno al lado del otro detrás de Kane. Los tres fae de las Tierras Salvajes cierran la retaguardia.

—Y así es —replica Finn—, pero no nos recibirá antes del Lunastal.

Me vuelvo hacia él alzando una ceja.

—Pensaba que para eso estaba yo aquí con este... —Muevo la mano alrededor de mi cabeza—. Con este todopoderoso poder mío. ¿No? ¿Para que nos recibiera?

Finn resopla riéndose y niega con la cabeza.

—Nos dirigimos a Staraelia, en las estribaciones de las montañas, donde nos reuniremos con sus habitantes y les haremos saber que planeamos ver a la suma sacerdotisa. Si tenemos suerte nos recibirá durante el Lunastal en vez de hacernos esperar hasta después. Y luego necesitaremos una dosis mayor de suerte para convencerla de que nos abra un portal hacia el inframundo.

—Pretha y Misha crean portales para ti constantemente. ¿Por qué no se ocupan de este también?

Delante de nosotros a Kane se le escapa la risa por la nariz.

Finn sonríe mirando a su amigo antes de volverse hacia mí.

—Los portales al inframundo no puede abrirlos cualquiera. Los guardianes antiguos querían que fuéramos capaces de contactar con ellos,

pero solo con la aprobación de los más distinguidos entre nosotros.

Había dado por hecho que Finn sería capaz de hablar con Mab, pero ahora me parece que todo está en el aire.

—¿Estás seguro de que la suma sacerdotisa te lo concederá?

—Si Mab autoriza la visita, la suma sacerdotisa deberá abrirnos el portal; la obliga su juramento.

Pretha se aclara la garganta a nuestra espalda.

—Este sería un buen momento para decirle quién será cuando lleguemos a Staraelia.

Me vuelvo hacia ella con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir?

Finn hace rodar los hombros.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve allí. No quiero dar por hecho que todo el mundo es de fiar. Ya que no estamos vinculados, la mejor excusa para justificar que estoy cerca de ti para protegerte es decir que mantenemos una relación.

—¿Quién es esta gente? Pensaba que eran unseelies. ¿Por qué es necesario que estés cerca de mí?

—Podría haber topos, informadores de los partidarios de Mordeus —responde Kane—. O incluso agentes a sueldo de la reina.

Finn asiente con la cabeza.

—La mayor parte son unseelies, orgullosos de su origen, que me aceptarán como su príncipe independientemente de si llego a ser rey, pero algunos notarán tu poder y eso podría ser peligroso si no confían en ti. Por eso hemos de conseguir que lo hagan. —Deja de mirarme y pasea la vista por las granjas que asoman en el horizonte.

—¿Les molestará que tenga el poder de la corona?

Él suelta el aire antes de responderme.

—No si creen que estás conmigo.

Trago saliva.

—¿Quieres que finja que estamos... juntos?

Kane se echa a reír.

—No vas a conseguir nada —se burla.

Yo le lanzo una bola de oscuridad al hombro, desequilibrándolo durante un momento. Él se vuelve hacia mí y me guiña el ojo.

Finn se aprieta la nuca con una mano.

—Le he estado dando vueltas y no se me ocurre otra manera. Sin el vínculo para mantenerte a salvo, es la mejor solución. Sabemos que Arya quiere apresarte. Ya solo faltaría que mi propia gente te atacara pensando que me estaban ayudando.

—¿Y por qué no les dices simplemente que...?

—¿Qué? ¿Qué quieres que les diga, princesa? —me pregunta en tono amable.

Cuando me doy cuenta del problema es como si la realidad me diera una bofetada. No puedo ir diciendo que le pasé la corona al príncipe Dorado sin darme cuenta o que partí el trono —y todo el reino con él— al beber la poción vital. Me odiarían, y tendrían toda la razón.

—Yo sé por qué te vinculaste con Sebastian —sigue diciéndome en el mismo tono— y no te culpo por tus decisiones, pero esta gente podría hacerlo. Tuvieron que abandonar sus casas y refugiarse en las cavernas que hay bajo las montañas Goblin durante el mandato de Mordeus. Después de todo lo que han sufrido, lo más prudente es ser cautelosos. Si estamos juntos sentirán el poder, pero no podrán determinar de dónde procede exactamente. Y si alguien llega a darse cuenta de que emana de ti, pensará que es porque estamos vinculados. Pensarán que están sintiendo el vínculo.

—¿No nos lo preguntarán?

Él niega con la cabeza.

—Cuestionar nuestra relación se consideraría de mala educación.

Inspiro hondo por la nariz.

—Pues vale. Si pude fingir que me gustaba la reina durante las semanas que pasé en el Palacio Dorado, lograré que se crean que te encuentro tolerable.

Finn se ríe y la tensión entre los dos se rompe.

—Te lo agradezco, princesa. Tenemos un par de horas por delante. Te sugiero que las pasemos entrenando para que puedas usar ese considerable poder tuyo sin tantos escapes.

Lo miro con el ceño fruncido.

—¿En serio?

Él alza una ceja.

—¿Qué pasa? ¿Te avergüenza que vea lo poco que has entrenado durante estas semanas en las que no nos hemos visto?

Le lanzo una mano de sombra y le tapo la boca con ella.

Riendo, él le da un mordisco y me estremezco al notar esos dientes en mi piel. Después de eso elijo otros objetivos sobre los que practicar mi magia.

Los ánimos mejoran cuando cruzamos la verja de una casa de campo y cabalgamos hasta la ancha escalera de piedra. Dara y Luna se adelantan para olfatear el jardín y los escalones.

Finn baja del caballo de un salto y le da las riendas a Kane antes de acercarse para ayudarme a bajar de Two Star. Mi primer impulso es rechazar su ayuda, pero lo último que necesito es un tobillo roto ahora que llegamos a las montañas. Además, se entiende que estamos representando un papel.

Finn me sujeta por la cintura y el tacto de sus manos es un inoportuno recordatorio de todo lo que he sentido por él desde el día en que lo conocí. Un recordatorio de lo que sentí con su cuerpo pegado al mío mientras nos besábamos. Un recordatorio de que he pasado las dos últimas noches durmiendo en su cama sin saberlo.

Me pega a su cuerpo hasta que toco el suelo con los pies.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Asiento con la cabeza, humedeciéndome los labios mientras alzo la cara hacia sus ojos plateados, que me miran con dulzura. Es muy alto y, cuando llevo días lejos de él, se me olvida que es también muy ancho de hombros.

—¿Te duele algo?

—Estoy bien.

—Sé que no tenías costumbre de cabalgar en Elora.

Trato de no encogerme ante ese recordatorio de mis orígenes plebeyos. En Elora los caballos solo están al alcance de los más ricos, y yo fui prácticamente una esclava durante los últimos nueve años.

—Pero he practicado mucho en las Tierras Salvajes.

Nos volvemos hacia la escalera al oír unos pasos acercándose y veo a una mujer con el pelo largo, castaño y ondulado en lo alto de los escalones. Lleva un vestido del color de las cerezas, que hace destacar el rubor de sus mejillas. Si fuera humana diría que es de mi edad, tal vez un poco mayor, pero las orejas puntiagudas la delatan.

—Ya era hora de que volvieras, Finnian. —Le dirige una sonrisa amplia y echa a correr hacia nosotros.

Finn me suelta la cintura, se vuelve hacia ella y la sujeta cuando se abalanza sobre él.

Ella lo abraza con fuerza mientras suelta un grito de entusiasmo.

—Han pasado siglos. Empezaba a pensar que no volvería a verte nunca más.

Cuando se aparta, Finn le sonríe y siento las garras de los celos arañándome el pecho y llevándose con ellas el calorcillo que he notado cuando me ha ayudado a bajar del caballo.

—¿Qué tal? ¿Sigues volviendo loca a tu madre?

—Si no lo hiciera se preocuparía.

Finn se ríe y le pellizca la nariz antes de apartarse un poco.

—Juliana, te presento a Abriella.

—¿Es la que va a hacerse pasar por tu prometida?

Me vuelvo hacia Finn tensa. Me sorprende que haya compartido esta información con una mujer a la que no conozco de nada y me duele que se haya enterado del plan antes que yo.

Finn me mira a los ojos y asiente brevemente, como si quisiera asegurarme que todo está bien.

—Sí, hasta que podamos reunirnos con la suma sacerdotisa, es la mejor manera de garantizar su seguridad.

Ella se vuelve hacia mí y noto que su sonrisa pierde brillo al mirarme.

—Abriella, encantada de conocerte. Me complace darte la bienvenida a mi pueblo.

«¿Su pueblo?»

Mi cara debe de ser muy transparente, porque Finn me aclara:

—Juliana es la Dama de Staraelia. Es la máxima autoridad de estas tierras.

«Una mujer al mando. Qué novedoso.»

—Puede que seamos una comunidad rural —comenta Juliana—, pero somos un pueblo sabio. Hace generaciones que los habitantes de estas tierras entendieron que a las mujeres se nos da mejor gobernar.

—Y gracias a eso han prosperado —corrobora Finn sonriendo, y los fastidiosos celos vuelven a aparecer—. Si no es mucha molestia, ¿podrías acompañarnos a nuestras habitaciones? El viaje ha sido largo y nos vendría bien descansar un poco.

—Claro. Ahora vendrán a ayudaros con el equipaje —responde Juliana. Como si los hubiera llamado a gritos, media docena de fae salen de la casa —. La habitación de Abriella está al fondo del pasillo y a ti te he reservado la que está enfrente de la mía, Finn. Ya verás, será como en los viejos tiempos.

—Abriella se alojará conmigo.

A Juliana se le borra la sonrisa de la cara.

—Pero si aquí está a salvo.

—Sí, yo también lo creo, pero es importante mantener las apariencias. Te prometo que esta noche nos pondremos al día. —Inclinándose hacia ella, le dirige una sonrisa golfa que hace que mis celos se descontrolen—. Como en los viejos tiempos.

—Mejor así —me comenta Pretha en voz baja tras acercarse a mí—. Lo último que Finn necesita es que Juliana le clave las garras. —Me dirige una sonrisa—. Pero, contigo en la habitación, se olvidará hasta de que ella existe.

17

—Oh, es muy... bonita —comento dando una vuelta en redondo y tratando de no observar con demasiada atención la única cama de la habitación, que queda enmarcada entre dos grandes ventanales.

—No sufras, princesa —me dice Finn—. No espero que compartamos cama esta noche.

Me vuelvo hacia él con el ceño fruncido. ¿No acaba de insistir en que compartamos habitación?

—¿Dónde vas a dormir?

Él coge la manta que hay a los pies de la cama y la tira en el suelo.

—Ese sitio me parece estupendo.

Me remuevo incómoda.

—Finn, no puedes...

—No me insultes, princesa. He acampado mil veces en estas colinas durmiendo en el suelo. No me pasará nada.

—Pero... —Niego con la cabeza—. Deja que duerma yo en el suelo. No me importa.

Él se echa a reír.

—Ni hablar. Mi madre me educó bien, así que disfruta de la cama. Yo estaré perfectamente aquí. —Cuando abro la boca para protestar él alza la mano—. Créeme, vamos a estar tan pegados este fin de semana que con toda probabilidad agradecerás los momentos en que puedas apartarte un poco de mí.

Tengo que morderme el labio inferior para no seguir discutiendo con él.

—Juliana parece... maja.

A él se le escapa una risa con un resoplido.

—No dejes que te engañe. Solo es maja si cree que puede sacar algo que la beneficie a ella o a su pueblo. —Ya me lo había imaginado, pero no digo nada—. Por suerte, en este caso nuestro objetivo beneficia a su pueblo. —Finn abre el armario ropero y examina el contenido antes de asentir con la cabeza satisfecho y volverse hacia mí—. Aquí encontrarás todo lo que necesites, pero si echas en falta algo pídeselo a la doncella. Vendrá enseguida a prepararte un baño caliente. —Se vuelve hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

—A reunirme con Juliana. Tengo que tratar unos temas con ella antes de verme con mi general.

Los celos vuelven a aflorar en mi pecho, haciéndome sentir fea y pequeña. Agacho la cabeza para ocultar mis sentimientos y le digo:

—Ten cuidado.

Él se ríe.

—Ten cuidado tú, princesa. Podría llegar a pensar que te importo.

Juliana se inclina para alcanzar las copas de los que estamos sentados al otro lado de la mesa y rellenarlas antes de erguirse y alzar la copa.

—Me gustaría hacer un brindis. —Dirige su radiante sonrisa a todo el mundo antes de fijar la mirada en Finn—. Por nuestro príncipe; siempre supimos que volvería a casa. —Levanta la copa un poco más—. Que el camino te lleve exactamente adonde debas ir y que siempre te traiga de nuevo junto a nosotros.

—¡Bien dicho! —exclama Kane golpeando la mesa con el puño.

Nos hemos reunido todos para cenar en una larga mesa colocada en una terraza ajardinada en la parte trasera de la casa. Somos Finn, Pretha, Kane, Tynan, Misha, Juliana y yo. La comida estaba deliciosa, y más después de una dura jornada de viaje. Todo el mundo parece estar pasándoselo en grande, pero yo no puedo librarme de esta sensación de soledad.

Sonrío educadamente y bebo un poco de vino. Siento que estoy de más. Soy la única que no entiende qué papel desempeña Finn en este mundo; la única que no lo conoce desde hace décadas o aún más tiempo.

Perdida en mis pensamientos, no me doy cuenta de que Kane se ha acercado hasta que lo oigo susurrarme al oído:

—No tienes por qué estar celosa, princesa.

Me tenso.

—¿Qué? No estoy...

—Él no mira a Juliana como ella desearía que la mirara. Nunca lo ha hecho. —Me habla en voz tan baja que no podría oírlo si no fuera por mis nuevas orejas. Igualmente miro a mi alrededor para asegurarme de que nadie nos está escuchando.

—No estoy celosa de ella ni de nadie —le aseguro, pero en ese momento Juliana se encarga de hacerme quedar como una mentirosa, porque, en vez de sentarse en su silla, se deja caer sobre el regazo de Finn y le rodea el cuello con un brazo. Finn le sonríe como si tenerla sentada en su regazo fuera lo más natural del mundo. Con una sonrisa tensa en dirección a Kane, me levanto de la mesa—. Si me disculpas, tengo que estirar las piernas.

Kane niega con la cabeza y murmura algo entre dientes de lo que solo distingo la palabra *mujeres*.

El aire es fresco y el cielo está despejado. En cuanto pierdo de vista al grupo se me relajan todos los músculos. Sé que estoy siendo inmadura. Estos celos son totalmente indeseados y poco razonables. Sé que no debería sentirme así, pero a los sentimientos les da igual lo que uno debería o no debería hacer.

Kane trataba de ayudarme, pero no entiende cómo me siento ahora mismo. Sí, por supuesto que estoy celosa, pero no solo de Juliana ni de la relación que pueda tener con Finn, también estoy celosa de los demás. De la comunidad que forman, de la amistad que tienen y de la que yo nunca formaré parte. Estoy celosa porque pueden ver a sus familias cuando la única familia que me queda a mí está en otro reino en el que nunca seré bienvenida. Y estoy celosa porque pueden aportar algo a este mundo, cuando a lo máximo que puedo aspirar yo es a reparar lo que mi mera existencia ha roto.

Llego a los establos sin darme cuenta de que era aquí adonde me dirigía. Two Star relincha y sacude la cabeza al verme.

—¿Crees que te traigo golosinas, eh, preciosidad?

Me meto la mano en el bolsillo y saco un azucarillo que he robado del juego de té para dárselo. Two Star lo devora y yo le acaricio el morro antes de agacharme para coger el cepillo.

Los mozos de cuadra de Juliana se han ocupado bien de ella, pero igualmente entro en el establo. Le cepillo el suave pelaje disfrutando del ritual: el suave susurro del cepillo y el vaivén de la cola bajo la brisa nocturna. Tal vez no tenga familia ni amigos en este reino, pero me siento un poco menos sola cuando estoy con mi yegua.

—¿Cómo habré adivinado que te encontraría aquí? —me preguntan.

No necesito darme la vuelta para saber quién es. Finn podría haber entrado en silencio; lo habría sentido de igual manera. Mi poder vibra cuando está cerca. Sonrío discretamente, feliz de saber que él también siente la conexión.

—Esta jovencita hace de mí lo que quiere —comento.

Él se acerca y le acaricia el pelaje negro y aterciopelado.

—Estabas muy callada durante la cena.

Lo miro de reojo.

—Pensaba que no teníamos que actuar delante de este grupo. ¿Debería haber dado un discurso?

—No, claro que no. Solo estaba preocupado por si te habías sentido... incómoda.

Niego con la cabeza y siento que me asaltan de nuevo las ganas de llorar. ¿Cómo explicárselo? Frente a todo lo que está pasando, resulta insignificante, incluso mezquino. ¿Cómo quejarme de mi soledad o del miedo que me genera pensar en el futuro? ¿Cómo decirle que, ahora que soy fae, temo no volver a encajar nunca en ninguna parte? Lo único más absurdo que eso sería quejarme de que en realidad nunca he encajado en ningún sitio.

Me lo guardo todo para mí y le pregunto:

—Dicen que este lugar es tu hogar. ¿No creciste en el palacio?

Él se me queda mirando un buen rato. Sé que está dudando sobre si insistir en el tema de la cena, pero finalmente suspira y lo deja correr.

—Sí y no. Mi madre creció aquí y mantuvo su casa, pero mientras vivió veníamos muy de vez en cuando.

—¿Y después de su muerte?

—Cuando murió, mi padre nos dejó a mi hermano y a mí a cargo de mi tía, la hermana de mi madre. Ella pensaba que nos convertiríamos en mejores líderes si nos criábamos en la tierra de nuestra madre en vez de en palacio. Vexius y yo pasamos más tiempo aquí que en cualquier otra parte.

Me dejo caer de rodillas para inspeccionar los cascos de Two Star. O tal vez simplemente trato de poner distancia entre esos ojos plateados que parecen ver todo lo que escondo y yo.

—¿Te gustaba estar aquí?

—Sí, más que en cualquier otro lugar. Por eso Staraelia siempre será mi hogar, aunque haga mucho tiempo que no pisaba sus tierras.

Levanto la cara hacia él.

—¿Desde la maldición?

—Desde que Mordeus empezó a gobernar. —Echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos—. Cuando mi padre quedó atrapado en el reino mortal, no estaba preparado para ser rey. Por eso, en vez de ocupar su lugar en su ausencia, me convencí de que lograría regresar pronto. Y esas dudas a la hora de asumir mi responsabilidad tuvieron graves consecuencias para mi pueblo. —Abre los ojos, pero su mirada parece perdida—. Les fallé al quedarme aquí en vez de volver corriendo al palacio. No me di cuenta de que Mordeus estaba reuniendo a sus partidarios, sus aduladores, esos traidores que habrían hecho cualquier cosa que mi tío ordenara por obtener un poco más de poder, un poco más de dinero. —Suelta el aire por la boca—. Y cuando me di cuenta de lo que estaba sucediendo, ya todo era un desastre.

—Pero tu padre no te había pasado la corona —comento levantándome—. ¿Habría cambiado algo si hubieras regresado antes al palacio?

—No tenía más derecho al trono que Mordeus, pero le di la oportunidad de posicionarse y eso le proporcionó una gran ventaja. Yo estaba tan concentrado en... —Hace una mueca y traga saliva—. Estaba tan concentrado en la vida que llevaba aquí que me despreocupé de lo que sucedía en la capital.

¿La vida que llevaba aquí? ¿Se refiere a su vida con Isabel? Me gustaría preguntarle cómo la conoció, cuándo cambiaron las cosas entre ellos, y por qué la sacrificó para obtener más poder, pero agacho la cabeza y termino de ocuparme de Two Star. Dejo el cepillo en su cesta y me sacudo las manos en los pantalones antes de salir del establo.

Finn da un paso y se interpone entre la salida y yo. Me sujeta la barbilla y me examina la cara.

—¿Estás lista para mañana?

Trago saliva. No hemos vuelto a estar tan cerca desde que nos vimos en la terraza del castillo Craige. Desde que me besó y yo deseé que hiciera mucho más que eso. Incluso cuando se sentó en la cama en el palacio unseelie, había más distancia entre los dos. O tal vez es que me siento particularmente transparente y vulnerable esta noche.

Aparto la mirada para que mi expresión no me delate.

—Estaré bien. ¿Qué tipo de evento es?

Me suelta la barbilla y se mete las manos en los bolsillos.

—Es una celebración de la cosecha, de la abundancia —responde— y de todo lo que la representa.

—Estás siendo críptico.

Él me dirige una sonrisa traviesa.

—Temo que te ofendas si te lo explico en detalle.

Me cruzo de brazos.

—Ahora me lo tienes que contar.

—Durante el Lunastal celebramos la feminidad. Celebramos el trabajo femenino en los campos y en el hogar, pero también... —se muerde el labio inferior un instante—, también celebramos la fertilidad, la continuidad de los linajes.

—Tengo miedo de preguntar qué hacéis para celebrarlo —comento, y no puedo evitar ruborizarme mientras mi imaginación me ofrece un muestrario de maneras en las que podría celebrar la fertilidad con Finn.

—Tal vez será mejor que sea una sorpresa —replica con una sonrisa.

Le empujo el pecho con una mano.

—¡No puedes hacerme eso! No podré dormir; estaré demasiado preocupada.

Su mirada se posa en mis labios de nuevo.

—Prometo no hacer nada que te haga sentir incómoda. —Me guiña el ojo—. Por muchas ganas que tenga de celebrarlo de la manera en que Lugh lo ideó.

Tal como le advertí a Finn, las imágenes de lo que pueda pasar mañana no me dejan dormir. Me vuelvo y le doy un puñetazo a la almohada, pero el sonido de risas que llegan desde la parte trasera de la casa hace que me levante y me dirija a la ventana.

Juliana y Finn están sentados en el patio, bebiendo vino. Finn le sonríe y ella se está riendo con la cabeza echada hacia atrás.

Por los dioses, no puedo soportarlo. Me mata de celos el modo en que él la mira, la historia que comparten y, por muy superficial que esto me haga parecer, siento mucha envidia de la larga y espesa cabellera oscura que le cae por la espalda.

Yo nunca he sido especialmente hermosa, pero estaba muy orgullosa de mi melena pelirroja. La echo de menos, para qué negarlo. Sé que es muy mezquino por mi parte, pero me gustaría poder cortarle el pelo a Juliana para estar en igualdad de condiciones. Y luego, porque soy tan práctica como mezquina, lo guardaría para hacer pagos a los goblins cuando necesitara desplazarme.

—No soy mejor que las arpías de mis primas —murmuro negando con la cabeza.

En el patio Juliana se pone seria y se inclina hacia él.

Quiero saber lo que le está diciendo. Sin pensarlo demasiado me convierto en sombra y bajo la escalera.

Entro deslizándome en el patio y me fundo con la oscuridad. Dara y Luna, tumbadas a la luz de la luna, levantan la cabeza a la vez, mirando en mi dirección, pero si sienten mi presencia no la consideran una amenaza, porque vuelven a tumbarse casi inmediatamente.

—Con esto acabamos la botella —comenta Finn sirviéndole a ella las últimas gotas.

—Pues tendremos que abrir otra —replica Juliana.

Finn se echa a reír.

—Esta ya era la segunda botella. Si abrimos otra, el viaje de mañana será una tortura.

—Es que te veo tan poco... —se lamenta ella. Frunce el ceño mientras hace girar el vino en la copa—. Francamente, me ha sorprendido que te reunieras conmigo esta noche.

Él alza una ceja.

—Te he dicho que vendría.

Ella se ríe entre dientes.

—Al parecer, he subestimado tu capacidad de resistirte a la belleza que te espera en tu habitación.

Finn agacha la cabeza y examina el vino. Da un largo trago antes de decir:

—No es fácil, no te voy a engañar.

—Lo que me sorprende es que puedas tolerar su presencia sabiendo que es la elegida de tu padre —murmura Juliana como si estuviera pensando en voz alta—. Sabiendo que le transmitió su poder a ella, una humana, y no a ti.

Finn levanta la cabeza con brusquedad.

—Yo no te he contado eso.

—Vamos, Finnian. Tal vez yo no sea sacerdotisa, pero soy hija de una. Poderes no me faltan y siento el poder que emana de ella. Lo único que me pregunto es cómo pudo romperse la maldición si la reina sigue viva y ella tiene el poder del trono.

Finn da otro largo trago y suspira.

—La maldición se rompió cuando se vinculó con el príncipe Ronan, murió y le traspasó la corona, aunque no el poder. Por eso el príncipe Ronan está en el palacio: no es solo porque la maldición esté rota, ni porque sea su derecho por nacimiento, sino también porque lleva la corona.

Juliana se encoge.

—Me temía algo así.

—Sí, por desgracia. Pero al menos parece sincero cuando asegura que quiere lo mejor para los fae de las Sombras. Ayudó a defender la capital

durante el ataque y desmanteló los campos de la reina. Ha enviado a cientos de niños de vuelta a casa.

—Doy las gracias por ello. —Juliana suelta el aire—. Pero no va a funcionar, Finn. No puede ser rey. Nuestra gente nunca lo aceptará. Podría liderar nuestras fuerzas en una guerra y ganar, y seguiría habiendo quien lo rechazara solo por ser el hijo de Arya.

Finn suspira.

—La corte está muriendo. Una solución imperfecta es mejor que nada.

Ella ladea la cabeza.

—¿Permitirás que se quede con todo lo que deseas con tantas fuerzas?

Finn aprieta los dientes.

—¿A qué te refieres?

—A Abriella. Aunque se haya vinculado con él, la miras como si fuera la luna y las estrellas. Como si fuera la lluvia al final de un largo y árido verano. La miras como todas las doncellas de Staraelia soñaban con que las miraras algún día. —Hace una breve pausa—. La miras como mirabas a Isabel.

Él agarra la copa con más fuerza.

—Para.

—¿Lo niegas?

—No me gustan las comparaciones.

Ella se ríe con un resoplido.

—¿Es por eso por lo que Ronan se te adelantó y se quedó con la corona? ¿Te habías enamorado ya de la humana? Apuesto a que cada vez que pensabas en vincularte con ella te acordabas de Isabel muriendo entre tus brazos.

—Te estás pasando de la raya —le advierte Finn en un tono calmado pero tan cortante como el puñal que clavé en el pecho de Mordeus—. Te olvidas de que no necesito tu permiso para hablar con tu madre.

Ella suspira.

—No pretendo ser cruel, Finn. Solo quiero entender cómo ha podido pasar esto. Me cuesta comprender por qué ella se vinculó con el príncipe Ronan, pero está aquí contigo. —Se queda mirando a Finn a la espera de más explicaciones.

—Está conmigo porque no perdona el engaño de Ronan, y porque quiere encontrar una solución para salvar estas tierras y a sus habitantes.

—Es humana. —Juliana se aparta el pelo por encima del hombro—. ¿De verdad crees eso?

—Ahora es fae, aunque eso es lo de menos.

—El príncipe y ella podrían estar tomándote el pelo. Tal vez quiera quedarse ella el trono.

Tengo que esforzarme tanto en no gruñir que estoy a punto de perder mi disfraz de sombras. ¿Para qué iba a querer yo el trono? ¿Cómo se atreve a meterle esas ideas en la cabeza?

—Supongo que es una posibilidad —admite Finn en un tono menos agresivo—, pero todo lo que dice y hace indica que ve el poder como una carga, no como una bendición.

—Qué idiota —murmura ella.

Finn se encoge de hombros antes de dar otro trago.

—Tal vez los idiotas seamos nosotros.

Ella asiente en silencio.

—Todavía no me has explicado cómo logró retener ese poder que se supone que no quiere.

—El príncipe Dorado le dio la poción vital para salvarla, lo que la transformó en fae. Y, sin querer, el poder quedó atado a su vida.

Juliana se lleva los dedos a la boca.

—¿Por qué se arriesgaría de esa manera? Él tenía que saber que había una posibilidad de que pasara.

—Porque estaba enamorado de ella. Todavía lo está.

—Mmm. ¿Dices que le dio la poción vital porque la ama?

—Así es.

—Y en ese caso, ¿crees que accederá a romper el vínculo?

—No —responde Finn en voz baja—. No lo creo.

—Interesante.

Finn gruñe.

—Suéltalo.

—Solo pensaba que la última vez que dos hermanos se enamoraron de la misma mujer, Feéra se partió por la mitad.

—No es lo mismo.

—¿No estás enamorado de ella? La has traído y la vas a hacer pasar por tu prometida porque quieres que tu pueblo la acepte como tu compañera. ¿Quieres que me crea que no albergas la esperanza de que mi madre bendiga tu relación con la pareja vinculada de tu hermano?

En vez de responder, Finn abre otra botella de vino y se rellena el vaso.

—Ya sabes lo que me ha traído hasta aquí.

—Sé lo que debería haberte traído hasta aquí. Sé lo mucho que tu pueblo necesita verte después de tanto tiempo. Lo necesitan desesperadamente. Los que no tuvieron que esconderse vivían asustados rezando para que su príncipe volviera a casa..., pero no lo hiciste, ni siquiera viniste de visita. Ni una sola vez.

—Venir aquí os habría puesto a todos en peligro. A Mordeus le habría encantado tener una excusa para sitiar la localidad favorita de mamá. Si me mantuve apartado fue para protegeros.

Ella traga saliva.

—Yo ya lo sé, Finn, pero no todo el mundo lo entiende. Algunos se sienten abandonados. —Niega con la cabeza—. ¿En serio pretendes celebrar el Lunastal honrando a la pareja vinculada de tu hermano?

—No es mi hermano.

—Ah, ya. Supongo que tienes razón, ya que tu padre te desheredó.

—Vuelves a pasarte de la raya, Juliana.

—Solo digo la verdad. —Ella le arrebata la copa de cristal y da un trago. Tras devolvérsela le sostiene la mirada—. Eres mi príncipe y el heredero legítimo. Hace mucho tiempo te juré fidelidad y prometí que pondría tu futuro en el trono por delante de mi propia vida. Nada de eso ha cambiado. Pero también sé que has venido en busca de soluciones, y tal vez no te guste lo que encuentres.

—Tal vez la sorprendida seas tú —salta Finn.

Juliana ladea la cabeza.

—¿Qué quieres decir con eso?

Él permanece en silencio un buen rato.

—¿Qué sabes de los amarrados?

—¿Tu linaje?

Finn traga saliva antes de responder.

—El que fue mi linaje antes de que subiéramos al trono. Mi linaje antes de que el de Mab se extinguiera por falta de descendencia.

Ella niega con la cabeza.

—No sé gran cosa. Sé que eran servidores de la corona. Muy poderosos, de confianza, respetados y honrados, pero también explotados. Herramientas al servicio de los gobernantes.

—¿Has oído que haya habido más amarrados desde entonces? ¿A la corona o a otra cosa?

—¿Por qué lo preguntas, Finn? —Juliana palidece—. ¿No creerás que...? Es imposible.

—No lo sé. Durante semanas descarté la idea, pero lo sentí desde el primer momento en que me acerqué a ella. Está ahí. Es una conexión distinta a todo. Y su poder se alimenta del mío. Ha sido así desde el principio. Pensaba que era por la corona, pero... no es eso.

—Aunque ya no tenga la corona, conserva su poder. Tal vez esa sea la raíz de la conexión: que estás destinado a poseer ese poder.

—¿Ha pasado alguna vez algo parecido?

—No que yo sepa. Pero es más razonable que pensar que los dioses te hayan amarrado a una humana cualquiera. —A Juliana se le abre la boca y niega con la cabeza—. Amarrado —repite como si le costara asimilarlo—. No lo creo. Me parece que estás obsesionado con ella y buscas una excusa que justifique tus pensamientos lujuriosos.

Finn suelta un gruñido.

—Pensamientos de esos no me faltan, te lo aseguro, pero no se trata de eso. No puedo explicarlo. Cuando ella usa cantidades extraordinarias de magia, utiliza mis reservas y me debilito. Cuando se transformó en fae y usó su poder para huir del Palacio Dorado, encerrando a todo el mundo en sombras, creí que me moría.

—¿Y ha vuelto a pasar alguna otra vez?

Finn asiente con la cabeza.

—Sí. Usó una gran cantidad de poder cuando asediaron la capital. Y yo mientras tanto estaba en el palacio sufriendo uno de esos ataques de

debilidad. He buscado otro motivo que lo explique, pero siempre acabo llegando a la misma conclusión.

—Estaba convencida de que era un mito, una excusa que las reinas de la antigüedad usaban para tener a sus amantes cerca. —Juliana resopla con fuerza negando con la cabeza—. Creo que estás en una especie de limbo. Si estás amarrado a algo es al trono. —Le busca la mirada y se la sostiene—. Y tu destino no es servir a ese trono, Finn. El trono fue creado para servirte a ti.

—Fue creado para servir al linaje de Mab, no al mío.

—Pero su linaje ha desaparecido, y ella confió en el de tu padre para que ocupara su lugar. No cuestiones la voluntad de la Gran Reina.

—No lo hago.

—Entonces, si Mab te ordenara que los mataras a los dos, a la chica y a Ronan, y que ocuparas el trono, ¿lo harías?

Finn se la queda mirando en silencio un buen rato. Me tapo la boca con la mano y me muerdo la mejilla por dentro mientras aguardo su respuesta. Sé que no debo fiarme de nadie —y mucho menos desde que tengo este poder—, pero me niego a aceptar que Finn se planteara matarnos a Sebastian y a mí para apoderarse del trono. La idea me resulta demasiado dolorosa. Pero ¿podría aceptarlo si con ello se salvaran miles de vidas?

—No lo hará —responde al fin—. La magia de la corona haría imposible que el poder pasara a mí, incluso si estuviera dispuesto a considerar algo así; por lo tanto, te pido que no me hagas plantearme cuestiones imposibles que nunca serán relevantes. Si mis sospechas son ciertas y estoy amarrado a Abriella, comprenderás lo que eso significa para el trono.

Juliana le dirige una sonrisa burlona.

—Me insultas al pedirme que me plantee algo así. Has perdido la cabeza, Finn. ¿Has olvidado cómo funciona nuestro trono?

—No me he olvidado de nada, pero desde que Oberon le traspasó la corona a ella, parece que las reglas han cambiado.

—Tal vez lo hayas hecho tú, pero las antiguas reglas todavía son importantes para los demás. Aún nos importan los linajes y la voluntad de

Mab. Te olvidas de lo espantosas que fueron las cosas bajo el mandato de Mordeus.

—Nunca lo olvido —afirma con solemnidad.

—Me estás pidiendo que proteja a la pareja vinculada del príncipe Ronan y que me plantee que tal vez sea digna de un poder que fue creado para los más grandes de entre los nuestros.

—Es digna.

Los ojos de Juliana relampaguean de furia, pero aprieta los dientes y fija la vista en el horizonte.

—No pienso discutir contigo sobre esto. Tengo fe en que Mab nos dará las respuestas que necesitamos.

—Yo también —susurra Finn.

Al volverse hacia él la expresión de Juliana se dulcifica.

—Debo de parecerte horrible, pero no es mi intención. Lo que quiero es verte en el trono, donde debes estar. Me da igual si estás enfermo o si la magia actúa de manera caprichosa por culpa de las malas decisiones de Oberon, creo que acabarás sentado en él.

Él alarga el brazo y le toma la mano. Entre ellos hay una ternura tan grande que vuelvo a deslizarme hacia el interior de la casa, más confusa que antes y sintiéndome culpable por haber espiado a Finn.

Tal vez se lo cuente mañana. Mejor ser sincera y contarle que soy una amiga espantosa que escucha conversaciones privadas a escondidas, ¿no?

Esta conversación, como tantas otras, me ha dejado con más preguntas que respuestas. «Amarrados.» ¿Dónde he oído este término antes? Tendré que contárselo todo a Finn mañana; así podrá decirme qué significa.

Cuando me meto en la cama, la mente no deja de darle vueltas a lo que acabo de escuchar. Podría centrarme en los temas más importantes, pero, a solas en la habitación que vamos a compartir esta noche, mi mente se atasca en las partes más intrascendentes.

«Al parecer, he subestimado tu capacidad de resistirte a la belleza que te espera en tu habitación.»

«No es fácil, no te voy a engañar.»

«Me parece que estás obsesionado con ella y buscas una excusa que justifique tus pensamientos lujuriosos.»

«Pensamientos de esos no me faltan, te lo aseguro.»

Los fragmentos de conversación se repiten en mi cabeza. En realidad no son tan significativos. No es como si la atracción entre Finn y yo fuera una revelación. Ni siquiera es importante. Pero es que siempre me ha costado creer que él fuera en serio. Siempre creí que jugaba conmigo para ganarse mi apoyo. La verdad es que a una parte de mí le gusta mucho la idea de que Finn me encuentre irresistible. En concreto, a la misma parte de mí a la que le gusta imaginárselo durmiendo en esta habitación conmigo esta noche y luchando contra esos pensamientos lujuriosos que ha admitido tener.

Sueño que no soy nada más que sombras, una oscura penumbra que no necesita esconderse ni amedrentarse ante nadie, que toma lo que quiere y se ríe de los que deja heridos a su paso.

No soy más que mi silueta cuando salgo en silencio de la habitación que comparto con Finn y recorro el pasillo en dirección a otra habitación. Él le ha sonreído. Se ha reído con ella, le ha hecho confidencias, ha dejado que se sentara sobre su regazo durante la cena. Él probablemente piensa que es preciosa, con su gracia femenina y su larga melena oscura, pero Juliana no se merece a Finn.

Tiene la puerta cerrada.

«Qué mona.»

Como si no pudiera atravesarla. Y eso es justo lo que hago. Una vez dentro, me dirijo a la cama donde duerme Juliana. Tiene el pelo extendido a su alrededor sobre la almohada y un aspecto relajado, con las manos entrelazadas sobre el estómago y el pecho subiendo y bajando mientras duerme.

Sonriendo, mi sombra se apodera de un mechón de pelo y lo corta con el puñal que no sabía que llevaba en la mano. Seguirá siendo hermosa. Seguirá teniendo la misma sonrisa y los mismos ojos centelleantes. Seguirá sabiendo cuál es exactamente su lugar en este mundo, pero yo tendré su pelo para la próxima vez que necesite sobornar a un goblin.

Regreso a mi habitación con una sonrisa y dejo caer el pelo sobre la mesita de noche al mismo tiempo que el puñal. Cuando me veo durmiendo

en la cama, el sueño parpadea. De nuevo dentro de mi cuerpo, me doy la vuelta y me arrebujo entre las mantas. Un instante después vuelvo a desconectar y me veo desde el pie de la cama, donde duermo sonriéndole a la noche, con los brazos extendidos sobre la cabeza.

Es agradable poder librarme de mi piel. Me gusta sentirme viva y saber que Finn está tan cerca. Porque él es lo que deseo. Sumida en la oscuridad del sueño, con una sombra por cuerpo, él es todo lo que deseo.

Me deslizo en la oscuridad hasta la precaria cama que ha montado junto al ventanal. Qué guapo está, tumbado de espaldas, con una mano detrás de la cabeza y la otra descansando sobre el pecho desnudo. Estudio las líneas de su rostro en la oscuridad. Me resulta lo más normal del mundo —aunque deliciosamente travieso— montarme sobre su cintura y dejarme caer sobre él. Es perfecto.

«Cálido, sólido, fuerte.»

Y a él también le gusta, porque se le escapa un gruñido de satisfacción, sin abrir los ojos. Su cuerpo está encendido, sólido y poderoso hasta cuando duerme.

Le tomo la mano que ha apoyado en el pecho y me la llevo al vientre, sin perder detalle del momento en que parpadea y abre los ojos.

—¿Abriella? —Suena confundido, como si le extrañara verme aquí, como si no fuera este el único lugar del mundo donde quiero estar. Retira la mano de detrás de la cabeza y me mira, pestañeando, antes de frotarse los ojos—. ¿Qué es esto?

—Yo... deseo... —le digo descendiendo por su cuerpo hasta que tengo los muslos pegados a sus caderas. Lo noto, duro y grueso, a través de la sábana.

Él maldice e inspira entrecortadamente.

—¿Sabes lo que estás haciendo?

—Tomando lo que deseo —susurro, y muevo las caderas adelante y atrás para mostrarle justo a qué me refiero—. Y dándote lo que tú deseas.

El cuello de Finn se arquea mientras gruñe y alza las caderas del suelo, buscando más, buscándome a mí.

—Brie —jadea.

Le acaricio el pecho desnudo con mis dedos de sombra, desciendo hacia su ombligo y sigo por la fina línea de vello que desaparece bajo la sábana.

—Por los dioses de las alturas y de las profundidades —murmura—. Pero ¿esto es real?

—¿Acaso importa? —ronroneo.

De repente se incorpora y yo sonrío, encantada, al notar su calor tan cerca.

Mira hacia la cama y vuelve a mirarme a mí.

—No te preocupes por ella. —Estoy molesta. Quiero su atención. Quiero que me preste toda su atención a mí, no a la chica que duerme en la cama.

Él trata de apartarme de un empujón, pero sus manos me atraviesan, lo que me hace reír.

—Solo quiero divertirme un rato, Finn.

Él se aparta de mí y se levanta, retrocediendo hacia la ventana. Lleva ropa interior negra y ajustada, y nada más. Cuando vuelve a pasear la mirada entre la cama y yo, veo el miedo en sus ojos.

—¿Qué eres?

A regañadientes sigo la dirección de su mirada y mi cuerpo da una sacudida. Como si acabaran de tirarme un cubo de agua fría por encima, me siento de un brinco en la cama y miro a mi alrededor.

—Brie. —Finn me observa respirando pesadamente con la boca abierta —. ¿Estás bien?

Miro hacia los pies de la cama, donde estaba hace un instante, donde trataba de... Pero ahí no hay nada. Luego me vuelvo hacia la mesita de noche y me encuentro con un mechón de precioso pelo castaño, el mechón que he soñado que le cortaba a Juliana.

18

Si Finn parece confundido, yo no me quedo atrás.

—¿Qué ha sido eso? —me pregunta.

El corazón me palpita a toda velocidad, pero otra parte de mi cuerpo... me cosquillea como si de verdad hubiera estado montada sobre Finn hace un momento y no durmiendo tranquilamente, bajo las mantas.

—Estaba soñando. Estaba...

La respiración de Finn sigue alterada, y no deja de pasear la mirada entre la cama y el lío de mantas del suelo donde estábamos a punto de...

—Nunca te había visto hacer eso hasta ahora. Yo nunca... —maldice entre dientes negando con la cabeza—. Dime que eras tú.

Pero no era yo. Yo estaba en la cama durmiendo. Sin embargo... Miro a Finn a los ojos.

—Pensaba que estaba soñando.

Él se me queda mirando un buen rato. Luego, de repente, la expresión de miedo y preocupación desaparecen y me dirige una sonrisa ladeada.

—¿Pensabas que estabas soñando? ¿Qué otras cosas haces en sueños, princesa?

Cojo una almohada y se la lanzo.

Él lo esquiva riendo, pero vuelve a ponerse serio enseguida.

—¿Desde cuándo eres capaz de hacer eso? ¿Te pasa muy a menudo?

—No, es la primera vez. —Me asaltan recuerdos de momentos espantosos. Los orcos alrededor del fuego, el cuchillo ensangrentado, sus tripas desparramándose cuando los acuchillé—. No me acuerdo.

Él da un paso hacia mí.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

Cierro los ojos y sigo recordando aquella noche.

—La noche en que conocí a Misha en el campo de refugiados, me capturaron. Me inyectaron una toxina y no podía acceder a mi magia. Tenía grilletes en las muñecas, me superaban en número y estaba agotada. Por la metamorfosis, por el modo en que usé la magia para huir del palacio y por haber ayudado a los niños a alcanzar el portal. —Trago saliva y me estremezco. No he pensado mucho en aquella noche; no me he parado a preguntarme quién mató a mis captores. Me estoy dando cuenta de que en realidad no me permití a mí misma pensar en ello—. Me dormí deseando verlos muertos y, cuando me desperté, lo estaban. Alguien los había destripado mientras dormían. Y a mi lado, en el suelo, había un puñal. Mi puñal.

—¿Crees que lo hiciste tú? —me pregunta—. Pero ¿no lo recuerdas?

Cierro los ojos con fuerza, porque no quiero admitirlo ante nadie, ni siquiera ante mí misma.

—Me vienen breves recuerdos, veo el pánico en sus ojos al darse cuenta de que los estaban destripando —admito finalmente—. Me dije que me lo había imaginado. Que mi mente trataba de encontrarle sentido a una situación para la que no tenía explicación.

—Mierda —murmura Finn.

—¿Qué significa esto? Me he convertido en sombra cientos de veces, pero nunca he abandonado mi cuerpo al hacerlo.

Él mira hacia el techo y suelta el aire con fuerza.

—Hay leyendas sobre unseelies que podían controlar a sus sombras. Hace generaciones. Una de ellas es sobre Mab. Se dice que una vez la capturaron y la encerraron en una celda de hierro que anulaba su poder. Y, a pesar de eso, fue capaz de enviar a su ser de las Sombras para que matara a los guardias y liberarse de la prisión.

—¿Sin tener acceso a su magia?

—La teoría es que, al no estar atada a su forma corpórea, la sombra funcionó igualmente. —Se encoge de hombros y vuelve a soltar el aire—. Pero estas historias tienen gran parte de leyenda. Nunca acabé de creérmelas del todo.

—¿Hay alguna otra explicación para lo que ha pasado esta noche?

—Te he visto y te he sentido sobre mí. Te he tocado y me has parecido muy real. Pero cuando te he visto durmiendo en la cama, has dejado de ser corpórea. Al tratar de tocarte, te he atravesado.

—¿No conoces a nadie que pueda hacer esto? —No puedo dejar de temblar.

—No. De hecho, mi padre lo intentó. Se entrenó con una sacerdotisa para controlar su sombra, pero no lo logró. Ten cuidado, princesa. Contigo, no sabemos...

—Cómo funciona la magia ni por qué. Porque soy una mortal que se ha convertido en inmortal y que posee el poder de la corona unseelie que Oberon nunca debería haberme traspasado.

Él se encoge de hombros, pero su expresión lo dice todo. Se vuelve hacia la ventana, donde todavía está oscuro, y cierra las cortinas.

—Creo que deberíamos descansar un rato.

Me apoyo en el cabecero de la cama y hago una mueca al ver el mechón de pelo junto al puñal, en la mesita de noche. Estoy tan asustada que no creo que pueda volverme a dormir.

—¿Qué es eso? —pregunta Finn siguiendo la dirección de mi mirada.

Yo niego con la cabeza, sin apartar la vista de la mesita.

—No estoy segura, pero creo que es un mechón de pelo de Juliana.

A Finn se le escapa la risa.

—¿Le has cortado el pelo a Juliana?

—Pensaba que era un sueño.

Se le sacude el pecho mientras ríe en silencio.

—Pensabas que estabas soñando, así que le cortaste un mechón de pelo, pero resulta que tu ser de las Sombras lo estaba haciendo al mismo tiempo..., no en el mundo de los sueños, sino en el de la vigilia.

Me encojo de hombros una vez más. Ese sería un buen resumen, aunque no por ello la situación resulta menos espeluznante.

—Recuérdame que debo llevarme siempre bien contigo, princesa.

Lo miro a los ojos.

—Dudo que nos hayamos llevado bien alguna vez.

Su mirada me barre el rostro y el cuello, sigue descendiendo hasta el pronunciado escote de mi camisón y luego hasta las mantas que me cubren las piernas. Su mirada es tan ardiente que me siento desnuda.

—Nos hemos llevado bien al menos una vez. La noche en que te pusiste juguetona en la ducha. Fue muy divertido. —Le lanzo otra almohada y él la atrapa al vuelo, sonriendo—. Gracias. Parece que ahora tengo todas tus almohadas. ¿Significa eso que vendrás a hacerme compañía en el suelo? —Se agacha a recoger la otra almohada del suelo y las alza en el aire—. ¿O prefieres que sea yo quien me acueste en la cama?

—¿Ya se te ha olvidado que querías llevarte bien conmigo?

Riendo, me lanza una almohada antes de regresar a su camastro en el suelo. Durante un largo rato ambos guardamos silencio.

Cierro los ojos y escucho su respiración; sé que no duerme, igual que no duermo yo. Y con las imágenes de esos orcos destripados que me siguen asaltando, dudo que pueda.

—Estás temblando —dice él—. Lo noto desde aquí.

—Odio esta sensación; saber que hay una parte de mí que tal vez no controlo. —Me muerdo el labio—. Tengo miedo.

Él permanece en silencio durante tanto rato que empiezo a pensar que se ha quedado dormido, pero luego lo oigo moverse y un instante después las sábanas se mueven cuando las retira y el colchón se hunde bajo su peso.

—Estoy aquí —susurra tomándome la mano bajo las sábanas—. Estoy aquí contigo. Te prometo que te despertaré antes de que tu ser de las Sombras pueda seducirme.

Su tono juguetón me provoca una sonrisa. Pellizcándole la mano, le pregunto:

—¿Cómo sabes que mi sombra no pretendía simplemente cortarte un mechón de pelo?

Riendo, se vuelve hacia mí y presiona los labios, dulces y cálidos, contra mi hombro.

—La próxima vez que te sientes sobre mí —musita—, despiértate primero. Lo quiero todo de ti, no me conformo con un rincón oscuro y retorcido de tu mente.

Un escalofrío me recorre la espalda, pero ya no tiemblo. Al menos, no de miedo.

La luz me golpea como un puñetazo. Me doy la vuelta en la cama y hundo la cara en la almohada.

—Esas cortinas —refunfuño.

Me responde una risa femenina.

—Hora de levantarse, dormilona. Si no te vistes, se irán sin ti —me advierte Pretha.

—Pues que se vayan —murmuro—. Necesito dormir. —Cuando me arranca las sábanas gimoteo—. ¿Por qué me odias?

—No te odio, ni un poquito, pero hoy es un día importante. Levántate.

Me siento en la cama, pero solo porque huelo a café, y me quedo paralizada cuando me asaltan los recuerdos de la noche anterior. Cierro los ojos y me concedo un instante para recordar lo que sentí al sentarme sobre Finn, despertarlo, oír su gruñido hambriento cuando se dio cuenta de que era yo..., aunque no era yo, no del todo. Los recuerdos solo sirven para generarme vergüenza y más preguntas sobre este mundo y mis poderes.

Pero luego recuerdo que se quedó dormido dándome la mano y lo agradable que era tenerlo tan cerca. ¿Y cómo olvidarme de lo que me dijo antes de quedarse dormido?

«Lo quiero todo de ti.»

Voy directa a la cafetera que humea en la mesa esquinera. Voy a necesitar la ayuda del café si quiero procesar lo que pasó anoche. Después de que Finn se durmiera a mi lado, la noche se me hizo eterna, porque no paraba de darle vueltas a la cabeza. Cuando al fin me dormí el sol ya empezaba a asomar.

—Repíteme lo que vamos a hacer hoy —le pido, sirviéndome una taza, mientras Pretha, concentrada, estudia el contenido del armario ropero.

—Hoy, durante todo el día y toda la noche, celebramos el Lunastal —me cuenta sonriéndome por encima del hombro.

—¿En qué consiste? —La explicación de Finn dejaba mucho que desear.

—Se celebra el inicio de la cosecha. En estas tierras se considera que trae mala suerte no celebrarlo. Se cree que el dios Lugh enviará una plaga sobre las cosechas de aquellos que no le rindan homenaje.

Doy el primer trago al café y me concedo un momento para notar cómo me calienta el pecho.

—¿Se celebra en toda Feéra?

Ella asiente mientras saca un vestido de color rojo intenso, como el de las quebradizas hojas en otoño.

—Sí, aunque en las zonas rurales se vive de manera mucho más intensa, ya que su sustento depende más directamente de las cosechas.

—¿Dónde está Finn?

No lo he oído levantarse esta mañana.

—Se ha levantado temprano para ir a visitar a una vieja amistad.

Me pregunto si habrá ido a verse con Juliana otra vez, si dejará que lo toque con cualquier excusa, si la hará reír. Los celos van a hacer que el café me siente mal.

Pretha se echa a reír.

—Eres tan transparente que resulta muy gracioso.

—¿Qué resulta gracioso?

—Que estés celosa.

—No estoy celosa. Solo es curiosidad por saber dónde está.

Ella no se molesta en disimular la sonrisa.

—Bueno, pues tal vez te interese saber que su amigo está a punto de cumplir los mil años y que apenas sale de su casa junto al río, así que no creo que debas preocuparte por si ese amigo hace algo que impida que Finn siga suspirando por ti.

—Finn no suspira por mí.

A ella se le escapa una risa con un resoplido.

—Claro, claro.

Es que no lo hace, ¿o sí? La atracción física entre los dos es innegable, y anoche me dejó claro que está abierto a poner en práctica esa atracción. Pero no hay más; hasta ahí llega el asunto. Cualquier otra cosa sería demasiado complicada.

—Supongo que los festejos empiezan por la mañana —digo más que nada por cambiar de tema—. ¿Es por eso por lo que me obligas a levantarme tan temprano?

Ella vuelve a reír mientras deja el vestido sobre la cama.

—Duran todo el día. Empiezan con la tradicional subida al monte Rowan, que nos llevará casi toda la mañana.

Miro el vestido con el ceño fruncido.

—Vamos a estar andando monte arriba toda la mañana... ¿y me tengo que poner eso?

Ella acaricia el corpiño y me dirige una sonrisa irónica.

—Estás aquí como la prometida de Finn. Pase lo que pase con el trono de las Sombras, a sus ojos eres su futura reina, y esperan verte vestida como corresponde.

Vuelvo a llenarme la taza refunfuñando.

—Creo que ya me conoces lo suficiente para saber que nunca podría pasar por una dama, por mucho que lo intente.

—Sé tú misma. Solo hace falta que finjas respecto a tu relación con Finn..., aunque no creo que te suponga mucho esfuerzo.

Me quedo inmóvil con la taza a medio camino.

—¿Qué se supone que significa eso?

Pretha se ríe por la nariz y ladea la cabeza.

—¿Crees que no nos damos cuenta de cómo os miráis?

—Pretha, por favor.

Ella mira hacia el techo suspirando.

—Cuando lleguemos a la cresta de la montaña montaremos el campamento y seguiremos hacia el norte, en busca del arroyo sagrado.

—¿No teníamos prisa por vernos con la sacerdotisa? Pensaba que iríamos al templo.

—Ese era el plan inicial, pero no podremos verla hasta mañana. Nos han informado de que, después del ataque a la capital, se niega a recibir a nadie que no haya hecho una ofrenda previa a Lugh.

Me tenso al recordar a los tributos humanos que los unseelies sacrificaron durante los años que duró la maldición.

—¿Qué clase de ofrenda?

—Deja de mirarme como si fuera a pedirte que le arrancaras el corazón a un cachorro. Le ofrecemos cereales; nada que alguien tan sensible y delicado como tú no pueda soportar.

—No soy delicada.

Ella se echa a reír.

—En cualquier caso, antes del anochecer hemos de estar de vuelta para la fiesta.

—¿Qué pasará durante la fiesta?

—Se encenderán hogueras y habrá baile, bebidas, ceremonias de emparejamiento y mucha diversión.

—Te encanta —deduzco. Aunque no estuviera sonriendo, el brillo de sus ojos la delataría.

Ella se encoge de hombros.

—Tengo muy buenos recuerdos de esta fiesta. Mi marido se crio en estas tierras y el Lunastal era una de sus fiestas favoritas. —Parece perderse en los recuerdos—. Era fuerte y atlético, y le gustaba lucirse durante las competiciones, pero también le gustaba... —Traga saliva y me busca la mirada—. Adoraba el sentimiento de comunidad, la gente. Le gustaba saber que tenía un hogar aquí al que siempre podía volver. Hay un tipo de lealtad entre esta gente que no existe en la capital. Y Vexius sabía apreciarla.

—¿Es aquí donde Finn conoció a Isabel? —pregunto al recordar lo que me dijo anoche en los establos sobre que la vida aquí lo había distraído mientras Mordeus se apoderaba del gobierno de la corte unseelie.

Pretha asiente con la cabeza antes de responder.

—Sí. Me imagino que por eso la perspectiva de volver le resultaba tan agridulce.

—¿Cómo se conocieron? Era humana, ¿verdad? ¿Era una criada?

—Cuántas preguntas de buena mañana. Venga, va. Vístete. —Pretha rodea la cama y desabrocha el vestido. Espera a que me quite el camisón y me ayuda a ponérmelo—. Sí, Isabel era humana —responde mientras me abrocha—. Bueno, técnicamente era una niña cambiada.

La miro por encima del hombro.

—¿Qué es una niña cambiada?

—Entre los fae hay algunos que se interesan por niños humanos enfermos. No soportan verlos sufrir y creen que es su deber usar la magia de Feéra para curarlos.

Me vuelvo para mirarla cara a cara.

—¿Se los roban a sus padres?

Pretha pierde la sonrisa al fin.

—No espero que entiendas estas tradiciones, pero te pido que me creas si te digo que todos los bebés que llegan desde el otro reino tenían la muerte asegurada si se quedaban allí. Traerlos no es fácil, supone un gran sacrificio.

—Entonces... Isabel era una niña cambiada. ¿Qué implica exactamente? ¿Tenía poderes? ¿Podía cambiar de estado?

—No —responde Pretha en tono burlón—. Ni hablar. Era solo una humana que se crio en Feéra.

Le doy otro trago al café mientras recuerdo a la mujer del vestido blanco que vi en las catacumbas.

—Y era muy hermosa —susurro.

—Sí —corrobora Pretha—. Tenía belleza interior. Era de esas personas que se preocupan por los desfavorecidos; siempre anteponía a los demás.

Me siento avergonzada. Yo no estaba hablando de ese tipo de belleza, pero conozco a Finn lo suficiente para saber que su manera de ser le habría importado más que el resto.

—También era muy hermosa físicamente —confirma Pretha. Saca un par de medias de seda del armario y las deja sobre la cama—. Lo suficiente como para que muchos crean que su padre sabía lo que hacía cuando la puso en el camino de Finn.

—Pero se suponía que Finn no debía enamorarse de una humana.

—No. —Pretha resopla y niega con la cabeza—. Si dije eso, lo retiro. A nadie le importaba de quién se enamorara. Lo que nadie esperaba era que pretendiese pasar la vida junto a una humana, ni que la sentara en un trono, a su lado. Y ese era su plan. Pensaba casarse con ella, convertirla en su reina y, después de que le diera unos cuantos herederos, ofrecerle la poción vital que la transformaría en fae.

—¿Por qué hay tan pocas humanas que toman la poción, con la gran cantidad de ellas que tienen hijos para los fae? —Cojo las medias y me siento en el borde de la cama para ponérmelas. Habría sido más fácil si me las hubiera puesto antes que el vestido, pero supongo que Pretha ha pensado que soy demasiado recatada y no me gusta estar desnuda mucho tiempo.

—La poción se usa muy poco. Es muy valiosa y costosa. Los ingredientes provienen de las cuevas que hay bajo las montañas Goblin, concretamente de las piedras mágicas que se encuentran allí.

Cuando acabo de ponerme las medias, me levanto y aliso la falda del vestido.

—Misha me habló de las piedras de fuego.

—Vale. Entonces entenderás por qué la poción no es algo que solemos llevar encima.

—Pero los humanos hablan de ella como si los fae tuvieran un suministro inagotable de poción.

Pretha niega con la cabeza.

—Tú eres la única humana que conozco que se ha transformado. He oído hablar de otros casos, pero en toda mi vida es la primera vez que conozco a una personalmente.

—¿Qué pasó con la prometida de Finn? ¿Se la habría tomado?

—Cuando decidieron intercambiar los votos, Finn empezó a buscar los ingredientes, pero, con las batallas por el control de las montañas, no lo logró. Esperaba haberlos conseguido para cuando hubieran nacido sus hijos. —Pretha rebusca en un neceser—. Pero, cuando le habló a su padre de la boda, este se enfadó mucho. Oberon había hecho planes para que se casara con otra, alguien que reforzara el poder de su linaje; aun así Finn se negó. Fue todo muy dramático, pero Finn era un joven enamorado que se negaba a poner la política por delante de su corazón.

Los celos vuelven a apoderarse de mí. No, no son celos. ¿Cómo podría estar celosa de una mujer muerta? Una mujer que vio la peor cara de la especie de Finn y del propio Finn.

—Supongo que empatizas con su situación.

—Claro. —Pretha asiente con la cabeza mientras saca una caja de sombras de ojos y una brocha de la bolsa—. Cierra los ojos.

La obedezco y dejo que me maquille delicadamente los párpados.

—¿No sentiste celos de que él pudiera elegir y tú no?

Pretha suspira.

—En aquella época ya me había enamorado de Vexius. Pensé que los dioses me habían concedido dos grandes amores. No me arrepiento de mi matrimonio ni de haberme vinculado con mi esposo. Tampoco lo lamentaba entonces. Vexius me hizo feliz. Si me hubiera negado a casarme con él nunca habría conocido su amor. Y no habría tenido a Lark.

—Eso es cierto.

Cierto y muy maduro todo. Estoy segura de que sus emociones no son tan simples como parece.

—Puedes abrir los ojos —me dice tras el último roce de la brocha.

Cuando los abro veo que ha cogido un collar de perlas diminutas. Me rodea el cuello con él mientras yo llevo los dedos a la joya que me regaló Sebastian.

—¿Me quito esto? —le pregunto, pero ella niega con la cabeza.

—Todos llevamos una piedra de fuego en alguna parte; es normal.

Ya, pero ¿qué le parecerá a Finn que la lleve, sabiendo que me la regaló Sebastian? Creo que será mejor no sacar el tema.

—Durante aquella época —sigue diciendo Pretha— estaba muy preocupada por Finn. Sabía lo que se sentía cuando tus padres destruyen tus deseos y necesidades personales por ambición política. Sabía lo mucho que dolía.

Me llevo una mano a las perlas, que son suaves como la seda.

—Has sido una buena amiga.

—Es fácil encariñarse con él. —Se encoge de hombros y me abrocha el cierre—. Vamos con el pelo.

Tiro de un mechón justo detrás de la oreja hasta que queda liso.

—Me temo que no podrás hacer gran cosa con él.

—Lo mejor será echarlo hacia atrás. Por las flores —comenta con un brillo travieso en la mirada.

Las flores para una ceremonia de la que todavía no sé nada. En vez de preguntar, lo que hago es asentir y recuperar la taza de café.

—¿Me harás compañía durante el paseo?

Ella niega con la cabeza.

—No, la caminata es un acto oficial reservado para las parejas recién vinculadas.

Toso y estoy a punto de escupir el café.

—¿Perdón?

Sabía que este fin de semana iba a tener que hacerme pasar por la prometida de Finn, pero empiezo a sospechar que tendría que haber hecho más preguntas.

—También suben muchas personas sin pareja —añade—, pero se considera que el ritual es el momento ideal para emparejarse, y yo... —Niega con la cabeza—. Aunque se supone que ha pasado mucho tiempo y debería pasar página, no estoy lista.

¿Cómo va a estarlo? Amaba a su esposo y lo perdió, y durante ese tiempo nunca dejó de amar a Amira. No me extraña que no le apetezca arriesgarse a que le vuelvan a romper el corazón.

—De todos modos —dice mientras me recoge el pelo con horquillas—, Kane subirá con Juliana. Además, Misha, Tynan y yo os seguiremos a caballo, aunque separados de la comitiva oficial.

Asiento en silencio, si bien mi mente no es capaz de concentrarse en los detalles de la celebración.

—¿Cuándo empezaron a cambiar las cosas entre Finn e Isabel? —insisto, aunque Pretha parece haber dado el tema por cerrado.

—¿A qué te refieres? —pregunta en tono cauteloso.

—¿En qué momento Finn dejó de rebelarse contra su padre y decidió que valía la pena sacrificarla?

Estoy tan ocupada rehuyendo su mirada que ni siquiera me doy cuenta de lo callada que está hasta que ha pasado un rato. Cuando al fin levanto la mirada veo que me observa decepcionada. Me encojo un poco, pero no retiro la pregunta.

—Algunas cosas es mejor que te las cuente Finn personalmente —responde al fin—, pero lo que sí te puedo decir es que no deberías descartar lo que sientes por él, sea lo que sea, por cosas que crees que sabes. Habla con él.

La piel me cosquillea y aumenta de temperatura por la vergüenza. Trago saliva antes de decir en voz baja:

—Da igual lo que sienta o lo que pueda contarme. No debo fiarme de nadie. Ya no puedo.

Ella guarda silencio hasta que termina de peinarme. Incluso entonces espera un poco antes de mirarme a los ojos.

—¿No te has preguntado nunca por qué Finn no trató de convencerte de que te vincularas con él la noche que te drogaron?

El rubor de mis mejillas aumenta varios grados al recordar aquella noche. La ducha. Mi petición. No, no fue una petición. ¡Se lo rogué!

—Porque sabía que le diría que no.

Pretha me dirige una sonrisa triste, con la que parece decirme que me entiende mejor de lo que yo me entiendo a mí misma.

—No estoy muy segura de eso.

—Es la verdad. Quería a Sebastian.

Aunque el Sebastian que quería solo existía en mi cabeza. Era un Sebastian cuya prioridad era protegerme, no engañarme para robarme la corona.

—Bien, pues conseguiste lo que querías —replica haciendo una mueca exasperada.

—No actúes como si las razones por las que Finn me buscaba fueran más nobles que las de Sebastian —protesto—. Querían lo mismo, por los mismos motivos. Y nada ha cambiado.

—Al principio sí. Al principio te veíamos como a una niña mona que tenía lo que él necesitaba. —Suspirando, retrocede y me observa de arriba abajo revisando su trabajo—. Pero luego te convertiste en otra cosa.

—¿En qué otra cosa?

—En mi amiga, por ejemplo. Y como amiga, te digo esto. Cuando mis padres descubrieron lo mío con Amira y me enviaron lejos, me sentí destrozada y furiosa. Me preparé para vivir el resto de mi vida encerrada en un matrimonio político mientras mi corazón le pertenecía a otra persona. No estaba preparada para dejar entrar a Vexius en mi vida. No tenía ni idea de que se pudiera amar a dos personas de esa manera: románticamente, por completo y a la vez. Lo que sentía por el uno me parecía una traición hacia

el otro y, sin embargo, un amor no hacía que el otro fuera menos importante.

Pienso en mi situación. Yo también me he enamorado de dos príncipes fae, románticamente, por completo y a la vez. Aunque, a diferencia de Pretha, yo no puedo fiarme de ninguno de los dos.

Cuando bajamos para reunirnos con los demás, la lluvia golpea con ganas los cristales de las ventanas. Me asomo y veo a Finn, Kane, Juliana y un grupo de fae que no reconozco charlando bajo la lluvia. Ninguno de ellos parece estar preocupado en lo más mínimo por la lluvia que les empapa la ropa o por las gotas que se les deslizan por la cara.

Pretha me abre la puerta y me da un empujoncito en dirección a la escalera.

—Y entonces él dijo que haría... —Finn se interrumpe a media frase al verme. Me examina de arriba abajo, desde los rizos cortos que Pretha me ha retirado de la cara hasta el dobladillo del vestido rojo que barre la piedra mojada de la escalera. Me mira a los ojos con expresión solemne—. Buenos días, princesa. Estás deslumbrante, como siempre.

Mi estómago da una voltereta de alegría al oír esas palabras, aunque sé que las ha pronunciado más para el grupo que se ha reunido frente a la casa que para mí. A pesar de todo, una parte visceral de mí desea creérselas con desesperación.

Da unos pasos hacia mí y me toma la mano sacándome de la zona cubierta de la escalera y dejándome al alcance de la lluvia.

—¿Estás lista para subir a la montaña?

—Nos vamos a empapar —comento mirando hacia el cielo.

No me importa mojarme, en serio, pero de pronto la idea de subir una montaña a su lado, fingiendo que somos pareja, me hace sentir muy vulnerable. Siento como si la lluvia pudiera llevarse los últimos restos de autocontrol con los que me resisto a Finn. Sé que, después de lo de anoche, es ridículo, pero al menos ayer nadie nos observaba; nadie trataba de diseccionar lo que sentimos el uno por el otro.

Juliana se acerca con un vestido amarillo y dorado que me recuerda a la luz del sol, y caléndulas en el pelo, que lleva recogido a un lado. No puedo evitar fijarme —con una satisfacción de la que debería avergonzarme— en que uno de los mechones es significativamente más corto que los demás.

—Una lluvia suave durante el Lunastal se considera una bendición de Lugh —comenta entregándole una cesta de flores a Finn, que la acepta en silencio.

Él coge un puñado de flores de la cesta antes de dejarla en el porche y situarse frente a mí.

—¿Puedo? —me pregunta acariciándome un mechón de pelo que se me ha soltado.

—Es tradición —me aclara Pretha a mi espalda— permitir que tu pareja te coloque flores en el pelo, que llevarás hasta la cima de la montaña. Luego las enterraréis en el campamento, a la puerta de vuestra tienda.

—Se cree que —me explica un fae con cuernos que no conozco—, al enterrar las flores junto a la puerta del lugar donde se comparte cama, se está pidiendo a los dioses que os bendigan con el don de la fertilidad y con un embarazo sano.

Abro mucho los ojos y me ruborizo avergonzada. Finn me mira con los ojos brillantes, sin molestarse en disimular que se está divirtiendo. Estoy a punto de tirar las flores al suelo de un manotazo y echarle en cara su actitud, pero no puedo hacerlo delante de toda esta gente que nos observa.

—¿Puedo? —repite Finn acercándose un poco más.

Asiento porque no sé cómo salir del paso y porque no hay riesgo de que el ritual vaya a acabar con un embarazo, y Finn me coloca las flores en el pelo, de una en una.

La brisa que acompaña la lluvia está helada, pero el cuerpo de Finn es cálido y sus grandes dedos se mueven con delicadeza, calmándome, mientras usa las horquillas para coronarme con una guirnalda de crisantemos y capullos de rosa.

—Ha quedado preciosa —comenta Pretha cuando Finn da un paso atrás.

—Pues sí. Realmente preciosa —admite Juliana, y me pregunto si alguien más se habrá dado cuenta de su tono reprobatorio.

Kane gruñe asintiendo con la cabeza y dice:

—Al parecer, nuestro príncipe ha encontrado al fin algo que se le da bien.

Finn me sujeta la barbilla entre los dedos un instante.

—Ella me lo pone fácil —replica en tono ronco antes de apartarse de mí.

Cuando deja de tocarme, ya echo de menos su mano.

19

Lo que tenía que ser una festiva romería hasta la cima de la montaña se convierte en una odisea de lluvia y barro. Las buenas gentes de Staraelia no permiten que las inclemencias del tiempo se interpongan entre ellos y la celebración del Lunastal, por lo que, incluso cuando la lluvia caía tan fría e intensa que sentía que me estaban clavando un millón de agujas diminutas, seguimos adelante. Finn ha estado más callado que de costumbre durante la ascensión, siempre a mi lado, pero tocándome solo para ofrecerme ayuda cuando el terreno era especialmente abrupto. De vez en cuando lo sorprendía observándome, como si tratara de descifrar algo.

Me considero bastante fuerte, pero, cuando al fin llegamos a la cima de la montaña, casi se me escapa un gemido de alivio. He perdido forma física durante las semanas que llevo en las Tierras Salvajes y me cuesta seguir el ritmo de estos fae de Staraelia, felices y bronceados por la vida al aire libre. Quizá en vez de haber ayudado en la escuela y la enfermería debería haber trabajado en los campos.

Alguien me ofrece una cantimplora de agua fresca y bebo con ganas mientras busco con la mirada el lugar al que nos dirigimos. Veo que aún no estamos en la cima, sino en una especie de meseta rocosa. Hay decenas de tiendas de campaña ya montadas y criados que van de un lado a otro ofreciendo comida y leña.

—Las tiendas están listas —nos anuncia uno de ellos, detenido junto a una gran hoguera—. Pueden retirarse cuando les apetezca.

—¿Cuál es la nuestra? —le pregunto a Finn tratando de disimular lo agotada que estoy.

—¿Ansiosa por quedarse a solas con él? —me pregunta un desconocido.

Su risa hace que me vengan ganas de retirar la pregunta, aunque supongo que es mejor que esta gente piense que Finn y yo estamos locamente enamorados. Prefiero que no sepan que mi deseo de entrar en la tienda tiene más que ver con el tembleque de mis muslos cansados que con lo que vaya a pasar cuando nos quedemos a solas.

—Te prometo que te la enseñaré pronto, pero antes te tienes que sentar. —Finn me toma la mano.

La idea de sentarme me suena a gloria, por lo que le permito encantada que me lleve hasta un banco junto al fuego, pero casi no me da tiempo a disfrutar del calor de las llamas porque me doy cuenta de que todos los fae que han subido la montaña con nosotros se han congregado detrás de Finn y nos observan sonrientes.

Finn me guiña el ojo.

—No te muevas —me pide.

Como si pudiera. Ahora que me he sentado noto aún más el agotamiento, en parte por el ejercicio, pero también por no haber podido volver a dormirme anoche. No, ahora que al fin he pillado la silla, probablemente no vuelva a levantarme nunca más.

Finn saca dos grandes cuencos de debajo del banco, se vuelve hacia la hoguera y los llena de agua que habían puesto a calentar en una olla negra. Me guiña el ojo de nuevo antes de espolvorear flores secas en uno de los cuencos y gotitas de aceite en el otro.

Sus movimientos son tan precisos que es imposible no darse cuenta de que se trata de otro ritual tradicional, como lo de la guirnalda de flores. A medida que lo lleva a cabo, la multitud de mirones aumenta, al mismo ritmo que mi incomodidad.

Finn regresa al banco, deja los cuencos en el suelo y se arrodilla entre ellos. El agua humea, haciendo que la idea de hundir los pies en ella resulte muy apetecible, pero no hago nada, consciente de todos los ojos que no pierden detalle, como si estuvieran esperando a que me equivocara en algo.

Contengo el aliento cuando Finn desliza las manos bajo el vestido. Me rodea la espinilla con ambas manos y va ascendiendo. El calor de su piel se

cuela a través del cuero de las botas.

—Es un honor para mí lavar los pies de mi futura reina —dice en voz baja empezando a desatarme las botas por debajo del vestido—. Para mostrarte mi veneración y mi sumisión.

Vuelvo a tener las mejillas ardiendo. Me parece estar haciendo algo malo al participar en estos rituales sin ser una pareja auténtica y sin que mi destino sea subir al trono, sino interponerme en el camino de Finn a ese trono. Además, sus caricias me parecen demasiado íntimas. Con una de sus grandes manos me sostiene la pierna y con la otra me quita una bota y después la otra. Siento como si me estuviera seduciendo. Si no nos estuvieran observando con tanta atención le pediría que parara.

O tal vez le animaría a ir más allá.

Y el hecho de no saber cuál sería mi reacción hace que me ruborice todavía más.

Finn asciende bajo mi falda y alcanza con sus dedos callosos el final de las medias, que me llegan a medio muslo. Me mira a los ojos y titubea paseando el dedo por el borde, como si se sintiera fascinado por el contraste entre la seda y mi piel. No puedo respirar.

—¿Qué pasa, Finnian? —le llama la atención Juliana, que está en uno de los extremos de la multitud. Debo de haber estado concentrada en Finn para no darme cuenta de que había llegado—. ¿Se te ha olvidado cómo se desnuda a una mujer?

Tengo las mejillas en llamas de la vergüenza. No necesitaba que nos recordara que no estamos solos. Finn, sin embargo, no parece afectado por el comentario. Sin molestarse en mirarla, me apoya la mano en la pierna y me acaricia la parte interna del muslo con el pulgar.

—¿Estás bien?

¿Bien? ¿Con ese pulgar acariciándome justo ahí? Con las manos tan perdidas bajo el vestido que podría perfectamente...

—Estoy bien. —Soy una mentirosa. *Bien* no es la palabra que se ajusta a lo que siento. Estoy ardiendo. Lo deseo tanto que me duele. La mitad de mí querría que estuviéramos a solas, mientras que la otra mitad agradece que no lo estemos.

Con delicadeza, desliza los dedos bajo la seda y hace rodar la media lentamente hasta que me la quita del todo. Cuando acaba con una repite el proceso con la otra. Con la segunda no se entretiene tanto, pero sus dedos suben más de la cuenta al buscar el borde de la media.

Al notar que me estremezco frunce el ceño.

—Cuando salga el sol no hará tanto frío —me asegura dejando la segunda media encima de la otra—. Y te prometo que podrás darte un baño caliente en cuanto hayamos terminado.

La idea de darme un baño caliente me resulta de lo más apetecible, pero ¿dónde? ¿Voy a tener que bañarme delante de toda esta gente?

—¿Debo prepararme para otra tradición especial en la bañera? —Aunque mi intención era sonar despreocupada, acaba sonando como si le estuviera haciendo una proposición indecente.

Finn me responde con otro guiño, mientras sumerge una manopla en uno de los cuencos de agua caliente y perfumada. Vuelve a colar las manos por debajo del vestido y me lava los pies y los tobillos. Luego asciende con la manopla por la parte delantera de la pierna hasta la rodilla, y desciende desde la corva. No sé si está siendo deliberadamente sensual o si se limita a seguir los pasos del ritual. Tal vez sea cosa de mi mente; tal vez son mis deseos los responsables de que sus manos me calienten la sangre de esta manera. O tal vez sea culpa de las palabras que me dijo anoche en la oscuridad: «Lo quiero todo de ti».

Pero ¿es cierto o en realidad lo único que quiere es el poder? Cada vez me cuesta más convencerme de que la segunda opción sea la correcta.

Con Finn de rodillas ante mí y sus manos jabonosas deslizándose sobre mi piel por debajo de la falda no es fácil mantener la cabeza clara, pero la verdad es que las dudas que tenía sobre sus motivaciones se vinieron abajo anoche, cuando se durmió dándome la mano. Y si trato de aferrarme a la sensatez es solo por un desesperado intento de supervivencia.

No puedo negar lo que siento por Finn. Sería demasiado fácil enamorarme hasta perderme por completo en esa pasión.

Alguien le acerca a Finn una toalla con la que me seca la piel que acaba de lavar sin dejar de mirarme a los ojos en ningún momento. Me estremezco, aunque ya no tengo frío. Me estoy imaginando qué es lo que

nos espera en la tienda, nuestra tienda. Un baño, si es verdad lo que me ha prometido.

—Y ahora —añade Finn cuando acaba de secarme—, las flores.

Se levanta y empieza a retirarme las flores del pelo, dejando los capullos de rosa en el cuenco de agua perfumada con hierbas que ha usado para lavarme. Al terminar, le pasa el cuenco al mismo fae con cuernos de antes, y me toma en brazos.

Suelto un grito, sorprendida, y me agarro de su cuello. Finn sonríe y la multitud nos vitorea.

—¿Es necesario todo esto? —le susurro al oído.

—Relájate y disfrútalo, princesa. Es la tradición.

Rodea la hoguera conmigo en brazos y se dirige a la gran tienda que hay detrás, pero al llegar a la puerta se vuelve hacia el fae que nos sigue con el cuenco de las hierbas y las flores.

El fae inclina la cabeza y murmura unas palabras sobre el agua antes de ofrecernos el cuenco.

—¿Me haces el favor, princesa? —me pide Finn en voz baja.

Suelto la mano con la que me aferro a su cuello y acepto el cuenco.

El fae sonríe y coge una pala que hay junto a la tienda.

No parece costarle cavar la tierra, que se desprende con suavidad mientras él murmura frases en un idioma que no reconozco.

Cuando el agujero tiene aproximadamente un metro de profundidad, retrocede y clava una rodilla en el suelo.

Miro a Finn, que me devuelve una mirada solemne.

—Ahora debes verter el contenido del cuenco en la tierra.

Sin soltarme, me cambia de postura para que me resulte más fácil acertar en la zanja.

Mientras vuelco el cuenco noto que una oleada de poder me recorre el cuerpo y, cuando Finn inspira bruscamente, sé que él también lo ha notado.

—Que los dioses los bendigan, a usted, a su reina y a sus hijos, majestad —dice el fae, que sigue arrodillado.

—Gracias, Dunnick —replica Finn, que pasa conmigo por encima de la zanja embarrada por el agua perfumada y se adentra en la tienda dejando que los faldones de tela caigan tras él, aislándonos del exterior.

La tienda es más grande de lo que me imaginaba. Es tan alta que Finn no necesita agacharse. En el centro hay un enorme cojín, tan grande como la cama que hemos compartido en la mansión de Juliana, cubierto de suaves mantas. Hay una silla en la esquina, donde han colocado ropa limpia, de hombre y de mujer.

—Ya puedes soltarme —le digo.

Finn me observa con tanta intensidad que creo que está a punto de besarme, pero al final me deja en el suelo.

Mientras retrocede, con la vista clavada en el suelo, noto que tiene la respiración alterada.

—Tengo que ir a hablar con Misha y Pretha para asegurarme de que todo está listo para la visita de esta tarde al manantial sagrado. Un criado vendrá a prepararte un baño caliente y luego puedes dormir un poco, si quieres. El resto del camino lo haremos a caballo, pero no es un sendero cómodo.

—De acuerdo —murmuro. Noto que se está alejando de mí, no solo físicamente, y desearía que no lo hiciera. Me duele el corazón. Es un dolor tan grande que siento que pronto me va a desbordar el pecho—. No quiero a Sebastian —suelto de golpe. Finn alza la cara, con los ojos muy abiertos, como si lo hubiera sorprendido. Para ser franca, me he sorprendido a mí misma, pero eso no significa que no sea cierto—. Más de una vez has hecho comentarios, insinuando que yo estaba ansiosa por reunirme con él.

—Te vi besándolo —me recuerda sin ningún tipo de reproche en su tono de voz.

Trago saliva.

—Fue un error. Me tomó por sorpresa y el vínculo hizo que...

Él cierra los ojos como si mi explicación empeorara las cosas.

—Ya me imagino lo intenso que fue gracias al vínculo. —Suspira negando con la cabeza—. Da igual por qué lo besaras o si piensas volver a hacerlo. En contra de lo que pudiera haber comentado ese día o cualquier otro, no es asunto mío.

—Tal vez no, pero quería que lo supieras. Nada ha cambiado desde el día en que escapé del Palacio Dorado. Me ha engañado dos veces, Finn. —

Me encojo de hombros—. No tengo claro si nuestra relación podría volver a ser la misma de antes. Si querría retomarla.

Él me observa atentamente con la cabeza ladeada.

—¿Y eso?

«Porque él es él y no es tú. Porque no puedo dejar de pensar en nuestro beso o en cómo me consolaste anoche. Porque, aunque el vínculo intensifica lo que siento cuando estoy con él, no puede compararse a lo que siento cuando estoy contigo.»

Pero no le digo nada de eso. Finn ha sido sincero conmigo contándome lo que quiere. Me ha hablado de sus motivaciones y prioridades. Se siente atraído por mí, es cierto, y probablemente me daría la bienvenida en su cama, pero si está aquí es por su pueblo, no por mí, y no es justo desear que las cosas fueran distintas.

—No me fío de nadie —digo al fin.

Él asiente y se vuelve para marcharse, pero se detiene con la mano en el faldón que sirve como puerta de la tienda. Sin darse la vuelta, se despide diciendo:

—Puedes fiarte de mí. Sé que mi palabra no significa mucho para ti, pero de todas formas es la verdad.

Me baño, como un poco de pan con queso y trato de dormir, pero cada vez que estoy a punto de lograrlo oigo algún ruido junto a la tienda y me sobresalto pensando que es Finn, que regresa. Hemos de hablar de muchas cosas. Todavía no le he confesado que lo espié anoche cuando estaba con Juliana, ni le he preguntado qué son los amarrados.

Pero Finn no regresa. Quien lo hace a media tarde es la criada que me ha ayudado a bañarme, que me informa de que Finn ha indicado que me vista para salir y me reúna con él en el cercado de los caballos. Todavía nos queda la visita al manantial sagrado, donde debemos hacerle una ofrenda a Lugh si queremos que la sacerdotisa nos reciba mañana.

Dejo que la criada me ayude a ponerme uno de los vestidos que nos esperaban en la tienda. Es del mismo tono de rojo del vestido que llevaba esta mañana, pero las mangas son más gruesas y el escote más cerrado.

Temo que la lluvia vuelva a recibirme al salir de la tienda, pero me recibe el sol, que brilla con tanta fuerza que me hace preguntarme si me arrepentiré de haberme puesto un vestido tan grueso y una capa extra de calcetines sobre las medias.

La criada me indica el camino hacia los caballos y, cuando veo a Finn junto a Two Star, recuerdo por qué el término *amarrado* para referirse a la relación entre dos personas me resultaba familiar. Misha y Amira me contaron que el abuelo de Finn, Kairyn, era la pareja amarrada de la reina Reé, la última monarca del linaje de Mab. En aquel momento no les pregunté a qué se referían; simplemente di por hecho que era algún tipo de juramento de lealtad entre la reina y su segundo. Pero si Finn piensa que podemos estar amarrados, no puede ser eso.

—¿Has dormido bien? —me pregunta.

—Sí, gracias —miento con una sonrisa. Admitir que me he pasado todo el tiempo esperando a que volviera me parece demasiado patético.

—Bien. —Finn aprieta la cincha y le da unas palmaditas a Two Star en el flanco—. Kane y Pretha vendrán con nosotros. Si nos damos prisa podemos llegar allí en una hora.

Cuando los otros dos montan en sus caballos frunzo el ceño.

—¿Dónde está tu caballo, Finn?

Sonriendo, vuelve a acariciar a Two Star.

—Tú y yo vamos a cabalgar juntos.

Suelto un resoplido burlón.

—Sí, hombre.

Finn alza una ceja y señala con la mirada hacia el criado que monta guardia a mi espalda.

«Vale, ya. Se supone que estamos prometidos.»

—Quería decir —digo adoptando una expresión más seria— que no me importa ir sola, si hace falta.

—Es más seguro así. No quiero correr riesgos innecesarios después de lo que pasó en la capital.

—Por suerte, ha salido el sol —comenta Pretha sentada en su caballo, con la cara vuelta hacia el cielo—. Parece verano otra vez.

Kane presiona los flancos del caballo para colocarse junto a Pretha.

—Probablemente deberías haberte puesto algo más fresco —señala observándome.

Yo me encojo de hombros.

—Estaré bien. Estamos en las montañas; no hará tanto calor, ¿no?

Pues sí, hace un calor del demonio. Sobre todo teniendo en cuenta la ropa tan gruesa que llevo y el calor de Finn, pegado a mi espalda. El sol nos ha golpeado sin clemencia a lo largo del camino y, cuando al fin nos hemos detenido junto al manantial para hacerle la ofrenda a Lugh, me sentía sofocada, sudorosa y en un estado lamentable.

Mi parte humana se sentía tentada de burlarse del sencillo ritual, pero, mientras caminábamos siguiendo la estela del sol alrededor de la charca rodeada de piedra en la ladera de la montaña, lanzando puñados de cereales en el agua, he sentido la magia fluyendo por mi cuerpo con tanta nitidez como siento el cielo nocturno cuando anochece.

Al terminar, Pretha nos ha pedido que nos adelantáramos y le diéramos un poco de privacidad.

Tras cabalgar un breve tramo nos detenemos en un claro.

—Vamos a esperarla aquí —dice Finn mientras desmonta.

Cuando me ayuda a bajar del caballo, me sostiene pegada a su cuerpo un poco más de lo necesario, dirigiéndome una sonrisa traviesa, como si supiera exactamente cómo me ha afectado cabalgar tan pegada a él.

Liberándome de sus brazos, doy un paso atrás y miro por encima del hombro. Nos hemos alejado lo suficiente de Pretha para que no nos vea, pero todavía puede oírnos.

—¿Por qué se ha querido quedar?

—Lanzó las cenizas de Vexius en ese manantial —me responde Finn en voz baja—. Es la primera vez que regresa desde entonces.

Se me encoge el corazón al pensar en mi amiga y su dolor.

—¿Estás seguro de que hemos hecho bien al dejarla sola?

—Sí. —Es Kane quien me responde sentándose en uno de los troncos caídos que hay colocados en círculo—. Quiere estar sola. Déjala.

Sigo su ejemplo, pero me siento en el suelo para apoyar la espalda en el tronco. El calor me está pasando factura.

—¿Estás bien? —me pregunta Finn por tercera vez desde que hemos dejado atrás el manantial.

—Sí. Un poco de calor no podrá conmigo.

—Podrías quitarte el vestido —sugiere Kane sonriendo con ironía—. A nosotros no nos importa.

Miro al cielo exasperada.

—No seas cerdo.

—No le hagas caso. —Finn le dirige una mirada asesina, pero Kane se encoge de hombros.

—Está incómoda; solo quería ayudar.

—Esta estación es así —comenta Finn—. En esta región de la corte puede nevar por la mañana y despejar luego, dejando una tarde perfecta para el baño.

—Es verdad —corrobora Kane—. Lo único predecible sobre el tiempo en esta zona es que es impredecible.

—Bueno, en Elora no era tan distinto. —Me echo a reír cuando me vienen recuerdos de lo variable que era el tiempo a finales de verano—. ¿Sabíais que algunos humanos os culpan cuando el tiempo no se corresponde con la estación que le toca?

Kane gruñe.

—¿Culpan a los fae? ¿Por los cambios de tiempo en un reino separado del nuestro? ¿Tan poderosos creen que somos?

—Creo que la pregunta adecuada sería por qué deberíamos molestarnos en enviar una tormenta de nieve temprana o una ola de calor en invierno al reino humano.

Me echo a reír con ganas; parece mentira cuántas de las cosas que creía que sabía del reino de los fae han resultado ser falsas, pero mi sonrisa se borra en seco.

—También creen que los unseelies son crueles y malvados —admito negando con la cabeza—, pero ni siquiera la crueldad de Mordeus es comparable a la de la supuestamente bondadosa reina Dorada.

—No es casualidad. —Kane se aparta una mosca que revolotea cerca de su cara—. Antes de que se cerraran los portales los seelies utilizaron el miedo a los unseelies para ganarse la confianza de los humanos.

—La reina Mab también se aprovechó de su miedo, como era habitual en ella —añade Finn.

—¿Fue Mab la primera de las reinas fae? —pregunto.

Kane se aparta la cantimplora de la boca cuando se le escapa la tos.

—No, en absoluto. —Es Finn quien me responde mirando a Kane y negando con la cabeza—. Pero fue la primera reina de las Sombras. Fue ella quien creó el trono de las Sombras, proporcionando un refugio a los que la corte seelie trataba de esclavizar.

—¿Cómo creó su propia corte?

—Durante milenios este reino existió sin divisiones —me responde Finn—. Feéra era un reino unido bajo el mandato de un rey y de una reina, pero todo cambió cuando subió al trono la reina Gloriana. Hizo algo sin precedentes en aquella época: tomó el poder sin haber elegido esposo. Sus padres le cedieron la corona y el poder, y permitieron que subiera al trono sin haber escogido rey porque creyeron que todavía no había encontrado a su alma gemela. Pero en realidad estaba enamorada de dos nobles a la vez. Los dos eran hijos del mismo noble, pero nacidos de madres distintas. La madre de uno de ellos, Deaglan, era también noble, pero la otra, la madre de Finnigan, era su amante campesina.

—¿Finnigan? —pregunto sorprendida—. ¿Otro Finn? ¿Te pusieron ese nombre en su honor?

Kane alza una ceja.

—No se le escapa nada a esta.

—Entonces ¿es tu antepasado? —insisto ignorando a Kane.

—No compartimos linaje de sangre —contesta Finn—, pero estás adelantando acontecimientos, no corras tanto. La leyenda dice que la reina Gloriana los amaba a los dos y habría preferido no tener que elegir, pero los hermanos eran posesivos y estaban celosos el uno del otro. Por eso le exigieron que escogiera a uno de los dos para acompañarla en el trono. La tradición dictaba que eligiera a Deaglan, ya que su madre era de origen no solo noble, sino también real. Por el contrario, Finnigan era el hijo de una

campesina, un bastardo que debería luchar si quería obtener el respeto del reino. Pero los consejeros de Gloriana se dieron cuenta de que los celos de ambos pretendientes eran peligrosos. Le aconsejaron que los mantuviera a ambos como amantes, pero que se decantara por otro príncipe para ocupar el trono. Los consejeros le presentaron muchas opciones y ella decidió hacerles caso, lo que hizo que los hermanos perdieran la esperanza.

Agacho la cabeza tratando de ocultar el rubor de mis mejillas. Era esto a lo que se refería Juliana anoche cuando dijo que, la última vez que dos hermanos se enamoraron de la misma princesa, el reino se rompió en dos partes.

—Aunque era una campesina —sigue contando Finn—, la madre de Finnigan también era sacerdotisa. Sin que ninguno de sus vecinos lo supiera, era la sacerdotisa más poderosa de toda nuestra historia. Ahora la conocemos como Mab.

—Pensaba que Mab era una reina, no una campesina.

—Fue campesina antes que reina —especifica Kane—. Y fue también una madre amorosa y tremendamente protectora, tanto de Finnigan como de la corte que le entregaron los dioses.

Finn se vuelve hacia él.

—Ya estamos adelantando acontecimientos otra vez, Kane.

—Entonces —los interrumpo—, ¿la reina Gloriana tuvo que elegir a un candidato que no era ninguno de los dos hermanos?

Finn coge un palo del suelo y empieza a romperlo en trozos, como ausente.

—La reina probablemente habría elegido a alguno de los candidatos nobles que seleccionaron para ella, pero se dio cuenta de que estaba embarazada de Finnigan. Los embarazos son tan poco frecuentes entre los nuestros que Gloriana se lo tomó como una señal de los dioses de que debía casarse con Finnigan. Él estaba encantado, y juntos empezaron a planificar la boda y la ceremonia de vinculación. Pero la mañana en que debían llevarse a cabo las ceremonias Gloriana se encontró mal: la habían envenenado. Poco después perdió al bebé.

—Oh, no —susurro—. Qué horror.

—Deaglan se dedicó a extender rumores por toda la corte, incluida la propia reina, culpando a Finn del envenenamiento —sigue contando Finn—. Deaglan acusó a Finnigan de querer arrebatarle el trono y el poder a la reina.

—Pero ¿para qué iba a envenenarla antes de la boda? —pregunto—. Si realmente le interesaba tanto el poder, no tiene sentido.

—La mentira que extendió Deaglan era muy elaborada —responde Kane—. Según él, la intención de Finnigan había sido envenenarla durante la noche de bodas, pero la reina había encontrado los bombones antes de la ceremonia, lo que había arruinado sus planes.

—Por la razón que fuera, la gente se creyó las mentiras y exigieron que se colgara a Finnigan por traición.

Kane niega con la cabeza asqueado.

—Él proclamó su inocencia hasta el mismo momento en que se le partió el cuello, pero nadie lo escuchó.

—Mab estaba desconsolada —sigue contando Finn—. Había perdido a su hijo y a su nieto en menos de una semana y sabía que Deaglan era el responsable. Envió un aviso a palacio, y los advirtió de que había pronunciado una poderosa maldición que rompería el reino si el responsable de la muerte de su hijo subía al trono junto a la reina Gloriana. La maldición, tal como estaba formulada, decía que el reino sufriría de días perpetuos, para que los malvados reyes no pudieran ocultar sus crímenes bajo el manto de la noche.

—Deaglan no era consciente de lo poderosa que era Mab —aporta Kane—. Pensó que eran supercherías de campesina y siguió labrando su camino en dirección al trono.

—Durante los meses que siguieron a la ejecución de Finnigan, la reina Gloriana cayó en una profunda tristeza y abandonó todas sus obligaciones de gobernante —dice Finn—. Deaglan se ocupó de librarla de esa carga, y la ayudó a mantenerse a flote para que el pueblo no se rebelara contra una reina incapaz de cumplir con su deber. Pasado un tiempo Gloriana accedió a casarse con él como agradecimiento por los servicios prestados mientras ella estaba en el lecho del dolor.

»Pero la maldición de Mab seguía activa y, cuando Gloriana se vinculó con Deaglan y lo sentó en un trono a su lado, el reino se vio sumido en la maldición de días sin fin. Los centinelas de Deaglan apresaron a Mab y la arrastraron hasta las montañas Goblin. No podían arriesgarse a matarla directamente, así que la abandonaron desangrándose en las montañas. Toda su sangre se derramó, junto a sus lágrimas, formando lo que ahora conocemos como el Río de Hielo. Y cuando se hubo derramado la última gota de su sangre la maldición quedó rota y la noche regresó al reino por primera vez en semanas.

—Pero, si murió, ¿cómo pudo convertirse en reina? —pregunto.

—Mab nunca tuvo intención de reinar —responde Finn dibujando dos líneas en la tierra—. Lo único que buscaba era justicia para el hijo al que acusaron injustamente, pero los dioses la recompensaron por su amor tan profundo en un mundo en que el amor escaseaba. La resucitaron y le dejaron elegir entre dos opciones. Podía optar por la magia, conservar su vida inmortal y tener más poder que nadie en la historia del reino. Si elegía el poder, este se transmitiría de generación en generación. O podía renunciar a la inmortalidad y a la magia. A cambio, los dioses crearían la Corte de la Luna y ella reinaría durante el resto de su vida mortal.

—Pero Mab era demasiado lista como para elegir —aporta Kane—. Quería las dos cosas y las consiguió.

—¿Cómo? —pregunto.

—Convenció a los dioses de que era vital para el reino que hubiera dos cortes —me contesta Kane—, y les hizo ver que la falsedad de Deaglan podría extenderse como una enfermedad si se le permitía gobernar sobre todo el territorio. Los dioses le dieron la razón y dividieron la tierra en dos cortes opuestas. Rompieron el reino en dos, justo en el centro de las montañas Goblin, resiguiendo el curso del Río de Hielo.

Finn asiente.

—Le ofrecieron la Corte de la Luna, que obtenía su poder de la noche, las estrellas y la luna. Para equilibrarlo le entregaron a su enemigo el poder del día y del sol, y llamaron a su territorio la Corte del Sol.

—Pero Mab engañó a los dioses —sigue diciendo Kane—. No había elegido una corte a costa de la maldición de mortalidad; simplemente había

expuesto las ventajas de que existieran dos cortes. Cuando el reino estuvo dividido en dos hizo su elección, portadora ya de la Corona de Estrellas. Eligió ser más poderosa que cualquier otro fae en la historia y poder transmitir ese poder a su descendencia.

—Fue una sacerdotisa que engañó a los dioses, que murió y volvió a la vida —resume Kane—. Es normal que la Corte del Sol la pintara como una hechicera de magia negra, como un ser malvado que debía ser temido y evitado a toda costa.

—Y funcionó —comenta Finn—. Multitud de fae huyeron de lo que hoy se conoce como las tierras unseelies y juraron fidelidad a la Corte del Sol, dejando a Mab sin reino sobre el que reinar, pero Deaglan demostró ser un monarca cruel. Expulsó a todo el mundo que no tenía algo que ofrecerle. Exigió diezmos a los pobres, y construyó su reluciente palacio de cuarzo gracias al trabajo forzado de los esclavos. Todos los que fueron expulsados por Deaglan encontraron refugio en la corte de Mab, que también rescató a todos los perseguidos.

—Por eso es tan amada por el pueblo —indico—. Los salvó, literalmente.

—Exacto —corrobora Finn—. Y se ganó los corazones y la lealtad de muchos otros durante ese tiempo. Algunos se negaron a declarar a quién eran leales y escaparon al lejano oeste, lo que ahora se conoce como Tierras Salvajes. Los que permanecieron en la corte de Deaglan se llamaron seelies, un nombre que se pusieron ellos mismos como muestra de orgullo por pertenecer a la corte original. Se consideraban superiores a los que habían sido expulsados, y como los del este ya nunca serían gobernados por los miembros del primer linaje real, les pusieron el nombre de unseelies, como si fuera un insulto. Y, además, propagaron historias sobre la malvada reina y los horrores que tenían lugar en su reino.

—Pero los habitantes del este adoptaron el nombre con orgullo —dice Kane—. Mab reinó sobre los inadaptados, los soñadores, los rebeldes y los que habían dedicado sus vidas a la verdad y la integridad. Los que no querían saber nada del rey Deaglan ni sus mentiras y manipulaciones. Eran unseelies; eran mejores que los seelies porque su linaje real no estaba manchado por la sangre de Deaglan, el traidor.

Finn asiente y me doy cuenta de que conocen esta historia como la palma de su mano. Forma parte de su herencia, de su legado.

—Los seelies afirmaron que la prueba de nuestra maldad está en que obtenemos el poder de la oscuridad —explica Finn—. Lo que no entienden es que los que amamos la noche lo hacemos porque nos permite localizar incluso la luz más pequeña. Se empeñan en negar la importancia de la oscuridad, a pesar de que ese sol que tanto adoran arroja sombras en cada esquina.

—Ahora entiendo por qué los unseelies no soportan ver a Sebastian en el palacio —digo en voz baja—. Y por qué Misha dice que nunca lo aceptarán. Porque es descendiente de Gloriana y Deaglan.

Finn asiente con la mirada perdida en los árboles.

—La rivalidad entre las cortes dura desde su propia creación. Y aunque ha ido cambiando a lo largo del tiempo, nunca ha perdido intensidad. Los seelies siempre tuvieron prejuicios contra los del este y contra la reina Mab, porque creen que consiguió la tierra mediante magia negra. Hicieron correr historias sobre lo malvados y crueles que eran los fae del este, para dar a la reina unseelie y a sus seguidores una mala reputación, a pesar de que muchos de los que se quedaron en la corte de la reina Gloriana eran igual de crueles o más.

—Y luego asesinaron a todos los descendientes de Mab —añado recordando lo que me contaron Misha y Amira—. Mataron a todos los descendientes de su linaje para arrebatarle el gran poder que los dioses le habían concedido y para acabar con la corte de las sombras.

Finn traga saliva.

—Lo hicieron, pero la corte no cayó tal como habían planeado, ya que gracias a la Gran Reina somos más fuertes de lo que pensaban.

—O al menos lo éramos —murmura Kane—, hasta que el rey Oberon decidió seducir a la princesa seelie para destruir su corte desde dentro.

Alzo bruscamente la cabeza.

—¿Qué? Pensaba que la amaba.

Kane suelta una carcajada.

—¿Crees que el rey de la Corte de la Luna se enamoró por casualidad de la hija de su peor enemigo y la dejó embarazada así porque sí?

—Yo... No lo sé. Es lo que cuenta la historia.

Finn deja caer la cabeza.

—La Gran Guerra de los Fae llevaba años causando combates encarnizados —dice—. Arya formaba parte del plan de mi padre para destruir la corte seelie desde dentro, pero no se imaginó que los padres de Arya lo dejarían atrapado en el reino humano, ni que su propio hermano trataría de robarle el trono.

«Nunca la amó.»

—Por los dioses —musito—. Por lo menos ahora entiendo su furia.

Y odio entenderlo. Odio las similitudes entre Arya y yo. Las dos hemos sido traicionadas por aquellos que pensábamos que nos amaban. A las dos nos han manipulado románticamente para conseguir objetivos políticos. Y las dos hemos acabado furiosas y amargadas.

Finn me está observando con atención y agradezco, más que nunca, que no sea capaz de leer mis patéticos pensamientos.

—¿No se enfadaron los dioses por el engaño? —pregunto más que nada por dejar de repetirme que yo no soy igual que la malvada reina Dorada—. ¿Se lo reprocharon a Mab? ¿Hubo consecuencias para su corte?

—Oh, sí, por supuesto —responde Finn—. Los dioses valoran el equilibrio por encima de todo. Por eso crearon las piedras de fuego y las piedras de sangre, que simbolizaban sus elecciones, aunque a escala reducida. Las piedras de fuego amplificaban la magia de cualquier fae, ya fuera seelie o unseelie, y aunque quienes las usaron nunca llegaron a ser tan poderosos como Mab, pudieron hacer cosas terribles o maravillosas gracias a ellas.

—¿Son las mismas piedras que se usan hoy, como esta? —Me llevo la mano al pecho y presiono la gema.

Finn asiente.

—¿Y qué hacen las piedras de sangre?

El rostro de Finn se ensombrece.

—Las piedras de sangre fueron el auténtico castigo por la traición de Mab. Permiten a quien las usa robar la magia y la inmortalidad de cualquier unseelie y canalizar su poder en otra dirección. Esas piedras fueron las causantes de que tanto Mab como la corte se volvieran vulnerables, ya que

permitieron que los seelies nos robaran el poder sin ninguna de las consecuencias que sufrió Arya cuando maldijo a nuestro pueblo.

Trago saliva.

—¿La gente las usa?

—¿Quieres saber si tenemos una piedra mágica que puede hacer que vuelvas a ser mortal? —Kane pone los ojos en blanco—. No, Abriella, no tenemos ninguna. Mab las destruyó para que nadie pudiera utilizarlas contra ella o su corte.

Espero a que me asalte la decepción. Mi única oportunidad de volver a ser mortal se perdió miles de años antes de que naciera. Y tal vez... Tal vez mi destino nunca fue acabar mis días como humana, sino como algo distinto, para poder ayudar a los que son explotados igual que lo fuimos Jas y yo de niñas.

Noto que Finn me observa y levanto la cabeza para devolverle la mirada. Sus ojos plateados están llenos de interrogantes. Me pregunto si él también creerá que desearía que tuvieran una piedra de sangre.

El sonido de cascos de caballo hace que nos volvamos hacia el camino pedregoso. Pretha tira de las riendas al acercarse al claro y desmonta con suavidad.

—Habéis encontrado sombra —comenta abanicándose—. Te aceptaré un trago de eso.

Kane bebe con sed de su cantimplora y se seca la boca con el dorso de la mano.

—Creo que deberíamos volver —le dice.

—¿Os importa si descanso un poco? —nos pregunta Pretha. Ata las riendas del caballo en un árbol cercano y se deja caer sobre un tronco. Tirando del corpiño del vestido añade—: Estoy acalorada. Si no me refresco un poco, esta noche voy a estar insoportable.

—Pues como siempre, ¿no?

Pretha lo fulmina con la mirada antes de volverse hacia mí.

—¿Te importa que esperemos un poco, Brie? Te prometo que no llegaremos tarde a las festividades.

Me encojo de hombros.

—Ningún problema. Si no podemos ver a la sacerdotisa hasta mañana, no tenemos prisa. —De hecho, no me importa en absoluto. No tengo prisa por volver a subirme a la yegua con Finn, y no precisamente por el calor de la tarde.

—Tenemos unas cuantas horas de margen —corrobora Finn—. Si todos estamos de acuerdo, no hay prisa.

—Gracias a los dioses. —Pretha se levanta la falda y se desabrocha las botas—. Me estoy fundiendo de calor. Retiro todas las quejas de esta mañana sobre que hacía demasiado frío.

Kane señala hacia los árboles.

—Ve a refrescarte al lago. Oigo la cascada desde aquí.

Pretha niega con la cabeza.

—Me da pereza hasta quitarme la ropa. El calor me quita las ganas de todo.

¿Una cascada? Me pongo en pie de un salto y me dirijo hacia el bosque, casi salivando ante la idea del agua fresca deslizándose por mi piel. Tenemos tiempo.

—¿Adónde crees que vas? —pregunta Kane levantándose.

Me vuelvo hacia él y aprieto los dientes, molesta por tener que darle explicaciones.

—Has dicho que había un lago —respondo señalando hacia él—. Con este calor, debo de oler como si llevara días sin bañarme. Voy a aprovechar para refrescarme.

Kane refunfuña.

—Si piensas que vamos a dejarte sola después de...

—La acompañaré —lo interrumpe Finn.

20

Me vuelvo hacia él.

—¿Perdona?

Lo único que quiero es sumergirme en el agua, sentir la cascada en mi pelo y librarme del sudor.

—No sabemos dónde puede haber enviados de la reina, quién puede estar siguiéndonos, quién nos está vigilando. Sería una imprudencia nadar sola.

—No voy a nadar; voy a bañarme.

Él se cruza de brazos.

—¿Y...?

—¿Por qué no viene Pretha? —protesto.

Ella abre mucho los ojos y pasea la mirada entre su cuñado y yo.

—A ver, poder, podría...

El calor que desprende Finn parece aumentar de intensidad.

—¿Qué pasa, princesa? ¿Te pongo nerviosa?

—Muy bien. —Me rindo volviéndome molesta hacia el agua. Lo oigo reír débilmente a mi espalda, mientras me sigue pisando las hojas caídas.

El lago está precioso bajo el sol de la tarde. La luz hace brillar el agua y el rugir de la cascada me llena los oídos.

—Creo que has tenido una muy buena idea —comenta Finn—. Cuando acabemos nosotros les diré a Kane y a Pretha que también se bañen. Será preferible a ir oliéndolos el resto del viaje.

—¿«Nosotros»? —repito con las manos en las caderas—. ¿Cómo que «nosotros»?

—Nosotros —insiste Finn—. No pienso dejarte entrar en el agua sola.

—¿Por alguna criatura que acecha en las profundidades? —Doy un paso adelante y me asomo a observar las aguas cristalinas—. No lo parece.

—¿Qué te hace pensar que yo no necesito un baño? —Finn me recorre con la mirada de arriba abajo dejando alegres escalofríos a su paso.

Sé que ahora mismo no tengo muy buen aspecto, pero a juzgar por el calor que desprenden sus ojos bien podría ser una sirena que lo estuviera llamando desde las mortíferas rocas de alguna costa. Siempre me siento hecha un lío cuando Finn está cerca y, al parecer, hoy no es una excepción.

Tengo un nudo en el estómago. Mi plan era bañarme bajo la cascada o, mejor dicho, ducharme. Las duchas son un lujo al alcance de muy pocos en Elora y solo me he duchado unas cuantas veces en toda mi vida; de hecho, la última fue cuando estuve en casa de Finn después de que me drogaran. Se me calienta la piel al recordar cómo me sujetó para que me quedara quieta bajo el chorro de agua, para que mi cuerpo se refrescara mientras yo le rogaba.

Sus labios se fruncen en una sonrisa canalla al observar la cascada. Tal vez no sea capaz de leer mentes como Misha, pero al parecer ahora mismo no le hace falta. Se vuelve hacia mí.

—¿Tienes miedo de rogarme que te toque otra vez?

Suelto un resoplido burlón.

—¿No te cansas de cargar todo el día con ese ego a cuestas?

—Más vale que te des prisa. —Mira por encima del hombro—. Vendrán a buscarnos si tardamos demasiado. No quiero desaprovechar la poca privacidad que nos van a dar.

Trago saliva y trato de no pensar en la razón por la que puede desear esa privacidad.

—Date la vuelta.

Pero él no lo hace. Se cruza de brazos y mantiene la vista clavada en mis ojos.

—Para que pueda desnudarme —insisto.

Él sigue sin mover ni un músculo, excepto los labios, que se curvan lentamente en una sonrisa traviesa.

Me quito una bota y se la tiro.

Él la atrapa en el aire, riendo, y por fin me da la espalda.

Pendiente de su presencia, me desabrocho el vestido, me lo quito y lo dejo con cuidado sobre una roca para que no se ensucie. Luego me saco los gruesos calcetines y las medias. Me muero de ganas de notar el agua fresca directamente sobre la piel, pero me dejo puesta la ropa interior. Al menos no me sentiré tan expuesta mientras me baño y podré quitármela luego, cuando me vuelva a poner el vestido.

Pero cuando estoy literalmente con el agua al cuello, me doy cuenta de mi error.

—¡No te muevas! —grito antes de que Finn se dé la vuelta.

—¿Algún problema? —me pregunta él en tono divertido.

Miro hacia abajo. El agua es tan clara y transparente como la ropa interior mojada. Para lo que me tapa, podría estar desnuda; daría igual.

—¿Por qué no esperas ahí hasta que acabe? Podemos turnarnos.

Él se vuelve despacio.

—Pero, entonces, ¿quién me frotará la espalda?

—¿Por qué no se lo pides a Juliana? Creo que le encantaría frotarte todo lo que le pidieras.

Él me guiña el ojo.

—¿Celosa, princesa? —Camina decidido hacia la orilla mientras se quita la casaca y se desabrocha la bandolera donde lleva los puñales.

—No. Puedes hacer lo que quieras con quien quieras.

—¿Lo que quiera? Entonces puedo bañarme contigo.

—No sería... correcto.

Su sonrisa se hace más amplia. Sigue acercándose, librándose de una prenda de ropa con cada nuevo paso que da.

—No sabía que te preocupara tanto la corrección.

Me muerdo el labio. Lo razonable sería insistir en que se quedara en la orilla. Sé que si lo hiciera él respetaría mis deseos, pero tras las horas que he pasado cabalgando con él pegado a mi espalda, sintiendo el calor de su cuerpo y la fuerza de sus piernas acunándome, lo razonable no tiene nada que ver con lo que deseo en realidad.

Por lo tanto dejo de protestar. Aunque sigo sintiéndome un poco tímida, por lo que, cuando veo que se quita los pantalones, me sumerjo por

completo en el agua y me alejo de la orilla. En cuanto vuelvo a la superficie él ya está en el lago, a un metro de mí, con los rizos mojados y el agua cayéndole por la cara. Está sonriendo, pero deja de hacerlo al ver la expresión de mi cara. Y cuando baja los ojos y ve todo lo que queda expuesto bajo el agua, su mirada se enciende y arde.

Lo salpico y él retrocede, como si acabara de salir de un trance.

—Los ojos quietos —le advierto.

—¿Por qué? La vista es espléndida. Debería darte las gracias por no usar esa impresionante magia tuya que te permitiría mantenerla oculta.

«Claro, la magia.»

Con un simple pensamiento hago que las sombras me cubran, tejiendo un vestido de oscuridad que va desde el escote a las rodillas.

Él me mira a los ojos.

—No era una sugerencia.

Me encojo de hombros, le doy la espalda y nado hacia la cascada y hacia el estruendo del agua al caer sobre las rocas.

Un instante después algo me agarra por el tobillo. Tomo una gran bocanada de aire justo antes de que me arrastren bajo el agua. Me doy la vuelta bajo la superficie para ver qué —o quién— me ha capturado y descubro los ojos plateados de Finn, cuyo brillo no puede empañar ni siquiera el agua.

Sonriendo, se acerca a mí y me toma por la cintura antes de ascender a la superficie. Inspiro hondo, pero no me da tiempo a decir nada porque su boca se encarga de impedirlo. Mientras me sujeta por la cintura con una mano, hunde la otra bajo mi pelo y me ladea la cabeza para apoderarse de mi boca.

El agua está fresca, pero tengo más calor que durante el trayecto que hemos hecho bajo el sol. El calor y la necesidad me abrasan la piel, solo por el contacto de su lengua contra la mía y de la mano que me sujeta por la cadera.

Cuando se separa de mí inspira rápida y profundamente varias veces, como si hubiéramos permanecido bajo el agua mucho más rato del que hemos estado. Desvía la mirada hacia la orilla y no la aparta.

—¿Qué pasa? —Miro por encima del hombro. Ocultos tras la primera hilera de árboles, veo brillar unos ojos rojos. Mi visión fae me permite distinguir la impresionante figura de Kane apoyada en un gigantesco roble —. Será mirón —murmuro.

Finn se echa a reír.

—Es un agonías; se preocupa demasiado. —Bajo el agua, entrelaza los dedos con los míos y tira de mi mano—. Ven conmigo. —Cuando me suelta la mano nadamos juntos hacia la cascada.

La presencia de Kane me recuerda que se supone que he venido a refrescarme y lavarme, pero no he podido dejar de pensar en Finn y en sus manos desde el incidente de las sombras de anoche —probablemente desde hace mucho tiempo—, así que lo sigo.

Finn se sumerge y cruza la cascada. El estruendo del agua al caer es tan potente que no se oye nada más, pero lo sigo de todas maneras. Cuando regreso a la superficie veo que ha salido del agua y se ha sentado en una roca plana. Me ofrece la mano y me ayuda a salir. Debería sentirme incómoda, sin nada que me cubra, pero no lo estoy. Tengo tantas ganas de que pase lo que está a punto de pasar que no hay espacio para la timidez.

El sonido de la cascada es casi ensordecedor, pero al menos la pantalla de agua nos proporciona intimidad, un escondite privado.

Finn me toma la cara entre las manos y me observa con atención.

—¿Estás bien?

—Estoy... estoy bien. —No es verdad; no estoy bien. El corazón me late como si se hubiera vuelto loco y un cosquilleo de expectación me recorre la piel.

Finn traga saliva y agacha la cabeza hasta que une su frente a la mía.

—He estado deseando besarte otra vez todos los días, cada minuto de cada día, desde aquella noche en el castillo Craige. —Me acaricia el labio con el pulgar—. Dime que tú también lo deseas, que también lo estabas deseando.

—Lo deseo.

Le deslizo la mano detrás de la cabeza y tiro de él para que se tumbe sobre mí en la roca. Él me besa, al principio con delicadeza, succionando y probándome, antes de que su lengua entre y me arrase la boca.

Gimo bajo su cuerpo mientras la necesidad y el deseo me hacen arder la sangre. Él profundiza el beso gruñendo con una voracidad que yo también siento. Le acaricio los hombros y desciendo por su musculosa espalda. Siento la desesperación con que me besa, con que me sujeta la cadera. Esa misma mano se desliza hacia mi cintura y sigue ascendiendo hasta uno de mis pechos. Me acaricia delicadamente la parte inferior con el pulgar y contengo el aliento por el placer que me proporciona notar su tacto a través de la fina tela mojada.

Arqueo la espalda, animándolo a seguir explorando y...

«Agonía.»

Me libero de los brazos de Finn y lo aparto de un empujón. El dolor me inunda. Se me está rompiendo el corazón. Suelto un grito, aunque sé que el dolor que siento no es físico, sino que nace en mi pecho.

—¿Abriella? —Finn me observa con expresión confundida—. ¿Qué te pasa? ¿Te has hecho daño?

Me llevo una mano al pecho con los ojos llenos de lágrimas.

—Yo... —Los sollozos no me dejan hablar.

—Háblame.

Inspiro entrecortadamente y me concentro en seguir las instrucciones de Misha. Anclarme. Alzar el escudo.

—Es...

Distingo en sus ojos el momento en que se da cuenta de lo que sucede. Se aparta de mí y se agacha, en el otro extremo de la roca.

—Sebastian. —Acaba la frase por mí y maldice entre dientes—. Por supuesto. Puede sentirte, sabe que estás aquí conmigo; lo que notas es su reacción.

—Pero ¿cómo...? —Niego con la cabeza—. Pensaba que lo había bloqueado.

—Cuando sientes algo muy intensamente es muy difícil mantenerlo oculto del vínculo. —Se acerca a mí y me acaricia la mejilla y luego el cuello—. Lo siento.

Niego con la cabeza. Soy yo quien lo siente. Fui yo la que se equivocó al vincularse con Sebastian.

—Acaba de bañarte. Nos encontramos fuera, en la orilla. —Vuelve a meterse en el agua y se aleja buceando.

Abro la boca para llamarlo, pero ¿qué puedo hacer? ¿Qué voy a decirle? Estoy vinculada a Sebastian. Tomé esa decisión a pesar de las advertencias de Finn, y ahora no puedo volver atrás.

El camino de regreso al campamento es tenso. El silencio se ha vuelto incómodo. De nuevo cabalgo delante de Finn, pero ahora la cercanía ya no me resulta sensual y deliciosa, sino que es un recordatorio incómodo de lo que ha pasado al otro lado de la cascada. Finn mantiene las manos ocupadas con las riendas de Two Star. No me roza en ningún momento y, por alguna razón, eso me hace sentir aún peor; tanto que me alegro cuando al fin divisamos el campamento.

Pronto me quedo a solas en la tienda y me cambio de vestido una vez más. Este es de un delicado color plata pálido, el color de la luna. No tiene tirantes y el escote en forma de corazón apenas cubre la runa marcada en mi pecho. El talle es alto y, de la cintura hacia abajo, la suave tela cae en capas vaporosas.

Permanezco en la tienda todo el tiempo posible con la esperanza de poder charlar con Finn en privado, pero él no aparece.

El cielo se mantiene despejado el resto de la jornada y, cuando el sol se pone, las estrellas parecen joyas brillando a la luz de la luna.

Los festejos de celebración del Lunastal han empezado ya en el campamento, serpenteando incluso ladera abajo.

Los músicos tocan a nuestro alrededor, cantando y bailando mientras sus dedos vuelan ágiles sobre las teclas y las cuerdas de los instrumentos. No falta comida ni risas ni, por supuesto, el baile. Esta gente está tan emocionada dándole la bienvenida a su príncipe que me duele el papel que he desempeñado —aunque fuera de manera no intencionada— al arrebatarle la corona.

—¿Te diviertes? —pregunta una voz profunda a mi espalda.

Al volverme, me recibe la sonrisa de Misha, que me observa con sus grandes ojos castaños como si tratara de leer mi mente a pesar del escudo.

—Claro.

Él suelta un resoplido burlón.

—Pues pareces tremendamente triste, princesa. Se supone que esto es una fiesta.

—Imagino que estaba perdida en mis pensamientos. —Se me hace un nudo en la garganta—. Me han contado lo que sufrió esta gente durante el mandato de Mordeus; que tuvieron que abandonar sus hogares y sus vidas para escapar de él.

Misha observa la multitud asintiendo con la cabeza.

—Supongo que por eso te quieren ya.

—No me quieren.

Él suelta una débil risa.

—Todo el mundo te quiere, Abriella. Al menos todos los que están aquí.

Pasea la mirada por los rostros de la gente que baila feliz a nuestro alrededor hasta que se detiene al llegar a Finn. El príncipe de las Sombras está apoyado en una tienda. Tiene la mano hundida en sus rizos oscuros y le sonríe a Juliana, que gesticula alocadamente mientras sin duda le cuenta alguna historia apasionante.

—Lo quieren a él —le discuto a Misha—. A mí me aceptan porque creen que vamos en el mismo lote.

—Eres consciente de lo que ha hecho esta mañana, ¿no?

Frunzo el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Cuando el rey de las Sombras... y, no nos engañemos, para esta gente Finn es su rey... Cuando el rey se arrodilla ante su compañera y le lava los pies es un símbolo muy poderoso. Está declarando que eres digna de que te sirvan y, si él se ha arrodillado ante ti, los demás también deben hacerlo.

Niego con la cabeza.

—No era más que un ritual. No ha significado nada.

—Sí, es un ritual. Uno que lo significa todo para esta gente. Si tú no hubieras estado aquí él no se habría arrodillado frente a cualquier otra. Ha querido mostrar su deferencia ante ti como símbolo, para que les quede claro a todos que eres valiosa y que, de ahora en adelante, deben honrarte.

Se me encoge el estómago.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

Misha resopla.

—Se me ocurren varias razones, pero tal vez sería mejor que lo hablaras directamente con Finn. Aunque la verdad es que también te habrían honrado. Mataste a Mordeus, eres la responsable de haber roto la maldición.

«Como si necesitara que me lo recordaran.»

—Y de destruir su trono también.

Él me da un codazo.

—Deja de pensar en eso. Esto es una fiesta. —Coge una copa de vino espumoso rosado de la bandeja de un criado que pasa a nuestro lado y me la da—. Bebe.

Frunzo el ceño. La última vez que bebí vino feérico acabé drogada y en una ducha, con Finn.

—Ah, ¿sí? —Misha me está mirando con los ojos brillantes y una sonrisa en la cara.

Fulminándolo con la mirada consigo reforzar el escudo mental.

—¿Quieres hacer el favor de no entrar en mi mente?

—Me gusta tu mente; es tan dulce y encantadora... Y, a veces... deliciosamente retorcida. —Me quita la copa, la huele y la prueba antes de devolvérmela—. Puedes tomártelo, es seguro. Pero te prometo que, si acabas la noche drogada, yo mismo me ocuparé de ti.

Entorno los ojos.

—Te gustaría, ¿eh?

Se le escapa una sonrisa.

—Digamos que yo sería más complaciente que tu príncipe de las Sombras.

Le lanzo una bola de sombra al pecho, y él se tambalea hacia atrás riendo.

—Eres muy malo —le gruño con las mejillas encendidas, pero él vuelve a acercarse a mí decidido.

—En realidad suelen decirme que soy bastante bueno.

Pongo los ojos en blanco y doy un buen trago al vino. Burbujeante y sutilmente dulce, sabe a crujientes manzanas de verano con un regusto a ciruelas amargas.

—Acábatelo pronto y vamos a bailar. —Me observa mientras me llevo la copa a los labios.

Trago y disfruto del calorcillo que me calienta el pecho.

—¿Quieres que baile contigo después de lo que me has dicho?

—Confía en mí. Sé cuál es mi lugar —me asegura—. De hecho, valoro demasiado tu amistad como para ponerla en riesgo por una noche en tu cama, por placentera que fuera a ser. Vamos, que me he cansado de perseguir a parejas que no están disponibles a nivel emocional.

Me quedo boquiabierta. «¿Perseguir?» ¿Tuvo que perseguir a Amira?

—¿Te refieres a...?

—No. —Su expresión se endurece—. No quiero hablar de ello esta noche. Solo quiero bailar con la chica más bonita de la fiesta.

Me derrito un poco ante su halago, pero él suspira y añade:

—Pero, como no está disponible, me conformaré con bailar contigo.

Me echo a reír a carcajadas.

—¡Oh, déjame, moscardón!

Le doy otro trago al vino, aunque solo sea porque Finn sigue sonriéndole a Juliana como si fuera la criatura más divertida que ha conocido en su vida. Los celos hacen que me cuestione todas las decisiones que he tomado desde que llegué a este reino y, ya que no me parece una manera demasiado productiva de pasar la velada, creo que va a ser mejor que me emborrache y disfrute de la fiesta.

—¡Esa es mi chica! —exclama Misha al ver que apuro la copa. Me la quita de la mano y la deja en una mesa cercana antes de arrastrarme a la pista de baile.

La canción es animada y su ritmo me hace sentir ligera, o tal vez sea efecto del vino. Misha me coloca a su lado y, sin perder la paciencia, me enseña los pasos de la coreografía. Es sencilla, pero crea un bonito efecto cuando todos la bailan a la vez. Un paso al lado, arrastrar el otro pie y cruzarlo por detrás; mover un poco los brazos y hacer alguna reverencia de vez en cuando, luego se da un cuarto de vuelta y se vuelve a empezar desde el principio, pero en dirección opuesta.

Hadas diminutas con las alas brillantes vuelan creando su propia coreografía y dejando estelas de luz sobre nuestras cabezas. Muy pronto

estoy sonriendo y bailo sin perderme con los pasos.

Al terminar el baile no me queda aliento ni siquiera para protestar cuando Misha me rodea con los brazos y me pega mucho a él para bailar la siguiente canción, mucho más lenta. Justo cuando estoy pensando que nos encontramos en una postura demasiado íntima, él me echa hacia atrás, inclinándome tanto que el pelo casi me toca el suelo, y eso que lo llevo corto. Me río cuando me incorpora y veo que a él también le brillan los ojos de diversión.

—No mires ahora —me susurra al oído—, pero creo que hay alguien a quien no le hace ninguna gracia vernos bailar tan pegados.

Trato de volver la cabeza, pero Misha lo impide sujetándome la nuca con una de sus manazas.

—Te he dicho que no mires.

—Pero es que no sé a quién te refieres —protesto frunciendo el ceño.

Echando la cabeza hacia atrás suelta una carcajada.

—Si realmente tengo que responder a esa pregunta es que ninguno de los dos tenéis remedio.

«Finn.»

Un instante más tarde Finn aparece junto a Misha y le da una discreta palmada en el hombro.

—Te relevo en el próximo baile. Al fin y al cabo, se supone que es mi prometida.

—Ah, ¿es por eso? —lo provoca Misha—. ¿Por mantener las apariencias? Pensaba que era por otra cosa.

Espero que Finn pique el anzuelo, pero me sorprende cuando le guiña el ojo a su amigo.

—¿Es que uno no puede tener más de una razón para bailar con una chica bonita?

Sin esperar respuesta se interpone entre los dos, me toma la mano y me sujeta con la otra por la parte baja de la espalda.

—Disfrutad. —Misha se aleja tras despedirse con una leve reverencia.

Finn lo observa alejarse antes de volverse hacia mí.

—Me has estado ignorando toda la noche.

—Estabas tan ocupado con Juliana que pensaba que no te darías cuenta. —Inmediatamente me arrepiento de haberme tomado esa copa de vino. Es imposible que Finn no note los celos que empapan esas palabras.

Él sonríe como si mi arrebato le complaciera.

—No he bailado con ella ni una vez. —Su sonrisa se hace más amplia—. Aunque tú eso ya lo sabes porque, a pesar de haberme estado ignorando, no me has quitado los ojos de encima en todo el rato.

Abro la boca para protestar, pero decido que no vale la pena.

—Hasta que ha llegado Misha y no te ha quitado las manos de encima. —Su sonrisa se desvanece mientras busca a su amigo entre la multitud—. Parece que te ha cogido mucho cariño.

—Se ha convertido en un buen amigo.

—Siento envidia.

—¿Por qué? —Riendo, me aparto de él lo suficiente para mirarlo a los ojos—. Tú eres su amigo desde hace mucho más tiempo.

—No envidio tu amistad con él. —Me mira fijamente—. Envidio su amistad contigo.

Trago saliva.

—Tú y yo somos amigos, Finn.

—Mmm. —Me atrae hacia él hasta que mi cabeza queda bajo su barbilla. No puedo resistir la tentación de aspirar su aroma. Huele a cuero, a pino y a un cielo infinito y cuajado de estrellas—. Tal vez volvamos a ser amigos —admite mientras me traza pequeños círculos en la espalda que me provocan estremecimientos deliciosos—. Pero creo que una vez logré ganarme tu confianza cuando no me la merecía. Y me duele mucho esa pérdida.

—No me fío de nadie —replico en voz baja, pero mientras lo digo me doy cuenta de que no es cierto. Ya no. Y eso me aterroriza—. ¿Cómo te encuentras? —Es muy difícil saber cómo está sin preguntárselo.

—Bien, creo. Sí, estoy bien. Llevo días sin sufrir ninguna recaída.

Suelto el aire aliviada.

—Eso tiene que ser buena señal, ¿no? Eso es que te estás recuperando.

—Eso espero.

Este sería el instante perfecto para preguntarle por los amarrados y por qué cree que esa teoría podría explicar nuestra conexión, pero no me apetece nada arruinar este momento confesándole que los estuve espiando, así que sigo callada. Bailamos en silencio durante un rato y me permito disfrutar del momento: de su calor, su contacto, su cercanía.

—Estás realmente preciosa esta noche.

Me gustaría poder verle la cara. Me gustaría verle los ojos cuando me dice cosas así. Quiero saber si no es más que un comentario educado o si es algo más. Desearía que fuera algo más, y esa idea me avergüenza tanto que pongo un poco de distancia entre los dos.

Él suspira.

—Tienes permiso para escuchar piropos, princesa, aunque estés vinculada a otro.

—Ya lo sé. —Pero es que las palabras bonitas de Finn me afectan de manera distinta a si me las dice otra persona, como por ejemplo Misha. Tal vez ese sea el problema. El problema soy yo—. Y... gracias. Has sido muy amable al decírmelo.

Más que oírlo reír, noto cómo se sacude su pecho pegado al mío y el soplo de aire en mi pelo.

—No te rías de mí.

—Es que se te da de pena aceptar cumplidos.

—¡Te he dado las gracias!

—Sí, ya. Lo que no es lo mismo que creértelo, pero de momento servirá. —Da un paso atrás, me aprieta los dedos y señala hacia un lugar más tranquilo, detrás de la multitud que baila—. Ven. Quiero enseñarte algo.

21

Sin soltarme la mano, Finn me aleja de la fiesta y de la música en dirección a la cima que hay detrás de las tiendas. Me pregunto si querrá hablar de lo que ha pasado en la cascada. O si tratará de besarme otra vez. Ojalá lo hiciera. Y ojalá yo pudiera devolverle el beso sin miedo a hacerle daño a Sebastian.

—¿Adónde me llevas?

—A un lugar que creo que te gustará.

Caminamos en silencio durante un rato. Él no me suelta y yo no aparto la mano. Cuando llegamos a una empinada pendiente de hierba me asaltan las dudas.

—¿Finn? —Bajo la vista hacia el vestido y las bailarinas que llevo en los pies—. No voy bien equipada para caminar.

—No vamos lejos. Y si te cansas te llevaré en brazos.

Ruborizándome una vez más asiento y dejo que me guíe montaña arriba. Ni una sola vez me quejo de cansancio ni de lo inútiles que son estos zapatos. No me atrevo. Estoy luchando contra la tentación, y dudo que lo consiguiera si Finn me llevara en brazos.

—Siento que la sacerdotisa retrasara la visita —comento por distraerme—. Estoy segura de que estás ansioso por hablar con Mab.

—Lo estoy —admite en voz baja—, pero lo que más me preocupa es que la sacerdotisa se niegue a recibirme.

—¿Por qué? Pensaba que por eso me habías traído. Mientras el poder del trono esté contigo, no se negará.

—No puede oponerse al poder de la corona, no sin arriesgarse a despertar la ira de Mab y ver que la magia se vuelve contra ella. Pero podría ponernos las cosas difíciles o negarse a que te acompañe. Por fastidiarme.

—¿Por qué?

—¿Recuerdas que te conté que me culpo de este desastre, por no haber reclamado el trono cuando mi padre se quedó atrapado en el reino mortal?

¿Cómo podría olvidarlo? La culpa que carga Finn es pesadísima. Aquella noche, en los establos de Juliana, al fin entendí a qué se debía, al menos en parte.

—Lo recuerdo —murmuro.

—Bien, las cosas son un poco más complicadas. Llevaba años rebelándome contra mi padre, desde que me enamoré de Isabel y decidí casarme con ella. A mi padre no le importaba que estuviera con una niña cambiada. Muchos nobles tienen aventuras con humanas. Pero cuando se enteró de que pensaba casarme con ella se armó un gran escándalo. Insistió en que algún día sería rey y necesitaba una reina adecuada a mi lado.

Él mantiene la vista al frente, pero sé que si pudiera verle los ojos habría dolor en ellos.

—Lo que yo quería era pasar la vida con Isabel, y que gobernáramos juntos. —Finn suspira—. Mi padre me lo prohibió, pero yo era joven y estaba enamorado y no hice caso. Mi testarudez tuvo consecuencias a muchos niveles, no solo con mi padre, también con la corte y con la suma sacerdotisa.

—¿Y a ella qué le importaba?

—Pues porque se suponía que iba a casarme con su hija.

Frunzo el ceño.

—¿La hija de la sacerdotisa no es... Juliana?

—La misma. Ella es a quien mi padre eligió para que fuera mi esposa. Prácticamente nos criamos juntos y nuestros padres presenciaron encantados cómo nos convertíamos en buenos amigos. Yo sabía que era afortunado. En nuestro mundo, y en estos niveles sociales, no todo el mundo consigue la amistad en el matrimonio. Es cierto que a veces se consigue con el paso del tiempo, pero muchas otras veces...

Lo observo, esperando a que acabe la frase, y veo que aprieta los dientes.

—Muchas otras veces ¿qué?

Él vuelve a suspirar.

—Demasiado a menudo el odio que los gobernantes sienten por sus parejas rivaliza con el que sienten por los enemigos de sus reinos. Lo viví con mis abuelos y, si le preguntas a Pretha, te dirá lo mismo de los suyos. Pero al conocer a Isabel supe que no podía casarme con Juliana. No podía hacerle eso a ninguna de las dos.

—¿Lo tuyo con Isabel fue amor a primera vista?

Él me da la mano para ayudarme a subir a una cornisa rocosa. Cuando vuelvo a estar a su altura veo que sonríe.

—Creo que sería más adecuado decir que fue lujuria a primera vista. Nunca había visto nada tan hermoso.

Cuando nos ponemos en marcha otra vez Finn no me suelta la mano; lo que hace es entrelazar nuestros dedos.

—¿No habías visto nunca a una humana?

Él se echa a reír.

—Oh, sí. Había visto a muchas humanas y también a muchas niñas cambiadas, pero a ninguna como ella. La atracción es así. Es como si no pudiéramos elegir. Simplemente..., bum. Ayudó el hecho de que me mirara como si estuviera viendo a un dios, como si yo fuera su salvación personal.

—Te pone que te vean como a un héroe y te adoren, ¿eh? —Alzo una ceja.

—Al parecer ya no funciona. —Me guiña el ojo y yo le doy un codazo.

—Siento no acariciarte el ego a tu gusto.

Él me recorre con la vista de arriba abajo.

—Al parecer no importa; te encuentro irresistible igualmente.

Con las mejillas en llamas agacho la cabeza.

—Entonces ¿amabas tanto a Isabel como para rebelarte contra tu padre? —insisto, porque al parecer es cierto que se me da muy mal aceptar cumplidos.

Él resopla.

—Era joven y tozudo, y es probable que un poco malcriado. Hasta aquel momento me habían dado todo lo que quería, y cuando dije que quería a Isabel, no entendí por qué las cosas no eran como siempre.

Cuando al fin veo que asoma una casita en lo alto de la loma, me falta el aire y tengo las bailarinas empapadas por la hierba húmeda.

—Ya hemos llegado —anuncia Finn sonriéndome mientras abre la puerta.

—¿Qué es este lugar?

—Es lo que quería enseñarte. Al menos una parte.

La casita de campo está oscura y huele un poco a humedad, como si llevara tiempo sin ser habitada, pero cuando Finn lanza una bola de luz hacia una esquina veo que es preciosa. Es una casita cálida y acogedora, con chimenea y el tipo de muebles que invitan a pasarse el día leyendo.

—No estaba tan cerca —le hago notar mientras lo sigo escaleras arriba —, que lo sepas.

Él abre la puerta que hay al final de la escalera y me da la mano para salir a la azotea.

—Pero ha valido la pena, ¿no crees? —Me suelta la mano y vuelve las palmas hacia arriba—. Mira.

Doy una vuelta lentamente disfrutando de las vistas. Es una preciosidad. Por un lado nos llega el brillo de las farolas que alumbran las calles empedradas de Staraelia. Y, más cerca, las luces de la fiesta. Al otro lado el bosque se extiende por colinas y valles.

—Es espectacular.

Apoyándome dos dedos bajo la barbilla, me busca la mirada.

—Mira hacia arriba, princesa.

No quiero hacerlo. Quiero seguir contemplando sus hipnóticos ojos plateados. Quiero acercarme más y disfrutar de esta conexión que nunca desaparece del todo, pero que de algún modo se intensifica bajo la luz de la luna.

Cuando no obedezco de inmediato él sonríe, como si supiera exactamente lo que estoy pensando. Luego me sube la barbilla, haciendo que mire al cielo, y me quedo sin aliento.

Nunca había visto tantas estrellas brillando con tanta intensidad en un cielo tan claro y cuajado de luz. Permanezco observando en silencio durante un buen rato, mientras me asaltan recuerdos de mi niñez. La voz de mi madre, que está en la habitación de al lado, hablando con una mujer que le da miedo. A mí también me asusta. Tiene la boca demasiado grande para su cara y los ojos demasiado pálidos. Otra vez mi madre, dándome la mano y señalando hacia la noche estrellada, la más hermosa que había visto nunca. «Abriella, pide un deseo.» El viento en mi pelo, mientras cabalgamos por la playa a toda velocidad, huyendo de... algo.

—¿Estás bien? —me pregunta Finn.

Los recuerdos se me escapan como si fueran granos de arena entre los dedos, sin darme tiempo a interpretarlos.

—Estoy bien.

—¿Dónde estabas?

Niego con la cabeza.

—Estaba... recordando un día de mi infancia. Gracias por traerme aquí. —No me atrevo a apartar los ojos del cielo por miedo a perderme algo.

—Es tuyo —susurra.

Sonrío al paso de una estrella fugaz.

—El cielo nos pertenece a todos, y todos le pertenecemos a él.

—Abriella —me llama en un tono lo bastante firme como para hacerme apartar los ojos del cielo—. La casa es tuya. La casa y la tierra donde fue levantada. La montaña entera te pertenece.

Niego con la cabeza.

—No lo entiendo.

Él suelta el aire con fuerza.

—Mi madre me dejó en herencia esta propiedad. Supongo que se imaginó que necesitaría un lugar donde vivir lejos del Palacio de la Medianoche. Y ahora soy yo quien te la regala a ti.

—No puedes hacer eso, Finn.

—Ya lo he hecho —murmura—. Es oficial. Dejé los papeles firmados antes de salir de la capital.

—Pero... ¿por qué?

Él traga saliva.

—Porque sé que crees que no encajas en este mundo. Sé que piensas que, al renunciar a tu vida humana, renunciaste también a tu única oportunidad de volver a tu hogar. —Me toma la mano y me la aprieta—. No puedo cambiar lo que pasó, y tampoco puedo hacer que el reino mortal vuelva a ser un lugar seguro para ti, pero puedo darte un lugar al que puedas llamar tu hogar. El lugar más bonito de toda mi corte. Es tuyo.

—¿A cambio de qué? ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Muchas cosas, pero no quiero que me des nada a cambio de esto. —Me mira la cara una y otra vez—. Es un regalo. Es tuyo. Da igual si acabas viviendo en el palacio o no; o si te quedas con Sebastian o no. —Suelta una risa seca y me dirige una sonrisa irónica—. Lo único que tienes que hacer es lograr que la reina no lo destruya.

—Pero ¿por qué no te lo quedas tú? ¿Qué pasará si Sebastian acaba ocupando el trono? Necesitas un hogar tanto como yo.

Finn se sienta en el suelo y se echa hacia atrás contemplando las estrellas reclinado en los codos. Hay una energía palpitante que emana de forma sutil de él a la luz de las estrellas, como si obtuviera la energía directamente de la noche. Es más intensa desde que se rompió la maldición, y más intensa todavía en la Corte de la Luna. No puedo explicarlo con el vocabulario que tengo, pero siento que está ahí; lo siento con tanta convicción como siento la luna brillando sobre nosotros.

Siguiendo su ejemplo, me siento a su lado sobre las frescas baldosas de la terraza.

—¿Te acuerdas de la noche que me ayudaste a rescatar a Jalek? —me pregunta—. Luego nos sentamos bajo las estrellas y me contaste que tu madre te había enseñado a pedirles deseos.

«Abriella, todas las estrellas de ese cielo brillan para ti.»

Trago saliva. Me he sentido físicamente atraída hacia Finn desde el primer momento, pero esa noche fue la primera vez que me di cuenta de que había algo más entre nosotros.

—Me acuerdo.

—Esa noche me di cuenta de las ganas que tenía de traerte aquí. —Suelta el aire—. Pasé un tiempo pensando en cómo hacerlo de manera segura para que Mordeus no lo detectara. Jalek y Kane pensaban que era

una locura. Les dije que sería una manera de ganarme tu confianza para que, cuando te sugiriera que nos vinculáramos, aceptaras, pero siempre lo supe. Incluso entonces ya sabía que no iba a ser capaz de hacer lo que tenía que hacer.

—¿Te refieres a matarme?

Él se vuelve hacia mí y asiente con la cabeza.

—Siento haber causado todo este embrollo —murmuro—. Todo es culpa mía.

—No, no lo es. En absoluto.

—Pues a mí me parece que tengo más culpa yo que tú.

Él me mira con los ojos entornados.

—¿Cuántas veces me has dicho que no?

—¿Cómo?

—¿Cuántas veces te has negado a vincularte conmigo?

—No me lo has...

—No te lo pedí. Nunca te lo he pedido. Ni siquiera traté de convencerte con argumentos. Estaba tan ocupado buscando una solución que no implicara... —Cierra la boca y alza la cara hacia el cielo.

No hace falta que acabe la frase. Sé que buscaba una solución que no implicara hacerme daño.

Se tumba de espaldas en el suelo y cierra los ojos unos instantes.

—No lo entiendo, Finn.

Él inspira hondo varias veces antes de dirigirme una mirada desolada.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Estás cubierto de runas tatuadas —susurro—. Estás marcado eternamente con la evidencia de los sacrificios que has hecho para salvar tu reino.

Él hace una mueca.

—¿Cómo sabes que lo que pretendía no era simplemente salvar mi vida?

«Porque te conozco y sé que no eres así.»

Pero no pienso dejar que me distraiga con ese tipo de argumentos.

—¿Qué me hace diferente a las demás? —le pregunto, aunque sé que no debería. Sé que es muy burdo hurgar así en los sentimientos de una persona.

Además, no debería querer que él sintiera nada por mí, y menos aún presionarlo para que lo confiese en voz alta.

—Qué más da; me habrías dicho que no.

—Probablemente —musito—, pero podrías haberte esforzado más para asegurarte de que no le dijera que sí a Sebastian. Podrías haberme mentido y haberme dicho que él apoyaba los campos. Podrías haber ganado mucho tiempo creando una brecha entre tu rival a la corona y yo. No te habría costado nada. Tuviste un montón de oportunidades.

Él resopla con fuerza.

—Es como si estuviera escuchando a Jalek. Me dijo lo mismo el día que te enteraste de lo de los campos. Me dijo que parecía que no quisiera el trono.

—¿Y es verdad?

Él abre la boca, pero vuelve a cerrarla y se toma unos segundos antes de responder.

—Creo que parte de mí ha sabido siempre que, aunque mi papel es importante en la protección de la corte, tal vez mi destino no sea sentarme en el trono.

Se me encoge el corazón. ¿Ha tenido que autoconvencerse de ello? ¿Por mi culpa? ¿Por la de Sebastian?

—Pero aquel día el tema principal no era el trono. En realidad hablábamos de ti. Jalek no podía entender por qué tenía que defender a tu príncipe, pero él no tuvo que mirarte a los ojos. Él no vio lo mucho que te destrozaba oír lo que hacía la reina. —Traga saliva—. No quería mentirte.

—Y no querías que muriera —añado.

Él cierra los ojos con fuerza.

—Es verdad.

—¿Y por eso sientes que eres un villano? ¿Cómo debería sentirme yo entonces?

Ahora soy yo la que aparta la mirada. Entiendo la situación. Sé que habría sido mejor para todos si hubiera muerto al transferir la corona, pero mis sentimientos por Finn son demasiado fuertes como para escucharlo decir eso mientras lo miro a los ojos.

—Brie —susurra—. Mírame. —Como no lo hago, me sujeta la barbilla para obligarme a volver la cara—. Querer mantenerte con vida no me convierte en un villano. Ya te he dicho que me alegro de que tomaras la dichosa poción. Pero soy un idiota por no haberme dado cuenta antes de que estabas enamorada de él. Por no entender antes que confiabas plenamente en él. Estaba ciego. No estoy furioso conmigo mismo por no haber puesto fin a tu vida; estoy furioso por no haber sido capaz de encontrar una solución.

—Una vez me dijiste que llevabas años intentando encontrar una manera de conseguir la corona que no me hiciera daño. ¿Era verdad?

—Por supuesto que era verdad.

—Pues, entonces, ¿por qué te culpas por no encontrar una solución que no existe?

Él me suelta la barbilla.

—Para empezar, me culpo por haber permitido que mi padre llegara tan lejos y complicara tanto las cosas.

—¿Así que ahora eres responsable de sus actos?

—No. —Gruñe, y su voz reverbera en la noche mientras hunde la mano en su pelo—. Soy responsable de los míos. Ya te lo he dicho. Estaba malcriado y obtuve lo que quería. Quería a Isabel, así que ella y yo planeamos vincularnos en secreto e iniciar una nueva vida en común. Y si mi padre se negaba a transferirme la corona, que así fuera. Como ella quería tener hijos decidimos fundar nuestra familia primero. Más tarde le daría la poción vital, antes de ocupar el trono de mi padre. No teníamos prisa. Al contrario. Si algo quería era poder disfrutar de más tiempo antes de subir al trono; quería poder disfrutar de la vida antes de que las presiones del gobierno nos cambiaran la existencia. A estas alturas Mordeus ya se había apoderado del gobierno, pero estaba seguro de que todo se resolvería rápidamente. Mi padre había regresado del reino mortal y estaba débil por los meses que había pasado allí, pero estaba seguro de que en cuanto se recuperara encontraría la manera de librarse de Mordeus sin que nuestra corte cayera en una guerra civil. —Hace una pausa para respirar y suelta el aire con fuerza—. Fui muy iluso. No supe calcular el control que Mordeus

ejercía sobre sus seguidores, pero sobre todo calculé mal el poder de la reina. Su furia y resentimiento. Todos nos equivocamos.

—¿Qué pasó?

Finn me toma la mano como si necesitara sacar fuerzas de mi contacto para poder seguir con la historia.

—El día que Isabel y yo debíamos vincularnos mi padre se presentó y me pidió que lo ayudara. Tenía un plan para reclamarle el poder a Mordeus. Ni siquiera sé en qué consistía, aunque luego deseé haberlo escuchado. Deseé saber cómo expulsar a mi tío del palacio, del que no se marchaba a pesar de mantenerse en el poder de un modo muy precario. Le dije que no a mi padre. Isabel había planificado todos los detalles de ese día y yo se lo habría dado todo. Pero también actué por rencor. No le perdonaba que no hubiera apoyado mi futuro con Isabel y quise hacérselo pagar.

Cuando le aprieto la mano él me busca con la mirada y hace una mueca.

—Me avergüenzo de no haber antepuesto los intereses de la corte ese día. Si lo hubiera hecho todo habría sido distinto.

—Cuéntame qué pasó.

—Isabel y yo vivimos nuestro día especial hasta que llegó el momento de la ceremonia y, mientras pronunciábamos los votos... —Traga saliva y aparta la cara. Cuando vuelve a mirarme sus ojos llenos de lágrimas brillan a la luz de la luna—. Aquella tarde no me encontraba bien. No estaba enfermo, pero me sentía débil, de un modo que no puedo explicar. No podía saber que la reina acababa de lanzar una maldición sobre mi pueblo y, por lo tanto, sobre mí. En cuanto completamos el vínculo Isabel murió entre mis brazos. —Niega con la cabeza—. Estábamos en una cabaña aislada en las montañas, un poco hacia el norte, totalmente solos y no tenía la poción. Aún no había obtenido todos los ingredientes, pero no le di importancia porque no teníamos intención de usarla hasta al cabo de varios años. No estaba preparado y murió entre mis brazos, con una expresión aterrorizada en la cara.

Y yo lo juzgué. Lo juzgué con dureza por haberla matado. Lo acusé de matarla para conservar la magia después de que la reina maldijera a su pueblo. Lo juzgué cuando él no sabía lo que estaba haciendo.

—Finn, lo siento mucho.

Él traga saliva.

—Cuando te transfieren el poder de una vida humana sientes una fuerte descarga. Pensé que había algo terriblemente roto dentro de mí; no encontré otra manera de explicar que, teniendo a la mujer que amaba muriendo entre mis brazos, me sintiera más vivo que nunca. Me odié por ello.

Se me revuelve el estómago al imaginármelo. Quiero ovillarme junto a él y ofrecerle más consuelo del que pueden aportarle mis dedos, pero no sé si es eso lo que necesita, por lo que permanezco quieta.

—Después de aquello tratamos de entender lo que había pasado —sigue contándome—. Las maldiciones no llegan con un anuncio que explique lo que son ni cómo funcionan. Tuvimos que descifrarla solos. Tuvimos que experimentar cómo la magia se debilitaba y nunca se recargaba. Tuvimos que presenciar como los nuestros se desangraban a causa de heridas que normalmente se habrían curado solas en minutos. Al principio no sabíamos que era una maldición. Llegamos a esa conclusión con el paso del tiempo. Y más adelante tuvimos que descifrar qué papel desempeñaban las vinculaciones con humanos en la maldición. Y lo peor de todo fue que la propia maldición nos impedía hablar de ella, por lo que cada uno tuvo que descifrarlo por sí mismo.

Nunca me había planteado cómo habían descubierto los entresijos de la maldición, ni lo traumáticos que debieron de ser cada uno de los descubrimientos.

—Yo ya estaba furioso con mi padre —sigue confesando Finn—, pero cuando nos dimos cuenta de lo que había detrás de la maldición de la reina Dorada, mi furia se multiplicó. Por su culpa la mujer que amaba estaba muerta. Y por su culpa todos mis amigos se estaban muriendo.

»Le dije que no pensaba ayudarlo a apartar a Mordeus del trono; que él era el culpable del desastre, que se las apañara solo. —Se frota la cara con una mano—. Cuando entregó su vida a cambio de la tuya, yo llevaba once años sin hablar con él.

—Finn. —Me pongo de lado, con un brazo estirado sobre la cabeza y apoyándome en el hombro, para observarlo—. Mordeus solo era una pequeña parte del problema. Tú no eres responsable de la Gran Guerra de

los Fae, ni de cómo se portó tu padre con la reina Dorada ni de la maldición.

Él también se vuelve de lado, imitando mi postura.

—Si hubiéramos apartado a Mordeus del trono, el pueblo solo habría tenido que ocuparse de la maldición, y podrían haberlo hecho desde la seguridad de sus hogares. Pero, en vez de eso, se vieron forzados a huir mientras estaban terriblemente debilitados.

—Lo siento mucho. No tuve elección en lo que tu padre hizo por mí, pero siento el caos que he causado al sobrevivir.

—Yo no. Esa parte no la lamento en absoluto. Cuando llegaste a mi vida fue como si se hubiera encendido una estrella brillante en una inacabable noche oscura. Necesitaba saber que todavía había algo por lo que valía la pena mantener la esperanza. Tal vez con esto demuestro que sigo siendo un malcriado y un egoísta, pero no siento nada de lo que te trajo hasta aquí ni de lo que te ha mantenido aquí. Por favor, no me pidas que lo sienta.

—Vale —susurro.

Él me contempla en silencio y nuestras manos se encuentran por encima de nuestras cabezas. Con el pulgar me acaricia el dorso de la mano, sin dejar de mirarme a los ojos.

Insegura, le recorro con el dedo la afilada punta de la oreja y la mandíbula, casi igual de afilada. Cuando alcanzo la boca separa los labios mientras se le cierran los ojos. Quiero besarlo. Quiero dejar que él me bese. Quiero continuar lo que empezamos en la cascada y descubrir lo que se siente cuando esas manos completan su recorrido por mi torso hasta llegar a mis pechos. Quiero volver a sentir su boca en la mía, y esta vez voy a memorizar cada detalle de su sabor y el tacto de sus labios.

Finn me aprieta la mano, como si él estuviera sintiendo lo mismo y quisiera lo mismo que yo. Pero no me besa.

—Tal vez no te diste cuenta de que estaba enamorada de él... porque en realidad nunca lo estuve.

—No hace falta que digas eso —me pide con suavidad—. Puedes sentir algo por una persona sin necesidad de negar lo que sientes por otra.

Finn está hablando de lo que puedo estar sintiendo por él.

—Ya lo sé; no me refería a eso. Con Sebastian... —Le aprieto la mano porque me cuesta reconocerlo—. Estaba enamorada de lo que representaba. Tras años de luchar a solas para sobrevivir me ofreció compañía y seguridad. Por eso me vinculé con él. Buscaba su protección, no quería volver a estar sola.

Él traga saliva.

—Buscabas a alguien en quien poder confiar.

—Desesperadamente —susurro, y la palabra suena tan desgarrada que me siento más expuesta que en la cascada, cubierta solo por la ropa interior mojada.

—Un día lo conseguirás. —Con esa promesa susurrada se tumba de espaldas para mirar el cielo, y yo sigo su ejemplo.

Permanecemos así un largo rato, contemplando las estrellas, y la tranquilidad de la noche nos envuelve como si fuera la mantita preferida de un niño. Los únicos sonidos que oímos son la música y las risas que nos llegan de la fiesta que sigue celebrándose montaña abajo. Nuestro futuro es incierto, pero en este momento, con las manos unidas, siento paz. Siento esperanza.

Cuando regresamos al campamento me acompaña hasta nuestra tienda, pero noto que está distraído. Por mucho que me apetezca que entre conmigo, sé que necesita estar solo para poner en orden sus pensamientos. Necesita un tiempo de reflexión y silencio antes de ver a la sacerdotisa mañana.

—Buenas noches, Finn. Nos vemos cuando vengas a la cama.

La soledad es lo único que puedo ofrecerle ahora mismo, aunque me gustaría poder ofrecerle algo más.

22

El nuevo día vuelve a despertarse soleado, pero mi estado de ánimo es tan oscuro como una noche sin luna.

Si Finn volvió a la tienda anoche no lo oí, y esta mañana se ha asomado para traerme una bandeja con café y para informarme de que saldríamos al cabo de una hora para nuestra reunión con la sacerdotisa. Y ahora está ocupado en alguna parte, probablemente hablando con Juliana otra vez, aunque trato de no pensar demasiado en eso. O en dónde habrá pasado la noche.

La misma criada de ayer me ha preparado un baño y se ha retirado, así que voy a meterme en la fragante agua perfumada hasta que el mal humor se vaya con el jabón. Me quito el camisón y la ropa interior y lo lanzo todo hacia una esquina.

Cuando el faldón de la tienda se abre me doy la vuelta cubriéndome los pechos con los brazos. Finn entra y deja caer el faldón. Al verme se queda paralizado. Parece tan sorprendido que no me extrañaría que saliera corriendo de la tienda.

No lo hace.

Lo que sí hace es observarme de arriba abajo, tomándose su tiempo, con una expresión en la cara que no acabo de descifrar. Avanza hacia mí como un depredador, acortando la distancia entre los dos y haciendo que se me dispare el corazón. Cuando está a un paso de distancia se detiene y me mira a los ojos. Huele a lluvia, a tierra y a cielo... Huele a lujuria.

Contengo el aliento, incapaz de decidir si quiero sentir el calor de sus manos en mi piel desnuda. No sé si quiero complicarme la vida besándolo

ahora mismo..., pero sí, quiero besarlo de todos modos.

Él extiende la mano y la manga de su casaca me roza el brazo al coger una bata de seda que cuelga de una de las paredes de la tienda. Cuando la abre para ayudarme a ponérmela las mejillas me arden de la vergüenza.

Me quedo quieta.

Desnuda.

Frente a él.

Me he quedado quieta, esperando a que me tocara, a que me tomara entre sus brazos, igual que lo esperé anoche... y él solo estaba cogiendo la bata.

—Estarás más cómoda si te pones esto —me dice al ver que no me muevo.

—Lo siento. El baño está caliente y como aún teníamos un poco de tiempo he pensado que podría... —Estoy divagando, así que me muerdo el labio inferior para obligarme a callar. No he hecho el menor intento de ponerme la bata. Me da demasiada vergüenza bajar los brazos ahora que sé que solo quiere taparme.

Finn me echa la bata sobre los hombros y trata de cerrarla por delante lo mejor que puede.

—Que conste —me dice con la voz un tanto ronca— que no tienes que disculparte por recibirme así. Pero, aunque probablemente nos daría tiempo a bañarnos, lo que es seguro es que no tendríamos tiempo para dedicarnos a... actividades más interesantes. Así que, a menos que quieras que lleguemos muy tarde a la reunión con la suma sacerdotisa, es más seguro que te tapes.

Meto los brazos en las mangas a toda prisa y me ato el cinturón.

—Gracias —susurro rehuyéndole la mirada.

Él me sujeta la barbilla y me alza la cara hasta que nuestros ojos se encuentran. Está serio, y sus ojos parecen buscar respuestas en los míos.

—¿Qué pasa, princesa?

—Nada. Yo...

—Tú... estás muy callada. Es raro en ti.

Suelto un resoplido burlón. Con el poco tiempo que pasa a mi lado no me conoce tanto.

—Eres tú el que has estado fuera toda la noche, presunto prometido mío.

Niego con la cabeza para dejar de hablar. Estoy harta de oírme, prefiero pasar a la acción. Le echo los brazos al cuello, me pongo de puntillas y uno mi boca a la suya, tal como quería hacerlo anoche.

Él gruñe suavemente y me acaricia los labios con los suyos. Agradezco tener una buena excusa para dejar de divagar, pero eso no es nada comparado con el alivio que me provoca sentir al fin el calor de su boca junto a la mía. Me pego a él como si quisiera rebozarlo, pero él me sujeta por los hombros y da un paso atrás poniendo distancia entre los dos.

—¿Por qué te apartas? —le pregunto en voz baja, aunque sé que no tengo derecho a preguntárselo. No en esta situación de caos. No cuando ni siquiera sé lo que quiero de él. Espero que al menos sea mi amigo, porque la idea de perder su amistad me duele demasiado—. ¿Por qué no volviste anoche?

Él deja caer los brazos y se queda mirando el techo inclinado a dos aguas de la tienda durante un rato. Se frota los ojos antes de responder con otra pregunta.

—¿En serio no lo sabes?

Trago saliva.

—¿Qué tengo que saber?

Él resopla y aprieta los dientes. Con los ojos cerrados responde:

—No hay nada en el mundo que desee más que quitarte esa bata. Quiero tumbarte en esa cama y comprobar si el resto de tu cuerpo sabe tan dulce como tus labios y tu cuello.

Se me hace un nudo en el estómago, que luego da una voltereta. Está diciendo exactamente lo que quiero escuchar, pero al mismo tiempo da otro paso atrás.

«Que los dioses me ayuden.»

Su mirada me examina la cara, desciende hasta la bata y regresa hasta el cuello.

—Me has embrujado. Con tu sabor..., con los sonidos que haces cuando estás excitada.

Una oleada de calor me recorre las venas. Empiezo a respirar entrecortadamente.

—Recuerdo lo que sentí cuando te desarmaste de placer entre mis brazos. Pienso en ello todos los días.

No puedo respirar. Yo también he pensado en aquella noche. Me habían drogado, pero la lujuria, el deseo, la atracción que sentía por Finn ya estaban ahí antes de tomar el vino. Siempre estuvieron ahí.

Avanzo hacia él hasta que vuelve a estar lo bastante cerca para tocarlo si extiendo la mano.

—Finn...

—No voy a fingir que no te deseo, que no pienso en ti constantemente. Sería un insulto a la inteligencia de los dos.

Traga saliva y baja la vista hacia la V que forma el escote. Su mano recorre el mismo camino, rozándome el cuello y la clavícula hasta llegar a la altura de los pechos, donde aparta la sedosa tela a un lado.

Me acaricia un pecho con el pulgar, y el latigazo de placer que me recorre es tan intenso que tardo un momento en darme cuenta de lo que está haciendo, de dónde me está tocando. Con el pulgar rodea la runa tatuada que simboliza mi vínculo con Sebastian.

—Te deseo tanto, Abriella, que nunca imaginé poder desear a alguien así. Te deseo más de lo que debería admitir. Pero, mientras estés vinculada a él, nunca serás mía por completo. —Alza la cara y sus ojos plateados se clavan en los míos—. Y soy tan egoísta como los príncipes que amaban a la reina Gloriana. No quiero partes sueltas de ti. Te quiero por completo y no quiero compartirte.

Parece tan triste y destrozado por su admisión que me echo hacia delante y vuelvo a besarlo en los labios. Este beso no es apasionado, ni hambriento como el que compartimos en el lago. Con este beso quiero transmitirle que lo entiendo, y que yo siento lo mismo.

Cuando se separa de mí me inclino más hacia él, instintivamente buscando más.

Gruñendo, él me coloca un rizo detrás de la oreja.

—Podría tomarte ahora mismo, princesa. Pero quiero que pierdas la razón de tanto placer. Y si hiciera bien mi trabajo esos escudos que

sostienes se vendrían abajo. Él te sentiría; tú lo sentirías a él y al final sería doloroso para todos. Por eso no volví a la tienda anoche. —Deja caer la mano y retrocede otro paso—. Disfruta del baño.

Si tuviera que definir a la suma sacerdotisa de los fae de las Sombras con una palabra, esa sería *zorra*. Cuando hemos llegado al templo, hace ocho horas, nos han dicho que nos recibiría enseguida. Pretha y Kane se han marchado, y a Finn y a mí nos han escoltado hasta una estancia sofocante y claustrofóbica en el interior del templo, donde nos han hecho esperar. Nos han dejado solos y encerrados. Y hemos seguido esperando. Sin comida ni agua. Sin sillas y ni siquiera una ventana para poder respirar un poco de aire fresco. Así hemos esperado durante lo que me está pareciendo una eternidad.

Cuando al fin nos vienen a buscar y nos llevan hasta un gran santuario cubierto de ventanales el sol se está poniendo. Ella nos recibe con una sonrisa desdeñosa, como si la hubieran obligado a conversar con el polvo de las suelas de sus zapatos.

—Suma sacerdotisa Magnola, gracias por recibirnos. —Finn inclina la cabeza ante ella.

La sacerdotisa es morena y va elegantemente vestida. Está sentada en una especie de trono muy ornamentado sobre una tarima en la zona del ábside del santuario. Tanto el trono como la sacerdotisa están adornados con joyas y perlas. Las lleva por todas partes: alrededor del cuello, en las muñecas, por los brazos, incluso ensartadas en el pelo.

—Finnian —lo saluda con una leve inclinación de barbilla. Me mira de reojo durante un instante antes de volver a fijarse en Finn—. Sabes que no puedo negarles audiencia a los gobernantes de esta corte.

—Sí. Por eso he venido acompañado de lady Abriella.

—No la llames así. —La sacerdotisa me observa con desprecio—. No merece el título, no es ninguna dama. No lo era en el reino mortal, donde era una criada, y tampoco lo es aquí. Es un error. —Se le abre mucho la nariz—. Nada más que eso.

—Con el debido respeto —trata de intervenir Finn, pero lo interrumpo apoyándole la mano en el brazo y negando con la cabeza.

No me gusta cómo nos ha tratado ni cómo me está mirando, pero sobre todo no me gusta el cosquilleo que siento bajo la piel en su presencia. Sé que Finn quiere defenderme, pero ella no se merece sus explicaciones.

La sacerdotisa entorna sus ojos fríos y amargados, que no pierden detalle de mi mano sobre el brazo de Finn.

—Cuando yo era joven un vínculo de las almas significaba algo. —Me fulmina con la mirada, y siento unas ganas cada vez más grandes de borrarle la sonrisa despectiva de la cara. Apretando los puños, lucho por mantener el control sobre mi poder—. No era algo que se hacía por capricho —sigue diciendo—. Nos vinculábamos solo con aquellos a los que amábamos, y éramos leales al vínculo hasta la muerte. Tú, sin embargo, estás aquí frente a mí, vinculada a un fae, pero oliendo a otro.

Por primera vez desde que he entrado agacho la cabeza, incapaz de sostenerle la mirada mientras me avergüenza. Me da igual que no me considere una dama, pero mi complicada relación con Finn y Sebastian no me da igual. Soy muy consciente de que he fracasado en las decisiones que tomé; no necesito que me lo recuerde, bastante me avergüenzo yo sola.

A mi lado Finn se tensa.

—Abriella no sabía que Sebastian...

—No me interesan vuestras excusas —lo interrumpe con brusquedad—. Todo se ha corrompido: la corona, la corte... Nada tendría que haber salido así.

—Estoy de acuerdo —admite Finn en voz baja—. Por eso estamos aquí. La corte se está muriendo. La corona y su poder se han escindido, y ahora nadie puede sentarse en el trono. Hay niños que caen en el largo letargo, cada día hay más. Y la reina Arya lanzará un ataque fulminante en cualquier momento. La Corte de la Luna necesita recobrar las fuerzas si queremos sobrevivir a esta guerra.

Cuando ella se vuelve hacia mí me cuesta mantenerme firme y no achicarme ante la intensidad de su mirada.

—Tú tienes el poder de la corona, pero tu sangre no es unseelie —me acusa—. La corte se está muriendo porque tú sigues respirando.

Finn no puede disimular la rabia que le escapa por todos los poros. Da un paso adelante, pero lo detengo una vez más apoyándole la mano en el brazo.

—No tuve elección —intento explicarle—. Me estaba muriendo, y Oberon...

—Ya conozco la historia —me interrumpe—, pero me parece decepcionante.

«Cómo no.»

Alzo la barbilla y le pregunto:

—¿Hay algún modo en que pueda transferirle el poder a Sebastian?

—Sí, pero él no puede gobernar. En esta tierra son multitud los que preferirían ver caer la corte entera antes que permitir que alguien con sangre seelie se siente en el trono.

Trago saliva. Este callejón sin salida era justo lo que nos temíamos.

—Convence al príncipe Dorado para que le entregue la corona a la chica —le ordena a Finn.

—No —susurro. Tiene que haber otra manera—. Yo tampoco puedo ocupar el trono; sería una pérdida absurda.

—Su muerte sería solo el primer paso —replica ella dirigiéndome una sonrisa cargada de maldad—. Más tarde tú entregarías tu vida para traspasar el poder y la corona a Finnian, que es donde deben estar.

—¡Esa no es una opción! —brama Finn a mi lado.

«Tal vez debería serlo», pienso tragando saliva.

—Querido príncipe, ya sabes cómo funcionan estas cosas. El poder se funde con la vida, y solo cuando se entrega la vida puede el poder pasar al heredero. ¿No crees que ya es hora de que hagas un sacrificio por tu pueblo? ¿Por una vez en la vida?

Noto que Finn se encoge a mi lado y me entran unas ganas enormes de arrancarle los ojos a esa arpía por meter el dedo en la llaga de esta manera.

—No sin antes haber agotado todas las opciones —responde—. Abre un portal al inframundo para que podamos preguntarle a la reina Mab en persona cómo salvar el reino.

La sacerdotisa se lo queda mirando un buen rato, durante el cual contengo el aliento. Sé que los demás han estado planeando cómo proceder

en caso de que no podamos conseguir una intervención divina de Mab, pero también sé que si hubieran encontrado alguna alternativa válida no estaríamos aquí ahora, y Finn no estaría planeando un peligroso viaje al inframundo.

Sosteniéndole la mirada, la sacerdotisa responde al fin:

—No.

Finn hace una mueca.

—Se suponía que tú ibas a ser el rey —lo acusa Magnola—. Se suponía que gobernarías junto a Juliana. Ella es digna del cargo, como lo fuiste tú en otro tiempo. Demuestra que vuelves a serlo. Has decepcionado a nuestro reino. Por tu culpa ahora esa basura seelie de pelo blanco vive en nuestro palacio y esta escoria humana se ha adueñado del poder de nuestra corona. No pienso consentir... —Se atraganta y se lleva las manos al cuello como si se estuviera ahogando. Un instante después empieza a sangrar por la boca mientras se le ponen los ojos en blanco.

Finn me cubre con los brazos y me empuja para que retroceda y me aleje del trono.

—¿Qué está pasando? —le pregunto.

—La suma sacerdotisa prestó juramento a Mab al entrar en este templo —me explica con los ojos muy abiertos mientras Magnola se convulsiona —. Y cuando prestas juramento y luego te niegas a actuar poniendo los intereses de la corte por delante, hay consecuencias. No puede negarse a cumplir la voluntad de Mab.

De repente la sacerdotisa deja de convulsionar y el aire de la sala cambia su composición cuando algo, algo «distinto», se desliza en su cuerpo haciendo que se me pongan los pelos de punta.

En cuanto la sacerdotisa se incorpora le sale sangre de la boca, que salpica el suelo de mármol. Se nos queda mirando con el blanco de los ojos.

—En las montañas Goblin, en la cumbre situada más al norte —nos dice, aunque la voz no es la de la sacerdotisa. Es una voz que llega desde muy lejos y desde todas partes a la vez. Es la voz de todas las sacerdotisas de la corte de las sombras. Siento escalofríos y el corazón me late sin control en el pecho—. En la cueva que hay bajo las raíces de la Madre Sauce, aguarda el portal. —Vuelve la cabeza y fija en mí los globos

oculares llenos de sangre coagulada, que cae al suelo con cada palabra que pronuncia—. Ve ahí, Abriella, hija de Mab.

Finn se vuelve bruscamente hacia mí con los ojos muy abiertos, pero yo no puedo apartar la mirada del cadáver que me está hablando.

—La Gran Reina te está esperando. Lleva a tu pareja amarrada —sigue diciendo— y el poder de vuestras sangres combinadas abrirá las puertas del inframundo. Ve para descubrir cómo salvar a tu reino. —La sacerdotisa cae hacia delante, en medio de un charco de su propia sangre.

—¡Madre! —Juliana aparece desde el interior del santuario y corre a su lado. Cuando la alcanza la coloca de lado—. ¿Qué le has hecho? —acusa a Finn.

—Nada —responde él sin apartar los ojos de mí—. Solo le he pedido que abriera un portal para ver a Mab.

Juliana apoya una mano en el pecho de su madre.

—Por favor, madre.

—Lo siento, Jules. —Finn la mira brevemente—. No sabía que pasaría esto.

Ella levanta la cabeza y veo que le caen lágrimas por su hermoso rostro.

—No lo entiendo.

—Al jurar los votos se comprometió a proteger esta tierra y servir a la corte. Creo que a los dioses no les ha gustado que me rechazara. —Me toma la mano y la aprieta fuerte—. Que nos rechazara a los dos. Al parecer, Mab desea conocer a su descendiente. Abriella es una de las hijas de Mab.

Juliana vuelve la cara enseguida y me dirige una mirada asombrada.

—No puede ser. Era humana.

—Parece que hay cosas en su historia que no sabemos —replica Finn en tono reverencial.

Negando con la cabeza, Juliana le acaricia la mejilla a su madre con dedos temblorosos.

—Marchaos. Dejadme sola.

Finn prácticamente me saca a rastras del templo dejando atrás a los centinelas. Bajamos la escalera y llegamos adonde Pretha y Kane están

siendo retenidos por otros guardias, que parecen sentir que algo va mal.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Pretha liberándose del agarre del centinela que la sujetaba.

—Nos vamos —le advierte Kane al guardia que lo retiene, en tono ronco y amenazador, y nos sigue en busca de los caballos.

—Hemos de volver al palacio unseelie —responde Finn, que me agarra la mano con fuerza, como si temiera que fuera a desaparecer.

—Explícate —le pide Pretha tirándole del brazo para que se detenga—. Hemos sentido algo terrible, algo inmenso, pero no nos han dejado entrar.

Finn me mira antes de volverse hacia Pretha.

—La suma sacerdotisa se ha opuesto a nuestra petición, se ha negado a abrir un portal. Y entonces... algo se ha apoderado de su cuerpo para hacernos llegar un mensaje. Nos ha dicho dónde encontrar un portal, y también que Abriella y yo podríamos abrirlo.

—¿Cómo? —pregunta Pretha.

Finn se me queda mirando un largo rato. La nuez le sube y le baja al tragar saliva.

—Usando su sangre mezclada con la mía. Mis sospechas eran fundadas: soy su pareja amarrada.

Pretha y Kane intercambian una mirada.

—¿Cómo puede ser? —susurra Pretha.

—Porque mi magia responde al poder de su sangre. Abriella es descendiente de Mab. Ella es...

—Nuestra legítima reina —murmura Kane.

—No lo entiendo. —Me da vueltas la cabeza. Están pronunciando esas palabras, *amarrado*, *portal*, *reina*, como si nada, pero mi mente sigue en el santuario, mostrándome imágenes de una sacerdotisa muerta que me habla —. Esa... cosa me ha llamado hija de Mab, pero yo no la he visto nunca. No tiene ningún sentido. Mi madre era humana; mi hermana es humana y yo era humana hasta que me tomé la poción.

—No supimos verlo —replica Finn, que sigue observándome con esa expresión sorprendida, llena de asombro—. Esa es la razón por la que Oberon pudo traspasarle la corona.

Kane planta una rodilla en el suelo y agacha la cabeza.

—Mi reina —musita—. Es un honor.

Siguiendo su ejemplo, Pretha se arrodilla e inclina la cabeza.

—Te serviremos.

No me extrañaría que Finn se echara a reír al oírlos, pero no lo hace. Sigue contemplándome con reverencia, mientras apoya una rodilla en el suelo, sin soltarme la mano.

—Nuestra reina.

No entiendo por qué mis amigos se arrodillan ante mí, por lo que agradezco oír el crujido de la grava bajo unas botas que se acercan. Al volverme hacia el ruido veo que es Juliana, que se acerca a la carrera.

—No lo sabíamos —dice sin aliento y con las mejillas sucias de sangre mezclada con lágrimas—. Te juro que no lo sabíamos. Queríamos que Finn ocupara el trono porque pensábamos que el linaje de Mab se había extinguido. —Inspira hondo varias veces y ve a los demás arrodillados en la grava—. ¡Mi reina! —exclama dejándose caer sobre una rodilla—. Permítame el honor de servirla.

—No. —Niego con la cabeza—. Háblame como siempre. Y levántate. Esto es un error. No puede ser...

Finn levanta la cabeza y veo la convicción en sus ojos plateados. Y entonces lo noto. Siento el poder que trepa por mis piernas y desciende por mis brazos. Viene de la tierra, de esta tierra sagrada de Mab.

Suelto el aire bruscamente. Todo mi cuerpo vibra, y no deja espacio para el aire. Todo mi ser se enciende de energía y potencial.

Cierro los ojos y siento que los pies dejan de tocar el suelo. En el silencio que se ha hecho en el claro del bosque, los árboles parecen susurrar: «Reina».

23

El sol alarga sus rayos sobre el horizonte pintando el cielo de rojo y anaranjado. Unas botas aplastan la grava a mi espalda, pero no me muevo de la roca a la que me he encaramado, ni me vuelvo para ver quién ha venido a verme. Sé quién está a mi espalda y ahora tengo una explicación al hecho de que su presencia siempre se me haya manifestado con tanta claridad.

«Amarrados.» La palabra retumba en mi interior como el grito de un halcón en un desfiladero.

Se supone que estamos haciendo una breve pausa en el camino para estirar las piernas y ocuparnos de nuestras necesidades, pero no tengo ninguna prisa en volver a mi caballo. Llevamos horas cabalgando con la idea de llegar al Palacio de la Medianoche antes del anochecer, y he tenido mucho tiempo para reflexionar. Demasiado.

Oigo las botas de Finn arañando la roca mientras asciende a mi lado y se sienta junto a mí en ella.

—¿Cómo vas?

Los ojos me cosquillean por las ganas de llorar. Cada vez que creo que entiendo las reglas del juego mi mundo entero cambia, pero no tengo derecho a sentir lástima de mí misma.

—¿Cómo es posible que no me odies?

Él me toma la barbilla en una de sus grandes manos y hace que me vuelva a mirarlo.

—¿Por qué demonios iba a odiarte?

Trago saliva.

—Finn, te educaron para que gobernaras tu reino. Te has pasado la vida preparándote para subir al trono, y de repente te dicen que soy yo la que debe ocuparlo. ¿Cómo puedes aceptarlo con tanta serenidad?

Él me mira con cariño y me acaricia la mejilla con ternura.

—Me educaron para servir a mi reino; para hacer lo que fuera necesario para proteger a mi pueblo y asegurarme de que no les faltara de nada. Una vez pensé que sería más fácil hacerlo desde el trono, pero luego los acontecimientos se precipitaron y... —Se encoge de hombros y clava la vista en mi boca—. No olvides que ya me había resignado a que Sebastian ocupara el trono, pero de pronto el plan ha cambiado porque ahora te tenemos a ti, y tú eres exactamente lo que esta corte necesita. Estaba seguro de ello cuando me arrodillé a tus pies en aquella montaña y les indiqué a los habitantes de Staraelia que serías su reina. Y sigo estando del todo seguro, lo siento en cada fibra de mi ser.

—¿Por qué? ¿Por ser supuestamente una heredera perdida del linaje de Mab?

—Eso sería un mero tecnicismo que te permitiría ascender al trono. Pero esta corte no te necesita por lo que hay en tu sangre. —Deja caer la mano y la apoya en mi pecho—. Te necesita por lo que hay en tu corazón.

—Finn. —Me muerdo el labio porque no quiero hablar de más. Una magia muy antigua ha unido nuestras vidas y nuestro poder, pero no acabo de entender qué papel desempeña este amarre en lo que siento por él. De momento debo guardarme estos sentimientos para mí—. Tengo miedo. No tengo ni idea de cómo ser reina.

—Me sabe mal si te sientes atrapada. Si sientes...

—No —lo interrumpo negando con la cabeza y deseando borrar unas palabras que me parecen una blasfemia, ya que lo que acabo de recibir es un regalo, un don.

Cuando todos se han arrodillado ante mí y me han llamado «su reina», lo primero que me ha venido a la cabeza ha sido: «Por fin». Por fin podré hacer algo para resolver las cosas. Por fin tendré poder para ayudar.

La palabra *reina* es la respuesta a la pregunta que me ha atormentado toda la vida.

—No me siento atrapada. Tengo miedo porque quiero hacerlo bien. Tengo miedo porque llevo toda la vida queriendo ayudar a los que no podían salir adelante sin ayuda. Y ahora... —Cierro los ojos con fuerza—. No quiero fallar.

—Yo estaré a tu lado —me asegura rozándome la oreja con los labios con cada palabra que pronuncia—. Y ese será el mayor honor que me haya concedido la vida.

—Tiene que haber otra manera que no requiera que ella vaya al inframundo —protesta Sebastian, y sus ojos de color verdemar brillan de frustración.

—Mab quiere ver a su heredera, y nosotros necesitamos encontrar la manera de resolver este despropósito de situación —le rebate Finn frotándose la cabeza—. Tenemos que ir.

Tras la breve pausa en el bosque, hemos cabalgado sin más descanso hasta el Palacio de la Medianoche. Llevamos aquí menos de una hora y las noticias sobre mi supuesto linaje y nuestros planes para visitar el inframundo han desatado el caos entre nuestros amigos. Sebastian es el que peor lo lleva. Tynan, Kane, Misha, Pretha, Finn, Juliana, Riaan, Sebastian y yo estamos sentados alrededor de la larga mesa de la sala del consejo. Ante nosotros se extiende el mapa de la Corte de la Luna. Queremos planificar la mejor manera de llegar hasta el portal, pero Sebastian sigue en bucle, tratando de quitarnos esa idea de la cabeza.

—Pues, en ese caso, iré con ella —insiste—. Estamos vinculados. El vínculo me permitirá protegerla.

—El problema que tiene ese plan —opina Misha— es que eres descendiente de Deaglan, el mayor enemigo de Mab, el que mató a su hijo. Mab puede considerar que no eres digno de estar ante ella; sería un pelín arriesgado, ¿no crees?

—Además, las instrucciones fueron que llevara a Finn —le recuerdo en tono amable.

«Lo lleva muy mal —me comenta Misha mentalmente—. Si hay algo que Sebastian odie más que la idea de enviarte al inframundo es tener que asumir que Finn es tu pareja amarrada.»

«¿Por qué?», le pregunto volviéndome hacia él, que está sentado al otro extremo de la mesa.

«Porque el amarre es una conexión de por vida. A diferencia del vínculo, el único modo de deshacerlo es la muerte. Está celoso, y el amarre es una forma cómoda de dar salida a su frustración, como bien sabemos tú y yo. Es mucho más duro tener que aceptar la otra verdad.»

«¿Qué otra verdad?»

«Que tus sentimientos por Finn no tienen nada que ver con esta conexión predestinada y orquestada por los dioses que tenéis.»

Kane se inclina sobre la mesa y alisa el mapa.

—Este es el lugar al que hemos de ir. —Con uno de sus grandes dedos traza un círculo alrededor de las montañas Goblin—. La Madre Sauce está aquí. —Da golpecitos en un punto marcado con una estrella y luego traza un círculo a su alrededor—. Toda la zona que rodea el árbol sagrado se conoce como la Cresta Silenciosa.

—¿Qué es la Cresta Silenciosa? —pregunto.

—Un lugar sin magia —responde Finn—. El vínculo no funcionará en esta zona, y tu poder tampoco.

—Pero si la magia es vida...

Finn me interrumpe negando con la cabeza:

—No estaremos allí el tiempo suficiente para que nos afecte a la salud..., a menos que recibamos una herida grave. Es lo más parecido a la maldición de la reina que existe en el reino natural, pero afecta a todas las criaturas mágicas. Por eso esta parte del territorio no está habitada. La gente va a cazar o para apartarse de todo, pero nadie quiere vivir allí permanentemente.

—Nunca he oído mencionar que hubiera un portal allí —comenta Sebastian.

—¿Conoces la ubicación de todos los portales que llevan al inframundo? —salta Kane.

Finn le dirige una mirada con la que parece ordenarle a su amigo que se calme.

—Tal vez es nuevo —sugiere—, creado especialmente para Abriella. —Se encoge de hombros—. O tal vez siempre ha estado allí, y esa es la razón

de la existencia de la Cresta Silenciosa.

Sebastian frunce el ceño.

—Podría ser una trampa.

Finn asiente.

—También lo he pensado, pero, si Abriella pertenece al linaje de Mab y la Gran Reina de verdad quiere que la visitemos, el portal la llamará cuando estemos cerca. Si no siente la llamada, regresaremos. Te doy mi palabra.

—Y una vez allí, ¿qué? —pregunto. Odio la idea de depender de un tirón místico para saber cuál es el camino correcto que hemos de seguir—. ¿Qué pasa si no siento nada de nada? ¿Qué haremos cuando volvamos aquí?

—Esperaremos a que la nueva suma sacerdotisa sea elegida y preste juramento en el templo —responde Finn, y señala a Sebastian con la cabeza—. Y mientras tanto nos enfrentaremos al poderoso reino de su madre con nuestro reino roto.

—Y perderemos la batalla —vaticina Kane.

Finn asiente.

—Pero caeremos con honor.

Cierro los ojos un momento, inspirando hondo. Cuando vuelvo a abrirlos busco a Sebastian con la mirada.

—Es nuestra mejor opción para encontrar una solución —le digo—. Tú y yo hemos roto el reino. Algo se tiene que hacer.

—Usaremos goblins para que nos dejen en las montañas, lo más al norte posible. —Señala un punto en el mapa, al sur de nuestro destino—. El resto del camino lo recorreremos a pie. Tan al norte, a tanta altura, hace frío, por lo que tendremos que ir debidamente pertrechados, sobre todo para la parte del viaje en la que no podremos contar con la magia para calentarnos.

—¿Y qué pasa con el inframundo? —pregunta Sebastian—. ¿Cómo vamos a mantenerla a salvo allí?

—Con ayuda de la misericordia de los dioses —murmura Jalek.

Me muerdo el labio. Debería sentirme aterrorizada por el viaje, pero aún no he acabado de asimilar lo sucedido en el santuario.

—¿Cómo es el inframundo?

—Juliana, ¿podrías respondérselo tú? —le pide Finn—. Tu madre fue hasta allí para ser coronada suma sacerdotisa. ¿Qué te contó al volver?

—No puedo decirte lo que encontrarás —responde ella—. El inframundo es inconstante. Cambia para cada persona que lo visita. Pero todos los que lo han visitado y han regresado hablan de la enorme distancia que debieron recorrer entre el portal y la Gran Reina. El terreno es escarpado y la caminata, extenuante. El objetivo es juzgar el corazón y la perseverancia de la persona. La reina no se muestra ante los que se rinden. Deberéis llevar agua y provisiones, y estar preparados para el viaje más arduo de vuestra vida a todos los niveles, tanto físico como mental.

—Y tened cuidado con los monstruos que lo habitan —nos advierte Misha—. Criaturas tan salvajes y sanguinarias que han sido expulsadas de este mundo. Nada les gustaría más que apoderarse de vuestras almas para jugar con ellas durante toda la eternidad.

Sebastian se levanta y echa la silla hacia atrás ruidosamente. Todo el mundo lo observa en silencio mientras sale de la sala hecho una furia.

—Ya voy yo —digo en voz baja.

—Con todos los respetos, mi reina, no necesita su permiso —me recuerda Kane.

Quiero recordarle que puede continuar tuteándome como siempre, pero me limito a asentir y dirigirle una sonrisa tensa antes de seguir a Sebastian. Lo encuentro en la terraza a la que se accede desde la biblioteca, contemplando la noche.

—¿Alguien te ha explicado lo peligroso que es? —me pregunta sintiendo mi presencia sin necesidad de volverse hacia mí—. ¿Te han hablado de la cantidad de gente que ha ido a hablar con Mab y no ha regresado nunca? Porque no estamos hablando solo de monstruos mitológicos. Si Mab decide que alguien que no es digno de ella le ha robado tiempo, se asegura de que no vuelva a encontrar el portal para salir de allí. O, en caso de que lo encuentre, regresa con la mente alterada. ¿Te han comentado algo de todo esto?

—Sebastian... —Doy un paso hacia él y extiendo la mano para tocarle la espalda justo cuando él se da la vuelta, por lo que me encuentro cara a cara con su pecho. Contengo el aliento al comprobar que está más cerca de lo

que me imaginaba. Creo que es la primera vez que estoy tan cerca de él desde que me siento así. Creo que es la primera vez que estoy tan cerca de Sebastian deseando no estarlo—. No tengo elección —le digo alzando la cara para verle los ojos—. No voy a permitir que ni un solo inocente más muera a manos de tu madre. No, si puedo evitarlo.

—No quiero que vayas al inframundo —susurra apoyando la frente en la mía—. Puedo aceptar tu enfado y tu desconfianza, al fin y al cabo, me los he ganado a pulso. Puedo aceptar que no tengas claros tus sentimientos respecto a nosotros. Puedo perdonarte que dejaras que él te tocara, pero no voy a aceptar que te sacrifiques por esto. No tienes ni idea de lo espantoso que es ese lugar.

—¿Y tú sí?

Una emoción pasajera le cruza la cara rápidamente, pero enseguida vuelve a apretar los dientes con decisión.

—¿Y si no vuelves? ¿Y si Mab considera que no eres digna de regresar? No puedo aceptarlo.

Doy un paso atrás. Necesito espacio. Incluso con los escudos levantados, cuando estamos tan cerca sus emociones enturbian las mías haciendo que me lo cuestione todo.

—Sebastian, voy a ir.

Él cierra los ojos con fuerza mientras yo trago saliva, porque sé que esta ha sido la parte fácil de la conversación.

—Oye, si hay alguna manera de disolver el vínculo antes de que me vaya, deberíamos hacerlo.

Él abre los ojos bruscamente.

—No.

—Bash —susurro—. Tú y yo no vamos a estar juntos, da igual lo que suceda en este viaje. Nuestra historia no va a tener un «fueron felices para siempre». Nunca ha estado en nuestras cartas.

—Ni siquiera lo has intentado. Has estado todo el tiempo con él.

«Cierto, que es donde debo estar.»

—Habría dado igual —replico, y él niega con la cabeza.

—No pienso hacerlo. No solo porque el proceso es atrozmente doloroso y no puedo causarte un dolor así otra vez. Ni porque nos falten materiales

para llevarlo a cabo. No voy a hacerlo porque no puedo. Te quiero y necesito estar convencido por completo de que lo hemos probado todo para arreglarlo.

—Esas cosas de las que quieres protegerme (la captura, la tortura, una muerte dolorosa) son las mismas de las que yo quiero protegerte a ti. No deseo que sufras sintiendo las cosas que puedo experimentar durante los próximos días.

—¿Es ese tu objetivo? —me pregunta ladeando la cabeza—. ¿O lo que pretendes es librarte de mí para poder estar con él sin que me entere? ¿Quieres quedarte libre para que te bese y te toque sin tener que sentir cómo me destrozas al hacerlo?

El dolor que oigo en su voz me trae vívidos recuerdos de los instantes que compartí con Finn bajo la cascada, sintiendo a Sebastian a través del vínculo. Su dolor mientras se le partía el corazón al sentirse traicionado.

—Bash —susurro—. Tienes de dejarme ir, por favor.

—¿Ya no te acuerdas de la noche que pasamos en el Palacio de la Serenidad? Me rogaste que no te dejara. Me suplicaste que te aferrara con fuerza, porque tenías secretos. Estabas convencida de que mi amor no era lo bastante fuerte para soportar tus engaños, y yo te prometí que sí lo era. Estoy cumpliendo mi promesa.

Cierro los ojos recordando.

«Soy yo el que no te merece, pero soy demasiado egoísta para dejarte escapar.»

«No me dejes marchar. Necesito que te aferres a mí.»

—Todo eso ha quedado atrás. Las cosas han cambiado mucho.

Aprieta aún más los dientes.

—No tienes ni idea de lo que he sacrificado por ti ni de lo que estaba dispuesto a seguir sacrificando. —Dando un paso hacia mí abre la mano y me la apoya en el pecho con tanta firmeza que sé que tiene que estar notando el firme latido de mi corazón—. Te siento. A pesar de tus esfuerzos por mantenerme alejado, te sigo sintiendo. Y siento que te estás enamorando de él.

—Pues entonces disuelve el vínculo. —No soporto hacerle daño; da igual los errores que haya cometido y el daño que me haya causado—.

Déjame ir por el bien de los dos.

Él niega con la cabeza.

—Pides demasiado.

—¿Prefieres seguir vinculado a mí, incluso sabiendo que yo quiero romper el vínculo? ¿Sabiendo que me estoy enamorando de otro? ¿Sabiendo lo que siento por Finn?

Él se encoge y hace una mueca.

—Sí. —Me sujeta la cara con fuerza—. Eres mía, Abriella. Yo te vi primero.

24

—¿Cuándo empezaste a sospechar? —pregunto mientras recorremos a pie la helada cresta norte de las montañas Goblin.

Kane abre la comitiva oteando posibles amenazas. Tynan cubre la retaguardia, mientras que Dara y Luna recorren el camino a nuestro lado, zigzagueando entre los árboles, atentas a cualquier peligro. Llevamos caminando desde el amanecer, cuando el goblin de Finn nos ha traído hasta aquí.

Finn alza una ceja.

—Que estamos amarrados —le aclaro—. Y que tengo algún tipo de conexión con Mab.

Finn niega con la cabeza, pero luego se lo repiensa y se encoge de hombros.

—Noté algunas señales, pero las descarté.

—¿Qué señales?

Él suelta el aire con fuerza.

—Cuando al estar cerca de mí tu poder se reavivaba, lo achacaba a mi conexión con la corona. Luego, cuando te volviste fae y conservaste el poder del trono, achaqué tus rebrotes de poder al hecho de que cualquiera que se siente en el trono se ve fortalecido por su pueblo y su tierra. —Se rasca la nuca—. Pero luego había otro tipo de pistas, como la intensidad de tu poder y tu conexión con el mío. La conexión que has sentido conmigo desde el principio. —Baja la vista hacia las botas y sonríe—. Debería haberlo adivinado.

Niego con la cabeza.

—Es que no tiene sentido. ¿Cómo va a ser una humana la descendiente de una gran reina de Feéra? Tendría que haber nacido fae, ¿no?

—No puedo responderte a eso, pero sé que esto aclara alguna de las cosas para las que no teníamos explicación. Por ejemplo, nunca entendimos cómo te había podido traspasar mi padre la corona cuando tú no eras unseelie. Se suponía que la magia no funcionaba así.

Hago una mueca.

—Entonces... lo sospechaste desde el principio.

Él niega con la cabeza.

—No, en absoluto.

—Pero has dicho que...

—Nunca le doy demasiadas vueltas a lo que se supone que la magia debe ser o debe hacer. La magia proviene de muchas cosas, en especial de la vida, pero también de la tradición, del amor o del cambio. Dar por hecho que algo mágico no puede suceder porque no ha sucedido antes va en contra de lo que significa la magia. La magia es la posibilidad de romper las reglas; siempre allana el camino al cambio. Supongo que por eso todos aceptamos que, por alguna razón, la magia le permitió traspasar la corona a una humana. Pero no eligió a una humana cualquiera. —Me apoya la mano en la cara y me acaricia la mejilla con el pulgar—. Sino que se la traspasó a la heredera de Mab.

La ciénaga surge amenazadora frente a nosotros. Esta mañana hemos pasado la primera hora del trayecto debatiendo cuál sería la mejor manera de enfrentarnos a la Ciénaga de la Desolación, discutiendo si sería mejor pasar horas y horas rodeándola, o arriesgarnos a encontrarnos con las criaturas que habitan sus aguas embarradas.

La urgencia ha ganado la partida y hemos decidido atravesarla. Buscaremos la parte donde el agua es menos profunda y Tynan lanzará un hechizo que creará un puente temporal sobre el agua mientras Kane emite un sonido agudo para evitar que se nos acerque alguna criatura.

En ese momento me ha parecido un buen plan, pero, a juzgar por el modo en que Kane examina la ciénaga que se encuentra ante nosotros, me pregunto si habrá cambiado de idea.

—Finn —dice Kane en tono de advertencia—. Manteneos alejados por ahora.

Finn se detiene, se coloca a mi lado y me rodea con un brazo.

Kane desenfunda la espada y saca algo del fango del fondo cenagoso. Luego corre hacia nosotros para enseñarle a Finn lo que ha encontrado. Sobre el filo de la espada se sostienen en equilibrio un montón de piedras rojas... No, son grises y negras. El rojo es un baño de algo, pintura o... tal vez sangre.

Finn se tensa a mi espalda, rodeándome la cintura con más fuerza. Las lobas se acercan corriendo a Kane para olfatear lo que nos ha traído y enseguida se alejan gimoteando.

Tal vez se trate solo de los restos de un animal; alguna desafortunada criatura del bosque capturada por un lobo o un coyote, aunque, a juzgar por la seriedad de las caras que me rodean, debe de ser algo más que eso.

Tynan se aleja un poco, corriendo orilla abajo, y se agacha para examinar el agua. Incluso desde esta distancia lo oigo murmurar una serie de maldiciones muy creativas.

—Tenemos que irnos —afirma levantándose.

—¿Estás seguro? —le pregunta Finn.

—Ojalá no lo estuviera —responde regresando a nuestro lado a toda velocidad. Creo que es la primera vez que lo veo moverse con prisas. Cuando nos alcanza retrocedemos. Esta vez él se coloca delante, mientras que Kane protege la retaguardia.

—¿Qué es lo que os da tanto miedo? —quiero saber.

—La niebla carmesí —responde Kane a nuestra espalda.

Finn me da la mano y me conduce rápidamente de regreso por el camino por el que hemos venido. Las hojas se agitan en los árboles, y el viento parece que llegue desde todas partes, como si se estuviera acercando una tormenta.

Tynan se adentra en el bosque, a nuestra derecha, y Finn lo sigue, tirando de mí a un ritmo rápido que mis pies cansados no agradecen.

—La niebla, ¿qué? —pregunto, pero, o bien no me oye por culpa del viento que aúlla a nuestro alrededor, o bien está demasiado concentrado en escapar para molestarse en responderme ahora mismo.

—¡Por aquí! —grita Tynan haciéndonos señas antes de desaparecer por el flanco de la montaña.

El viento aúlla. Me vuelvo y veo una capa de color rojo cubriendo las hojas a nuestra espalda. Finn me alza en volandas y me lanza hacia Tynan, hacia el interior de una pequeña cueva al abrigo de la montaña. Kane entra justo detrás.

—¡Agachaos! —brama Finn para hacerse oír sobre el aullido del viento.

Dara y Luna se contonean y gimen débilmente mientras todos nos agachamos.

Desde fuera nos llegan los gritos y carreras de criaturas que se escabullen en busca de refugio.

—¿Qué es eso? —insisto. Siento algo que acecha. Algo mortífero, que se encuentra demasiado cerca.

—La niebla carmesí es una criatura mágica, amorfa —me responde Finn al oído—. Una neblina mortal que puede alzarse de la nada.

—Pero que está hecha de sangre, no de agua —dice Kane asomándose al bosque—. Puede aparecer tan súbitamente como una nube de tormenta.

—La criatura puede extraer la sangre de los cuerpos de cualquier animal que se cruce con ella —añade Tynan—. Cada gota de sangre la fortalece y la vuelve más poderosa.

Me estremezco. Si no hubiera visto ya tantas cosas espantosas desde que he llegado aquí, tal vez no me lo creería.

—¿Cómo sabemos que no nos perseguirá?

—Son criaturas extrañas —responde Finn—, pero necesitan la humedad para sobrevivir. Cuando haya pasado de largo podremos regresar al camino, pero tendremos que rodear la ciénaga. Hemos corrido un riesgo al elegir ese camino. Debería haberlo tenido en cuenta.

—A mí tampoco se me había ocurrido, Finn —lo tranquiliza Kane—. No ha habido informes de niebla carmesí en quinientos años. ¿Cómo ibas a imaginártelo?

—¿Qué pasó hace quinientos años? —quiero saber.

—El rey y la reina unseelie fueron asesinados durante el primer ataque seelie en la Gran Guerra de los Fae —responde Kane—. Nuestra corte

quedó sumida en un caos tan grande que el trono permaneció vacío durante semanas.

—La niebla carmesí florece en un entorno en decadencia. —Finn me besa el hombro—. Se nos acaba el tiempo.

—Hemos de montar el campamento para pasar la noche —comenta Kane observando el cielo—. Este lugar es tan bueno como cualquier otro.

Al desviarnos para rodear la ciénaga hemos tenido que caminar más horas de las previstas para hoy. Me duelen las piernas por el ascenso y tengo la espalda cansada de cargar con la mochila, aunque me niego a reconocerlo, ya que es tres veces más pequeña que las de los demás. Cuando todo esto haya pasado y pueda dedicarme a otras cosas, aparte de evitar que Arya destroce la Corte de la Luna, lo primero que haré será ganar fuerza. Da igual si soy reina o campesina o cualquier otra cosa. Quiero la fuerza y la resistencia que Finn y sus amigos muestran día tras día.

Mientras tanto no voy a protestar si quieren detenerse. Aunque todos en el grupo nos movemos cómodamente en la oscuridad, llevo todo el día oyendo comentarios y sé que estas montañas no son seguras cuando cae la noche.

Tras mirar a su alrededor Finn asiente.

—De acuerdo.

—Encenderé una hoguera —se ofrece Kane—. Ayudará a mantener lejos a cualquier criatura que aceche entre los árboles.

Me vuelvo hacia él, que me pregunta sonriendo:

—¿Qué pasa?

No quiero pensar en lo que puede ocultarse entre esos árboles, pero sé que Kane se burlará de mí si lo admito, así que, en vez de responder a su pregunta, digo:

—Te ayudaré a buscar leña.

Me vuelvo hacia el bosque, pero Finn me detiene agarrándome del brazo.

—Siéntate. Lo haremos nosotros.

Odio que mi cansancio sea tan evidente.

—Puedo ayudar.

—Estás agotada. Si no descansas, mañana nos harás ir más lentos.

No le falta razón. Si ni siquiera tengo fuerzas para ponerme a discutir, ¿cómo voy a escudriñar el bosque en busca de leña?

—Dejad aquí las mochilas —dice Tynan—. Yo me quedaré con ella y prepararé las camas.

Todos obedecemos. Me consuela ver que los demás parecen tan contentos como yo de librarse de la carga.

Kane y Finn se adentran en el bosque mientras Tynan empieza a montar el campamento. Las trenzas le caen sobre la cara al trabajar.

—¿Has dormido alguna vez bajo las estrellas? —me pregunta sonriendo al tiempo que desenrolla una delgada colchoneta que será la cama de alguien.

—Muchas veces. —Sonrío al recordar—. A mi madre le encantaba contemplar el cielo nocturno, más que nada en el mundo.

La sonrisa se me borra de la cara cuando me doy cuenta de la posible explicación. Sé que mi madre quería a mi padre, pero, ahora me parece evidente que nunca olvidó a Oberon. ¿Por qué si no se habría mostrado siempre tan enamorada de la noche? Probablemente sabía que yo estaba ligada a la Corte de la Luna. ¿Y si ella también lo estaba?

Tynan me observa con curiosidad durante un instante antes de volver a desenrollar las mantas para dormir.

—A la mía también —replica en voz baja—. Dormir al aire libre es habitual entre los fae de las Tierras Salvajes, por supuesto, aunque la nobleza suele preferir alojamientos más refinados. —Niega con la cabeza—. Pero mi madre no. Solía sacarnos de palacio para llevarnos al bosque al menos dos veces al mes. Quería que nos sintiéramos cómodos durmiendo sobre un colchón de agujas de pino y tapados con una manta de estrellas.

—¿Te criaste en el castillo Craige? —le pregunto dándome cuenta de que no sé mucho sobre la vida de Tynan, siempre tan reservado.

Él asiente con la cabeza.

—Pretha es mi prima. Nuestras madres son hermanas.

—¿Volveréis a las Tierras Salvajes cuando todo se haya calmado o seguiréis junto a Finn?

Tynan abre mucho los ojos, como si mis palabras lo hubieran sorprendido, pero enseguida niega con la cabeza y sigue montando el campamento.

—Tendrás que preguntarle a Finn cuáles son sus planes, pero sé que a Misha le gustaría que volviera y echo de menos mi hogar.

Finn aparece entre los árboles, cargado con un montón de gruesas ramas. Kane va a su lado. Nunca me había planteado cuáles eran los planes de Finn. Supongo que siempre di por sentado que acabaría ocupando el trono de las Sombras. Pero ahora todos dan por hecho que lo haré yo y, por mucho que quiera que la idea me horrorice, de algún modo me parece correcto, como si una pieza del puzle que no sabía que faltaba se hubiera colocado en su sitio. Lo que no me puedo imaginar es hacerlo sin mis amigos a mi lado. No me gustaría tener que hacerlo.

—¿Y Pretha? ¿Volverá a casa contigo? —le pregunto a Tynan.

—No tengo claro que para ella las Tierras Salvajes sigan siendo su hogar. Pretha se enamoró de Vexius en el Palacio de la Medianoche. Dio a luz a Lark en las piscinas naturales de Staraelia. Esas tierras la cambiaron.

—¿A qué te refieres? —quiero saber.

Finn deja caer el montón de ramas y se echa a reír.

—Pasó de ser una joven novia rebelde a una amante esposa y una madraza —responde.

Tynan asiente con la cabeza.

—Cuando subas al trono podrás elegir a tus consejeros —añade Finn—. Deberías pensar en Pretha. Para ella sería un honor, y no le vendría mal tener una excusa para quedarse en la Corte de la Luna.

—¿Y qué me dices de ti? —le señalo a Finn—. ¿Cuáles son tus planes?

Tynan se aclara la garganta, y Kane y él se excusan y se adentran en el bosque.

Finn me mira a los ojos un momento, pero luego guarda silencio durante un buen rato mientras prepara el fuego.

—Eso dependerá de mi reina —responde al fin sin apartar la vista de la leña—, pero, como tu pareja amarrada, te serviré y protegeré mejor si estoy a tu lado.

—¿Y si al final no soy reina? ¿Y si la solución que propone Mab no contempla que yo suba al trono?

—Lo dudo bastante. Eres la heredera de Mab, el niño prometido, que ha resultado ser una niña.

—Creo que no deberíamos perder de vista la posibilidad de que, después de todo, sea Sebastian quien acabe ocupando el trono.

Finn señala el montón de ramas y palitos con dos dedos y hace prender la llama. El fuego silba y chisporrotea mientras él rodea la hoguera y se detiene frente a mí.

—Estaré a tu lado —me dice apoyándome una mano en la mejilla— mientras tú me dejes. Estés donde estés.

Finn se encarga del primer turno de guardia y, aunque duermo durante su turno entero, soy muy consciente de su presencia cuando despierta a Kane para que lo releve y se prepara para acostarse. Lo oigo caminar tratando de no hacer ruido, oigo cuando se quita las botas y luego la ropa. No hemos hablado de quién va a dormir en cada sitio, pero no me sorprende notar que se tumba a mi lado. Fue como si, al confirmarse en el templo que era mi pareja amarrada, dejara de luchar contra el impulso de permanecer tan cerca de mí como le fuera posible.

Deslizándose bajo las mantas se coloca a mi espalda. Noto su calor colándose a través de mi ropa, envolviéndome por completo. Cuando me rodea la cintura con un brazo me fundo en su calidez suspirando.

Me siento bien, segura, a pesar de lo que puede acechar en esos bosques.

—Perdona —susurra. Me abraza brevemente por la cintura y me da un beso en el cuello, justo debajo de la oreja—. Duérmete. Mañana nos espera un día muy largo.

—Lo sé, pero es que no puedo parar de darle vueltas a la cabeza.

Él desliza la mano por debajo de mi camisa y me acaricia. Cierro los ojos y me concentro en sus cálidos dedos y en el ocho tumbado que traza sobre mi vientre. Es el símbolo del infinito. Tal vez no estemos vinculados,

pero estamos eternamente ligados gracias al amarre. Y aunque las cosas no pueden ser más complicadas y abrumadoras, esa idea me consuela.

—Háblame sobre esta conexión que tenemos —le pido—. ¿Qué significa estar amarrado a alguien?

—Es otra de las cosas que perdimos cuando pensamos que el linaje de Mab se había extinguido. Antiguamente describía una conexión entre la reina unseelie y otro fae, por lo general alguien de su entorno cercano. Cada reina del linaje de Mab tuvo un amarre mágico con alguien, casi siempre alguien muy poderoso. El amarre es un enlace que permitía a la reina obtener fuerza de su pareja amarrada.

—¿Solo a las del linaje de Mab?

Él cambia de postura, como si quisiera pegarse más a mí.

—Sí. Sospechamos que es algo que se remonta a la formación de las cortes; algo que hizo Mab para proteger a su hija antes de pasarle la corona. Pero no sabemos por qué nunca lo hemos visto en otros linajes. En el mío nunca se había dado. O, en todo caso, ninguno de mis antecesores encontró a su pareja amarrada.

—¿Y cómo es la conexión? ¿Es como el vínculo?

Él niega con la cabeza.

—No hay conexión empática, ni percepción de dónde se encuentra el otro. Es un enlace entre la magia de dos seres, que solo funciona en un sentido.

—Eso es lo que te está debilitando —concluyo en voz baja, y me doy la vuelta entre sus brazos para mirarlo a los ojos—. Soy yo la causante de que estés enfermo.

—Solo lo he notado las veces en que has usado demasiado poder. Y esas veces no habrías necesitado usar tanto poder con el entrenamiento debido. Has mejorado mucho y seguirás haciéndolo. Estaré bien.

—No quiero hacerte daño.

—No me lo haces. Y mejoras cada día. Te enseñaré a usar tu poder con tanta eficiencia que raramente tengas que recurrir al mío.

—Pero... ¿y cuando lo haga?

—No pasará nada. Para eso fui creado.

Me encojo al oír esas palabras.

—Es un gran honor estar amarrado a la reina de las Sombras. Mi antecesor, el rey Kairyn, fue el último monarca amarrado antes de que su pareja, la reina Reé, fuera asesinada.

—Entonces ¿tú no desciendes de Mab?

Él contiene una sonrisa, como si supiera que le estoy preguntando si estamos emparentados, aunque sea de manera lejana.

—No. Kairyn obtuvo la corona cuando se la traspasó la reina Reé al pensar que su linaje se había extinguido.

—Estaban amarrados... ¿pero no casados?

—Exacto, aun así la leyenda dice que lo amaba mucho más que a cualquiera de sus maridos.

Abro mucho los ojos.

—Y ¿por qué no se casó con él?

Él se ríe débilmente.

—No se hacía. Las reinas no se casaban con sus parejas amarradas. Se consideraba demasiado peligroso. El propósito de los amarrados es proteger a la reina: prestarle su fuerza y su magia. Si se casaran se correría el riesgo de que ella no quisiera ponerlo en peligro.

—¿Todas las reinas estuvieron involucradas románticamente con sus parejas amarradas?

Él traga saliva.

—El amarre hace que la pareja esté muy unida, por lo que, si hay química o sentimientos más profundos, enseguida quedan al descubierto. Pero hay tantas historias de amarres platónicos como de parejas enamoradas.

—¿Está prohibido que una reina se vincule a su pareja amarrada?

Finn guarda silencio tanto rato que acabo deseando no haberlo preguntado. Tal vez estoy equivocada sobre sus sentimientos hacia mí. Tal vez no quiera nada más de lo que ya tenemos. Cuando al fin habla, su voz es tan suave como el viento.

—El poder solo fluye en una dirección entre el amarrado y su reina. Si estuvieran vinculados estarían unidos y el poder fluiría en ambos sentidos. Por eso nunca se hizo o, por lo menos, nunca se hizo público. Las reinas no podían permitirse que sus parejas amarradas usaran su poder.

—Pero ¿y si eso era lo que la reina quería?

—En ese caso, como en todo, dependería de la voluntad de la reina. —Baja la mano hasta mi cadera y me da un apretón—. Pero si la reina en cuestión eres tú, puedo decir sin ninguna duda que tu servidor amarrado se sentiría muy honrado de compartir el vínculo contigo.

Sus palabras, cuidadosamente seleccionadas, me retuercen el corazón. Nunca me paré a pensar en que mi decisión de vincularme con Sebastian podría dañar a Finn. Estaba demasiado ocupada sintiéndome traicionada por ambos como para pensar en ello.

—Ya le he dicho a Sebastian que tiene que soltarme. —Inspiro hondo—. Él se resiste, pero no puedo permitir que siga pensando que tiene alguna oportunidad. No mientras siento esto por ti. —Cierro los ojos—. Sé que puede parecer que me estoy dejando influir por el amarre, pero es más que eso. Hace mucho tiempo que es más que eso. Lo que quiero es una oportunidad de explorarlo... sin el vínculo de por medio.

Finn me roza el cuello con los labios e inspira hondo. La mano que tiene apoyada en mi cadera asciende por el costado y me acaricia la parte inferior de los pechos con el pulgar.

—Si te cuento algo, ¿me prometes no tomar ninguna decisión esta noche? ¿Ni mañana?

—¿Qué me quieres contar?

Le examino el rostro a la luz de las estrellas y él me acaricia el labio inferior con el pulgar.

—Al otro lado del portal, en lo más hondo del inframundo, fluyen las Aguas de la Nueva Vida. Sus aguas son tan cristalinas que pueden borrar tus errores y tus remordimientos. Aguas que pueden, si se lo pides, deshacer los vínculos que has cerrado con otros. Solo allí se puede deshacer un vínculo sin que la pareja pueda negarse.

Lo que significaría que podría estar con Finn sin sentir que Sebastian se interpone entre nosotros. No tendría que estar siempre tan pendiente de mantener los escudos levantados. Podría empezar de cero.

—¿Podría pedirles a las aguas que me arrancaran el vínculo con Sebastian?

Él traga saliva.

—Solo si es lo que deseas.

—Entonces tú y yo...

Él niega con la cabeza lentamente.

—Solo si es lo que deseas —repite.

Lo deseo, pero me tomo unos momentos para pensar en lo que haría si no sintiera lo que siento por Finn.

—Es asombroso cómo puedo odiar tanto este vínculo cuando me he sentido atormentada por la soledad durante casi toda la vida. Debería ser un alivio ser consciente siempre de la presencia de otro, pero es que ni siquiera tuve tiempo de habituarme a mi nuevo cuerpo en soledad. Y lo necesito.

—Quiero que lo logres. —Me hunde una mano en el pelo, me sujeta por la nuca y me da un beso firme antes de atraerme hacia su pecho—. Duerme, princesa. No tienes que tomar ninguna decisión esta noche.

Esta noche Lark vuelve a visitarme en sueños. Ver de nuevo sus ojos plateados y su oscura melena suelta me hace sonreír.

—Cuánto tiempo sin verte —la saludo entornando los ojos cuando me parece que se difumina como si fuera una ilusión.

—No puedes ocupar el trono desde el inframundo. —Su vocecita suena distinta esta noche; suena cansada.

—¿Por qué me dices eso? —Al final he aprendido que, cuando Lark me dice algo, más me vale prestarle atención.

—Cuando el agua crezca necesitarás al monstruo de ojos blancos. No huyas de él. Y no te rindas.

La imagen vuelve a difuminarse. Frunzo el ceño tratando de entender.

—¿Puedes mostrármelo? —insisto—. ¿O explicarme por qué necesito a ese monstruo?

Lark se desvanece por completo. De repente estoy flotando sobre una habitación llena de niños dormidos. Se parece a la enfermería de la capital, pero es otro sitio. ¿Qué tiene que ver un monstruo con los niños dormidos?

—¿Lark?

—Estoy tan cansada... —responde, aunque esta vez solo puedo verle los ojos—. Es casi hora de irme a dormir.

—¿Quieres decir...? No. —Se me cierra la garganta y toso cuando las lágrimas me asaltan bruscamente—. Pero tú eres en parte de las Tierras Salvajes. ¿Cómo puede afectarte?

—No te rindas hasta que el monstruo te lleve hasta lo más hondo, princesa.

Lark desaparece del todo y yo me incorporo de un brinco, totalmente despierta y jadeando.

El campamento está en calma. La mañana no tardará en llegar. Finn duerme a mi lado, respirando con regularidad, con el brazo todavía alrededor de mi cintura.

«El monstruo de ojos blancos.»

¿Qué demonios significa eso? ¿Será algún tipo de metáfora? Estoy confusa, pero el miedo se impone a la confusión. No podemos perder a Lark por culpa del largo letargo; Pretha no lo soportaría.

Podría despertar a Finn y contarle lo que he soñado, pero necesita descansar. Todos lo necesitamos. Si Lark se está convirtiendo en uno más de los niños dormidos, hemos de luchar más que nunca para lograr que alguien se siente en ese trono.

25

Tras una hora de sueño inquieto me despierto con los primeros rayos del alba que asoman entre los árboles. Kane y Tynan están durmiendo al otro lado de la hoguera, que está prácticamente apagada. Finn se ha levantado antes que yo. Me imagino que estará buscando algo para comer acompañado por sus lobas.

Cojo el abrigo y me lo pongo, moviéndome poco a poco para no despertar a los demás. Me calzo las botas, pero no me molesto en atarlas. Me dirijo hacia los árboles, donde me ocupo de mis cosas antes de acercarme al arroyo que vi anoche.

Necesito una ducha desesperadamente, pero me conformaré con lavarme las manos y la cara. Avanzo tambaleándome, atontada tras haber dormido en el suelo. Jas solía bromear diciendo que yo podía dormirme en cualquier parte, pero desde que estoy en Feéra me he vuelto blanda. O tal vez el sueño se deba menos a la dureza del suelo que al esfuerzo que he tenido que hacer para resistirme al cuerpo sólido y deliciosamente calentito que me abrazaba.

El arroyo es más pequeño de lo que pensaba, pero tener agua corriente sigue siendo un regalo, por lo que me dejo caer de rodillas y veo fluir el agua por mis manos un momento antes de salpicarme la cara.

Cuando oigo el crujir de las hojas a mi espalda sonrío. Sabía que Finn no tardaría en encontrarme.

—Buenos días —lo saludo volviendo la cara sin levantarme, pero no es Finn.

Una fae de pelo blanco cubierta con una capa azul estira el brazo y un estallido de luz sale de la palma de su mano y se dirige hacia mí. Recurriendo a mi poder, alzo un escudo que la bloquea antes siquiera de estar segura de lo que está pasando.

Me pongo en pie de un salto, cojo la daga y la lanzo hacia su pecho. Ella intercepta la hoja antes de que alcance su objetivo y la echa a un lado. Al abrir la palma de la mano, sonríe con ironía al ver la sangre.

—Basura humana —me insulta lanzándose sobre mí.

Apoyándome bien en los talones, bloqueo su primer derechazo con el antebrazo. Cuando se abalanza sobre mí le pongo la zancadilla y la hago caer al suelo. Ella trata de alcanzar algo que lleva en la cadera, pero le inmovilizo el brazo, pisándoselo con la bota antes de que consiga tocar el cuchillo que tiene ahí guardado.

Estoy a punto de usar mi poder para atraparla antes de que pueda vencerme. No me costaría nada hacerlo, pero dudo.

«Finn. No puedo poner a Finn en peligro.»

Lo que hago es apoyar el pie con más fuerza sobre su brazo.

—¿Quién te envía? —le pregunto mirándola a los ojos azules como el hielo. Cuando ella me escupe, le clavo el talón en la muñeca—. ¿Qué quieres?

Su mirada se desvía hacia un punto por encima del hombro y su sonrisa despectiva se convierte en una de alegría. Vuelvo la cabeza, pero no soy lo bastante rápida y me clavan la aguja en el cuello antes de que pueda evitarlo.

Me caigo al suelo, gritando y agarrándome el cuello mientras algo me recorre las venas y las quema a su paso.

El tipo que me ha clavado la aguja tiene los ojos de un blanco turbio. Me sujeta las muñecas con brusquedad y me echa los brazos hacia atrás con tanta fuerza que me hace daño en los hombros. Consumida por la agonía del veneno que me recorre las venas, no puedo defenderme.

La fae de la capa azul se levanta ágilmente y me fulmina con la mirada.

—Tienes suerte de que ella te quiera viva —me amenaza apretando los dientes. Se sacude la capa quitándole las hojas secas y el polvo con la mano

buena, y se lleva la otra, ensangrentada, al pecho—. ¿Dónde están los demás? —le pregunta al tipo que me sujeta.

—Se están ocupando de ellos. Vamos. —Se oye un silbido entre los árboles y mi asaltante sube la cabeza frunciendo el ceño—. Date prisa. Hay...

Pero no acaba la frase porque un gruñido anuncia la aparición de dos inmensos lobos que se dirigen hacia nosotros. Son Dara y Luna. Una muerde el brazo de mi asaltante, apartándolo de mí, al tiempo que la otra ataca a la fae, haciéndola caer de nuevo al suelo antes de clavarle los dientes en el cuello. Ella grita, pero la loba le gruñe a la cara.

Me yergo y desenvaino la espada mientras más atacantes vestidos de oscuro parecen brotar de entre los árboles y se dirigen hacia mí. Dara y Luna aúllan y salen tras ellos, impidiendo que se me acerquen.

Varias flechas, que no sé de dónde salen, cruzan el aire, y derriban a dos de los tipos de negro.

Un tercero se abalanza sobre mí. Permanezco con la mano inmóvil sobre la empuñadura de la espada, esperando a que esté más cerca. Entonces ataco con la espada que quedaba oculta bajo mi capa y se la clavo en el pecho. El tipo cae al suelo. Cuando alzo la mirada veo que otra flecha abate al atacante que venía tras él.

Hay cuerpos esparcidos a ambos lados del arroyo. Las lobas acechan entre los cuerpos, rodeándolos y enseñando los dientes, mientras observan a su alrededor en busca de más amenazas.

Oigo un crujido entre los árboles y una mancha negra aparece ante mí. Es Finn, que me examina de arriba abajo, respirando hondo.

—¿Estás bien?

Asiento con una mueca.

—Me han inyectado algo.

Con los ojos brillantes y las ventanas de la nariz muy abiertas, observa los cuerpos esparcidos a nuestro alrededor.

—Arya.

—Sin duda —susurro—. Han dicho que ella me quería con vida.

Finn tiene el mismo aspecto salvaje, inquieto y agitado que sus lobas.

—La mataré con mis propias manos.

—¿Tynan y Kane están bien?

Él asiente con la cabeza.

—Los han emboscado, pero han logrado repeler el ataque.

Veo que tres de mis asaltantes tienen clavadas flechas en la cabeza.

—Te he oído luchando con ella. ¿Has llegado a usar la magia antes de que te inyectaran?

Trago saliva y clavo la vista en el suelo. No hace falta que responda; él ya sabe la respuesta.

—Princesa —protesta gruñendo—. Por favor, dime que no has preferido una lucha física a una mágica porque estabas preocupada por mí.

—Por supuesto que estaba preocupada por ti —replico molesta—. ¿Por qué iba a poner tu vida en peligro por salvar la mía?

—No me habría pasado nada. Pero, al no defenderte, me han atacado a mí también. Y a Tynan y a Kane, supongo. Este grupo no habría podido hacer nada frente a tu poder.

«Mierda, mierda, mierda.» Tiene razón.

—Soy más fuerte de lo que crees, Abriella. Y cuanto más practiques usar el poder con precisión, menos tendrás que preocuparte por quitarme poder mediante el amarre.

Trago saliva.

—Lo sé.

—¿En serio lo sabes? —Me estudia con los ojos entornados—. Prométeme que no volverás a dudar. Si tu vida está en peligro, si un solo pelo de tu preciosa cabeza está en peligro, usa tu poder y recurre al mío tanto como lo necesites. ¿Está claro?

Me quedo mirando fijamente sus fieros ojos plateados.

—No es tan fácil.

Él alza una ceja.

—¿Quieres que sienta lástima de ti, princesa?

—No seas idiota. —Frunzo el ceño, lo que hace reír a Finn.

Él me atrae hacia su pecho y me abraza con fuerza.

—Por los dioses, qué susto me has dado.

Fundiéndome en su calor, empiezo a temblar.

—No debería haber venido aquí sola. Lo siento.

Él me da un beso en la coronilla.

—Ya no estás sola, estás conmigo.

Me acaricia la espalda antes de apartarse. Él está tan afectado por el ataque como yo, pero me ofrece una mano, con la palma hacia arriba, y yo la acepto. De la mano regresamos al campamento, donde nos recibe la visión de un puñado de tipos muertos vestidos de negro, degollados o con las tripas desparramadas. La carnicería me horrorizaría de no ser porque la prefiero a la alternativa. No me quiero ni imaginar lo que me haría la reina si lograra capturarme, pero ahora mismo lo que no podría soportar sería que estos cuerpos pertenecieran a nuestros amigos.

Los únicos supervivientes que hay en el campamento son un Kane muy enfadado y un Tynan que lleva su mal humor en silencio.

—Lo siento —se disculpa Finn—. Me he alejado un momento porque Dara estaba actuando de un modo extraño. Deben de haber llamado su atención para distraerme.

—No entiendo de dónde han salido —comenta Kane—. No los he oído acercarse, ni a ellos ni a sus caballos.

—¿Habrán usado goblins? —sugiero.

Él niega con la cabeza.

—Ningún goblin se arriesga a trasladar a nadie hasta aquí. Y habrían necesitado unos cuantos para traerlos a todos a la vez.

—Probablemente se han acercado enmascarados por la reina —dice Finn—. Está más fuerte que nunca. Y eso sin contar todas las piedras de fuego que ha extraído de las minas que hay bajo estas montañas.

Kane se vuelve hacia Finn.

—Venían dispuestos a matarnos a todos.

«A todos menos a mí», pienso, pero no lo digo en voz alta. Me avergüenza esta sensación de ser un peligro constante para mis amigos.

—Por suerte, somos mejores que ellos —replica Finn.

Tynan aprieta los puños.

—Creo que deberíamos replantearnos los planes para hoy.

Sigo la dirección de su mirada y me doy cuenta de que Kane se está sujetando el costado, y que le cae sangre entre los dedos.

Me acerco corriendo hacia él, que protesta, mirando mal a Tynan.

—Estoy bien.

Finn frunce el ceño.

—¿Por qué no te estás curando?

—Porque nos han pinchado la mierda esa —responde Tynan.

—Hemos de llevarte a casa —indica Finn—. No podemos curarte, y la inyección impide que te cures solo. No estás a salvo aquí.

—Ya viste la niebla carmesí ayer —le rebate Kane—. Cada minuto cuenta. La corte no puede sacrificarse por mí; no soy tan especial.

Finn cierra los ojos e inspira hondo.

—Tienes razón —le digo—. Estoy de acuerdo con la parte del tiempo. Pero, aunque eres un gruñón, te he cogido cariño, así que preferiría que nos ahorráramos un sacrificio innecesario.

Kane me dirige una media sonrisa.

—No es tan fácil acabar conmigo.

—Tynan y Kane deberían regresar —señalo buscando a Finn con la mirada para asegurarme de que estamos de acuerdo. Cuando él asiente levemente sigo hablando—: Finn y yo pasaremos desapercibidos con más facilidad si vamos solos. Y vosotros podéis esperar en un lugar seguro hasta que la toxina os deje de hacer efecto.

—Eso es ridículo —refunfuña Kane.

—Estoy de acuerdo con Abriella —le interrumpe Finn—. Esa herida no tiene buen aspecto, Kane. Solo lograrás retrasarnos. Y no necesitamos que nos retrases; al menos no más de lo habitual.

Cuando Kane le hace una peineta, Finn le guiña el ojo.

Me vuelvo hacia Tynan para preguntarle:

—¿Lo ayudarás?

—No necesito ayuda —protesta Kane.

—Ya lo sabemos, colega —dice Tynan dándole palmaditas en el brazo mientras me mira y asiente con la cabeza—. Y vosotros, marchaos de aquí. Id por la ruta alternativa de la que hablamos anoche. No sé por dónde han venido ni cómo han sabido dónde encontrarnos, pero no me gusta.

—Estoy de acuerdo. —Finn alza la vista hacia el cielo y ve un halcón sobrevolando en círculo a nuestro alrededor—. Misha sabe dónde encontraros, pero Storm os seguirá por si hay algún problema.

—¿Es su halcón? —pregunto.

Finn asiente y sonríe con ironía.

—Su obsesión con espiar resulta práctica a veces.

—Cuidaos mucho —les digo a mis amigos—. Cuento con veros a mi regreso. No me decepcionéis.

Finn ya ha empezado a guardar las cosas en su mochila.

—Date prisa, princesa. Tenemos una larga jornada por delante.

Gruesos copos de nieve me bombardean el lado derecho de la cara obligándome a entornar los ojos para no perder el camino.

—¿Estamos llegando? —pregunto. Siento un tirón que aumenta de potencia cuanto más nos acercamos, pero no tengo ni idea de cuál debería ser la intensidad que indique que estamos llegando. Solo sé que cada vez estamos más cerca.

Finn examina el entorno y asiente.

—Creo que sí. Faltan unas dos horas aproximadamente hasta llegar a la Madre Sauce. Si no me equivoco, debemos de estar ya en la Cresta Silenciosa. —Me pasa una cantimplora con agua.

Solo veo camino rocoso por detrás y más camino rocoso por delante. Lo único que ha cambiado desde que nos hemos separado de Tynan y de Kane es que ahora hace tanto frío que no siento los dedos de los pies ni la parte derecha de la cara, que es por donde me golpea el viento.

—¿Cómo lo sabes? —quiero saber. Por culpa de las inyecciones no podemos probar si nuestros poderes funcionan o si hemos entrado ya en la zona libre de magia.

Le devuelvo la cantimplora, que se guarda en la mochila.

—¿Sientes a Sebastian? —me pregunta—. La toxina no afecta al vínculo, pero la Cresta Silenciosa sí.

—Oh. —No había pensado en ello. En silencio hago una búsqueda de esa conexión que nunca me abandona del todo—. No está. —Cierro los ojos e inspiro hondo. Mis sentimientos son míos por completo; no los comparto con nadie y es un alivio.

—¿No lo sientes en absoluto? —insiste Finn acercándose—. ¿Ni siquiera cuando lo buscas?

Mentalmente me asomo al otro lado del muro que mantengo siempre alzado entre nosotros y niego con la cabeza.

—No, nada.

Él me observa muy de cerca.

—Bien.

Sin perder ni un instante, se agacha y me da un beso ardiente, hambriento, impaciente. En mi interior todo empieza a derretirse y vuelve a la vida como flores que empujan la tierra hacia arriba y saludan al sol tras un largo invierno. En mi vientre, mil mariposas diminutas estiran las alas bajo el calor de su cuerpo.

Ladeando la cara para besarme más profundamente, Finn hunde los dedos en mi pelo y me echa la cabeza hacia atrás. Gimiendo, lo agarro por la camisa y tiro de él para acercarlo más a mí.

Cuando se aparta tiene los ojos plateados entornados, llenos de lujuria.

—Llevo todo el viaje esperando para hacer esto.

Contengo una sonrisa.

—Ah, esta es la auténtica razón por la que me has acompañado, ya veo.

Él me pellizca la nariz.

—Kane me ha estado mareando tanto con la tensión que hay entre nosotros que no me extrañaría que se hubiera dejado herir a propósito para que pudiéramos quedarnos a solas esta noche.

Finn reemprende el camino y yo me quedo contemplándole la espalda como una boba mientras sus palabras me dan vueltas en la cabeza.

«A solas esta noche.»

«A solas.»

—Pronto anochecerá —comenta sin volverse hacia mí—. Hemos de buscar un lugar resguardado donde pasar la noche.

—Vale —murmuro obligándome a mover los pies.

Hace dos minutos la idea de montar el campamento me habría parecido fantástica y habría gritado de alegría pensando en algo cálido, pero ahora los nervios se han impuesto a todo lo demás.

Ya dormimos juntos anoche y en casa de Juliana. No ha cambiado nada.

Pero no es verdad.

Estamos a solas y la conexión con Sebastian ha desaparecido. Es totalmente distinto.

Finn se detiene y silba llamando a las lobas. Ellas acuden a la llamada de su amo y lo siguen cuando él se abre camino entre los matorrales que hay a un lado del camino.

—Por aquí —me indica asintiendo con la cabeza para que lo siga.

Tras abrirnos paso entre los arbustos durante varios minutos llegamos a la entrada de una cueva. Las lobas entran primero y luego regresan y se sientan, jadeando alegremente y mirando a Finn.

—Vamos —me dice agachando la cabeza para echar un vistazo al interior, mientras rasca a las lobas detrás de las orejas—. Aquí estaremos bien.

—¿Quieres dormir ahí dentro? —Me encojo—. No sabemos qué vive ahí.

Finn se echa a reír.

—Abriella, hija de Mab, asesina del falso rey y futura reina de la corte de las sombras..., ¿tiene miedo de una cuevecita?

—No es miedo. Es... cautela. —Me encojo de hombros—. ¿En serio crees que ninguna criatura ha elegido este lugar para que sea su hogar? Que no haya nada ahora no significa que no pueda volver luego.

Él me mira de arriba abajo.

—Prometo mantenerte a salvo.

Sus palabras y, sobre todo, la dulzura con que las pronuncia hacen que algo se sacuda en lo más hondo de mi vientre. Su mirada parece estar prometiéndome todo lo contrario. Algo mucho más excitante que una simple protección.

—Usted primero —le digo.

Él se echa a reír y se agacha para entrar. Yo lo sigo, agradeciendo a los dioses mi habilidad para ver en la oscuridad.

Aunque la entrada es baja, la cueva es lo bastante alta como para que apenas tenga que agacharme mientras me adentro en ella. Voy buscando señales de que le estamos robando el hogar a alguna criatura, pero no encuentro nada.

Finn permanece agachado mientras se quita la mochila y extiende las mantas en el suelo. Luego coge las mías y las coloca en el único sitio donde caben: a su lado.

—¿Sería seguro encender fuego? —le pregunto temblando.

Finn examina las rocas del techo y niega con la cabeza.

—No, aquí no. La piedra caliza se expande con el calor. La roca podría agrietarse y caernos encima. —Señala hacia la entrada con la cabeza—. Pero si lo enciendo allí, nos llegaría algo de calor.

—Lo más seguro es que la nieve lo apague —comento viéndola caer con fuerza.

—Yo te daré calor —me asegura.

Mi estómago da un brinco, pero antes de poder pensar en una respuesta Finn sale de la cueva y empieza a reunir leña para encender el fuego.

Me quito la ropa empapada y me pongo otra limpia y seca. Cuando acabo vuelvo a sentirme los dedos de los pies y oigo el fuego que empieza a crepitar junto a la entrada de la cueva.

Finn permanece allí, contemplando las llamas y el viento que sopla en el exterior.

—Me sorprende que la leña no estuviera demasiado húmeda —comento notando el calorcillo que se cuela hacia el interior.

—Parafina. No es magia, pero se le parece cuando hay que encender el fuego —admite él dirigiéndome una sonrisa irónica.

—¿A qué viene esa sonrisa? —Me acerco a él. Durante un instante estoy tentada de abrazarlo por detrás, apoyar la mejilla en su espalda y notar su fuerza. Pero, en vez de eso, me coloco a su lado y dejo las manos quietas.

Finn, en cambio, no parece tener problemas con los nervios ni con las manos. Se vuelve hacia mí de inmediato y me abraza. Yo suspiro y mi cuerpo se relaja al instante. Encajo perfectamente entre sus brazos. Ambos encajamos perfectamente, de muchas formas que aún no nos hemos permitido explorar.

Coloca mi cabeza debajo de su barbilla y me acaricia la espalda.

—Esto es un regalo —dice de pronto.

Me echo hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—¿El qué?

—Pasar la noche aquí. —Me observa la cara, y me acaricia la mejilla con el pulgar—. Una noche contigo, sin compartirte con nadie.

Agacha la cabeza y me roza la boca con los labios. No es un gran beso. Podría incluso calificarse de inocente o de cordial, pero yo sé que no es más que un preludio y mi corazón se acelera.

—Un regalo —repite.

Me estremezco. El sol está desapareciendo y las manos se me están quedando insensibles.

—Vamos. —Me toma una mano helada en la suya, que sigue caliente, y regresamos al interior de la cueva.

Me siento en nuestra cama y me rodeo las rodillas con los brazos mientras él se quita las capas exteriores de la ropa mojada antes de sentarse a mi lado.

—¿Puedo? —Extiende el brazo como si me pidiera permiso para abrazarme.

Vuelvo a estremecerme, esta vez con más fuerza. Los dientes me castañetean.

—Sería un suicidio negarme. —Es mi respuesta, aunque sé que no engaño a nadie. Ambos sabemos que quiero que me abrace por razones que no tienen nada que ver con el frío.

Nos tumbamos uno al lado del otro y él nos cubre con las mantas antes de rodearme la cintura con un brazo y atraerme hacia él hasta que mi espalda queda pegada a su pecho. Los músculos se me aflojan al notar su calor; me relajo.

—Nunca pensé que me alegraría de ir a visitar el inframundo —comenta en tono ronco mientras me acaricia el torso con el pulgar—, pero me alegro... de estar a solas. Sin él. Y poder fingir que eres mía.

Mi corazón late alborotado.

—¿Y yo? ¿Puedo fingir que eres mío?

Él niega con la cabeza.

—Yo siempre soy tuyo. No necesitamos fingir.

Sus palabras hacen que se me forme un nudo en el estómago, sobre todo por la facilidad con que lo admite.

—Tal vez lo de no tener que fingir sirve para los dos.

Él suspira.

—Ahí fuera él está siempre entre nosotros. Por mucho que lo bloquees, por mucho que levantes escudos, siempre podrá sentirte de algún modo. Igual que tú a él. Pero aquí... —Cierra los ojos—. Aquí estamos los dos solos, aunque solo sea por esta noche.

—No es verdad —susurro levantando la mano hacia su mejilla, tan suave como el terciopelo bajo mi mano—. Quiero que vayamos a las Aguas de la Nueva Vida. Sé que prefieres que le dé vueltas al tema, pero no tengo nada que pensar. Cometí un error al vincularme con Sebastian y, ya que él se niega a liberarme del vínculo, voy a hacerlo yo, ya que tengo la oportunidad. —Le acaricio el pelo—. Quiero hacerlo por mí misma, pero también porque te deseo. Cuando llegue el momento adecuado quiero ser libre no solo por mí, sino por nosotros.

Él me examina la cara con atención y los ojos le brillan a la luz de las llamas que danzan reflejadas en las paredes de la cueva. Acariciándome el labio inferior con el pulgar, inspira entrecortadamente.

—¿Cómo puedes estar aquí conmigo cuando no he hecho nada para merecerte?

—No creo que el amor tenga nada que ver con lo que uno se merece o no. El amor consiste en abrir los corazones, no en juzgar. Pero, Finnian, si te estuviera juzgando sé que me parecerías totalmente merecedor de esto... y de más. Tu gente no te sigue por ser hijo de tu padre. Te siguen por ser quien eres, por ser como eres. Y te siguen por amistad, no por lo que pueden obtener de ti. Te siguen porque estar contigo los hace mejores; hace que sus vidas merezcan la pena.

—He cometido errores espantosos, Abriella.

—¿Y quién no? —murmuro—. Pero tus errores forman parte de quien eres, por eso no me importan demasiado. Porque resulta que me he enamorado de ti tal como eres. Y eso no tiene nada que ver con ningún amarre. —Me muerdo el labio inferior mientras busco valor para seguir hablando—. La conexión mágica que tenemos es lo que me atrajo de ti cuando nos conocimos, pero lo que me hizo enamorarme de ti eres tú; tú y las decisiones que has tomado.

Él cierra los ojos y pega la frente a la mía inspirando de forma honda aunque entrecortada.

—Yo también te quiero. Y quiero demostrártelo... desesperadamente.

—Y entonces ¿por qué no me besas?

Casi no me da tiempo a formular la pregunta cuando su boca se funde con la mía y me empuja, tumbándome de espaldas y pinzándome una pierna con sus muslos.

Su beso es casi un sello que me marca de un modo más permanente que la runa que se tatuó en mi piel al vincularme a Sebastian. Cada caricia de su lengua hace que me olvide de las preocupaciones que me tensan y me permite relajarme, aunque sea por un instante.

Cuando deja de besarme no se aparta. Su boca sigue tan cerca de la mía que siento su sonrisa.

—¿Te he dicho alguna vez que sabes igual que hueles?

Me echo a reír.

—Después del día que hemos tenido, no estoy segura de que eso sea bueno.

—Sabes a cerezas y a luz de luna.

—Aquella noche no me besaste —le recuerdo mientras le acaricio la espalda—. En la ducha.

—No, no lo hice.

—¿Por qué no? Te pedí que lo hicieras.

—Porque deseaba besarte más que nada en el mundo —responde con la voz ronca—. Sabía que te sentías atraída por mí desde la noche en que nos conocimos. Entre la droga y la atracción habría sido muy fácil tomar lo que me estabas ofreciendo y aprovecharme de la situación, pero quería que me lo pidieras con la cabeza clara. Y no quería que la corona tuviera nada que ver. Aunque debería haberlo hecho por la corona, pero no quise. Por eso no te besé, aunque ansiaba hacerlo.

—Me besaste en el cuello.

Él me dirige una sonrisa lenta y canallesca.

—No soy un santo, princesa. Necesitaba probarte.

La necesidad se enreda en mis entrañas. Lo agarro de la camisa y tiro de ella hacia arriba para quitársela por encima de la cabeza. Cuando me he

librado de la tela puedo al fin explorar cada centímetro de su poderoso pecho, su fuerte espalda y la piel suave que encuentro sobre la cintura de los pantalones.

—Creo que mencioné que yo también quería probarte —comento acariciándole el punto que queda sobre su hueso pélvico, donde sé que tiene tatuada una estrella de cinco puntas partida por la mitad.

Riendo, apoya el peso en los antebrazos mientras me mira desde arriba.

—Créeme, no es algo que vaya a olvidar nunca. —Se enrosca un mechón de pelo entre dos dedos y sonríe mientras juguetea con él—. Este corte de pelo...

—Es ridículo.

—Es muy mono.

—Ya, vamos, lo que toda mujer excitada quiere oír: que es mona.

Él se echa a reír.

—Te aseguro que eres mucho más que eso —murmura—. ¿Quieres que te haga una lista?

—Curtida, amargada, aburrida —propongo tratando de sonar desenfadada, pero mi tono de voz revela demasiado cómo me siento en realidad.

—Asombrosa, poderosa, perseverante, arrebatadora —rebate él.

Me muerdo el labio y me revuelvo bajo su peso. Alzo la mano y lo imito, jugueteando con uno de sus rizos.

Mirándome con los ojos entornados me pregunta:

—La noche de la ducha... ¿Te acuerdas de lo que me dijiste mientras te llevaba a la cama?

Niego con la cabeza. No recuerdo nada de esa noche después de la ducha.

—No, pero tú me explicaste que te había pedido que te quedaras.

—Así es. —Asiente con la cabeza—. Y luego me dijiste que te hacía sentir tan segura como un cielo estrellado.

Me ruborizo.

—Parece que estaba especialmente patética esa noche.

—No, no lo entiendes. Me dijiste justo lo que quería oír. El patético fui yo por lo mucho que quería creer que las drogas no tenían nada que ver con

tu confesión.

—Es la verdad —susurro—. Siempre me has dado mucha fuerza.

—Es por el amarre.

Niego con la cabeza.

—No me refiero solo a la magia. Me da fuerza la fe que tienes en mí, en nuestra amistad. Esa fuerza no tiene nada que ver con mi poder.

Sus ojos plateados se encienden y brillan.

—A mí me pasa lo mismo. Nunca pensé que podría volver a sentirlo. —Traga saliva—. Ni siquiera sabía que quería sentirlo.

Me estremezco bajo su cuerpo.

—¿Tienes frío?

Niego con la cabeza.

—No, ya no.

—Yo tampoco.

Me acaricia los labios con el pulgar y no deja de sorprenderme el asombro que leo en sus ojos. Asombro y algo más: adoración. ¿Cómo es posible que este hermoso y poderoso ser se sienta tan agradecido por estar aquí conmigo?

Apoyándose en una mano me desabrocha la camisa, dejándola caer a los lados y exponiendo mis pechos antes de agachar la cabeza. El aire es frío, y contrasta con el calor de su boca cuando me acaricia el pezón endurecido con la lengua.

Arqueo la espalda separándola del duro suelo y gimo cuando el calor y el placer me recorren las venas.

—¿Tienes idea de lo que era saber que estabas durmiendo en mi cama en el palacio unseelie? ¿Verte allí, en el lugar donde te había imaginado tantas veces? No te imaginas las ganas que tengo de que volvamos. La de veces que he soñado con abrazarte en esa cama, tenerte entre mis brazos y dormir juntos bajo las estrellas.

Me acaricia el cuello con la nariz, y yo arqueo la espalda, porque adoro el tacto de su piel desnuda contra mis pechos y porque necesito más presión entre las piernas.

—Finn —susurro acariciándole la espalda arriba y abajo—. Te quiero. —Deseo decirlo una y otra vez, hasta que mis palabras calen en su corazón,

hasta que se las crea y asuma que es digno de este amor.

—Yo también te quiero.

—¿Hay algún...? —Me muerdo el labio—. ¿Hay algún tónico que podamos tomar cuando regresemos a la capital... para evitar embarazos?

—Sí. —Me besa con dulzura—. Pero no tenemos por qué hacer nada esta noche. Tenemos toda la vida por delante. Podemos...

—¿Por favor? —Me revuelvo bajo su cuerpo, levantando las rodillas a ambos lados de sus caderas, animándolo a situarse entre mis piernas. Gruño al sentir su peso a través de las capas de ropa que aún nos separan—. No quiero esperar.

Él me sonríe en la oscuridad.

—Yo tampoco, pero lo haré si es necesario. Si realmente piensas nadar en las Aguas de la Nueva Vida, tendremos todo el tiempo del mundo, y un montón de oportunidades para...

Le enredo los dedos en el pelo y tiro de él para atraerlo hacia mí. Él sonríe mientras me besa y sus manos empiezan a explorarme los pechos, el costado, el vientre, a la vez que me roza los pezones endurecidos con el pulgar.

Levanto las caderas, empujándolas hacia él, mostrándole con el ritmo de mi cuerpo exactamente hacia dónde deseo que derive esta situación. Pero Finn no quiere que le meta prisa. Deja un rastro de besos a lo largo de mi cuello y sigue recorriendo a besos la clavícula, dándome mordisquitos de vez en cuando en los hombros y los pechos. Baja entre ambos trazando una línea descendente con la lengua hasta el estómago y más abajo. Cuando succiona con suavidad la sensible piel de debajo del ombligo contengo el aliento.

Me separa los muslos con la cabeza y me los acaricia con la nariz.

—Deja que te bese aquí. —Abre la boca y me busca con la lengua a través de la tela.

No puedo respirar. Me recorre los costados con sus grandes manos y, cuando llega a la altura de los pantalones, me los quita de un tirón. Apenas tengo tiempo de recuperar el aliento antes de que su boca vuelva a buscarme mientras me sujeta por la parte interior de los muslos y me mantiene abierta para danzar con la lengua sobre mi piel más sensible.

Alterna caricias delicadas con otras exigentes hasta que solo puedo gemir y soltar incoherencias.

Cada centímetro de mi cuerpo está en llamas; me siento viva y ansiosa. Tiro de su pelo porque lo necesito más cerca, pero también porque necesito más..., más de esto, más de esta noche. Él continúa adorándome y murmurando su amor y su deseo hasta que acabo saltando de un precipicio, como nunca antes.

Vuelo y caigo y no tengo ni pizca de miedo porque sé que él me sostendrá. Sé que nos sostendremos mutuamente.

Mientras asciende de nuevo por mi cuerpo, llenándolo de besos, voy volviendo a mi ser, poco a poco. Estoy saciada, sin aliento. Cuando él me besa en la boca, le recorro el torso hasta llegar a la cintura y le bajo los pantalones.

Él suelta un gruñido de aprobación dentro de mi boca y me ayuda a librarlo del resto de su ropa. Cuando vuelve a cernirse sobre mí, muevo las caderas, animándolo a deslizarse en mi interior. En vez de eso lo que hace es apoyarse en los codos y contemplar mi rostro.

—Pensaba que no volvería a sentir algo así nunca más. —Agacha la cabeza y me besa los labios con delicadeza—. Pensaba que no podía. —Se alza y me mira desde arriba—. Luchaba por mi gente, pero por dentro estaba casi muerto. Hasta que cruzaste el umbral. Hasta que me miraste a los ojos y me pediste que bailara contigo. Nada ha vuelto a ser igual desde ese momento. Y espero que no vuelva a serlo nunca.

Le rodeo la espalda con las piernas y lo atraigo hacia mí.

—Te quiero, Finn. —Alzo las caderas y se desliza despacio dentro de mí.

Suelta el aire bruscamente y cierra los ojos un instante. Disfruto con intensidad de nuestra conexión. No hay lugar para las dudas ni para el miedo al porvenir. No hay lugar para nada más que la esperanza; la esperanza y el amor. Un amor que me embarga con tanta fuerza que cierro los ojos para regocijarme en él mientras nos movemos juntos.

—Abriella —musita—. Abriella, abre los ojos.

Al abrirlos veo que estamos rodeados por estrellas, brillantes y luminosas, como si la cueva se hubiera convertido en el cielo nocturno,

como si no hubiera una tormenta rugiendo fuera.

—Precioso —murmuro, pero he dejado de mirar a las estrellas para mirarlo fijamente a los ojos.

Él me lleva una mano a la cadera y aprieta antes de volver a clavarse en mí, más adentro que antes.

—Deslumbrante —susurra, aunque tampoco está mirando las estrellas.

Solo tenemos ojos el uno para el otro. Estamos encerrados en nuestro pequeño universo en mitad de las montañas antes de enfrentarnos al día más peligroso de nuestras vidas. Nos tenemos únicamente el uno al otro y es más que suficiente.

—Las estrellas han desaparecido —susurro más tarde.

Estamos enredados bajo las mantas, de lado, mirándonos a los ojos. Llevamos tanto tiempo así que no sé en qué momento han desaparecido las estrellas.

Bajo la luz parpadeante de las llamas Finn se coloca de espaldas y yo lo observo mientras él contempla las formaciones de roca que parecen gotear del techo.

—Creo que deben de haber estado ahí solo mientras hacíamos el amor. —Sonríe con ironía—. Dicho sea sin ánimo de sonar pedante.

Río y se me escapa un ronquido.

—Pero si aquí no hay magia —le recuerdo—. ¿Cómo ha podido pasar?

Él me pega a su lado sonriendo. Nunca lo había visto tan feliz.

—Creo que estábamos equivocados sobre este lugar. No es que no haya magia; simplemente es distinta. Funciona de manera independiente.

—A veces, lo distinto es bueno —murmuro.

—Voy a tener que darte la razón. —Me da un beso en la coronilla y aspira mi aroma—. Deberíamos dormir.

Contengo el aliento al recordar la visita de Lark en sueños. Tenía previsto contárselo a Finn esta mañana, pero con el ataque al campamento y las heridas de Kane, se me ha olvidado por completo.

—Lark vino a verme en sueños anoche.

—Ah, ¿sí?

—Me dijo algo sobre un monstruo de ojos blancos que me salvaría. —Niego con la cabeza tratando de recordar con más claridad—. Tal vez era una imagen metafórica. ¿Sabes a qué podía referirse con lo del monstruo de ojos blancos?

—Mmm. No estoy seguro. No sé si piensa en metáforas.

—Tal vez no. Pero no fue esa parte del sueño la que me dejó preocupada. Dijo que estaba cansada y desapareció del sueño antes de que acabáramos de hablar. Temo...

—¿Crees que pueda estar cayendo en el largo letargo?

Lo abrazo con fuerza.

—Espero que no.

—Pretha no quiere ni pensar en ello. Es una de las razones por las que la dejó en el castillo Craige. En estos momentos ser un niño unseelie es tan peligroso que quiso potenciar su parte ligada a las Tierras Salvajes.

—Mañana veremos a Mab. Es lo mejor que podemos hacer por ella ahora mismo.

Finn se tensa por un instante, pero enseguida vuelve a relajarse.

—Sí, estoy de acuerdo. Sé que no será fácil, pero creo que ella tendrá las respuestas que necesitamos. Hacía tiempo que no me sentía tan esperanzado.

—¿Por qué ahora? ¿Qué ha cambiado para que el melancólico Finn se sienta esperanzado?

Él me da otro beso en la coronilla.

—Ahora estás de nuestro lado, princesa.

—¿Por qué sigues usando ese apodo? —Sonrío—. Pensaba que ya te habría quedado claro a estas alturas. No soy una princesa, nunca lo he sido.

—Lo sé —murmura con la boca pegada a mi pelo. Sus labios me acarician la sien. No llega a besarme, pero sus labios dejan un rastro de calor, como una marea de verano, deslizándose sobre la orilla—. Sé que no lo eres. Pensaba que ya te habría quedado claro a estas alturas. No eres una princesa: eres mi reina.

26

El portal está exactamente donde nos dijeron que estaría: en una cueva oculta entre las raíces de la Madre Sauce, en la cumbre situada más al norte de las montañas Goblin.

Hemos tardado menos de una hora en subir hasta aquí esta mañana y localizarlo. Y menos de treinta segundos en hacernos un corte en la palma de la mano, mezclar nuestra sangre y abrirlo. Temblando, contemplo la turbia oscuridad que nos aguarda al otro lado de este anillo de luz.

Esta mañana me he despertado tan contenta y esperanzada entre los brazos de Finn que hasta este momento no me he acordado de tener miedo. Me he olvidado de que nos dirigíamos hacia un mundo desconocido en el que nos enfrentaremos a criaturas peligrosas, donde nos juzgarán y nos encerrarán eternamente si no damos la talla.

No me atrevo a mirar a Finn. Es un recordatorio viviente de todo lo que puedo perder si esto se va al infierno. En vez de mirarlo, lo que hago es pensar en los niños dormidos mientras cruzo el anillo luminoso y me adentro en la penumbra.

Finn me sigue y se coloca a mi lado. El inframundo está envuelto en niebla y sombras. Normalmente me sentiría como en casa en un lugar así, lleno de rincones donde esconderse y merodear, pero cada célula de mi cuerpo grita que este no es mi sitio. El portal es como un faro a nuestra espalda y a cada instante deseo darme la vuelta para asegurarme de que sigue allí, que podemos volver a salir, pero me vienen a la cabeza las palabras de Juliana. Si Mab necesita que le demuestre que no voy a rendirme, eso es lo que haré, así que miro adelante.

Finn me ofrece la mano. Por un momento me planteo rechazarla, porque no quiero revelar mis debilidades a cualquiera que pueda estar observando. Pero somos más fuertes cuando estamos juntos, en todas partes, también aquí abajo, por eso la acepto. Tras darme un firme apretón nos ponemos en marcha.

El suelo cruje y el cielo gime. La tierra cambia a lado y lado, se eleva formando montañas y entre ellas surge un camino.

—Diría que hemos de ir por ahí —dice Finn en voz baja.

Esta vez soy yo quien le aprieta la mano mientras empezamos a recorrer el pasillo que se acaba de formar. A cada paso que damos la luz del portal pierde intensidad, pero no nos atrevemos a mirar atrás. Ni siquiera sacamos el tema. El único sonido es el del viento que sopla en este túnel antinatural y el de las rocas que cambian de forma bajo nuestros pies.

—Yo he estado aquí antes —susurro. El viento arrastra mis palabras y las hace girar sobre nuestras cabezas, repitiéndolas tres veces, cada vez un poco más suavemente, hasta que desaparecen—. Cuando mi madre me llevó a la playa... vinimos aquí.

Él me aprieta la mano con más fuerza.

—¿Lo reconoces? ¿Te resulta familiar?

—No era así, pero me resulta muy familiar. Sé que he estado aquí antes.

¿Sería Mab la mujer con la que hablaba mi madre? ¿La que me daba miedo?

El tiempo parece avanzar a cámara lenta, pero me concentro en poner un pie delante del otro. A veces subimos; otras, bajamos. A ratos el camino es tan llano y repetitivo que siento que la monotonía va a acabar conmigo.

No hay ni rastro de los monstruos sobre los que me advirtieron. Solo una desolación lóbrega y sin fin.

Cuando parece que llevamos andando en bucle demasiado tiempo y mi instinto me ruega que regresemos al portal, pienso en los niños, en Lark, en todos los inocentes que serán capturados y esclavizados si no seguimos adelante.

Y cuando estoy segura de que hemos caminado kilómetros y kilómetros en dirección a ninguna parte, las paredes de roca que se alzan a lado y lado desaparecen en la niebla, dejando a la vista un bosque oscuro y deprimente.

La niebla se retuerce entre los árboles y se arrastra entre las raíces. Tengo el corazón disparado.

—¿Estás bien? —me pregunta Finn.

Asiento con la cabeza y sigo avanzando.

—Si soy descendiente de Mab, ¿significa eso que Jas también lo es? —pregunto aunque solo sea por hablar de algo que me distraiga de este entorno tan antinatural.

—La verdad es que no lo sé. Si la sangre de Mab provenía de alguno de tus padres, supongo que sí.

Frunzo los labios.

—Antes de que Mordeus la encarcelara y la asustara, haciendo que no quisiera saber nada más de este mundo, a Jas le habría encantado descubrir que éramos descendientes de una gran reina de los fae.

—La Gran Reina de los Fae —repite Finn en tono reverencial—. Y lo siento mucho. Siento que Mordeus le hiciera daño, que nos tenga miedo.

Trago saliva.

—Yo también lo siento. Pero espero... Espero que algún día pueda volver a verla. De algún modo.

—Me aseguraré de que puedas. Podemos enseñarte a alterar tu aspecto... O una sacerdotisa podría hacerlo por ti. —Me aprieta la mano—. Sé lo que tu hermana significa para ti.

—Durante mucho tiempo fue lo único que tuve.

Observo el suelo mientras pongo un pie delante del otro. Tengo la sensación de que cada sacrificio que he hecho por Jas a lo largo de mi vida me ha traído hasta este momento. Que me he estado preparando para esto... sea lo que sea lo que me esté esperando; sea lo que sea lo que deba hacer para salvar este reino.

—Háblame de Jas —me pide Finn adelantándose y sacando la espada para cortar una barrera de enredaderas que nos cierra el paso—. ¿Cómo es?

Sonrío.

—Es maravillosa. Hace que todo el mundo a su alrededor sea más feliz. Le han gustado las historias y los cuentos desde siempre, que yo recuerde. Incluso cuando era muy pequeña y pensaba que no las entendía, se quedaba quieta, acurrucada entre mis brazos mientras mi madre nos hablaba de la

tierra mágica de Feéra. Creo que a Jas le gustaba el sonido de su voz y la cadencia de los cuentos que se inventaba.

Finn, que no deja de observar a su alrededor en busca de amenazas, me mira un instante.

—¿Crees que tu madre sabía que tenías un papel en nuestro mundo?

—No lo sé. —Me encojo de hombros.

Si no me equivoco y ya he estado aquí antes, es decir, si mi madre me trajo al inframundo, sin duda algo tenía que saber.

Un halcón hecho de niebla se lanza en picado frente a nosotros. Echo la cabeza hacia atrás, pero no me atrevo a aflojar el paso. Cuando Finn me aprieta la mano le pregunto:

—¿Algo de lo que vemos es real?

—Eso depende de tu definición de *real*. En todo caso, no mires hacia abajo.

Al oírlo los ojos se me van solos. Y ahí, a lado y lado de la niebla sobre la que caminamos, el suelo se ha desplomado dejando a la vista un impresionante precipicio que cae a la nada. Las piernas me flaquean.

—La vista al frente, princesa —me ordena tirando de mí suavemente.

Caminamos sin cesar hasta que me duelen las piernas, hasta que empiezo a dudar de que haya sido buena idea haber venido.

Tras haberme recordado por enésima vez los motivos por los que estamos aquí, la niebla y las sombras se abren y las montañas vuelven a formarse a nuestro alrededor. De repente nos encontramos en el centro de...

—Es un salón del trono —susurro contemplando el estrado de piedra y el trono de raíces retorcidas que hay sobre él.

—Reina Mab, soy el príncipe Finnian, hijo de Oberon, y ella es Abriella, del linaje de Mab —nos presenta Finn con la cara alzada hacia el cielo, que no es ni cielo ni techo—. Ella es quien ostenta el poder de la corona unseelie y yo soy su pareja amarrada. Venimos buscando tu guía y consejo para poder salvar tu reino.

El trono está vacío, pero un instante después grandes llamaradas negras lo rodean y parpadean revelando a una figura femenina de ojos pardos. Tiene el pelo rojo como el fuego, largo hasta la cintura. Los mechones entran y salen de las llamas negras, como si bailaran una extraña danza.

«Yo ya he estado aquí. Ya había visto esas llamas negras.»

«El día que cumpla dieciocho años —había dicho Mab, y sus palabras me hicieron daño en los oídos—. Ese día adoptará su forma auténtica. No trates de evitarlo.»

A mi lado Finn se arrodilla. Estoy tan sorprendida que no sigo su ejemplo hasta que él no me tira de la mano.

—Podéis levantaros —nos dice Mab sin mover los labios. No oigo su voz con los oídos, sino como un eco en mi cabeza—. No suelo recibir visitas. Acercaos y dejad que os vea las caras.

Finn y yo nos levantamos lentamente y damos dos pasos hacia ella.

Cuando las llamas negras que la rodean se retiran, veo lo pálida que es su piel —casi gris— y cómo contrasta con sus labios, rojos como la sangre. Ladea la cabeza en dirección a Finn y le dirige una sonrisa triste.

—Tienes los ojos de tu padre, pero la piel, que recuerda a las arenas del desierto, la has sacado de tu madre. Ella no fue la que tus abuelos eligieron para que reinara a su lado.

Finn traga saliva; noto la tensión que emana de él.

—Y, sin embargo, fue una buena reina —replica.

—Lástima que tuviera que morir tan joven.

La sonrisa de Mab les roba sinceridad a sus palabras. Una cosa me queda clara: tal vez quiera lo mejor para su pueblo, tal vez sea la única que pueda ayudarnos a salvar su corte, pero no es la antepasada bondadosa que me imaginaba. Tenía razón de niña al tenerle miedo.

Le aprieto la mano a Finn para transmitirle calma. Espero que respire hondo y no se deje provocar.

—Y tú te pareces a mi nieta —añade Mab curvando los labios de color rojo encendido en una sonrisa de sirena al volverse hacia mí.

—Me han dicho que soy del linaje de Mab. ¿Es cierto? ¿Soy descendiente de tu nieta?

—Sí, de la amada reina Reé. Ella tuvo que presenciar cómo la corte seelie asesinaba a todos sus hijos y nietos. Sabía que no podía pasarle la corona a nadie de su linaje, porque corría el riesgo de que desapareciera por completo. Por eso transformó a su hija pequeña en humana y la envió al reino mortal, para mantenerla a salvo. Así, generaciones más tarde, cuando

la corte no pudiera aguantar más, podrías regresar y salvar a mi pueblo y a nuestra tierra de la aniquilación total.

—Pensábamos que tu linaje había desaparecido —dice Finn—. Nadie nos avisó.

—Las profecías estaban ahí. ¿Acaso no oísteis los rumores sobre una reina que se presentaría como forastera, una que equilibraría el sol y las sombras, y pondría fin a la guerra?

Contengo el aliento.

—¿Una reina?

Sebastian me habló de esa profecía para justificar sus planes de apoderarse del trono, pero él pensaba que hablaba de un rey.

Mab me dirige una de sus hermosas y aterradoras sonrisas.

—En mi linaje el auténtico poder lo tienen ellas. Por supuesto que la profecía habla de una reina. Tu madre iba a contártelo todo cuando cumplieras dieciséis años. Luego, cuando cumplieras los dieciocho, la magia dormida se habría despertado en tu interior y te habrías transformado. —Suelta un sonido que podría considerarse una risa—. Si no te hubieras vinculado al hijo de Arya, no habrías necesitado aquella poción vital. Tu sangre se habría encargado de todo, sin necesidad de pasar por una muerte dolorosa.

Niego con la cabeza.

—No lo entiendo. Mi madre era humana. Pero, si también pertenecía a tu linaje, ¿por qué no se transformó al cumplir los dieciocho?

—Porque no era el momento —responde Mab—. Ni para ella ni para las que vinieron antes que ella. No eran las prometidas. No eran tú. Por eso se suprimió su parte fae, igual que se hizo contigo y tu hermana.

Sus palabras me van calando lentamente y llegan a lo más hondo de mí, donde las reconozco como ciertas, como si siempre hubieran estado ahí.

—Mi madre lo sabía.

—Y Oberon también lo sabía la noche que te salvó —dice Mab—. Su sangre fue en parte la causa de la atracción que sintió hacia ella, aunque en aquel momento él aún lo ignoraba. Cuando pudo regresar a casa tras la larga noche en el reino humano quiso que ella lo acompañara. Ella se negó porque sabía cuál era su lugar. Sabía que era la madre de la siguiente gran

reina de las Sombras. Sabía que el reino de Oberon te necesitaba más a ti que a él. Solo cuando estuviste al borde de la muerte él entendió al fin toda la verdad.

Finn baja la cabeza hacia el suelo y niega con la cabeza.

—Al final lo que hizo fue proteger a su corte —concluye, y no se me escapa el alivio con que pronuncia esas palabras. Se nota que necesitaba esta información sobre su padre.

—Habría tenido más tiempo si la reina Arya no hubiera interferido.

—¿Arya? ¿Ella sabía que yo era tu descendiente? —le pregunto.

—Por los dioses, no. El poder que te enmascaraba era demasiado fuerte para que lo detectara una descendiente de Deaglan. Su vidente profetizó que la hija mayor de la amante de Oberon la mataría, clavándole su propia daga en el corazón. Por eso Arya envió a sus asquerosos trasgos a través del portal para que provocaran el incendio. Colocaron una trampa para que la casa colapsara cuando salieras corriendo hacia la puerta. Pero tú elegiste poner a salvo a tu hermana, y ponerla a ella por delante hizo que no estuvieras en el lugar previsto cuando la casa se vino abajo. Gracias a que salvaste a tu hermana, Oberon tuvo tiempo de salvarte pasándote la corona, aunque tuvo que hacerlo años antes de lo previsto.

Con el corazón desbocado retrocedo en el tiempo y recoloco las piezas de un puzle que pensaba que entendía.

—Pensaba que lo entenderías al sentarte en el trono de las Sombras —sigue diciendo Mab. Sus ojos pardos, tan parecidos a los míos, me miran fijamente. Siento que puede ver en mi interior, leer el pasado—. El trono era tuyo; podrías habértelo quedado. Aunque gobernar como mortal habría sido... complicado.

Niego con la cabeza.

—No lo sabía. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Los que habitamos en el Crepúsculo no podemos hablar directamente con los vivos, a menos que hagan el viaje hasta aquí. Y tú estás aquí ahora porque las sacerdotisas unieron sus poderes para enviarte el mensaje a pesar de los esfuerzos de la traidora de la suma sacerdotisa por alejarte de mí.

—La corte unseelie está muriendo —le explico—. Dices que he de desempeñar un papel en todo esto, pero no puedo sentarme en el trono sin la

corona y Sebastian no puede sentarse en el trono sin el poder. Dinos cómo lograr que alguien se siente en el trono.

Esta vez su sonrisa es más amplia y deja al descubierto sus dientes negros, entre los que asoma una oscuridad infinita.

—Si él entregara su vida podría entregarte la corona a ti, hija mía.

Las serpientes reptan y se retuercen entre las llamas que lamen la base del trono. Los sonidos sibilantes que emiten son como una advertencia, como un reloj que marca el paso del tiempo.

—Tiene que haber otra manera —declaro.

—Depende de cuál es la pregunta que quieres que te responda. ¿Quieres saber cómo sentar a un gobernante en el trono de las Sombras o quieres saber cómo salvar el reino?

Me vuelvo hacia Finn y veo cómo le brillan los ojos de frustración.

—Ayúdanos a salvar la corte —le pide con impaciencia—. Para eso hemos venido.

Las serpientes se abalanzan sobre nosotros mostrándonos los colmillos y silbando con más fuerza.

—Necesitáis algo más que corona, poder y trono para salvar al reino de las Sombras —nos dice—. La reina Arya se ha vuelto demasiado poderosa. Tienes que equilibrar las cortes. La solución exige un sacrificio.

Finn palidece.

—No pretenderás que Abriella...

—¿Se sacrifique? No. —Mab ladea la cabeza—. Aunque lo haría, ¿te das cuenta? Su amor por ti no sería suficiente para impedirlo. Si ella creyera que el hijo de Arya pudiera ser el gobernante que necesitan los unseelies, ya estaría aquí abajo conmigo. —Chasquea la lengua—. Niña boba.

—Por favor, ayúdanos —susurro. La voz me sale ronca, como si hubiera estado gritando—. Hay niños muriendo. La corte entera está muriendo.

—Sí, porque el poder de la reina Arya es demasiado grande. Incluso si el príncipe Ronan estuviera dispuesto a sacrificarse, su madre seguiría siendo cada vez más poderosa, y mi preciosa corte moriría igualmente. Hay que ocuparse de ella.

—¿Tu solución es matar a Arya? —refunfuña Finn—. ¿Y cómo se supone que vamos a hacerlo? Está demasiado bien protegida, demasiado escondida, y es demasiado poderosa.

—Cada día más —corrobora Mab—. La Corte del Sol se ha vuelto excesivamente fuerte, y el continuo desequilibrio de fuerzas hace que su poder aumente.

—¿Quieres que le pida a Sebastian que se sacrifique para que yo pueda ocupar el trono, pero al mismo tiempo me estás diciendo que eso no servirá de nada si no matamos a Arya?

—Sí, pequeña. También deberás matar a la reina. Solo tú puedes hacerlo.

—¿Y si no puedo? —Clavo la mirada en mi antepasada—. No soy nada especial. No soy más que una chica que...

—Que amaba con tanta intensidad que se adentró en un reino desconocido para salvar a su hermana —me interrumpe Mab. Inspira hondo, despacio, y me examina de arriba abajo—. Yo solo era una madre que habría dado cualquier cosa por salvar a su hijo. Es el amor, pequeña, el que nos hace aptas para gobernar. Pero ese mismo amor nos vuelve malvadas. Fue ese amor el que me llevó a lanzar una maldición sobre un reino. Y tu amor hizo que engañaras a tu amante robando en la corte seelie. No pierdas de vista tu parte oscura. Pon tu oscuridad al servicio de la luz.

Tengo ganas de gritar. ¿Hemos venido hasta aquí para que nos diga lo que ya sabíamos? ¿Para que nos sugiera que convenzamos a Sebastian de que haga algo que yo nunca podría perdonarme, ni siquiera aunque él quisiera?

—Pero... —añade Mab, tras una larga pausa—. Si no eres capaz de sacrificar la inmortalidad de tu pareja vinculada ni de encontrar el modo de matar a la reina Arya, hay otra manera.

El corazón se me desboca, como si quisiera salir corriendo hacia el portal antes que yo.

—¿Cuál?

—Cuando creé el trono de las Sombras ya llevaba la corona, por eso uní el trono a mi pareja, con la que había vinculado mi alma.

Finn da un paso para colocarse ante mí.

—¿Pareja vinculada?

—El trono reconoce el vínculo. Para él la pareja vinculada es una única entidad, siempre y cuando el vínculo haya sido consolidado con la magia del Río de Hielo.

—No —susurra Finn palideciendo. Yo paseo la mirada entre él y Mab, sin entender—. El Río de Hielo no consolida únicamente el vínculo; también une ambas vidas. Por lo que, si le pasara algo a Sebastian. Si muriera...

—Yo también moriría —musito.

—Sí —confirma Mab—. Si os dirigís a esas aguas sagradas juntos y consolidáis vuestro vínculo para que no pueda deshacerse y vuestras vidas permanezcan unidas de manera inextricable, tú y el príncipe que lleva la corona podréis subir al trono, siempre y cuando lo hagáis juntos. De este modo la corona y su poder están en dos seres distintos, pero nunca se dividen. Si la sangre seelie del príncipe Ronan sube al trono al lado de mi sangre, las cortes recobrarán el equilibrio.

No me muevo, pero siento que he retrocedido tres pasos de un empujón.

Mab se vuelve hacia Finn.

—Como su pareja amarrada confío en que la apoyarás en todo, elija lo que elija. Confío en que le proporcionarás el poder que necesite para llevar a cabo sus planes.

Finn se yergue y aprieta los dientes.

—Por supuesto. Será un honor.

Cuando se vuelve hacia mí percibo un vacío en su mirada que no había vuelto a ver desde que me habló de la muerte de Isabel entre sus brazos. Lleva toda la vida preparándose para ocupar ese trono, y ahora tiene que entregárselo a Sebastian. Y, además, tiene que renunciar a mí.

Le acaricio la muñeca ligeramente.

—Finn.

—Tenemos que irnos.

—Ve tú —le ordena Mab inclinando la cabeza en su dirección—. Yo tengo que hablar con mi pequeña un momento.

Sin darle tiempo a reaccionar Mab mueve una mano y Finn desaparece.

Contengo el aliento, pero ella me tranquiliza.

—Te estará esperando cuando termine contigo.

—¿Qué necesitas? —le pregunto, aunque sigo tratando de procesar todo lo que me ha dicho. Sigo tratando de imaginarme cómo puede ser mi vida de ahora en adelante. No es que tenga elección; no puedo darle la espalda al reino.

—Sé que anhelas la mortalidad. —Mab ladea la cabeza y entorna los ojos—. O la anhelabas. Estás cambiando muy deprisa. Tal vez ya no te alegra tener la respuesta que habías venido a buscar.

—No uses adivinanzas y dime cómo salvar la corte.

—Salvar la corte. ¿Es eso lo que más quieres? ¿Más que una breve vida humana en tu cruel mundo mortal?

Tengo la sensación de que es una pregunta importante, sólida y frágil al mismo tiempo.

—Lo que más quiero es salvar la corte.

Ella asiente una sola vez, con una contundencia que me hace sentir que una gran parte de mi destino acaba de ser decidido.

—No estás lista para gobernar.

Casi se me escapa un grito de frustración, pero lo contengo mordiéndome el labio.

—Haré lo que sea necesario para salvar la corte.

—Pero fracasarás si no aceptas la oscuridad que llevas dentro. ¿Por qué la rechazas?

—¿Qué es lo que rechazo?

—Tu lado oscuro, tu ser de las Sombras.

Contengo el aliento.

«Mi ser de las Sombras.»

Me asaltan imágenes: los cuerpos mutilados de los orcos alrededor de la hoguera, el puñal ensangrentado brillando a la luz de las llamas, el mechón de pelo de Juliana en mi mesita de noche.

—Es un arma que permanece a la espera, a tu disposición, pero te niegas a utilizarla. La amantísima Abriella, entregada, cariñosa, responsable. Pero tienes otra cara, otra parte: la sombría. Y tu ser de las Sombras tiene poder. Lo único que tienes que hacer es aceptar

voluntariamente esa parte de ti que te niegas a reconocer. Acepta la oscuridad y ella se despertará y te servirá.

—No la necesito.

—Sí, la necesitas. —Mab sonríe—. Tu sombra domina la parte de ti que es malvada: controla los celos, la ira. Es tu parte sombría la que se rinde al egoísmo y reclama lo que quieres en realidad. —Ladeando la cabeza, me observa atentamente como si pudiera ver en mi interior. Hace una mueca, pero no sé si es de diversión o de repulsa—. Recuerda que si piensas sacrificar al príncipe Ronan para poder vincularte con tu pareja amarrada, deberás encontrar otra manera de equilibrar el poder entre las cortes. Mata a la reina, o presenciarás cómo ella destruye la corte de las sombras.

—No pienso sacrificarlo. —Niego con la cabeza—. No soy tan egoísta.

—Lo sé —replica ella, y su voz se vuelve melodiosa—. Y la reina también lo sabe. Por eso mismo necesitas a tu sombra. Porque ella no es tan compasiva y no tiene miedo de usar las armas que tiene a su disposición.

—¿Qué armas?

—Finnian, hijo de Oberon, es más poderoso que su padre y que su abuelo. Puedes usar su poder. Si accedes a su magia, nunca te faltará poder.

—¿Poniendo en riesgo su vida?

—La amantísima Abriella, entregada, cariñosa, responsable —repite, y es imposible no darse cuenta de su tono burlón—. La corte necesita a la Abriella malvada, a la maléfica.

—Me confundes con mi hermana. Yo no soy la bondad personificada.

—Por supuesto que no.

Tan súbitamente como había desaparecido, Finn reaparece a mi lado. No queda ni rastro de la reverencia con la que se ha acercado antes a esta gobernante de antaño. La mirada que le dirige dice que no le ha sentado nada bien que lo separaran de mí.

—Marchaos ya —nos indica—. Los monstruos han salido a jugar y nada les gustaría más que destruir el portal antes de que podáis cruzarlo.

La idea de quedarme atrapada aquí me da pánico.

—¿No puedes protegerlo?

—El portal queda a caballo entre dos planos y yo no puedo tocar nada que quede fuera del inframundo. ¡Marchaos!

Mab desaparece y las paredes de este sobrenatural salón del trono se vienen abajo.

Finn me toma la mano y juntos emprendemos el camino de regreso. No sé de cuánto tiempo disponemos; solo sé que tardamos lo que me parecieron muchas horas en llegar aquí.

—Corre. —Finn me coloca ante él de un empujón.

Obedezco y muevo los pies tan deprisa como puedo con Finn a mi espalda todo el rato. El inframundo juega con nosotros mientras recorremos el camino de regreso al portal. Las montañas se elevan y se desploman a nuestro lado y se ondulan bajo nuestros pies. En las profundidades se forman océanos, cuyas olas se alzan hasta nosotros, y nos tiran de las piernas, como si quisieran arrastrarnos con ellas.

Seguimos adelante. No me atrevo a aflojar el paso hasta que distingo el portal en la distancia, como si fuera un anillo de luz que nos diera la bienvenida a casa. Me falta el aire, pero no puedo detenerme.

La niebla que nos envuelve se convierte en lluvia, una lluvia intensa, continua, que me lastima las mejillas y me cala hasta los huesos. Las montañas tiemblan. Tengo las botas empapadas y, cuando miro hacia abajo, veo que el agua me llega por los tobillos.

Finn traga saliva y examina la niebla.

—Mi padre está aquí —susurra—. Lo siento.

Miro a mi alrededor, pero lo único que veo es la lluvia que me azota, el agua que sube de nivel y cielos deprimentes en todas direcciones.

—Ahora lo entiendo —dice Finn deteniéndose. Pero no habla conmigo; está hablando con alguien a quien no veo.

La luz del portal parpadea y pierde intensidad.

—Finn —lo llamo tirando de su mano.

Si a mí me dieran la oportunidad de hablar con mi madre, no dudaría en aprovecharla, pero tenemos que salir de aquí.

—¡Mierda! —grita Finn bajando la vista hacia el agua, que ya nos llega por las rodillas—. Corre.

No me lo hago repetir y corro hacia la luz del portal, que se va apagando. Cada vez me cuesta más correr por culpa del agua, que ya me alcanza los muslos. Y luego ya estoy nadando.

Me doy la vuelta para asegurarme de que Finn me sigue, pero veo que se ha detenido otra vez. Tiene la cara mirando hacia arriba y los ojos cerrados.

—¡Sigue! —me grita. Su voz es fuerte, pero su cuerpo... se está desvaneciendo, como una nube disipándose a la luz del sol.

—No sin ti. ¡Date prisa!

—Estoy atrapado. Las rocas se han movido. ¡Vete!

Nado hacia él, que me grita:

—¡Maldita sea, Abriella! No te queda mucho tiempo.

El portal brilla a mi espalda, llamándome, pero no puedo darle la espalda a Finn. No quiero. Las burlas de Mab resuenan en mi cabeza, pero las ignoro. La chica que llegó a un mundo nuevo y desconocido para rescatar a su hermana es la misma que no va a abandonar a su amado.

Inspiro hondo y me sumerjo hasta que veo las rocas que aprisionan los pies de Finn. El agua helada arremete contra mí. La corriente es fuerte y tengo que nadar con fuerza para que no me arrastre. Si me permito un instante de debilidad me arrastrará lejos de él.

Le rodeo el muslo con un brazo y uso la otra mano para tirar de las rocas que le atrapan la pierna, pero son demasiado grandes, demasiado pesadas. Tengo que utilizar las dos manos, pataleando sin cesar para luchar contra la corriente. Tengo los dedos insensibles y no me obedecen como deberían, pero sigo tirando de las rocas, que aparecen mágicamente una y otra vez.

Un aullido agudo rasga las aguas. Cuando me vuelvo hacia el ruido veo unos fantasmales ojos blancos que vienen directos hacia mí. Sigo tirando sin cesar hasta que este extraño lugar reconoce mi empeño y las rocas que le atrapaban las piernas se desmoronan.

Noto unas manos que me sujetan por las axilas. Es Finn, que tira de mí hacia la superficie.

—¡Vete! —grita empujándome hacia delante, hacia el portal... y hacia el monstruo.

Yo niego con la cabeza mientras trato de recobrar el resuello.

—Hay algo en aquella dirección. Hemos de dar un rodeo.

—No hay tiempo.

Finn me sujeta con un brazo y echa a nadar tirando de mí.

—Estoy bien. —Me libero y nado a su lado, aunque tengo los brazos y las piernas dormidos.

Mi instinto me grita que deberíamos nadar en dirección contraria a esos ojos, y no hacia ellos, pero me obligo a seguir avanzando hacia la luz del portal, que cada vez brilla con menos intensidad.

—Ya casi llegamos —dice Finn.

Noto un dolor que me desgarra la pierna y algo tira de mí. Bajamos más y más hasta que la presión me oprime los oídos y los pulmones me arden.

Más hondo.

No veo a la criatura que me ha atrapado, pero a juzgar por el tamaño de la boca que me ciñe la pierna ha de ser enorme. Rodea rocas y aprovecha la fuerza de la corriente hasta que entramos en una cueva submarina. Busco con las manos hasta que encuentro una roca con los cantos afilados y se la clavo a la criatura en uno de sus aterradores ojos blancos.

Cuando la criatura me suelta no tardo ni un segundo en desandar el trayecto y salir de la cueva. Finn, que venía tras de mí, me rodea con un brazo y tira de mí hacia la superficie.

El aire me quema los pulmones cuando inspiro hondo, quema como si fuera veneno. Me duele tanto que no me atrevo a volver a respirar.

—¡Estás a salvo! —Finn tira de mí hasta dejarme sobre un resalte rocoso sobre las aguas revueltas. Me tumba y me mira fijamente a los ojos —. ¡Respira, maldita sea! —grita con los ojos llenos de angustia.

Y lo hago: respiro, aunque es una agonía. Quiero regresar al agua y echarme a dormir. Me duele demasiado.

—¡Otra vez! —me ordena Finn.

Le obedezco una, dos, tres veces más, y cada vez me duele un poco menos.

Solo entonces deja de observarme y mira a su alrededor.

Todo me da vueltas, pero trato de seguir su ejemplo y ver lo que está viendo. El cielo que se alza sobre nosotros no está oscuro. Yo veo en la oscuridad, pero esta negrura no es oscuridad: es vacío.

El agua golpea la roca en la que nos hemos refugiado y en la distancia el portal...

—¿Dónde está? —Tengo la voz ronca. Más que palabras me salen sonidos ahogados, pero él sabe lo que le estoy preguntando.

—Ha desaparecido —susurra—. El portal se ha cerrado. —Baja la vista hacia mi muslo y su expresión se ensombrece.

Solo cuando veo el corte profundo y ensangrentado que tengo en la pierna siento el dolor. La adrenalina y el frío lo habían enmascarado, pero ahora me duele, me quema, palpita y todo se llena de sangre.

«Voy a morir aquí.»

27

«Cuando el agua crezca, necesitarás al monstruo de ojos blancos. No huyas de él.»

¿La criatura que ha estado a punto de ahogarme era la que predijo Lark?

«No te rindas hasta que el monstruo te lleve hasta lo más hondo, princesa.»

—Creo que hay otro camino —susurro palpando en busca de la mano de Finn—. El monstruo de ojos blancos conoce otra manera de salir. Tiene que haber otro portal en lo más hondo, otra salida.

Los ojos de Finn brillan en la oscuridad.

—¿Te lo ha dicho Mab?

—Lark —respondo en voz baja—. En sueños.

Él inspira hondo y vuelve a observarme la pierna.

—¿Puedes nadar así?

Niego con la cabeza.

—Ve sin mí.

—Y una mierda.

—Voy a ser un lastre. No sé lo honda que es la cueva ni cuánto hay que nadar. No puedes arrastrarme todo ese rato.

Él se quita la chaqueta y la rompe para hacer una larga tira de tela.

—Tienes dos opciones: o nadas o te arrastro —me dice mientras me venda el muslo. Aprieta la venda con tanta fuerza que me duele, pero la sangre deja de brotar.

A nuestro alrededor las rocas tiemblan y se agrietan, como si el mundo entero estuviera a punto de venirse abajo.

—¡Vete! —grito—. Y sigue nadando, aunque me pierdas. —Lo empujo hacia el agua.

Cuando sus ojos conectan con los míos parecen arder. Sosteniéndome la cara entre las dos manos me dice:

—No te atrevas a morirte estando conmigo, princesa. Vamos a encontrar ese portal juntos, y vamos a pasar al otro lado, ¿queda claro?

Las rocas que nos sostienen vuelven a temblar, y el agua se abre paso entre las grietas.

—Finn...

—¿Queda claro?

No piensa irse a ninguna parte hasta que no acceda, así que asiento con la cabeza.

—Bien, vámonos.

Se levanta y me ayuda a ponerme de pie. Luego inspira hondo y se lanza de cabeza al agua. Yo sigo su ejemplo, y siento que me estoy zambullendo en una capa de hielo. Todos mis sentidos protestan bajo el asalto del intenso frío. Es como si me clavaran miles de agujas congeladas por toda la piel. Mi instinto me grita que salga a la superficie.

Sin darme tiempo a plantearme nada, Finn tira de mí hasta la oscura boca de la cueva. Regresamos en busca de esos letales ojos blancos y esas fauces descomunales. Aprieto el mango del puñal con toda la fuerza que me permiten mis manos entumecidas y sigo nadando, buscando en mi interior una fuerza que no tengo.

Finn abre camino entre las aguas turbias, con su daga en la mano, y yo lo sigo buscando esos ojos. Delante de nosotros no hay nada. No hay oscuridad, sino el vacío, igual que en el cielo. Finn me toma la mano y señala. Voy tras él cuando gira a la izquierda. Entonces lo veo: otro resalte rocoso y la superficie del agua; hay aire dentro de la cueva.

Salimos a la superficie e inspiramos hondo al mismo tiempo.

Finn se aparta el agua de los ojos antes de examinar el entorno.

—Casi no sé ni qué es arriba y qué es abajo —murmura.

—Hacia lo hondo. Lark dijo que teníamos que ir hacia lo más hondo. —Me castañetean los dientes y me cuesta un gran esfuerzo mantenerme a

flote. Siento náuseas y el pulso errático—. Si no lo consigo prométeme que seguirás sin mí.

Finn me dirige una mirada amenazadora y vuelvo a ver en él al oscuro príncipe de las Sombras.

—Fingiré que no he oído que me has dicho eso después de prometerme que no ibas a morir.

Trato de reír, pero lo que sale de mi boca es un gemido.

—¿Estás lista? —me pregunta, también con la voz ronca, mientras el agua se revuelve a nuestro alrededor.

—Algo se acerca —le advierto.

—Nada. Nada con todas tus fuerzas.

Es una orden que no me atrevo a desobedecer. Juntos nos sumergimos y nadamos. Dejo que Finn nos guíe siguiendo su intuición. Porque tiene razón, no es nada fácil orientarse en este lugar.

Siento las piernas como bloques de hielo, los brazos son dos pesos muertos y noto tanta presión en los pulmones que parecen a punto de estallar. Si pierdo la confianza en Finn un solo instante, si dudo de que estemos yendo en la dirección correcta, me rendiré.

Cuando volvemos a asomarnos a la superficie el agua está tan cerca del techo de la cueva que solo hay espacio para que cojamos aire por la boca y la nariz. Es una tortura. Siento que las rocas se cierran sobre nosotros, robándonos el aire. Los escalofríos me recorren la espalda, los brazos y las piernas.

Vuelven a tirar de mí hacia abajo. Esta vez no noto un dolor lacerante; no hay ningún monstruo enganchado a mi muslo, siento como si un montón de manos diminutas e invisibles tiraran de mí hacia abajo, abajo, abajo...

Cuando estoy a punto de abrir la boca y tragar agua, el rostro de Finn aparece ante mí entre las aguas turbias. Agarrándome por debajo de los brazos, tira de mí hacia la superficie, pero solo el tiempo necesario para dar una bocanada de aire antes de volver a sumergirnos. Y así continuamos, a ratos sumergiéndonos y nadando, a ratos saliendo a la superficie a respirar. Sumergirnos, nadar, salir, respirar. Una y otra vez.

Cuando creo que ya no puedo seguir nadando, lo hago igualmente. Cuando pienso que la cueva ya no puede ser más oscura y estoy convencida

de que no puedo continuar, lo veo: un anillo de luz blanca, desvaída y palpitante.

Mi cuerpo me pide a gritos que me detenga, que me deje ir y me hunda hasta el fondo, hacia la promesa de unos brazos cálidos que me acunarán cuando llegue.

Finn me agarra la mano y tira de mí con fuerza.

«No pares. No te atrevas a rendirte.»

Su voluntad penetra en mí, empapándome. Pataleo con fuerza dirigiéndome hacia el túnel de luz. Es una luz cegadora que nos rodea por completo. La mano de Finn no me suelta y tira de mí hacia arriba, arriba, arriba. De repente rompemos la superficie y hay sol, y aire puro y el sonido de pájaros que cantan en los árboles.

—Ya casi estamos, princesa. —Sin soltarme la mano me arrastra por el agua hasta que alcanzamos tierra. Cuando el agua es lo bastante poco profunda, avanzamos a cuatro patas hasta la orilla arenosa.

Toso jadeando aparatosamente, como si mis pulmones trataran de recuperar el aire que les ha faltado durante el tiempo que hemos pasado bajo el agua, sin respirar. Luego me desplomo y me tumbo de espaldas dejando que la luz del sol me empape.

Finn se vuelve hacia mí.

—La pierna, ¿está bien? ¿Puedes caminar?

Tiro de los pantalones rotos para examinarme el muslo y me quedo boquiabierta al ver que no tengo ni un rasguño.

—No hay nada.

Él me observa la pierna con los ojos muy abiertos.

—¿Y no te duele?

—Estoy... bien.

—Cuando me he quedado atrapado entre las rocas, deberías haber cruzado el portal sin mí —me reprende con la mandíbula en tensión y los ojos brillando de enfado.

—Nunca.

Con tanta rapidez que casi no lo veo ni moverse, se abalanza sobre mí y pega su boca a la mía. Estos besos no se parecen a los de anoche. No hay sitio para la delicadeza en un beso que está tan lleno de otras cosas. Con

una fiereza casi cruel las vierte todas en el beso: la furia, la frustración y el profundo alivio.

Y yo lo acepto todo. Acepto el beso y lo acepto a él, por completo. Enredo los dedos en su pelo y le devuelvo el beso con toda mi alma, con todo mi ser.

Debería estar muerta ahora mismo. Debería haber muerto ya tres veces. Seguir con vida es un regalo glorioso. Que Finn esté aquí conmigo, que pueda besarme, es otro regalo.

Él separa la boca de la mía y trata de apartarse, pero lo agarro por la pechera de la camisa y lo atraigo de vuelta hacia mi boca. No quiero que discutamos sobre las decisiones que he tomado ahí abajo. Ahora no. Lo que quiero es concentrarme en el sabor de sus labios y en lo delicioso que es notar el peso de su cuerpo sobre el mío. Necesito tenerlo tan cerca como sea posible.

Él se rinde, gruñendo en mi boca, y me da lo que quiero. Me recorre el costado con la mano, sobre la camisa mojada, hasta que me cubre el pecho y me acaricia el pezón por encima de la tela empapada.

Contengo el aliento sin separar la boca de la suya y arqueo la espalda.

—Brie —murmura contra mis labios.

—Por favor.

El sonido ahogado que sale de su boca me rompe el corazón e intensifica el ansia de tenerlo más cerca. De manera instintiva doblo una rodilla para que él pueda asentarse más completamente entre mis piernas. Le recorro la espalda con las manos y tiro de su camisa hasta quitársela. La mía sigue el mismo camino, en un frenesí de manos y bocas.

Ahora mismo no sé quién soy; ni siquiera qué soy. Soy puro deseo. Y necesidad. Lo beso con toda la desesperación que he sentido mientras luchábamos por alcanzar el portal. Vuelvo a estar pataleando en dirección a la superficie, pero ahora, en vez de aire, lo necesito a él.

Finn me recorre el cuello con la boca abierta mientras me acaricia los costados, arriba y abajo. Tira de mis pantalones hasta quitármelos y los lanza a un lado antes de volver a acomodarse sobre mí. Me roza un pecho con los dientes y acaricia con la lengua el pezón dolorido.

Yo me peleo con su ropa y con la mía, porque necesito el contacto directo de su piel; necesito el consuelo de su calor.

—Brie.

De repente me sujeta por las muñecas y me levanta los brazos por encima de la cabeza. Y cuando alza la cara para mirarme a los ojos ya no queda ni rastro de la ternura de anoche. Sus ojos son dos pozos de necesidad descarnada. Son lujuria envuelta en agonía.

—Te necesito. —Levanto las caderas bajo su cuerpo.

Sosteniéndome la mirada, se clava en mí. Suelto el aliento en un soplo de placer y de alivio mientras buscamos el ritmo que da y que toma en igual medida.

Desliza las manos sobre mis muñecas y entrelaza los dedos de ambos uniendo las palmas. El placer se estira y aumenta de intensidad. Crece a lo alto y a lo ancho, y me invade por completo hasta que no hay lugar para más. Su boca se apodera de la mía en el instante en que ambos alcanzamos el clímax al mismo tiempo. La intensidad me sorprende tanto que al morderme el labio noto que está cubierto de sangre.

Él alza la cabeza jadeando. Tiene los ojos desenfocados, el labio hinchado y partido donde lo he mordido. Me suelta las manos y me acaricia la mejilla con el pulgar, contemplándome la cara.

Pero pronto, demasiado pronto, el calor de sus ojos se apaga. Noto que le cierra la puerta a nuestra conexión, noto que se aleja de mí, aunque apoya cariñosamente la frente en la mía.

—Lo siento. No debería haber dejado que pasara.

¿En serio? ¿Se está disculpando por algo que ambos queríamos? Me echaría a reír si no estuviera aún un poco aturdida por nuestro frenético encuentro.

Sale de encima de mí y me alcanza la ropa —la camisa, los pantalones y las botas que no recuerdo haberme quitado—. Me visto mientras él busca su ropa.

Siento como si alguien nos hubiera tirado un cubo de hielo por encima.

—¿Por qué se me ha curado la pierna? —le pregunto, básicamente porque quiero que vuelva a mirarme.

—Dicen que, cuando la gente muere durante las visitas al inframundo, es por culpa de su mente. Lo que no sabía era que se referían a que las heridas no son reales. —Fija la vista en los botones de su camisa para no mirarme a los ojos. Al parecer, parte del dolor que sentimos es de lo más real—. Tenemos que irnos.

Mi cuerpo, que había recuperado el calor hace escasos segundos, vuelve a quedarse helado. Me siento confusa y rechazada.

—Finn, espera. —Él se detiene, pero sigue dándome la espalda—. ¿Qué pasa?

Sin volverse, niega con la cabeza.

—Hemos de volver al palacio.

Me muerdo el labio.

—Siento haber arruinado tu posibilidad de conseguir el trono. Siento haberlo arruinado todo. Siento que el único modo de salvar a tu pueblo sea dándome el reino a mí y al hermano que odias. Siento que...

Él se vuelve al fin hacia mí, con los ojos llameantes y los dientes apretados.

—¿Crees que estoy enfadado por eso? —Eleva la cara hacia el cielo y niega con la cabeza—. Tenemos que irnos —repite.

Trago saliva, dolida y rechazada, pero al mismo tiempo sintiendo que no tengo derecho a experimentar ninguna de esas cosas. Me lo trago todo y miro a mi alrededor.

—¿Dónde estamos?

Él ladea la cabeza.

—Dímelo tú, princesa.

—No lo sé. ¿Cómo voy a saber...? —Pero entonces lo noto. Puedo saberlo por el modo en que mi poder vibra, por el modo en que la energía chisporrotea en mi sangre—. Estamos en tierras unseelie, pero no he recuperado la magia. Seguimos en la Cresta Silenciosa.

Él asiente con la cabeza.

—Pero ¿dónde? —insisto.

A él se le escapa la risa.

—No tengo ni idea. No es que visite el inframundo demasiado a menudo.

Finn echa a andar, alejándonos de la orilla, con el sol de la tarde a nuestra derecha. Al sur. Lo único que podemos hacer es dirigirnos al sur.

Caminamos en silencio durante horas hasta que recupero el acceso a mi magia. Solo entonces hacemos una pausa.

«Ahí estás. —Misha habla en mi mente mientras bebo el agua fresca de un arroyo—. Pensábamos que te habíamos perdido, princesa.»

«Lo hemos logrado, pero no tengo claro dónde estamos. ¿Puedes pedirle a Sebastian que nos localice y nos envíe un goblin adonde sea que estemos? Hemos de llegar a casa cuanto antes.»

«Dalo por hecho.»

Cuando me levanto Finn me está observando con una ceja alzada.

—¿Haciendo planes con Misha?

Asiento con la cabeza.

—Sebastian vendrá a buscarnos con un goblin.

—Fantástico. Justo a quien quería ver —refunfuña rodeándome.

—Estás de mal humor.

—Usted perdone —replica gruñendo.

—¿En qué estás pensando?

Se encoge de hombros.

—El deber, el honor, el sacrificio. Lo normal. —Supongo que pretendía hacer una broma, pero su tono de voz es demasiado serio.

—Siempre tan noble, príncipe —susurro.

Y lo peor es que lo pienso de verdad. La diferencia entre Sebastian y Finn es que Sebastian deseaba la corona, mientras que Finn solo quería ayudar a su pueblo. En mi mente no hay lugar para dudas. Tengo clarísimo cuál de los dos sería el mejor rey, pero la elección no es mía.

Él resopla.

—No tanto, ese es precisamente el problema.

—¿Qué significa eso?

Él se acuclilla junto al arroyo.

—Significa que soy un cabrón egoísta, Abriella. Pero creo que ese tema ya ha quedado claro.

—Estás enfadado conmigo. —Frunzo el ceño—. Tú sabes que la elección no ha sido mía. Sabes que yo no buscaba una excusa para seguir vinculada a Sebastian. Por eso me parece injusto que...

Él se pone de pie y se vuelve hacia mí.

—Todavía no lo entiendes, ¿no? La única razón por la que estoy enfadado es porque has arriesgado tu vida por salvar la mía, maldita sea. Deberías haber usado el primer portal y dejarme allí; igual que debiste usar tu poder cuando te acorralaron en el bosque. Te podría haber capturado la reina, o podrías haberte quedado atrapada en el inframundo porque estabas demasiado ocupada protegiéndome.

—¿Cómo puedes echármelo en cara cuando tú has hecho exactamente lo mismo? Cuando me han herido en la pierna, te has negado a irte sin mí.

—Tú tienes algo que ofrecerle a este mundo, tienes un objetivo; esta corte te necesita. Yo, en cambio, solo soy...

—Solo eres el amor de mi vida. Te necesito, Finn, tanto como esta corte. Y eso será así aunque nunca llegues a ocupar el trono. —Dejo caer los brazos a los lados—. No voy a permitir que te rindas porque no nos gusta la solución que Mab nos ha dado.

—No es que no me guste, Abriella. No me gustó que él te besara en el comedor. No me gusta que te toque siempre que tiene ocasión. Pero verte pasar la vida a su lado, eso es otra cosa. Me destrozará, y no tiene nada que ver con el puto trono.

—En realidad no estaré con él. Estaremos vinculados y gobernaremos juntos, pero lo que siento por ti no cambiará.

—¿Y qué papel represento yo en todo esto? ¿Qué seré? ¿Tu amante? ¿Tu consorte? ¿Cómo reaccionará Sebastian sabiendo exacta e íntimamente cómo te hago sentir cuando vienes a mi cama? ¿Y qué pasará cuando llegue el momento de engendrar un heredero? ¿Querrás que sea yo tu semental o será Sebastian quien tenga el honor?

Siento como si acabara de darme un puñetazo en el estómago.

—No estás siendo justo.

Él suelta una maldición.

—Ya lo sé. Y sé que nada de esto es culpa tuya. —Levanta la mirada hacia los gigantescos árboles que se alzan sobre nosotros, y una sombra

moteada oscurece su hermoso rostro—. Cuando Vexius murió nunca entendí por qué Pretha no regresó al castillo Craige. Por qué eligió estar sola y triste en vez de ser la amante de la mujer a la que ama. —La nuez del cuello le sube y baja al tragar saliva—. Ahora ya lo entiendo.

Me está rompiendo el corazón.

—Dime qué puedo hacer para que funcione.

Él cierra los ojos.

—Abriella. Estoy amarrado a ti, y tú eres mi reina. Haré lo que tenga que hacer para protegerte y servirte, pero no puedo ser tu amante mientras tú inicias una vida a su lado. No me conformo con trocitos de ti sabiendo que él compartirá el vínculo contigo hasta el día de tu muerte.

Le toco el brazo. Odio esto. Cuando Lark me dijo que podría ser reina, le dije que no quería tener tanto cuando otras personas tenían tan poco.

«Pues mejor para ti, porque lo perderás todo.»

Cuando me desperté después de la transformación y me di cuenta de que Sebastian me había traicionado, pensé que ya lo había perdido todo. Qué equivocada estaba.

—Lo siento —susurro—. No sé qué más decir.

Él alza la cabeza y las lágrimas que asoman a sus ojos grises se me clavan como cuchillos.

—No hay nada que decir.

Cuando Sebastian aparece con un goblin Finn y yo nos estamos mirando fijamente a los ojos.

Sebastian olfatea el aire y entorna los ojos tensándose. Sabe que hemos estado juntos.

No puedo preocuparme de esto ahora. Por primera vez desde que conocí a Finn agradezco separarme del príncipe de las Sombras y darle la mano a Sebastian.

Momentos después estamos en el palacio unseelie. Pretha y Kane corren hacia nosotros mientras nos llueven las preguntas desde todas partes.

—¿Estáis bien?

—¿Qué os ha dicho?

—¿Hay alguna solución?

—¿Qué le pasó al portal?

—Estás bien —le digo a Kane logrando sonreír.

—Sí, como nuevo. —Él me examina de arriba abajo y luego observa a su príncipe.

Me aferro desesperadamente a esta buena noticia. Lo necesito después de todo lo que hemos descubierto hoy. Pero entonces veo la cara de Pretha y cualquier rastro de optimismo me abandona.

—¿Lark? —pregunto en voz baja.

—Lleva dos días sin despertarse —susurra, aunque no habría hecho falta que pronunciara las palabras. Ya había visto la verdad en sus ojos cansados, en su rostro demacrado.

—Lo siento mucho —murmuro.

—Dime que habéis descubierto algo —me pide echando los hombros hacia atrás y levantando la barbilla, tal como me imagino que ha tenido que hacer cientos de veces en la vida—. Dime que tenemos un plan.

—Lo tenemos. —Le aprieto la mano con delicadeza.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Kane—. ¿Qué habéis descubierto? ¿Podemos arreglar el trono?

Finn asiente levemente con la cabeza evitando mirarme.

—Hay una manera. Abriella necesita un baño caliente y algo de comer, y luego tendrá que hablar con Sebastian antes de volvernos a reunir.

Kane suelta un resoplido indignado.

—¿Eso es todo? ¿No me vas a contar nada más?

Pretha alterna la mirada preocupada entre los dos.

—Estaré en mi habitación si me necesitáis —dice Finn antes de desaparecer.

No me doy permiso para quedarme contemplando el espacio que acaba de abandonar. Y no me doy permiso para recrearme en la soledad que me llena el pecho en su ausencia.

Era cierto que necesitaba un baño caliente y una buena comida, pero, mientras recorro los pasillos del Palacio de la Medianoche tras haber disfrutado de ambos, sé que solo he estado postergando lo inevitable. Cuando Finn ha desaparecido antes, parte de mí quería arrancarse la tirita

de golpe y compartir con los demás lo que Mab nos ha dicho. Pero Finn tiene razón. Primero tengo que hablar con Sebastian. Lo que pase a continuación depende totalmente del hijo de Arya.

Encuentro a Sebastian en sus habitaciones. Está sentado frente a una chisporroteante chimenea, contemplando las llamas, sosteniendo con desgana una copa de líquido ambarino en la mano.

Lo observo un buen rato. No sé si él nota mi presencia, y no me importa. Al estudiar su perfil veo en él al aprendiz de mago del que me enamoré en Elora, y veo también al príncipe que conspiró y traicionó a la chica a la que amaba para asegurarse la corona de su padre. Me doy cuenta de que siempre fue las dos cosas a la vez; me equivoqué al pensar que tenía que ser únicamente de una de las dos maneras.

—Hola, Abriella —me saluda sin volverse—. Espero que hayas tenido buen viaje.

Odio que pueda sentir el cambio en mi relación con Finn. Tal vez no pudiera sentirnos la primera noche que hicimos el amor, pero ahora lo tiene claro. Tal vez por eso no me ha mirado a los ojos desde que nos ha recogido en las montañas. Y tal vez por eso sigue sin mirarme ahora, aunque me he adentrado en la habitación.

—Me alegro de estar de vuelta en... casa —replico incómoda.

Él cierra los ojos y se pinza el puente de la nariz.

—Casa. Qué palabra tan extraña. ¿Es este lugar en realidad el hogar de nadie? Finn no se crio aquí y Dios sabe que mi padre no me invitó a visitarlo precisamente. Y tú... —Al fin se vuelve hacia mí—. En otro tiempo querías que te construyera un hogar. Se suponía que iba a ser este. Pero creo que ya no es eso lo que deseas.

Trago saliva. No puedo mantener otra conversación con él sobre nosotros hasta que no sepa lo que tenemos que hacer.

—Logramos ver a Mab.

Él ladea la cabeza estirando el cuello.

—Deja que lo adivine. Sugirió que yo debía morir. ¿A que sí? Dijo que debía sacrificarme para entregarte la corona. Estoy seguro de que le encantaría ver al hijo de Arya renunciar a su vida tan joven para que su descendiente pueda subir al trono.

—Esa opción no estaba sobre la mesa.

Cuando vuelve a mirarme a los ojos leo en ellos la desconfianza. Y parte de mí —la parte que es todavía una chica solitaria que trata de librarse de las deudas, la que solo quería mantener a salvo a su hermana— desea decir cualquier cosa para borrar su dolor. Pero no puedo; no sería justo para ninguno de los dos.

—Teníamos razón. —Sigo hablando al darme cuenta de que él no tiene intención de decir nada—. El largo letargo es síntoma de una corte moribunda. Mientras no haya nadie en el trono cada vez habrá más afectados. La enfermedad se extenderá y Ar..., tu madre... será cada vez más poderosa, hasta que esta corte muera y desaparezca por completo.

—Es decir que Mab os dijo exactamente lo que ya sabíais —replica en tono apagado.

—También nos dijo que la reina se ha vuelto tan poderosa que si no logramos acabar con su vida necesitaremos poder seelie en el trono de las Sombras. Es la única manera de reparar el desequilibrio. Mab dijo que su sangre y el poder de Gloriana pueden recomponer el trono y salvar el reino.

Él traga saliva.

—Nunca quise que pasara nada de esto. —Se levanta, se acaba la copa y se dirige a un mueble bar que hay en la esquina para rellenarla.

—Hay una solución. Una que no requiere que nos sacrifiquemos.

—¿Matar a mi madre? Y supongo que querrás que lo haga yo. Siento recordarte que no responde a mis mensajes ni a mis cartas. No tengo ni idea de dónde está ahora mismo.

El chico que conocí ya no existe. Y el que tengo delante se ha quedado sin esperanza a base de golpes. No puedo soportarlo.

—Estamos moviéndonos bajo la presunción de que es imposible matar a tu madre, al menos mientras el poder que acumula sea tan desproporcionado.

—Y entonces ¿qué hacemos? —pregunta frotándose la nuca.

Inspiro hondo antes de responder:

—Tú y yo podemos ascender al trono juntos. La corona y el poder reinarían juntos, porque estamos vinculados; porque en ese sentido formamos una unidad. Lo único que tendríamos que hacer sería ir al Río de

Hielo. Si vamos juntos las aguas harán que el vínculo sea permanente y nuestras vidas quedarán atadas la una a la otra. —Trago saliva antes de concluir—: Y entonces podremos reinar juntos.

Dejando la copa en el mueble, se vuelve hacia mí.

—¿Y qué opinas tú de ese plan?

El destello de esperanza que veo en sus ojos es como un puñal que se me clava en el corazón.

—Sebastian, no puedo estar contigo en una relación romántica. Eso quedó atrás; no sería justo para ninguno de los dos.

Él hace un ruido burlón.

—Claro. Porque ser justa conmigo te preocupa mucho, ¿verdad?

—Esto es algo que nos supera. —Trato de encontrar las palabras adecuadas mientras él me examina el rostro en busca de respuestas—. No lo haríamos por nosotros, sino para salvar a miles de inocentes de la muerte y de la esclavitud bajo el mandato de Arya.

—Yo no conocía sus planes. Nunca he querido que la corte unseelie sufriera de esta manera, tienes que creerme.

—Lo sé —susurro.

Él se acerca a mí.

—Entonces ¿seguirás vinculada a mí? ¿Reinarás a mi lado? —Me toma la mano—. Estás dispuesta a hacer esto por seres que antes odiabas.

Inspiro hondo reuniendo paciencia ante la evidencia de que Sebastian todavía no me comprende.

—Por supuesto que lo haré. Estos seres... Esta gente... —Mi mente se llena de imágenes. Veo a Finn y a su banda, consciente de todos los sacrificios que hicieron durante los largos años que duró la maldición. Veo a los refugiados en los campos para unseelies en las tierras de Misha, los niños dormidos y las caras amables que me recibieron en Staraelia—. Estaba cargada de prejuicios equivocados. Esta gente ya ha sufrido demasiado. Lo mínimo que se merecen es a un líder que los proteja.

—Habría hecho cualquier cosa por demostrar mi valía —manifiesta—. Cualquier cosa por recuperarte. Y ahora que al fin lo voy a lograr, ahora que nuestro futuro está sellado, estás enamorada de otro.

—Nunca fue mi intención enamorarme. —Trago saliva. Esto duele como un demonio. Es como si me estuvieran dando puñetazos en el pecho desde todas direcciones—. Pero esto es más importante que tú o que yo.

—Lo que sientes por él es culpa del amarre. El linaje de Mab siempre ha sentido una innegable atracción por sus parejas amarradas. No es culpa tuya que sientas lo que sientes.

Tal vez mi conexión con Finn empezara así, pero el amor que siento por él es más que eso. De todos modos, ¿qué importa ya? Si le digo la verdad a Sebastian, ¿qué lograré aparte de hacerle daño?

—Si accedo, ¿significa eso que me darás otra oportunidad? —me pregunta—. ¿Nos darás otra oportunidad? ¿O piensas seguir durmiendo con mi hermano?

Me encojo ante su tono acusatorio. No ha pronunciado las palabras *infiel* o *adúltera*, pero ha sonado como si lo hiciera.

—¿Crees que no sabía lo que pretendía hacer cuando te tuviera a solas en la Cresta Silenciosa? —Niega con la cabeza mientras suelta una risa sarcástica—. ¿Crees que no he notado el olor del uno en el otro cuando os he ido a buscar a las montañas?

Abro la boca para disculparme, pero vuelvo a cerrarla. Logré tener una noche preciosa, perfecta. Estoy renunciando a tantas cosas que no pienso arrepentirme de esa noche. Solo faltaría.

—No sé lo que pasará entre Finn y yo —digo al fin—. Pero este plan no contempla que tú y yo nos casemos y nos enamoremos otra vez.

Él da un paso atrás, y su rostro pierde toda expresión.

—No quiero que esté aquí. No podría gobernar a tu lado sabiendo que él te ronda, sintiendo cómo lo deseas.

—Pero él es mi pareja amarrada y puede suministrarme poder cuando lo necesite, puede protegerme.

—Puedes acceder a su poder desde lejos y yo estaré a tu lado para protegerte —dice enfadado—. Yo soy tu pareja vinculada. Si hemos de pasar la vida y el reinado juntos, es lo menos que deberías concederme. No lo quiero en el palacio, y si ha de formar parte de tu vida, que sea solo como tu leal servidor.

—¿Vas a exiliarlo? ¿Igual que hizo Mordeus?

—No le estoy prohibiendo la entrada en estas tierras. Solo...

Agacho la cabeza y me concentro en respirar mientras siento que su dolor me parte en dos. Se lo permito. Por una vez no lo bloqueo. Necesito sentir lo que está sintiendo. Necesito entender lo que esta solución supondrá para él; lo mucho que le costará. Si no, mi propio dolor, mi propio enfado y mis deseos egoístas me destrozarán.

Teniendo en cuenta la reacción de Finn de esta tarde, no creo que tenga intención de permanecer en el palacio, sea lo que sea lo que exija Sebastian. Dudo mucho que quiera quedarse tan siquiera en la capital. Y no lo culpo. No culpo a ninguno de los dos, igual que tampoco me culpo a mí por el enfado que siento hacia todos los involucrados en esta situación que nos ha traído hasta este punto.

Si Oberon no hubiera seducido a Arya con la intención de debilitar la corte seelie.

Si la reina no hubiera enviado a esos trasgos a que quemaran la casa donde pasé mi infancia.

Si mi tía no nos hubiera engañado a Jas y a mí para que firmáramos aquel contrato explotador.

Si Sebastian no me hubiera engañado para que me vinculara con él.

Mi resentimiento es como una sombra de destrucción que merodea, rabiando por que la libere, en vez de contenerla. Pero la contengo, empujándola hacia abajo, abajo, más abajo, y la alejo de mí, donde su oscuridad no pueda afectarme.

Cuando levanto la cabeza Sebastian me está observando, y el anhelo que percibo en su cara es tan intenso que no necesito el vínculo para saber lo mucho que le tortura el hecho de perderme.

—De acuerdo —accedo en voz baja—. Finn no se quedará en palacio. No mantendré una relación con él. A él todo esto tampoco le hace ninguna gracia, Bash. No es que tuviera ganas de ser mi amante mientras tú y yo reinábamos juntos.

Haciendo una mueca, me lleva una mano al pecho.

—A mí nunca me amaste así; no con todo tu corazón. ¿Cómo lo ha conseguido? ¿Qué te hizo elegirlo a él?

Al notar que los ojos se me llenan de lágrimas doy un paso atrás y dejo que su mano caiga entre los dos.

—Yo no he elegido a nadie, no puedo permitirme ese lujo. Estoy eligiendo el futuro de la corte.

Sebastian aprieta los dientes.

—Bien, pues hagámoslo cuanto antes.

Lo miro a los ojos durante un buen rato y me acabo dando cuenta de que estaba esperando a que se negara. Estaba esperando tener una excusa para pelearme con él y escapar de esto.

Cierro los ojos y busco el canal de conexión que tengo con el rey de las Tierras Salvajes.

«¿Dónde está todo el mundo?», le pregunto a Misha mentalmente.

«Estamos en la sala del consejo, tratando de decidir si Juliana es una traidora. Reuníos con nosotros cuando estéis listos.»

28

Solo entrar en la sala del consejo siento la magia vibrando en el aire. Juliana está en una esquina, pero, a juzgar por lo que veo, no está aquí por voluntad propia. Tiene los brazos pegados a los lados y los pies no le tocan al suelo.

Finn me mira de reojo cuando entro junto a Sebastian, pero enseguida vuelve a concentrarse en Juliana mientras nosotros ocupamos nuestros asientos en la cabecera de la mesa.

—Es obvio que tenemos un problema de seguridad. —Finn se dirige al grupo sin apartar la vista de la fae que teóricamente estaba destinada a reinar a su lado—. Alguien le está pasando información a la reina Arya. Supo cuándo trasladamos a los niños a la capital y cuándo Abriella estaba en la enfermería con ellos. Juliana lo sabía porque estuve comunicándome con ella todo ese día.

Juliana niega con la cabeza.

—¿Me crees capaz de asesinar a inocentes niños unseelies, Finn? ¿Crees que asediaría mi propia capital?

Finn la ignora y sigue hablando.

—Y luego está lo del ataque en el campamento de camino al portal. Alguien tuvo que informar a la reina de dónde estaríamos.

—¿Y por qué iba a querer ayudar a esa zorra? —protesta Juliana mientras le caen lágrimas por sus mejillas de porcelana—. Estoy de vuestro lado.

—Tú sabías que estábamos allí.

Ella niega con la cabeza.

—¿Por qué iba a querer hacerte daño estando enamorada de ti? —susurra—. Siempre lo he estado. Incluso cuando acepté que nunca ibas a sentir lo mismo por mí. Todo lo que he hecho ha sido para ayudarte a ocupar el lugar que te corresponde en ese trono.

Finn aprieta los dientes y su mirada se endurece hasta que sus ojos se convierten en dos esquirlas de hielo.

—Si quieres demostrar tu inocencia, retira los escudos y deja que Misha le eche un vistazo a tu mente.

—No hay manera de saber si los ha bajado del todo —advierte Misha—. Con el entrenamiento que tiene no le costaría mostrarme solo lo que quisiera. Si no encuentro nada que la involucre con la reina Arya, tampoco podría considerarse una prueba de inocencia.

—Finn, te lo juro —suplica Juliana—. No sabíamos quién era Abriella en realidad. Mab ocultó cualquier señal de que tenía una heredera. No podíamos saberlo. Si mi madre lo hubiera sabido os habría abierto el portal.

Finn se cruza de brazos y se echa hacia atrás en la silla.

—Baja los escudos. Deja que mi amigo entre en tu mente.

Un río de lágrimas le recorre las mejillas mientras susurra:

—Lo siento, pero no es lo que piensas.

Misha inspira hondo y suelta el aire de manera entrecortada.

—Estuvo detrás del ataque del barghest —dice con frialdad—. Ella y la suma sacerdotisa unieron sus fuerzas y usaron la magia para enviar al perro de la muerte tras Abriella. Pensaban que la corona pasaría a Finn si Brie moría.

Finn se esfuerza en mantener una expresión neutra, pero veo brillar el dolor en sus ojos durante un instante. Odio que tenga que pasar por esto. Da igual que no me caiga bien Juliana; para él ha sido una amiga toda la vida, alguien importante. Perderla ahora, cuando ya está perdiendo tantas cosas, tiene que doler.

—Tú —le gruñe a la cara—. ¿Fuiste tú quien le envió aquella bestia?

—Mi madre lo sintió en cuanto Abriella llegó al reino —responde con los ojos brillantes por las lágrimas—. La suma sacerdotisa te estaba sirviendo, Finn, tal como juró al ocupar el cargo. Te sirvió desde el

principio; incluso cuando el juramento acabó con su vida, seguía convencida de que te estaba sirviendo.

Los ojos de Finn arden de furia. Aprieta y afloja los puños una y otra vez como si tratara de controlarse.

—¿Y el sluagh? ¿Y el fuego? —pregunta con los dientes apretados.

—Mi madre logró manipular el poder del espejo —murmura Juliana—. Ella atrajo a Brie hasta aquel lugar y el sluagh hizo el resto. Queríamos hacerlo por ti, para que no tuvieras que hacerlo tú. Tú siempre has puesto el amor por delante del deber y has pagado las consecuencias; todos hemos pagado las consecuencias de tus pérdidas.

—No te atrevas a hablarme de pérdidas —replica en tono amenazador.

—No tuve nada que ver con el ataque a la capital ni con la gente que os atacó de camino al portal. Y nunca habría inhabilitado el portal sabiendo que estabas al otro lado.

Todos nos volvemos hacia Misha para saber si dice la verdad.

Él se la queda mirando un buen rato en silencio antes de negar con la cabeza.

—Parece que dice la verdad, pero no puedo garantizarlo.

—¿Lo ves? —susurra—. Suéltame. Amo a mi corte y quiero ayudar.

Finn la observa en silencio, aunque las emociones que lo atormentan hacen vibrar la habitación.

Subo la barbilla y hago acopio de toda mi autoridad real.

—No. Mantenedla encerrada hasta que hayamos recuperado el trono —ordeno ahorrándole a Finn el tener que hacerlo—. No podemos arriesgarnos a que la reina nos encuentre cuando estamos tan cerca de conseguirlo.

Misha se vuelve hacia mí con los ojos rojizos bien abiertos.

—¿Está resuelto, entonces? —pregunta—. ¿Iréis al Río de Hielo y ocuparéis el trono juntos?

—Sí —responde Sebastian, que, volviéndose hacia Finn, añade—: Pero no tengo intención de compartir a mi pareja vinculada con otro, así que tendrás que abandonar el palacio y buscarte otro sitio donde vivir.

La sonrisa de Finn es tan gélida que se me congela la sangre en las venas.

—Cuenta con ello.

Pretha nos dirige una mirada preocupada, empezando por Misha y pasando por Kane y por Finn antes de detenerse en mí.

—Por favor, daos prisa —nos pide.

La expresión de Finn se dulcifica al volverse hacia su cuñada, pero Pretha echa la silla hacia atrás y sale corriendo de la sala.

—Saldremos al amanecer —anuncia Sebastian—. Si te ves con fuerzas.

Asiento con la cabeza. No hay razón para esperar.

Kane se aclara la garganta.

—Finn, deberías ir con ellos, por si surge algún problema.

Finn hace una mueca.

—¿Por qué no vas en mi lugar, Kane? Será más fácil para todos.

Se levanta y me busca un instante con la mirada antes de bajar la vista al suelo.

El puño que me rodea el corazón herido no deja que me llegue el aire a los pulmones. Siento que me empieza a dar vueltas la cabeza.

—Riaan también nos acompañará —dice Sebastian—. Él es quien mejor conoce a la guardia Dorada y ha ayudado a las fuerzas unseelies a defender las montañas Goblin contra ellos. Nos ayudará a esquivar sus unidades en el camino hasta el río.

—Bien. —Finn da un paso hacia la puerta, pero se detiene bruscamente y se vuelve hacia mí. Cuando nuestros ojos se encuentran mi corazón tropieza y avanza a trompicones. Me vienen recuerdos de lo feliz que me sentí entre sus brazos en la cueva, de lo esperanzada que estaba mientras hablábamos del futuro—. Cuídate, mi reina —me pide con dulzura—. Deseo que estés bien. Cuando regreses ya me habré ido.

Se marcha antes de que pueda decirle algo, llevándose el puño que rodea mi corazón con él. Pensaba que sería un alivio, pero no. Inspiro hondo, con avaricia, una y otra vez, pero sigo sintiéndome hueca y vacía.

No puedo dormir. Mi mente no deja de dar vueltas y no logro relajarme lo suficiente para caer en el sueño.

Recorro los oscuros pasillos sin rumbo hasta que me encuentro frente a la puerta de Finn. No puedo irme sin verlo una vez más; por eso entro,

sabiendo que probablemente él me exigirá que me vaya.

Está tumbado en la cama, contemplando la noche estrellada. Sin pedirle permiso me cuelo en la cama, a su lado. Necesito estar cerca de él por última vez.

—¿Estás bien? —me pregunta sin mirarme, en tono serio.

—La verdad es que no —susurro—, pero quería disculparme. Por todo esto. Odio hacerte daño.

Lo oigo soltando el aire en una larga exhalación antes de darse la vuelta súbitamente, bajar los pies al suelo y quedarse sentado en la cama, con la cabeza apoyada entre las manos.

—Yo no lo siento —admite alzando la vista hacia mí—. No siento amarte, incluso sabiendo que verte con él me va a destrozar. Tú eres la reina que mi pueblo merece, la bendición prometida por Mab. Solo deseo...

—¿Qué? —Alargo el brazo para acariciarle la espalda. Qué agradable es poder tocarlo. Él se estremece al notar mi caricia—. Lo que quieras.

—Creo que deberías plantearte la idea de que una sacerdotisa me borre de tus recuerdos.

Aparto la mano como si acabara de quemarme.

—¿Por qué? ¿Por qué me pides eso?

Él se aprieta los ojos con las palmas de las manos.

—Porque quiero que seas feliz. No quiero ser la razón por la que no puedas tener una vida feliz. Antes lo amabas.

—Pero no es cierto, no era amor de verdad.

Apoya las manos en las rodillas y traga saliva.

—Aún es alguien importante para ti. Si pudieras amarlo, si él pudiera hacerte feliz, no quiero que pensar en mí te impida conseguirlo.

—Finn, no puedo —musito negando con la cabeza—. ¿Tanto te arrepientes?

—No. —Se vuelve hacia mí y sonríe, aunque le caen lágrimas por las mejillas—. Amarte, sentir el don de tu amor, es lo mejor que me ha pasado en la vida. Arrepentirme de ello solo porque ya no vas a ser mía nunca más sería..., sería como arrepentirse de haber podido ver las estrellas antes de ser arrojado a un pozo de oscuridad eterna.

Mi corazón se contrae con fuerza alrededor del puñal que llevo clavado en él.

—Entonces no me pidas que ame a otro como te amo a ti. Y no te atrevas a pedirme que te olvide. —Me acerco a él y le seco las lágrimas—. Elegiría amarte incluso si hubiera sabido con antelación lo que iba a pasar. Elegiría amarte a pesar del dolor de saber que no puedo tenerte. Elegiré amarte mañana también. Me costaría menos dejar de respirar que dejar de amarte.

Él me da un beso en la palma de la mano.

—Gracias —dice con un hilo de voz—. No me lo merezco.

—Te lo mereces. Pero eso es lo único que puedo elegir, ¿no es cierto?

Cuando niega con la cabeza, una nueva lágrima le cae por la mejilla.

—Por eso Mab te eligió —murmura—. Porque sabía que escogerías tu propio sufrimiento antes de dejar que murieran inocentes. La odiaría por ello, de no ser porque eso es exactamente lo que mi pueblo necesita.

Bajo los pies al suelo para quedar sentada a su lado. Mientras él me rodea la espalda con un brazo, inclinamos las cabezas hasta que quedan unidas.

—En otro mundo, en otra vida, estaríamos juntos —susurro—. No habría reinos que gobernar ni gente a la que salvar. Seríamos tan solo tú y yo, llevando una vida sencilla y amándonos mutuamente.

—Pero estamos en este mundo, en esta vida. —Me da un beso en la coronilla, que siento como un adiós—. Así que deberé conformarme con mis sueños.

El entumecimiento que me invade mientras Sebastian y yo recorremos el camino de montaña no tiene nada que ver con el aire frío que sopla al atardecer. Esto es lo que se siente al sacrificar tu corazón por el bien común. Es como si lo estuvieras abandonando, como si lo encerraras en el desván, donde esperas que esté a salvo, pero donde queda apartado de tu vida.

Noto continuamente la mirada inquisitiva de Sebastian sobre mí al caminar, pero no tengo fuerzas para preguntarle por qué me mira. Tengo que concentrarme en la misión: poner un pie delante del otro, sabiendo que

cada paso que doy me acerca a un futuro sin Finn. Un futuro con mi corazón encerrado, lejos de mí, dejando que el deber ocupe el lugar que ha quedado vacante.

Un goblin nos ha adentrado todo lo posible en las montañas que llevan su nombre. El resto del camino hasta el Río de Hielo tenemos que recorrerlo a pie. Deberíamos llegar antes de que caiga el sol. Luego nadaremos en el agua para solidificar el vínculo y acamparemos. Mañana regresaremos al palacio y subiremos juntos al trono.

Kane abre la comitiva. Al parecer se crio en esta zona de las montañas, al oeste de Staraelia, y más al sur de la cordillera que reseguimos para llegar al portal. Apenas hemos cruzado cuatro palabras. Sé que él también está preocupado por Finn. Y es probable que también se sienta roto, dividido entre su deber hacia el príncipe al que juró proteger y la corte que ese príncipe trata de salvar. Me alegro de que no haya sacado el tema. Sé exactamente cómo se siente, y si tuviera que hablar sobre ello ahora mismo me vendría abajo.

A nuestra espalda Riaan vigila la retaguardia, alerta ante cualquier señal de la presencia de la guardia Dorada de la reina Arya.

—Quiero que me prometas que nos darás una oportunidad —me dice Sebastian rompiendo un largo silencio.

Lo miro de reojo. Ahora no puedo hacerlo.

Kane se detiene, derrapando, y se vuelve hacia nosotros.

—¿Estás de broma, muchacho?

Sebastian lo fulmina con la mirada.

—No te metas en esto.

Niego con la cabeza.

—Bash, por favor, no.

—Solo necesito que me des... —Sebastian se interrumpe y se agarra el brazo, donde acaban de clavarle una flecha.

—¡En los árboles! —exclama Riaan acercándose a mí, al tiempo que Kane se dirige a la carrera hacia los atacantes.

Se oye el zumbido de la magia en el aire mientras Riaan se coloca delante de nosotros y nos cubre con su cuerpo.

—Veneno —dice Sebastian con la voz ronca—. Abriella, agáchate.

Pero ya es tarde. Una flecha me alcanza antes de procesar lo que acaba de decirme.

29

Nos llevan a algún lugar situado en las profundidades de las montañas Goblin, una fortaleza construida en la ladera de una montaña, pero en cuanto entramos nos arrojan a una celda oscura sin instrucciones ni explicaciones.

Recupero la consciencia a ratos, pero estoy muy débil por culpa del veneno que me han inoculado.

La toxina es distinta de la que usaron la otra vez. Esta lo bloquea todo, no solo la magia, sino también la habilidad de mover los músculos a voluntad. Puedo respirar, pero a duras penas. Cada vez que logro introducir un poco de aire en los pulmones ya estoy necesitando desesperadamente volver a respirar. Esto es como estar muerto en vida; es una pesadilla.

Sebastian está a mi lado en esta celda angosta y oscura. Le deben de haber administrado el mismo veneno. Cada vez que trata de gritar, sus palabras suenan tan confusas como sonarían las mías si tratara de hablar.

Pero no malgasto fuerzas gritando. Imposible cuando apenas tengo energía para respirar.

Pienso en Lark durmiendo, en Pretha angustiada.

Pienso en el buen corazón de Finn, en sus sacrificios constantes y en lo mucho que quería salvar su reino.

Riaan está en un rincón de la celda, con la cabeza echada hacia atrás, pero no veo ni rastro de Kane. Espero que lograra escapar. Espero que él y Finn vengan a rescatarnos.

Pero ¿dónde estamos?

¿Qué piensan hacer con nosotros?

¿Por qué se llevan a Riaan? ¿Qué quieren hacerle?

La inconsciencia me reclama una vez más y la agradezco; me deslizo hacia abajo y me alejo de este cuerpo inútil.

—Despiértalos.

Una aguda voz femenina me arranca del consuelo del sueño. Riaan me golpea el costado con el pie y, cuando abro los ojos, hace lo mismo con Sebastian.

—Brie —me llama Sebastian con un hilo de voz.

Levanto la cabeza y veo a la reina Arya en la puerta de la diminuta celda. Su cabello dorado le cae formando una hermosa cascada rubia sobre los hombros, que contrasta con la mueca amargada y retorcida que le afea la cara. Es demasiado joven para parecer tan vieja, pero la amargura que le ha envejecido el alma le asoma por los ojos.

—Madre —dice Sebastian con esfuerzo mientras se levanta tambaleándose.

Me pregunto cómo puede hacerlo. Yo ni siquiera puedo mover los pies.

Un haz de luz sale de la mano de Arya y clava a Sebastian contra la pared más alejada de la celda.

—Ahí está mi hijo, el que intentó ser rey y fracasó. Solo un idiota intentaría apoderarse del trono de las Sombras sin el poder requerido.

—No... sabía.

—Aunque en realidad no has perdido gran cosa —se burla ella ladeando la cabeza—. ¿De qué sirve ser el rey de una corte moribunda? ¿O ser el monarca de la escoria unseelie?

Sebastian se lleva una mano al pecho.

—Yo *sssoy... ummmseelie, mdre*.

—Exacto. —A la reina se le abren las ventanas de la nariz y levanta la barbilla con expresión asqueada—. Y tu lealtad inconstante me ha demostrado que no eres mejor que ellos. —Los ojos de Sebastian adquieren un brillo dolorido, pero su madre no se da cuenta, o no le importa—. Puede que seas joven, pero no eres tan idiota. Tiraste por la borda tu derecho a ese trono cuando dejaste que esa chica se quedara con el poder de su padre.

—Yo *nno*...

—Le diste la poción vital. La magia es vida, hijo; ya lo sabes.

La mitad de la cara de Sebastian se contrae en una mueca de rabia, mientras la otra mitad parece insensible.

—*¿Qué qquerías hiciera? ¿Dejjjarla mmorir?*

—Sí, ese era el plan desde el principio. Esa chica se interponía literalmente entre el trono de tu padre y tú. —Niega con la cabeza—. ¿Te crees que no sabía que ya la habías encontrado? Te pasaste dos años fingiendo que seguías buscándola. ¿Pensabas que no me enteraría? —Contempla a su hijo con los ojos duros como zafiros—. Tal vez mi magia fuera débil entonces, pero mi gente me es leal. Sabía que la habías encontrado y, cuando me mentiste, te puse a prueba.

—¿Era... una prueba?

—Sí, y no la has pasado.

La cara de Arya muestra un odio tan cruel que me duele por Sebastian. Él sabía que su madre había tomado decisiones equivocadas; sabía que era malvada y mentirosa, pero la quería igualmente. Y esta es su recompensa.

—Aunque debería darte las gracias —sigue diciendo Arya—. Has conseguido que lo que era una decisión difícil sea mucho más fácil. Y que una guerra difícil sea mucho más fácil de ganar.

—¿Y dónde queda lo de unificar las cortes? —le pregunta él. Noto que pronuncia con mucha más claridad, como si se le estuviera pasando el efecto del veneno—. ¿Dónde queda lo del niño prometido? ¿Dónde queda todo lo que me contaste sobre mi derecho de nacimiento y mi futuro como rey de las dos cortes?

Los ojos de Arya arden y dos globos de luz se encienden a su alrededor.

—¿Pensabas que iba a cederte la corona? ¿Creías que me metería en la cama y moriría después de todo lo que he hecho, de todo lo que he sacrificado por ti? —Niega con la cabeza—. Ese dejó de ser el plan desde el momento en que empezaste a mentirme. No eres mejor que el manipulador y mentiroso de tu padre.

—Pero sigo siendo tu hijo.

—¿Crees que puedo mirarte a la cara sin odiarte por llevar en ti una parte de él? ¿Por qué crees que pasaba tanto tiempo viajando sin ti? ¿Por qué crees que te enviaba a misiones tan a menudo?

Quiero levantarme para darle la mano, pero el veneno me debe de estar afectando más que a Sebastian, porque no puedo. Ni siquiera soy capaz de susurrar su nombre.

—¿Qué vas a hacer con nosotros? —Sebastian se deja caer contra la pared, como si se le hubieran acabado las fuerzas.

—Pronto os daremos otra dosis. Esta toxina es más potente que la toxina antimagia que usábamos antes. Mientras tengáis una buena dosis corriendo por las venas estaréis atrapados sin magia hasta que yo lo diga. —Las manos le brillan con una luz parpadeante. Es como si hubiera acumulado tanto poder que no pudiera contenerlo dentro—. No te preocupes, no te mataré. Os necesito a los dos con vida. No quiero arriesgarme a que uno de los dos muera antes que el otro y que la corona se reúna con su poder. Si eso pasara seguiría siendo más fuerte que cualquiera de vosotros, pero no veo razón para prolongar este feo asunto.

—¿Piensas abandonarnos en esta celda? —le pregunta Sebastian.

Miro hacia Riaan, que está extrañamente callado en el rincón.

—¡Por supuesto que no! —Arya abre mucho los ojos y se lleva las delicadas manos al pecho fingiendo un espanto que no siente—. Os trasladaremos a unas habitacioncitas de lo más confortables.

Primero oigo el ruido de unas ruedas oxidadas que chirrían al acercarse sobre el suelo de piedra, y luego veo el sarcófago de hierro, que llevan verticalmente. Me recuerda a los que se usan para enterrar a los dirigentes en Elora.

—Están equipados con un sistema que os suministrará una dosis constante de esta brillante nueva fórmula. —Arya sonríe—. Cuando la Corte de la Luna haya caído, ya decidiré qué hacer con vosotros. O tal vez os deje ahí; me gusta coleccionar reliquias.

—¿Para qué? —pregunta Sebastian—. ¿Qué sentido tiene destrozar medio reino sabiendo que no podrás reinar en él?

—¿No podré? —La sonrisa que le dirige es lenta y cargada de maldad—. Los dioses nos hicieron una promesa cuando partieron el continente por la mitad. Nos prometieron que, igual que se hizo, se podría deshacer. Fue la sangre que Mab derramó en las montañas la que creó el Río de Hielo. La última gota que salió de su cuerpo fue el catalizador que dividió el reino en

dos cortes. La sangre de Mab dividió el reino, y será la sangre de Mab la que vuelva a unirlo.

—No —protesta Sebastian volviéndose hacia mí.

—No, no —replica Arya—. Su sangre no. ¿Sabes qué pasa? Que si uso la sangre de Abriella para unificar las cortes, en cuanto muera el poder se desplazará, tanto el poder de la tierra como el que ella posee. La necesito con vida. Tengo que desmantelar el trono de Oberon, destrozarlo todo: el poder, la corona y el trono, para evitar que el control sobre el nuevo reino vaya a parar a la persona equivocada. Pero también necesito desangrar a alguien que tenga la sangre de Mab. Para que lo que se hizo se pueda deshacer.

«No, por favor. No.»

La reina sonríe. Chasquea los dedos y lo que veo me horroriza tanto que logro gritar.

—¡Abriella! —exclama mi hermana tratando de llegar hasta mí.

Pero la reina la agarra del pelo y tira de ella hacia atrás.

—No, no —le dice—. No estás aquí para una reunión.

—Si quieres destruir a los fae de las Sombras, ¿para qué quieres sus tierras? —pregunta Sebastian—. ¿Qué pretendes?

—Las piedras de fuego —le aclaro resollando.

La reina me dirige una sonrisa, como si fuera una alumna aplicada.

—La chica lo ha entendido. —Se vuelve hacia Sebastian, y su rostro pierde cualquier rastro de expresión. Durante un instante me parece detectar una pizca de remordimiento en sus ojos—. Adiós, hijo.

Desaparece en medio de un fogonazo de luz, llevándose a mi hermana con ella.

Durante unos segundos inacabables y dolorosos Sebastian se queda mirando hacia el lugar donde estaba su madre. Riaan lo observa desde el rincón de esta celda demasiado pequeña.

—¿Riaan? —La voz de Sebastian adquiere un tono mortalmente apagado al volverse hacia su amigo—. Le contaste lo de Abriella. Lo ha sabido todo este tiempo.

Riaan desaparece y vuelve a aparecer fuera de la celda. No sabía que tenía ese poder, pero ahora me doy cuenta de que así es como nos ha

separado de Kane y nos ha traído hasta aquí.

—No tenía elección. Es mi reina, y pronto será la reina de todos. Estamos en una fortaleza construida sobre el Río de Hielo, justo en medio de ambas cortes. Así, cuando la corte unseelie muera del todo, cuando la última gota de su poder haya caído del lado de Arya, ella tendrá preparada la sangre de Mab y estará lista para reunir las dos mitades, creando un reino completo.

—Un reino no puede estar completo cuando has destruido la mitad por avaricia y ansia de poder —replica Sebastian.

Riaan aparece instantáneamente en la celda, frente a la cara de Sebastian. Le clava una inyección en el brazo y a Sebastian se le doblan las piernas.

—Mejor así —murmura Riaan—. La reina quería que estuvieras más lúcido para vuestra charla, pero ahora ya puedes descansar.

—Se suponía que eras mi amigo —le echa en cara Sebastian, aunque cada palabra suena más floja que la anterior.

Riaan frunce los labios en una mueca de enfado.

—También se suponía que tú serías rey. Se suponía que pondrías el trono por encima de todo lo demás. Pero preferiste salvarla. —Me señala con un dedo tembloroso—. Deberías haber sabido que pasaría esto. No debiste arriesgarte. Fuiste un idiota. Y ahora eres un idiota con una corona inútil. —Le dirige a su amigo una sonrisa despectiva antes de volver a desaparecer.

Sebastian se desploma contra la pared y cierra los ojos.

Quiero tenderle la mano para consolarlo, pero solo logro mover un dedo.

Estoy en una tumba.

Por primera vez en mi vida la oscuridad no es mi amiga.

No puedo moverme.

Apenas puedo respirar.

Los sueños son mi único refugio.

El tiempo ha perdido el significado. Soy un bebé en el vientre de su madre. Soy una anciana en su lecho de muerte. Soy un cascarón que no contiene nada más que podredumbre.

¿Cuántos días han pasado? ¿O han sido años?

Trato de medir el tiempo usando el zumbido mecánico que hace el sarcófago al descargar cada nueva dosis de toxina, hasta que ya dejo de despertarme. Ya no puedo. Estoy atrapada en la inconsciencia. Atrapada en un cuerpo encerrado en una tumba de hierro.

Pero a este limbo no puede llamársele sueño. Es la nada... y el miedo. Aunque hay una parte de mí, escondida, mi parte oscura, que se estira como un gato en un rincón de mi mente, que merodea por los confines de esta jaula, que grita para que la liberen.

Mab usó su lado oscuro aun sin su poder, pero el mío se niega.

Trato de alcanzarlo, pero no lo consigo. Le ruego que me rescate, pero se ríe de mí.

30

«Úsalo, Abriella. Despiértalo. Libéralo.»

Esta voz la reconozco. Viajé hasta el inframundo para escucharla.

«Tiene poder —me dice la voz—. No tengas miedo.»

—No puedo —digo con un hilo de voz ronca en la oscuridad, pero según lo digo estoy tratando de alcanzar mi poder, rogándoles a las sombras que me ayuden.

«Acepta la oscuridad y tu lado oscuro despertará y se pondrá a tu servicio.»

Durante casi toda mi vida he necesitado ser la mejor versión de mí misma. Primero por mi hermana y luego por este reino que ni siquiera entendía. Hace nueve años, cuando mi padre murió y a mí me salvaron de las garras de la muerte. Y más tarde, cuando mi madre nos dejó a Jas y a mí en el reino mortal para que nos las apañáramos solas, no tuve tiempo de caer en el dolor ni en el resentimiento, así que me lo tragué todo. Eché a un lado mis necesidades y deseos egoístas, y me concentré en proteger a mi hermana.

Yo nunca fui buena como Jas. Mi alma se volvió amarga y ennegrecida, igual que los restos incendiados de la casa donde pasé la infancia. Pero la bondad de Jas —su dulzura y su alegría— hacía que valiera la pena pelear.

Pasé años luchando, renunciando al sueño, a la salud, incluso a la vida para que su bondad permaneciera a salvo.

«La amantísima Abriella, entregada, cariñosa, responsable.»

Mab no estaba diciendo que yo fuera la bondad personificada. Me estaba diciendo que mi poder nace de algo más que eso. Nace también del

enfado y del dolor. De la amargura y de los bordes chamuscados.

Mi madre quiso protegernos cuando renunció a su vida a cambio de siete años de protección para nosotras, pero eso no le impidió abandonarnos.

Sebastian trató de hacer lo que creyó que era lo mejor para la corte unseelie al engañarme para que me vinculara con él, pero eso no impidió que me arrebatara mi vida mortal.

Y Finn... Finn, que se merece la felicidad y un amor libre de este despropósito en el que nos encontramos todos sumidos... Sí, Finn también decidió abandonarme para protegerse del dolor. Y yo lo quiero tanto que no traté de convencerlo de que se quedara a mi lado. No le dije que ya he perdido demasiadas cosas para renunciar a la felicidad que siento cuando él está cerca.

No soy solo la chica que entiende las cosas. También soy la que quiere mejorarlas.

La furia y el dolor se extienden por mi interior hasta que me provocan una agonía peor que la de la toxina; hasta que es más grande que mi cuerpo y más oscura que las sombras. Mi lado oscuro acaricia los extremos chamuscados de mi corazón y sonríe. Han sido demasiados años de silencio; demasiados años de dejar a un lado mi propio dolor para cuidar de los demás.

«Esta parte de mí es tan válida como las demás.»

—Ve —susurro, pero mi lado oscuro permanece inmóvil.

La leyenda que afirma que Mab accedió a su ser de las Sombras estando encerrada en una habitación de hierro es falsa. Al menos tal como se cuenta. Al igual que cualquier otra magia, la sombra necesita poder para escapar de esta tumba. Necesita poder para moverse, para hacer cosas, para obedecerme. Y, por culpa de la toxina, mi magia ha desaparecido. Está apagada casi por completo. Casi.

«La magia es vida. Y la reina no puede arriesgarse a matarme.»

Me queda un hilo de vida, suficiente para poder respirar, suficiente para que mi corazón siga latiendo. Con ese hilo trato de alcanzar mi conexión con Finn. Tengo que confiar en que él pueda resistirlo, en poder usar su magia sin quitarle demasiada.

Mi lado oscuro se expande cuando el poder lo llena. Y la sombra y yo nos convertimos en un mismo ser.

Lentamente me muevo por el sarcófago como si fuera una brisa de verano. Me estiro y sonrío. Me afianzo en mi lado oscuro, en las partes más oscuras de mí que llevan demasiado tiempo siendo ignoradas.

Localizo los tubos que bombean la toxina a los dos sarcófagos y los arranco, cortando el suministro constante de veneno que recibía mi cuerpo y el de Sebastian. Y luego me pongo en marcha y voy en busca de la reina.

Los pasillos de esta fortaleza están en silencio por la noche, pero no están vacíos. Arya ha colocado guardias a lo largo del pasillo que lleva a su dormitorio. La luz brilla con tanta fuerza desde todos los ángulos que los centinelas deben llevar viseras para protegerse los ojos.

Riendo en silencio, mi ser de las Sombras se desliza por el zócalo de la pared, invisible incluso para la vista avezada de los centinelas fae. Sigo arrastrándome hasta la puerta y la cruzo pasando entre los dos guardias que hay a un lado y al otro en el exterior, y también entre los que protegen la puerta desde dentro.

La furia me recorre alimentando esta forma con la que aún no estoy familiarizada. Las ganas de arrebatarles las dagas y clavárselas en el pecho son difíciles de controlar.

Con susurros logro calmar a esa furiosa y vengativa parte de mí. Le prometo que, si tiene paciencia, podrá hacerse con el corazón de la reina. Le recuerdo que la reina es su auténtico objetivo.

Nos adentramos en sus aposentos. Tras pasar por otra puerta, me encuentro en la habitación donde Arya duerme en una cama de luz. Está tumbada sobre montones de mantas blancas y esponjosas, y tiene la melena rubia extendida a su alrededor. Y ahí, en su mano, está la daga de hierro y *adamantium*.

Sonrío al verla y, lentamente, le voy separando los dedos de la funda, uno por uno. Uno, dos, tres.

La reina abre los ojos de repente, alza la daga y me la clava en el corazón. Yo me echo a reír, me desintegro y aparezco al otro lado de la

cama. Aprovechando la sorpresa, le arrebato la daga y se la clavo en el pecho, justo en el centro de su corazón negro y retorcido.

El grito que sale de su garganta es tan intenso que me duelen los oídos y lo oigo desde el sarcófago. Mi lado oscuro se revuelve, como si quisiera huir, pero inspiro hondo y lo aferro con más fuerza.

«Aún no hemos terminado.»

Alertados por el terrorífico grito, los guardias entran a toda prisa en la habitación. Detengo al primero apoyándole la mano en el cuello. Se le abren los ojos como platos al verme. Me encantaría ver lo que está viendo. Me imagino que ve a una mujer hecha de sombras en una habitación donde solo hay luz. Sonriendo, me dirijo despacio hacia otro centinela meneando las caderas al ritmo silencioso que marca mi venganza.

Él desenfunda su espada, pero se la arrebato antes de que pueda atacar. Le hago un tajo en el cuello, mientras le sonrío al guardia que lo sigue.

Uso la daga con agilidad. Mi lado oscuro quiere juguetear en su sangre, atormentarlos por todo el dolor que han infligido a la corte unseelie. Pero tiro de las riendas para mantenerlo bajo control y los voy matando de uno en uno.

Probablemente a causa de mi debilidad puedo distinguir el amarre entre Finn y yo. Siento su poder fluyendo en mí, no a sorbitos ni a bocanadas, sino como una corriente continua. Me concentro en esa corriente mientras mi lado oscuro deshace el camino que lleva hasta nuestras tumbas.

Libera primero a Sebastian usando la daga para forzar la cerradura que lo mantiene atrapado, antes de volverse hacia la mía.

Con un restallido como el de un látigo, mi ser de las Sombras desaparece y vuelvo a estar en mi cuerpo. La luz inunda mi prisión al abrirse el sarcófago.

Me echo hacia delante y me caigo al suelo. A mi lado Sebastian se tambalea, con los ojos entornados para defenderse de la luz, dolorosamente brillante tras tantos días de encierro en la oscuridad.

Tengo el cuerpo muy pesado por el veneno de la reina. Cierro los ojos y me concentro en el amarre. Respiro hondo un par de veces, mientras el poder de Finn fluye dentro de mí, recorriéndome.

«Por favor, cuídate, Finn. Por favor, no me dejes quitarte demasiado.»

Cuando abro los ojos veo a mi lado a Sebastian, que se vuelve hacia mí con los ojos muy abiertos.

—La has matado. La reina... —Parpadea, y mil emociones le cruzan el rostro. El alivio y la devastación son las que acaban quedándose—. ¿Está muerta?

—¿Cómo lo...? ¿Te ha pasado el poder?

—Sí. Puedo sentirlo. —Hace una mueca y traga saliva—. Llevar las dos coronas a la vez es... No se hicieron para ser llevadas a la vez.

—¿Estás bien?

—Tenemos que irnos.

Niego con la cabeza.

—Jasalyn.

Él cierra los ojos.

—Ve a buscarla. Yo he de encontrar a Riaan.

Hago lo que dice porque no tengo elección. No pienso irme de aquí sin Jasalyn. Corriendo y tropezando, me dirijo a la escalera. Estoy débil y aturdida, pero con decisión subo a cuatro patas hacia las almenas.

Veo a mi hermana en la oscuridad. Está atada a un poste al final de un tablón, y su sangre brota lentamente de los tajos que le han hecho en los brazos y las piernas y cae goteando en el río helado que fluye a sus pies, mucho más abajo.

—Jas —susurro sin aliento.

Ella no se vuelve hacia mí. Está demasiado cansada, demasiado débil, pero el pecho le sube y le baja débilmente, lo que me dice que sigue con vida.

Me arrastro hacia ella y me peleo con los nudos de la cuerda que la ata al poste. Veo borroso y los dedos no me obedecen bien.

—Abriella —me llama, con un hilo de voz—. Tienes que irte, corre.

Niego con la cabeza.

—No sin ti.

Cuando deshago el último nudo y le quito la última cuerda, Jas se desploma entre mis brazos, y yo me tambaleo sobre el tablón. Sigo demasiado débil por culpa de la toxina. Incluso con el poder que me suministra Finn mis músculos no responden tras el largo periodo que han

pasado inmóviles dentro del sarcófago. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Meses? ¿Semanas?

¿O han sido solo unos días?

Apenas puedo sostenerme y el peso de Jas, aunque es ligero, amenaza con hacerme caer y me tambaleo hacia el río que corre al fondo del precipicio.

Jas se endereza justo antes de que pierda el equilibrio. Juntas, salimos a rastras de la tabla.

Extiendo una mano para ayudarla a dar el último paso que la devolverá a la seguridad de las almenas, pero me quedo inmóvil al notar un dolor ardiente y agudo en la parte posterior de la pierna. Bajo la vista y veo que la espada de Riaan sobresale de mi muslo justo antes de que la retire, dejando en su lugar un rastro de dolor insoportable.

Me caigo al suelo.

—¿Adónde creéis que vais? —pregunta Riaan.

Jas grita y la agarro por la cintura, apartándola del tablón bamboleante, lo que la deja cerca de él. Antes de poder sentirme aliviada por haberla salvado de una caída mortal, él le rodea el cuello con una mano.

—Suéltala —le ruego, aunque me cuesta encontrar las palabras por culpa del dolor, igual que me cuesta pronunciarlas, a causa de la debilidad.

—Me he esforzado demasiado para permitir que destroces todo por lo que he luchado.

—¿Por qué has luchado? ¿Por tu reina? ¿Por tu intolerancia hacia los unseelies? ¿Por tu presuntuosa creencia de que eres mejor que ellos? —Estas palabras se llevan mis últimas gotas de energía—. La reina está muerta. Has perdido.

—Haz que Sebastian me ceda la corona seelie y le perdonaré la vida a tu hermana. Él lo hará. Si tú se lo pides, lo hará.

—Abriella —jadea mi hermana, y Riaan le aprieta el cuello con más fuerza.

«Aguanta, Finn», pienso, bebiendo un poco más de su poder. Tambaleándome, me levanto, apretándome la herida sangrante con una mano.

—Consígueme esa corona dorada, Abriella —me dice Riaan en tono calmado—. Los dos podemos conseguir lo que queremos. Yo ocuparé el trono dorado y tú puedes quedarte el trono de las Sombras. Prometo que curaré a tu hermana y que te dejaré vivir cuando Sebastian nos haya traspasado las coronas.

Me está prometiendo dejarme vivir, pero no liberarme. Volverá a encerrarme en el sarcófago. Y esta vez se asegurará de que no escape. Se apoderará de la corona dorada y permitirá que me quede con la corona unseelie, pero no que suba al trono. Me mantendrá prisionera para que mi poder no pase a nadie más, y la corte unseelie se debilitará cada vez más hasta desaparecer.

—Por favor. Jas es lo único que quiero.

Y mientras pronuncio estas palabras me doy cuenta de que una vez fue cierto. En otro momento solo me importaba ella. No pensaba que pudiera tener el poder de salvar a más de una persona inocente. Pero cuando le clavé el puñal en el corazón a Mordeus, la chica humana que llegó a Feéra ya no existía. Ya antes de vincularme a Sebastian me había convertido en otra cosa. Mucho antes de beber la poción vital.

A Jas le caen gruesas lágrimas por las mejillas mientras niega con la cabeza.

—No lo hagas —me pide con un hilo de voz, una voz tan débil que me hiela los huesos—. No confíes en él.

Riaan le aprieta el cuello con más fuerza.

—Ya has hablado bastante.

Sin soltar a mi hermana, se abalanza sobre mí y agarra la piedra de fuego que llevo colgada, pero no le da tiempo a arrancarla porque Sebastian le clava su espada en la espalda.

Conteniendo el aliento, Riaan suelta el collar y luego a mi hermana. Tiene los ojos muy abiertos y sus labios se mueven sin pronunciar palabra mientras observa el filo de la espada que le asoma por el pecho.

Sebastian se acerca a él por detrás y lo sujeta por las axilas antes de que se desplome.

—Eras como un hermano para mí —le dice al oído—. Mi único amigo durante tantos años solitarios y difíciles.

Jas se acerca a mi lado, tambaleándose, y al cubrir mi herida con la mano los dedos se le pintan de sangre.

—Brie —susurra, y caemos al suelo juntas. A ninguna de las dos nos quedan fuerzas para sostenernos en pie.

—El reino... de Arya... —balbucea Riaan mientras le gotea sangre por la barbilla.

Sebastian le dirige una sonrisa irónica.

—Su reino, el maldito reino al completo, está mejor sin ninguno de vosotros dos.

Con esas palabras le rebana la cabeza poniendo fin a su sufrimiento y a su vida. Lo último que veo es la cabeza de Riaan cayendo al suelo. Lo último que siento son los brazos de Sebastian, que nos levantan a Jas y a mí del suelo.

31

Ya está oscuro cuando me despierto. Lo primero que noto es que Finn está a mi lado, respirando acompasadamente, desprendiendo un agradable calor.

Me doy la vuelta para contemplar las estrellas que brillan sobre mí. Estamos en la azotea de la casa de Staraelia, la casita de montaña que Finn me regaló antes de saber que yo era descendiente de Mab.

Alguien ha subido una cama hasta aquí para que pueda recuperarme durmiendo bajo las estrellas; para que pueda sanar durmiendo junto a mi amado, a mi pareja amarrada, al ser del que obtengo fuerzas.

Tengo que levantarme para encontrar a Jas o, al menos, a alguien que me diga dónde está. Y tengo que hacer planes con Sebastian, pero no quiero salir de esta cama. Quiero alargar este momento tanto como pueda. Nunca pensé que volvería a estar aquí, bajo las estrellas, entre los brazos de Finn. Incluso en los momentos de máximo optimismo mientras estaba encerrada en el sarcófago, lo máximo que me atreví a desear fue volver a ver su rostro.

Finn se despereza a mi lado. Al volverme hacia él me lo encuentro despierto y observándome.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

—Estoy bien, gracias a ti.

—Y gracias a Sebastian. Él te trajo hasta mí.

—Pero tú... —Trago saliva, aunque no sirve de nada para mantener a raya las emociones que burbujean dentro de mí—. Tuve que usar tu poder.

Él localiza mi mano, que está entre nuestros cuerpos, y se la lleva al pecho, presionándola contra su corazón.

—Os buscamos por todas partes. Estuvisteis ilocalizables durante diez días; no encontrábamos ni rastro de vosotros. Arya estaba usando su poder para ocultar la fortaleza de las montañas. Podríamos haberla tenido delante de los ojos y no la habríamos visto. Nunca había pasado tanto miedo en mi vida.

—Lo siento —susurro. No me puedo imaginar lo que habría sentido si las cosas hubieran sido al revés. Ni quiero hacerlo.

—Cuando de repente sentí que tirabas de mi poder, podría haberme echado a llorar.

—¿Te hice daño?

Él niega con la cabeza.

—No. Me extrajiste mucho poder, pero menos del que podría haberte dado. Lo único que me importaba era que eso significaba que estabas viva. Poco después el escudo cayó cuando la mataste, y mi gente logró encontraros, a ti y a Sebastian, y os trajeron a casa.

«Casa.»

Sí, la verdad es que aquí, junto a Finn, me siento como en casa, pero me pregunto si Sebastian encontrará algún lugar donde sentirse en casa tras ser sacrificado por su propia madre y verse forzado a matar a su mejor amigo.

—Usaste tu sombra. —Finn me acaricia la mejilla—. No sabía que pudieras controlarla.

—No podía —admito—. No pude hacerlo mientras me asustaba.

—¿Ya no te da miedo?

Niego con la cabeza.

—Tras pasar varios días en aquella tumba me resultó más fácil enfrentarme a mis rincones más oscuros. Me han hecho daño y me han traicionado. Hace muchos años que cargo con demasiada rabia. Y odiaba esas partes de mí, las amargas, endurecidas, crispadas. Pero esa soy yo. No estoy hecha de sonrisas y arcoíris como Jas. Solo cuando al fin lo asumí, cuando acepté que esta parte más oscura y más cruel también forma parte de mí, logré controlarla.

—Qué maravilla que estos ojos me estén mirando otra vez. —Inspira entrecortadamente—. No debería haberte dejado ir sin mí. Debería haber estado allí para protegerte.

—Arya está muerta —digo, aunque no me lo acabo de creer—. Ya no está, todo saldrá bien.

Él asiente sin apartar los ojos de mi cara.

—Sé que tenemos que ordenar las cosas, y hemos de planear cómo será el futuro. —Suelta el aire de un resoplido—. Pero lo único importante es que estés a salvo. El resto puede esperar.

Coloca un brazo sobre mí y otro por debajo antes de hundir la cara en mi pecho. Todo el cuerpo le tiembla cuando me dice:

—No puedo perderte.

Le hundo los dedos en el pelo.

—Estoy aquí. No renuncies a mí.

—Nunca. —Finn me besa con fuerza en el esternón, justo encima del corazón, y traga saliva—. Le debemos mucho a Sebastian. Cuando mataste a la reina el poder de la corte dorada pasó a él. Cuando noté el poder de Arya en su presencia pensé que probablemente iría corriendo a la Corte del Sol para reclamar el trono. Lo infravaloré.

—¿Y qué piensa hacer?

—Reinar sobre las dos cortes, tal como tenía previsto —responde Finn en voz baja—. Junto a ti, por supuesto.

—¿Y cómo vamos a hacerlo funcionar?

Finn niega con la cabeza.

—La verdad es que no lo sabemos, pero Juliana ha convocado a las sacerdotisas y están trabajando en ello. Todos estamos de acuerdo en que lo primero que hay que hacer es llevaros hasta el Río de Hielo para que solidifiquéis el vínculo y ascender al trono de las Sombras juntos. Esta vez os acompañará un batallón entero.

—Pero la reina está muerta. ¿Crees que alguien más querrá atacarnos?

—No lo sé. —Me coloca un mechón de pelo por detrás de la oreja y me contempla—. No puedo arriesgarme a perderte otra vez. Deja que te proteja hasta que estés en el trono. Y todos los días que vengan después. No me lo niegues.

—Me gustaría encontrar otra manera —admito, y él cierra los ojos con fuerza.

—Estaba equivocado. Si algo he aprendido durante mis más de cien años de vida es que siempre tienes que dejar un hueco para la esperanza. Siempre. No tengo respuestas ahora mismo, pero te prometo que nunca dejaré de buscar la manera de que tú y yo estemos juntos.

Cierro los ojos.

«Nunca dejaré de buscar.»

He tenido que pasar diez días encerrada en una tumba oscura para darme cuenta de la falta que me hacía escuchar esas palabras.

—¿Todavía lo deseas?

—Con cada fibra de mi ser. Aunque solo pudiéramos compartir nuestros últimos alientos.

—Finn —susurro—. ¿Y si...?

—¿Si nunca lo conseguimos? —Me besa la mandíbula, la mejilla, la comisura de los labios—. Abriella, si nunca llega a pasar, igualmente podré vivir en un mundo donde estás tú. Y lo disfrutaré cada segundo. Aunque nunca seas mía, yo siempre seré tuyo por completo. Un amor como este se merece toda mi confianza.

—Bien —replico con la cara empapada en lágrimas—, porque no quiero hacer esto sin ti.

—Por supuesto. —Me sujeta la cadera con fuerza—. Para mí será el mayor de los honores.

—Todavía no me creo que yo sea la llave de todo, que sea digna de ser reina.

—Lo eres; a mí no me cabe ninguna duda. Has salvado ya muchísimas vidas. Los niños han empezado a despertarse. El equilibrio de poder se está recuperando lentamente.

—¿Lark? —musito.

Él sonríe.

—Ha estado preguntando por ti. Llevas aquí una semana, consciente solo a ratos. La curación no ha sido rápida, pero va avanzando. Estos dos últimos días tu cuerpo ya ha estado bien, pero necesitabas recuperar la magia.

—¿Y cómo está Jas?

Él me acaricia la mejilla con el pulgar y suelta el aire en una larga exhalación.

—Se está recuperando, pero despacio. Básicamente lo que tiene que hacer es dormir. Su cuerpo mortal no tolera demasiada magia de golpe.

—¿Dónde está?

—En el Palacio de la Medianoche. Puedo llevarte si quieres.

—Sí, por favor.

Un dolor en el pecho, como un tirón, hace que levante la mirada hacia la puerta. Sebastian está ahí, observando la escena con expresión melancólica.

—Solo quería ver cómo estabas —dice con sequedad—. Podemos hablar más tarde.

Finn niega con la cabeza.

—Tenéis que hacer planes. Yo me reuniré con Kane para concretar los detalles del viaje a las montañas. ¿Estaréis listos mañana por la mañana?

Sebastian y yo asentimos a la vez, pero noto su reticencia. Y no me extraña. Estar vinculado permanentemente a alguien que está enamorado de otro no ha de ser fácil. Finn y yo no somos los únicos que estamos haciendo un sacrificio.

—Volveré con un goblin dentro de un rato para que puedas visitar a tu hermana —me dice Finn. Tras darme un beso en la coronilla baja de la cama, nuestra cama.

Lo observo mientras se aleja antes de dedicarle mi atención a Sebastian. Lleva el pelo rubio platino sujeto en una coleta baja, y lleva puesta una elegante casaca negra, como si hubiera estado ocupado con reuniones todo el día.

—Gracias —le digo—. Gracias por traerme junto a Finn para que pudiera curarme.

Él abre mucho los ojos.

—Soy yo quien debería estar dándote las gracias. Me salvaste de aquella tumba, pensaba que moriría allí.

—No menosprecies lo que has hecho. Ambos sabemos que no era así como querías que salieran las cosas.

El silencio se adueña de la terraza durante un buen rato. No es un silencio cómodo, sino pesado, cargado de emociones y sentimientos. No

alzo escudos entre nosotros. Me abro a él y agradezco cuando él se abre a mí. Su dolor, despecho y soledad se mezclan con otra cosa, una emoción mucho más luminosa: alivio y...

—Estás agradecido —susurro.

—Prometí que te protegería. —Se mete las manos en los bolsillos—. Lo decía en serio.

—El poder de tu madre es tuyo ahora. Tienes el poder del trono seelie, pero no estás allí. ¿Por qué?

Sebastian deja caer la cabeza.

—Es que nunca quise ser simplemente rey, Brie. Quería ser un gran rey. Uno que pudiera poner fin a las guerras y salvar a los inocentes. Un rey que marcara la diferencia. Y fuiste tú quien me impulsó a desear esas cosas, hace mucho tiempo, cuando estábamos en el reino humano. Me hablabas de la decadencia del sistema, de cómo todo iba en contra de los débiles y los pobres. Si yo ahora fuera a la corte dorada y subiera al trono de mi madre, sería rey, pero la corte de las sombras seguiría teniendo los mismos problemas que cuando todo esto empezó; se debilitaría sin un gobernante en el trono. Y no es eso lo que quiero para este pueblo, lo creas o no. Lo digo muy en serio.

—Te creo, Bash —murmuro—. Nada de lo que has dicho me sorprende. —El vínculo me permite notar el momento en que él alza un escudo. Mis palabras y mi fe en él le duelen más que mi enfado—. Iremos al Río de Hielo y lo volveremos a intentar —susurro—. Y a partir de ahí, ya lo iremos viendo.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

Aparto la mirada.

—Una vez te dije que lo que convierte a un rey en un gran rey es el sacrificio personal. Los grandes reyes están dispuestos a renunciar a lo que más desean para conseguir lo que es mejor para su pueblo. Y lo mismo es válido para las reinas.

—Pero, si pudieras deshacer todo lo que ha pasado, si pudieras cambiar tu poder por una vida mortal en Elora con tu hermana, si pudieras borrar el momento en que hice que te vincularas conmigo y no te quedó más opción que tomarte la poción vital, ¿lo harías?

—No tiene sentido darle vueltas a lo que ya no se puede cambiar. Lo hecho, hecho está.

Él alza la vista hacia el cielo, como si estuviera buscando en las estrellas un camino que seguir.

—Necesito saber la respuesta.

Niego con la cabeza, sorprendiéndome a mí misma, ya que hace solo unas semanas mi respuesta habría sido totalmente distinta.

—Quiero que mi vida sirva de algo, y sé que aquí puedo marcar la diferencia. Servir a este pueblo no me parece una obligación, me parece el mayor honor de mi vida.

Mirándome a los ojos, Sebastian asiente.

—Lo entiendo.

Jas duerme en una lujosa habitación de invitados en el Palacio de la Medianoche. Respira acompasadamente, pero es una respiración superficial y está muy pálida. No tengo la sensación de que se esté recuperando; más bien parece estar a las puertas de la muerte.

Con Finn a un lado y Sebastian al otro la contemplo conteniendo las lágrimas.

—Tenemos que salvarla —susurro. Me vuelvo hacia Finn, que asiente con la cabeza.

Sebastian se aclara la garganta. Con los ojos llenos de lágrimas le toma la mano a mi hermana y se la acaricia con el pulgar mientras murmura:

—Lo haremos.

Y yo también decido creerlo.

Finn no exageraba al decir que enviaría a un batallón entero como escolta. Esta vez no tratamos de pasar desapercibidos. Al revés, estamos anunciando al mundo nuestra presencia.

Es como si estuviéramos gritando: «¡Venid a por nosotros, si os atrevéis!».

Nadie lo hace, y llegamos al río con relativa facilidad.

Kane sugirió un punto en que el río se sumerge bajo tierra y recorre una inmensa cueva, y los demás estuvieron de acuerdo en que seríamos menos vulnerables en ese lugar.

Mientras nos dirigimos a la entrada de la cueva Sebastian se detiene y se vuelve hacia los demás.

—¿Podríais dejarnos a solas, por favor?

A Finn se le ensombrece la expresión, y nos mira al uno y al otro varias veces antes de asentir.

—Kane y Jalek entrarán primero para confirmar que es seguro. Cuando digan que no hay peligro podréis entrar. Si pasa cualquier cosa, gritad.

—Gracias —replica Sebastian en voz baja.

Tengo el corazón en un puño. No soy capaz de sostenerle la mirada a Finn más de unos segundos. Esto es lo que tenemos que hacer. El peso de las cortes cae sobre nuestros hombros y, teniendo en cuenta todo lo que ya se ha perdido, ¿qué supone este sacrificio nuestro? No gran cosa. Además... tengo esperanza. Tal vez no encontremos el remedio hoy, pero cabe la posibilidad de que la magia encuentre una solución para esto —para lo nuestro— en el futuro. La magia proviene del cambio, recuerdo que me dijo Finn. Viene de las posibilidades.

Cuando Kane y Jalek nos confirman que está todo despejado, Sebastian me da la mano y entramos en la cueva.

—¿Te estás arrepintiendo? —le pregunto.

—No, sé lo que el deber me pide. —Finalmente me sonríe—. Solo quería estar un momento a solas contigo.

—Vale.

Se vuelve hacia mí y me sujeta la mano entre las dos suyas. El momento me recuerda a la noche en que pronunció los votos para crear el vínculo. Qué adecuado, teniendo en cuenta que hoy lo haremos permanente.

—Eres mejor que yo —declara— y te mereces esta corona mucho más de lo que yo me la mereceré nunca.

—No. —Me encojo al oírlo—. No digas eso.

—Todo esto es culpa mía. Soy yo quien nos ha puesto en esta situación. Debería haber encontrado otra manera. Debería... —Traga saliva—. Te debo tanto... Tú... tú me has enseñado lo que es el amor y la amistad. Los de

verdad. Antes de ti no sabía lo que era. Gracias por... —Alza la vista hacia el techo de la cueva, observando las numerosas estalactitas que cuelgan de él. O tal vez no las ve. Tal vez está reviviendo nuestra historia en su mente. Los buenos y los malos momentos; los alegres y los dolorosos—. Vas a ser una gran reina. Te aseguro que para mí es un honor formar parte de esto. Y lo siento. —Traga saliva y cierra los ojos con fuerza—. Siento todos los secretos que te he ocultado y todo el dolor que te he causado. Te merecías algo mejor.

Se me hace un nudo en el corazón. Porque lo siento; siento su sinceridad y lo mucho que necesita que entienda lo que me está diciendo, lo desesperadamente que necesita que crea en su amor.

—Sebastian, no pasa nada. Quiero hacerlo. —Doy un paso hacia el río y él me sigue.

—Cuando me miren a mí, la verán a ella —dice—. Los unseelies verán a la reina Arya cuando me miren. Ellos también se merecen algo mejor.

—Les demostraremos que eres digno del trono —le prometo. El estómago se me retuerce por el dolor que me llega a través del vínculo.

Él me agarra la mano con tanta fuerza que me dolería si no estuviera tan pendiente del flujo de emociones que me transmite. Alarga el brazo y me acaricia el cuello con la punta de los dedos antes de tirar del colgante que queda oculto bajo el vestido.

—Pensaba que tal vez lo destruirías.

Me cuesta seguir sus cambios de humor, pero le respondo negando con la cabeza. La verdad es que a mí también me extraña no haberlo destruido durante aquellos días en que pensé que la furia me iba a devorar.

—Supongo que sabía que lo iba a necesitar. Me dijiste que amplificaba mi poder.

Él suelta el aire con fuerza.

—Lo haría si fuera una piedra de fuego, pero no lo es. Todo ese poder es tuyo. —Me dirige una sonrisa cariñosa—. El linaje de Mab siempre fue más fuerte que el de Gloriana, lo que desquiciaba a mi madre. Por eso estaba tan obsesionada con acumular piedras de fuego y con robar el poder de los unseelies.

—Si no es una piedra de fuego, ¿qué es?

—Otra cosa. —Con un movimiento brusco, tira del colgante rompiendo la cadena y se queda observando la gema en la palma de su mano—. Mi madre dedicó su vida a localizar piedras de fuego, pero en su búsqueda por acumular el mayor número posible sus esclavos encontraron otro tipo de elemento bajo las montañas; un elemento incluso más escaso que las piedras de fuego.

»Cuando Mab murió en las montañas Goblin los dioses se dieron cuenta de que había sido una injusticia y lamentaron la pérdida de una madre devota en un mundo tan cruel. La resucitaron y le dieron a elegir entre tener magia e inmortalidad o una vida mortal y una corte para ella sola.

—Pero ella engañó a los dioses para conseguir las dos cosas —lo interrumpo—. Finn y Kane me contaron la historia. Aunque ¿qué tiene que ver esto con la piedra de fuego?

Sebastian aparta la mirada de la sustancia que tiene en la mano.

—Esto no es una piedra de fuego, sino una piedra de sangre.

Niego con la cabeza.

—Mab destruyó todas las piedras de sangre.

—Mab era una tramposa, pero los dioses todavía lo eran más. Escondieron las piedras de sangre que quedaban en lo más hondo de las montañas, donde estarían a salvo. Mi madre nunca creyó que Mab hubiera podido eliminarlas todas y durante años hizo que sus esclavos unseelies buscaran las piedras sagradas. Yo me enteré antes que ella de que habían encontrado esta y la escondí.

—¿Qué quieres decirme con todo esto?

Rodeando la gema con ambas manos, Sebastian susurra un encantamiento tres veces. Cuando separa las manos veo que, en vez de la piedra, sostiene un charquito de líquido de color gris azulado que recuerda a un mar embravecido y que rueda como si fuera mercurio.

—Lo que trato de decirte es que durante todo este tiempo has llevado al cuello algo que podría haberte devuelto la mortalidad y te habría permitido traspasar la corona. Estoy diciendo que, incluso ahora, podrías beber el agua sagrada de la piedra de sangre y volverías a ser mortal. Eso sí, si lo haces no hay vuelta atrás. Nunca volverías a ser fae.

Hace escasas semanas habría dado cualquier cosa por volver a ser humana, por liberarme de este poder y tener la opción de vivir con Jas en Elora. Pero ahora...

—¿Por qué no me lo contaste antes? ¿Por qué no me lo dijiste la noche que fui a buscarte y te pedí que desmantelaras los campos de tu madre?

—Porque soy un cabrón egoísta y prefería tenerte a ti que a tu poder. —Traga saliva—. ¿Querrías que lo hubiera hecho?

Si lo hubiera sabido probablemente la habría usado.

—Me alegro de que no me lo contaras. Tengo una misión que cumplir aquí. La corte me necesita y yo...

Yo necesito más que una vida mortal para amar a Finn, y necesito el poder para ayudar a la corte.

—Lo sé —susurra Sebastian tomándome la mano.

Antes de que me dé cuenta de lo que pretende hacer, usa mi mano para empujar la cazuelita que ha formado con los dedos y llevársela a la boca. De repente un fogonazo de luz nos ciega. Es poder en estado puro que brota frente a mí y penetra en mi cuerpo.

Y entonces lo siento: una descarga de poder, de magia, de vida en mis venas. La espalda se me arquea cuando el poder de la corte empieza a vibrar por mi sangre.

Sebastian se desploma y yo me dejo caer de rodillas a su lado.

—Bash, ¿qué has hecho?

Finn entra corriendo en la cueva y se arrodilla a mi lado.

—¿Qué ha pasado?

Sebastian permanece inmóvil durante demasiado tiempo mientras lo contemplamos horrorizados. Cuando empiezo a llorar, las lágrimas caen sobre su cuerpo.

—Vamos, Bash —lo llamo—. Se supone que esto no tiene que acabar así.

El miedo me recorre en oleadas, pero cierro los ojos y exhalo, soltándolo junto con el aire y dejando espacio a la esperanza. En este mundo de magia me niego a creer que este sea el final de Sebastian.

Finn contiene el aliento y me dirige una mirada asombrada.

—La corona —murmura.

Me vuelvo hacia el agua para ver mi reflejo y allí, brillando sobre mi cabeza, está la corona de estrellas. Además, la cicatriz —el símbolo de la corona, el sol y la luna juntos— ha vuelto a su lugar en mi muñeca.

—¿Qué has hecho, Sebastian?

—Sacrificarme —me responde él susurrando y encogiéndose de dolor al ponerse de lado—. Me has recordado que el sacrificio es lo que convierte a un rey en un gran rey, y yo siempre he querido ser un gran rey.

El alivio que me invade es tan grande y repentino que siento como si volara. Se me escapa la risa antes de exclamar:

—¡Estás bien!

—Es... mortal —indica Finn moviendo la cabeza sin apartar la vista de su hermano—. ¿Cómo...?

—La piedra de sangre —le contesto yo con un hilo de voz—. Arya las buscó, pero cuando los prisioneros encontraron una Sebastian la robó antes de que su madre pudiera apoderarse de ella.

—Pensábamos que habían desaparecido por completo. —Finn inspira hondo, entrecortadamente—. ¿Dónde está la corona de Arya?

—Aún la tengo. —Sebastian tose y gruñe de dolor—. Esto duele de cojones.

«¿Tanto le duele? No he notado...»

Tiro del vestido hacia abajo y busco el tatuaje que simboliza mi vínculo con Sebastian, pero ha desaparecido.

—El vínculo.

—Sobrevivió al final de tu vida mortal gracias a la magia que adquiriste al convertirte en un ser inmortal, pero no ha sobrevivido al fin de mi vida inmortal —explica Sebastian incorporándose y sentándose sobre los talones.

«Mortal.»

—¿Cómo vas a reinar en una corte fae? —le pregunto negando con la cabeza—. Serás muy vulnerable.

—No se lo diremos a nadie —propone Finn—. Juliana puede hacer un hechizo para que mantenga la apariencia fae hasta que encuentre a una sacerdotisa de confianza. Y el resto lo iremos improvisando sobre la

marcha. —Finn me rodea con un brazo y me atrae hacia él con fuerza, sin dejar de mirar a Sebastian—. Gracias, hermano. Nunca lo olvidaré.

Río y sollozo a la vez, por el alivio y el dolor que me embargan en igual medida. Mab no dijo que Sebastian tuviera que morir. Dijo que debía renunciar a su vida y eso es lo que ha hecho: ha renunciado a su vida inmortal por el bien del reino. Aunque en lo más hondo de mi alma sé que lo ha hecho por mí.

—Todos tus engaños quedan perdonados, Ronan Sebastian. Sin duda te has convertido en el gobernante que este reino necesita.

32

No recuerdo nada del viaje de vuelta al Palacio de la Medianoche. Todo el mundo ha permanecido cerca de mí, manteniéndome a salvo, protegiendo la corona.

Pero todo ha pasado como en un sueño hasta que de pronto me encuentro en el salón del trono, rodeada por mis amigos más queridos, y el trono de las Sombras frente a mí, aguardándome. Y en el centro del salón del trono está mi hermana.

Es cierto que, desde que era humana, siempre he soñado con tener el poder que me permita proteger a los más débiles y desafortunados de la explotación de los poderosos, pero ese sueño siempre ocupaba el segundo lugar, ya que el primero siempre fue mantener a mi hermana a salvo.

En cuanto la veo me acuerdo de por qué siempre fue tan fácil arriesgarlo todo por ella. Jas representa todo lo que es bueno en el mundo, todo aquello por lo que merece la pena luchar.

—¡Abriella! —exclama corriendo hacia mí.

—Estás bien. —La acojo entre mis brazos y la aprieto contra mí como temiendo que pueda desaparecer.

Ella me abraza con todas sus fuerzas y yo me resisto a soltarla.

—Tengo tantas cosas que contarte... —le digo en voz baja—. Te tengo que explicar tantas cosas...

—Bien —replica ella sonriendo y tirando de uno de mis rizos cortos—. Ya sabes lo mucho que me gustan las buenas historias.

—Pronto —le prometo.

—El trono de las Sombras te aguarda, Abriella —anuncia Pretha—. El lugar que te corresponde.

Inspiro entrecortadamente y me dirijo hacia el trono, poniendo un pie delante del otro. Así es como siempre he hecho las cosas difíciles, centrándome en el siguiente paso y haciendo lo que tengo que hacer, lo mejor que puedo.

Lark corre hasta adelantarme y su sedosa melena rebota cuando se da la vuelta hacia mí.

—¡Espera!

La sala entera parece contener el aliento mientras esperamos a que la pequeña vidente nos diga lo que tiene que decir.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—¿Te lo dije o no te lo dije?

Me echo a reír y, cuando asiento, me caen las lágrimas.

—Lo hiciste; me lo dijiste.

Doy un paso más y me encuentro en el estrado, justo en el lugar donde maté a Mordeus.

Titubeo, pero Finn aparece a mi lado, ofreciéndome la mano para ayudarme a subir. Siempre ayudándome, siempre ofreciéndome su apoyo y fortaleza.

—Vamos, princesa —me susurra al oído—. Haz que pueda llamarte de otra manera.

Me doy la vuelta y me siento en el trono de las Sombras por segunda vez. En cuanto apoyo la espalda en la piedra mi poder ronronea mostrando su aprobación. Es el trono de la noche, de los inadaptados y los perdidos. Es el trono de todos los que han tenido que padecer la oscuridad para encontrar las estrellas. Es mi trono, el trono que me estaba esperando.

Finn se coloca a mi lado. Es el rey que he elegido, la pareja que me fue asignada y por la que tuve que luchar. El compañero que mi corazón necesita. Gracias al sacrificio de Sebastian tenemos una segunda oportunidad. Cuando le doy la mano noto que fluye por mis venas una cantidad tan grande de poder que no sé ni cómo describirlo. Es el poder de la noche, el poder de las sombras, el poder de todas las estrellas que brillan

en el cielo. Es demasiado intenso para etiquetarlo, pero se parece mucho a la esperanza.

Las celebraciones empiezan en palacio, pero pronto se extienden por toda la ciudad y luego por todo el reino. Todo el mundo siente la energía que vibra en el aire, la chispa de poder eléctrico que ha vuelto a una corte que ha pasado más de veinte años sin un monarca sentado en el trono.

En la corte dorada probablemente no tienen ni idea de que su reina está muerta y, sin duda, tampoco tienen ni idea de que su futuro rey es un humano que, además, está aliado con la corte unseelie. No podemos hacer que siglos de odio y prejuicios desaparezcan de un día para otro. Lo más seguro es que no logre que desaparezcan en toda mi larga vida, pero hoy no es el momento de preocuparse por ello. Esta noche Sebastian se reunirá con sus aliados en la Corte del Sol, y en la Corte de la Luna celebramos la salvación del reino y un futuro en paz.

Situado a mi espalda, Finn me da un beso en el hombro.

—¿Cómo está mi reina?

Alzo la mano en busca de la suya y la aprieto con fuerza.

—Abrumada —admito, porque no necesito medir mis palabras con él—. Pero estoy bien; estaremos bien.

Él me rodea con los brazos hasta que la espalda me queda pegada a su pecho.

—Estoy tan orgulloso de ti, tan orgulloso de servirte...

Me doy la vuelta entre sus brazos para mirarlo a los ojos.

—¿Servirme?

—Por supuesto. Soy tu servidor amarrado; nací para esto, literalmente.

—Porque el poder solo se mueve en una dirección, ¿no? —Arqueo una ceja—. Pero si estuviéramos vinculados...

Él me acaricia la mejilla.

—No te pido nada. Acabas de librarte de un vínculo que no deseabas. Y yo no necesito nada más de lo que ya tengo ahora mismo.

—Finn, me has dado fuerzas desde el instante en que te conocí. Como mi amigo, mi mentor y como pareja amarrada. Algún día, pronto, querré

que esto funcione en ambos sentidos. Quiero que tú también puedas obtener fuerza de mí, igual que yo puedo obtenerla de ti.

Él reclina la frente en la mía.

—Si eso es lo que mi reina desea —dice como si le faltara un poco el aliento—, entonces para mí no habrá honor más grande, pero no hace falta apresurarse.

Permanecemos abrazados y en algún momento empezamos a bailar. Bailamos una canción tras otra y noto el pecho lleno de emociones. Siento una gran gratitud, aunque también un poco de pena por lo que hizo Sebastian.

Alzo la vista hacia Finn y veo que está sonriendo.

—¿En qué piensas? —le pregunto.

—En que eres la criatura más asombrosa que he conocido nunca. —Cuando hunde la cara en mi cuello noto que sigue sonriendo—. Y pienso en lo mucho que me gusta saber que yo tenía razón.

—¿Razón? ¿En qué tenías razón?

—En que eres la reina que este reino necesita.

Epílogo

—Abriella, estás impresionante —dice Jas observándome con los ojos brillantes.

Para mí la que está impresionante es ella. Estos seis meses que ha pasado en Feéra le han sentado bien. No tiene la cara tan demacrada y sus ojos han adquirido un brillo saludable. Aunque todavía se sobresalta con las sombras y le cuesta confiar en los fae, ha mejorado mucho.

Durante estos meses yo también he aprendido mucho sobre lo que supone ser reina en una tierra rica en conflictos. He aprendido que los fae —igual que las personas, incluso las más sabias y amables— no aceptan el cambio con facilidad. Y he aprendido que los más reticentes no dudarán en atribuirse el mérito de esas innovaciones por las que tú tuviste que luchar. Pero sobre todo he aprendido que soy la mejor versión de mí misma, y mucho más feliz cuando mi hermana está cerca.

—¿Estás segura de que no es demasiado? —le pregunto bajando la mirada hacia el vestido de cuero negro que Jas me ha cosido.

Es un poco... atrevido, pero me gusta. Las mangas son largas, pero los hombros quedan al descubierto y la falda tiene un corte pronunciado a cada lado, para que pueda correr en caso de necesidad, algo que exijo en toda la ropa que llevo. No es que corra demasiado estos días. Básicamente lo que hago es estar sentada y tener una reunión detrás de otra. Escucho historias devastadoras de partes lejanas del reino y otras veces me toca escuchar los lloriqueos ridículos de los más privilegiados. Este trabajo implica un poco de todo, pero casi todo tiene lugar en el entorno seguro del salón del trono, con Finn a mi lado.

—Segurísima —responde Jas.

Pretha asiente mostrando su aprobación.

—Estoy segura de que Finn apreciará todo lo que resalta.

Sonriendo, miro por encima del hombro para verme la parte de atrás del vestido en el espejo. No he dejado que las reuniones y las audiencias se

interpongan en mi entrenamiento. Soy más rápida y estoy más fuerte que nunca, y me encanta. Me gusta lo que veo en el espejo, aunque sé que Finn no puede apartar las manos de mí, me ponga lo que me ponga.

—¿Estás nerviosa? —me pregunta Pretha.

Niego con la cabeza.

—En absoluto.

Esta noche Finn y yo completaremos la ceremonia de vinculación. También nos casaremos algún día, pero de momento el vínculo nos permitirá compartir el poder en ambos sentidos, lo que, como le he dicho un montón de veces, es importante para mí. Pero la verdad es que deseo esa conexión adicional con el amor de mi vida.

—La otra vez que hice esto buscaba cosas equivocadas —le digo a Jas—. La Banshee me había aterrorizado y quería vincularme con Sebastian para que me protegiera. Pensaba que estaría bien, porque lo quería, pero fue un error, y creo que ambos éramos conscientes de ello.

—Todavía estás a tiempo de cambiar de idea —me recuerda Misha entrando en la habitación como si fuera el dueño del lugar.

Tras la fiesta de ascensión al trono regresó a las Tierras Salvajes, pero viene a menudo a visitarnos. A veces pienso que tiene miedo de que Pretha ocupe su lugar como mi mejor amigo si no viene a verme a menudo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto—. La ceremonia será privada.

Él me toma la mano y se la lleva al pecho.

—He venido por si decides que me prefieres a mí.

Se me escapa un resoplido al reírme.

—Tal vez la próxima vez, Misha.

—Tenía que intentarlo. —Me suelta la mano y me da un beso en cada mejilla—. Estás espectacular. Es un tipo muy afortunado.

—La afortunada soy yo —replico sonriendo.

Kane es el siguiente que asoma la cabeza por la puerta.

—¿Es aquí la fiesta? —pregunta antes de entrar. Al verme se detiene en seco—. Por los dioses de las alturas y de las profundidades, ¡menudo vestido!

Me ruborizo.

—Gracias.

Kane se vuelve hacia Jas y le dirige una sonrisa encantadora, nada propia de él.

—Lo próximo que cosas será para mí, ¿verdad?

—Sabes que no es tu sastra, ¿no? —refunfuña Pretha.

—No me importa hacerlo —replica Jas, y mi corazón se hincha un poco más. Me gusta tanto ver a mi hermana encajando en este mundo—. Así tengo algo que hacer.

Finalmente, cuando Jas y Pretha acaban de arreglarme, Finn aparece y me devora con la mirada, una mirada hambrienta, lujuriosa, amante y agradecida a la vez.

—¿Cómo sabías que el cuero negro era mi color favorito? —pregunta atrayéndome hacia él y rodeándome con los brazos.

—Bueno, yo... —Al darme cuenta de que todo el mundo nos está mirando, nos envuelvo en un pequeño capullo de sombras, donde nadie puede vernos ni oír lo que decimos—. Si no recuerdo mal —le digo cuando ya tenemos intimidad—, dijiste que todo lo que llevo es tu favorito.

Me ofrece una media sonrisa.

—Es verdad, me había olvidado. —Me da un beso en los labios—. ¿Estás segura de que te apetece tener un asiento en primera fila para el espectáculo de mis constantes pensamientos lujuriosos sobre mi pareja amarrada?

—¿Qué parte de «no quiero esperar ni un día más» te hace pensar que estoy dudando?

Su sonrisa se dulcifica.

—Dame un respiro, Abriella. Esto no me resulta fácil.

—¿Por qué no?

—Porque tengo miedo de despertarme en cualquier momento.

Me derrito.

—No me ablandes o arruinarás mi imagen de reina pateaculos.

—Nunca. —Me guiña el ojo y me pregunta—: ¿Me quieres?

—Te quiero —respondo sin reservas ni dudas—. Y tú, ¿me quieres?

—Te quiero. Pero te querría igual si no desearas vincularte conmigo.

—Lo mismo digo —murmuro—. Siempre.

Él me abraza con fuerza. El capullo de sombras se desvanece y aparecemos en lo alto de nuestra casita en las montañas. Las estrellas brillan con tanta fuerza que los ojos se me llenan de lágrimas.

—Elige una —me susurra al oído—. Pide un deseo.

Entrelazando los dedos con los suyos, pido los mismos deseos que llevo pidiendo cada noche desde que subí al trono. Los únicos deseos que una reina debería pedir.

Deseo la paz. Y deseo que cada fae de mi corte —y del reino entero— pueda disfrutar de un amor como el mío.

Agradecimientos

Para empezar tengo que dar las gracias a todo el mundo que leyó *Un reino de promesas malditas*, el primer volumen de esta bilogía, y se puso en contacto conmigo para mostrarme su entusiasmo y pedirme que siguiera escribiendo sobre ese mundo. No os podéis imaginar hasta qué punto necesitaba vuestro entusiasmo. Me faltan palabras para agradeceros cada opinión y cada reseña, no solo las elogiosas, sino también las que despotricaban de la novela. Gracias a las lectoras de romántica que me siguen desde hace tiempo. Sé que no todas leíais libros *Young Adult* o de género fantástico, pero habéis leído *Un reino de promesas malditas* y me habéis animado en este giro argumental de mi carrera. ¡Mil gracias por vuestro apoyo!

Siento un enorme agradecimiento hacia todas las personas que me ayudaron a superar el año 2020. Esbozar este libro (y dos más) mientras trataba de sobrevivir a una pandemia y a todo lo que trajo consigo fue difícil de muchas formas. Gracias a mis hijos, que habrían preferido tener la atención completa de su madre mientras aprendían a estudiar telemáticamente, pero que lo consiguieron por sus propios medios. Y a mi marido, por escucharme cada vez que me daba un ataque de ansiedad pensando que no aguantaría un día más siendo una supermami. Gracias a mis hermanas y amigas por vuestra comprensión, apoyo y ánimos cuando sentía que estaba fracasando en todo. Puedo usar palabras bonitas y hablar sobre buscar el lado bueno, pero 2020 fue un año duro, y la gente a la que más quiero me ayudó a superarlo.

Gracias a mis amigos, que me animaron durante los momentos más difíciles de este proyecto y de tantos otros. Mira Lyn Kelly, mi mejor amiga y mi colega para las tormentas de ideas. Aún te debo ese Toyota Corolla, aunque tú y yo sabemos que te mereces algo mucho mejor. Gracias a los escritores de mi grupo Write All the Words Slack, por escucharme cuando me encallaba y por hacerme compañía mientras escribo. Gracias a todos los

que tratan de hacerme desconectar del trabajo, ya sea hablando de CrossFit, de nuestros hijos, o de la tarta de queso del desayuno. Siempre me hacéis sonreír. A Emily Miller, mi consejera particular en temas élficos y amante como yo de todo lo relacionado con los fae¸ gracias por ser mi mentora una vez más. Espero que algún día escribas un libro y le muestres al mundo la magia que hay en esa preciosa mente tuya.

Unas gracias muy especiales a Lisa Kuhne y a Tina Allen, que son mis amigas además de mis asistentes. Tina, me alegro de que nos hayamos ido conociendo mejor con el paso de los años; eres una auténtica joya. Lisa, gracias por echarme una mano siempre que lo necesito.

Gracias a mi familia. La vida me bendijo con una gran familia, a la que quiero más de lo que se imaginan. Gracias especialmente a mi hermano Aaron, al que le dedico este libro. Tu mapa me ayudó a ver esta secuela bajo una nueva luz. A mi madre, que siempre escucha y sabe qué decir para hacerme sentir mejor, y a mis hermanos y hermanas, que siempre me dan su apoyo. Ojalá todo el mundo tuviera una familia tan maravillosa como la mía.

Gracias a mi agente, Dan Mandel, que se entusiasmó con este libro desde el principio y me ayudó a superar algunos baches el año pasado. ¡Me encanta tenerte en mi equipo!

Muchas gracias al equipo de Clarion Books, que me ha ayudado a que este libro sea lo que es hoy en día. Unas gracias especiales a Lily Kessinger y a Gabriella Abbate por vuestras notas editoriales y por vuestra ayuda durante los distintos borradores. Gracias también a Emilia Rhodes, Helen Seachrist, Emily Andrukaitis, Catherine San Juan, Tara Shanahan, Taylor McBroom, Kimberly Sorrell, Colby Lawrence, Tommy Harron, Jill Lazer, Melissa Cicchitelli, Emma Grant, Erika West, Maxine Bartow y Samantha Hoback. ¡Agradezco todo lo que hacéis!

Un laberinto de traiciones oscuras
Lexi Ryan

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *These Twisted Bonds*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, basado en un diseño original de Natalie Chen
© mapas del interior, Aaron Stratton
© imagen del interior, Shutterstock

© Lexi Ryan, 2022

© de la traducción, Lara Agnelli, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2023

ISBN: 978-84-08-27478-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta